

NICKOLAS BUTLER

Canciones de amor
a quemarropa



se

Henry, Lee, Kip y Ronny se criaron en el mismo lugar, Little Wing, un pueblecito de Wisconsin. Tras una infancia común, la vida llevó a cada uno por distintos derroteros. Henry no se ha movido del pueblo, es granjero y un padre modélico y está casado con Beth, su novia de la adolescencia; Ronny se convirtió en un vaquero de rodeo, algo que le ha dejado alguna que otra secuela; Kip es un exitoso agente de bolsa en Chicago, y Lee ha llegado a ser una estrella del rock de fama mundial.

La boda de Kip los reunirá a todos después de mucho tiempo. Tras la alegría del reencuentro, las antiguas rivalidades renacen y los viejos secretos amenazan con destrozarse amistades y relaciones...

Canciones de amor a quemarropa es una novela deliciosa que habla de las cosas que importan: los amigos y el paso del tiempo, el poder de la música y la belleza de la naturaleza.



Nickolas Butler

Canciones de amor a quemarropa

ePub r1.1
Titivilus 18.09.15

Título original: *Shotgun Lovesongs*
Nickolas Butler, 2014
Traducción: Marta Alcaraz Burgueño

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*Para Regina y Henry y mamá y papá.
Para Swan, que oye las puestas de sol.
Y para Levon Helm (1940-2012).*

Pero levanta el ánimo, muchacho, preferiría que me mataras tú a que cualquier otro me
mantuviera vivo.

HERMAN MELVILLE,
Moby Dick

H

Lo invitamos a todas nuestras bodas; era famoso. Los tarjetones los enviábamos al rascacielos de su compañía discográfica en Nueva York para que le remitieran esos chabacanos sobres dorados mientras él estaba de gira: Beirut, Helsinki o Tokio. Lugares fuera de nuestro modesto alcance, sitios que no alcanzábamos a imaginar siquiera. Él nos enviaba regalos en maltrechas cajas de cartón festoneadas de sellos extranjeros. De regalo de cumpleaños, elegantes corbatas o un perfume para nuestras mujeres; para nuestros hijos, delicados juguetitos o chucherías: sonajeros de Johannesburgo, muñecas rusas de madera de Moscú o patuquitos de seda de Taipéi. Nos llamaba de vez en cuando por una línea llena de ecos e interferencias que al fondo dejaba oír las risas de un coro de jovencitas, y su voz nunca nos parecía tan alegre como esperábamos.

Llegaban a pasar meses antes de que volviéramos a verlo, y entonces aparecía, barbudo y demacrado, con una mirada cansada en la que relucía un alivio feliz. Lee se alegraba de vernos, eso lo notábamos, se alegraba de volver a estar entre nosotros. Siempre le dábamos tiempo para recuperarse antes de volver a hacer vida juntos, sabíamos que necesitaba tiempo para quedarse bien limpio y recobrar el equilibrio. Lo dejábamos dormir hasta decir basta. Las mujeres le llevaban estofado y lasaña, cuencos de ensalada y tartas recién salidas del horno.

Le gustaba conducir un tractor por sus propiedades, cada vez más extensas. Nosotros imaginábamos que le gustaría sentir el calor del día, el sol y el aire fresco en esa cara tan pálida. La marcha lenta del viejo John Deere, esa máquina fiable y paciente. La tierra que retrocedía a sus espaldas. Tenía sus campos sin cultivar, por descontado, pero él conducía su tractor por praderas de hierba y flores silvestres con un cigarrillo o un porro entre los labios. Siempre sonriente encaramado al tractor; suelto al sol, su pelo rubio recordaba los vilanos de diente de león.

Había adoptado un nombre artístico, pero no lo usábamos nunca. Para nosotros era Leland, o Lee a secas, porque así era como se llamaba. Vivía en una vieja escuela, lejos de todo, lejos del pueblo, a cosa de ocho kilómetros de Little Wing, en pleno campo. Las letras de su buzón rezaban: L SUTTON. Había montado un estudio de grabación en el pequeño gimnasio revistiéndolo de espuma y moqueta gruesa. De las paredes colgaban discos de platino y fotografías suyas en compañía de actrices y actores famosos, de políticos, de chefs y de escritores. El caminito de grava que llevaba a su casa era largo y estaba lleno de baches, pero ni así lograba detener a algunas de las jovencitas que lo buscaban. Llegaban de todo el mundo. Eran siempre guapísimas.

El éxito de Lee no nos había pillado por sorpresa. Él nunca había desistido, nunca había abandonado la música. Mientras los demás estábamos en la universidad o en el ejército o atrapados en la granja de la familia, él se encerraba en un gallinero destartado y se ponía a tocar

su maltrecha guitarra en ese silencio del crudo invierno que todo lo envuelve. Cantaba en un falsete inquietante, y a veces, junto a la hoguera, entre las traicioneras sombras que proyectaban las llamas, naranjas y negras, y el humo, negro y blanco, te arrancaba una lágrima. De todos nosotros, él era el mejor.

Componía canciones sobre nuestro rincón de mundo: los ubicuos maizales, los bosques de repoblación, las colinas jorobadas y las hondonadas llenas de surcos. El frío que cortaba como un cuchillo, los días demasiado cortos, la nieve, la nieve y la nieve. Sus canciones eran nuestros himnos: eran nuestros megáfonos y nuestros micrófonos y nuestros versos de *jukebox*. Lo adorábamos; nuestras mujeres lo adoraban. Nos sabíamos la letra de sus canciones y a veces hasta salíamos en alguna.

Kip iba a casarse en octubre en un granero que había reformado para la ocasión. Estaba en una granja de caballos cercada con una alambrada, al lado de un pequeño cementerio rural donde contar todas y cada una de las tumbas incrustadas de líquenes y saber cuántos difuntos reposaban bajo ese tupido césped resultaba perfectamente posible; un censo, como quien dice. Todos estaban invitados a la boda. Lee incluso había acortado el tramo australiano de la gira para poder asistir, aunque de todos los amigos, Kip y Lee no parecían precisamente íntimos. Que yo supiera, Kip no tenía ni un solo disco de Lee, y siempre que lo veíamos en coche por el pueblo, no fallaba, iba con un Bluetooth alojado en la oreja y moviendo la boca como si todavía estuviera pisando el parque.

Kip acababa de volver a Wisconsin tras pasar unos nueve años en Chicago trabajando de corredor de materias primas. Y ahora parecía que el mundo hubiera vuelto a encogerse de repente. Llevábamos años, décadas, nuestra vida entera, de hecho, escuchando la actualidad agraria en la camioneta, en la sintonía de onda media. A veces hasta oíamos a Kip durante la emisión, lo entrevistaban en su despacho de Chicago, esa voz de barítono tan familiar y segura de sí misma que narraba las fluctuaciones de unas cifras que decretaban si podríamos permitirnos la ortodoncia de los niños, las vacaciones de invierno o unas botas nuevas, y nos contaba cosas que no acabábamos de entender del todo y que, sin embargo, ya sabíamos. Nuestro futuro lo decidían los informes sobre el precio de la leche y del maíz, del trigo y de la soja, de la panceta de cerdo y del ganado. Lejos de nuestras granjas y nuestras fábricas, Kip se había abierto camino manejando los frutos de nuestro trabajo. Pero lo respetábamos igual. Era inteligentísimo, eso para empezar, los ojos le centelleaban mientras escuchaba con atención nuestras quejas sobre los tratantes de semillas, los pesticidas, el precio de los fertilizantes, la maquinaria y ese tiempo tan traicionero. Llevaba un almanaque del granjero en el bolsillo trasero del pantalón y entendía esa obsesión nuestra con la lluvia. De haberse quedado en el pueblo, habría podido llegar a ser un granjero prodigioso. El almanaque, me contó una vez, había quedado prácticamente obsoleto, pero le gustaba llevarlo encima. «Nostalgia», decía él.

A su regreso, Kip se hizo con la fábrica de piensos del centro del pueblo, la de las ventanas y las puertas selladas con tablones, la construcción más alta del lugar; su silo de seis pisos siempre se había alzado sobre todos nosotros, imponente, proyectando unas sombras que eran el reloj de sol de nuestros días. De muy pequeños, ese era el lugar donde el grano esperaba a viajar en los trenes que pasaban, donde los granjeros compraban el fuel al por mayor, las semillas y los demás suministros, pero a finales de los ochenta, cuando su dueño trataba de venderlo en una época de

pocos compradores, el edificio empezó a deteriorarse, y solo fue cuestión de meses que los chicos del instituto empezaran a tirar piedras a las ventanas y a decorar el silo con grafitis. Durante la mayor parte de nuestra vida, la fábrica no había sido más que una ciudadela oscura que, al lado de las vías del tren, se había ido oxidando invadida por los algodoncillos, las ambrosías y los epilobios. Cubría el suelo una gruesa capa de mierda de paloma y de guano de murciélago, y en el viejo sótano había un lago de agua encharcada. En los silos, las ratas y los ratones campaban a sus anchas comiéndose el grano que había quedado por ahí; a veces nos colábamos en el edificio para dispararles con un rifle del veintidós, y esas balitas rebotaban de vez en cuando contra las altísimas paredes del silo, donde refulgían mientras nosotros escapábamos a la carrera, rosa encendido contra la oscuridad sulfurosa.

A los diez meses, Kip ya tenía buena parte de la fábrica restaurada. Contrató a trabajadores del lugar para la obra, y él se encargó de supervisar todos los detalles: por las mañanas, llegaba a la obra el primero, y no se le caían los anillos cuando hacía falta dar algún martillazo o arrodillarse para alisar el suelo. Nosotros hacíamos cábalas sobre la cantidad de dinero que habría inyectado en el edificio: cientos de miles, sin duda; millones, tal vez.

En la oficina de correos o en el supermercado, hablaba muy emocionado sobre sus planes.

—Todo ese espacio —decía—, piensa en todo ese espacio. Podríamos hacer lo que quisiéramos con tanto espacio. Despachos. Talleres. Restaurantes, *pubs*, cafés. Una cafetería, eso seguro.

Nosotros nos esforzábamos por acompañarlo en su sueño. De niños, durante un tiempo, la fábrica había sido para nosotros ese lugar donde nuestra madre nos compraba los petos, los calcetines gruesos y los chanclos; allí había flotado el olor a comida para perro y a polvo de maíz y a cuero recién curtido, a la halitosis y la colonia barata de los viejos. Pero esos recuerdos quedaban ya muy lejos.

—¿Crees que la gente va a querer cenar en la vieja fábrica? —le preguntábamos.

—No seas tan cuadrado, tío —canturreaba él—. Precisamente eso es lo que ha matado el pueblo. Hay que pensar a lo grande.

Al lado de la nueva caja registradora eléctrica estaba la caja original. Kip también la había rescatado. Le gustaba recostarse contra la vieja máquina y apoyar los codos en la superficie bruñida mientras uno de sus empleados atendía a los clientes en la caja nueva. Había instalado cuatro televisores de pantalla plana cerca de las cajas para poder controlar con facilidad las evoluciones de la bolsa, la meteorología y la actualidad política mientras hablaba entre dientes con sus clientes sin despegar los ojos de las noticias. Había ocasiones en las que ni les miraba a la cara. Pero él había resucitado la vieja fábrica. Los viejos se acercaban hasta allí para dejar sus camionetas oxidadas sobre la gravilla del aparcamiento y beber café oscuro apoyados en el coche en marcha, todavía caliente, mientras hablaban y escupían jugo negro sobre la grava y el polvo. Camioneros, comerciales y cuadrillas de obreros de la construcción. Les gustaba hablar con nosotros, los jóvenes granjeros; hablar conmigo y con los gemelos Giroux, que solían andar por allí burlándose de Kip mientras él miraba fijamente esas flamantes pantallas de plasma y trataba de ignorarnos.

Lee había escrito una canción sobre la vieja fábrica antes de que la restauraran. Esa era la fábrica que recordábamos, la que más real nos parecía, supongo.

Nuestro amigo Ronny Taylor era alcohólico. La bebida había llevado su vida por muy malos derroteros. Una vez, borracho, se desplomó sobre el bordillo delante del local que la asociación de veteranos de guerra tiene en Main Street; se dio un buen golpe en la cabeza y se rompió unos cuantos dientes. Esa noche había armado mucho escándalo, se había puesto agresivo, había estado tonteando con novias y esposas ajenas, había derramado su bebida y lo habían pescado dos veces meando en el callejón de detrás del bar, con la polla al viento mientras silbaba *Raindrops Keep Fallin' on My Head*. Al *sheriff* Bartman no le había quedado más remedio que detenerlo por embriaguez pública, aunque lo único que quería Bartman, que no tenía nada en contra de Ronny, era que el muchacho durmiera la mona en algún lugar seguro en vez de saltar esa misma noche al volante de una camioneta y acabar dándose de morros contra un roble a ciento quince kilómetros por hora. Pero el mal ya estaba hecho. Durante toda la noche, y hasta la mañana siguiente, mientras Ronny se hacía un ovillo en la celda por embriaguez pública, su cerebro sufría una hemorragia interna. Cuando el *sheriff* lo llevó al hospital de Eau Claire para que lo operaran de urgencias ya era demasiado tarde. El mal ya estaba hecho, y nada podría deshacerlo. Ninguno llegó siquiera a decirlo, pero todos nos preguntábamos si con tanto alcohol en la sangre no habría tenido problemas de coagulación que empeoraran la hemorragia. Ronny nunca volvió a ser el que era; se convirtió en una versión al ralentí de sí mismo. Más alegre, tal vez, aunque también menos atento. Al desconocido que se topara con él por primera vez podría parecerle un pelín lento, aunque también podría encontrarlo completamente normal. Con todo, ese desconocido nunca habría llegado a imaginar al joven que había habitado el cuerpo de Ronny. Las frases no le salían con tanta rapidez como antes, y se repetía con frecuencia. Pero aquello no lo convertía ni en tonto ni en discapacitado, aunque me pregunto si no era así como lo tratábamos de vez en cuando.

Ronny pasó varios meses en el hospital desintoxicándose, y a menudo lo ataban a la cama. Nosotros íbamos a verlo, a cogerlo de la mano, y él se aferraba con saña, con venas que parecían a punto de saltársele de las carnes sudorosas. En sus ojos asomaba un miedo que yo solo he visto en los caballos. Le secábamos la frente tratando de mantenerlo bien amarrado a la tierra.

Nuestras mujeres y nuestros hijos también iban a verlo, y eso le gustaba; le obligaba a moderarse. Los niños llevaban lápices de colores y papel al hospital y le hacían unos amagos de retrato, siempre con colores muy alegres, en los que, junto a su cabeza, aparecía con un sol radiante o un árbol de hojas verdes. A veces, cuando los niños ya se habían ido, encontrábamos a Ronny estrujando los dibujos entre alaridos, aunque otras veces los sujetaba delicadamente, estudiándolos y tocándolos como si fueran artefactos sagrados. Ronny conservó todos esos dibujos y los colgó en su apartamento.

Al cabo de un tiempo consiguió salir del túnel, y nosotros nos encargamos de cuidarlo lo mejor que pudimos, porque era de los nuestros y no tenía familia; cuando todos rondábamos los veintipico, sus padres fallecieron por una intoxicación de monóxido de carbono, estaban en la cabaña del lago Spider, cerca de Birchwood. Ronny era el huérfano de Little Wing.

Había trabajado de jinete de rodeo. A los caballos los trataba con mucha delicadeza, pero con los toros no tenía piedad. Sabía lo que se traía entre manos, y antes del accidente su cuerpo ya había sufrido un buen número de heridas atroces. A veces, cuando venía a casa a cenar, los niños le pedían que les hiciera una lista de los huesos que se había roto. El inventario duraba lo suyo.

—A ver —decía él quitándose sus viejas botas de vaquero—. Bueno. Me he roto los diez

dedos de los pies, eso lo sé. —Entonces se quitaba los calcetines llenos de agujeros. Las uñas que le quedaban se veían amarillentas, de ese color a leche sucia que tiene el cuarzo; parecían brotar de la carne, desafiándola—. Algunos dedos me los he roto dos veces, creo. Los dioses descargan su furia donde les place, y a veces te toca a ti.

Ronny cogía a Alex, nuestro hijo, y lo tumbaba de espaldas en el suelo del salón; entonces él se ponía a hacer de toro y a embestir suavemente contra el cuerpecito del niño, haciéndole cosquillas en las costillas, las axilas y los dedos de los pies.

—En Kalispell querían rebanarme los dedos meñiques de los dos pies, pero me escapé del hospital antes de que me pusieran la anestesia. Llamé a una chica con la que andaba entonces para que se quedara esperándome en la calle con el motor en marcha...

»Esta cicatriz de aquí —decía señalándose el pálido tobillo derecho— me la hizo un toro que se llamaba *Ticonderoga*. Se me vino encima y me partió la pierna en dos.

A mis hijos les parecía el mejor juego del mundo: ver cuántas piezas de ropa podían conseguir que se quitara Ronny Taylor, cuántos huesos rotos lograba recordar, cuántas cicatrices repugnantes podían recorrer con sus deditos.

Pero la caída que había sufrido estando borracho había puesto punto final a sus días de rodeo, y a nosotros nos daba mucha pena: había colgado los estudios para trabajar en el rodeo, y no tenía ni estudios ni oficio alguno.

Lee le pagaba los gastos médicos, el apartamento, la comida y la ropa. Eso no tendríamos que haberlo sabido, pero a Rhonda Blake, que trabajaba en la administración del hospital de Eau Claire, la conocíamos de toda la vida, y una noche que estaba en el local de la asociación de veteranos se lo contó todo a Eddy Moffitt, que la vio menear la cabeza con una sonrisa encantadora antes de acercarse a ella, invitarla a una copa y preguntarle qué le pasaba.

—Podrían echarme por hablar —dijo Rhonda—, pero es que una cosa así la gente tendría que saberla. Una buena acción como esta no la había conocido nunca. Podría quedarme sin trabajo, Dios, pero habría valido la pena, la verdad.

Y entonces le contó a Eddy que Ronny no tenía seguro médico. Que las facturas pasaban de los cien mil dólares.

—Un día —continuó Rhonda— nos llega un paquete de Nueva York. Un sobre de una discográfica a la atención de Ronny. Con un maldito cheque por ciento veintitrés mil dólares, vaya que sí. —Bebía la cerveza deprisa con los ojos húmedos—. Qué detalle. Esto no iba a guardármelo para mí sola.

Eddy nos contó la historia una noche, después de un partido de fútbol americano. El equipo del instituto jugaba contra los de Osseo. Ninguno de nuestros hijos tenía edad para ir al instituto, pero cuando vives en un pueblo tan pequeño como Little Wing, en Wisconsin, los partidos de fútbol americano y de baloncesto no te los pierdes. Por hacer algo; al fin y al cabo, son salidas baratas para toda la familia. Nos habíamos quedado bajo la tribuna descubierta; unos compartíamos una bolsa de tabaco de mascar Red Man, otros se pasaban una bolsa de pipas de girasol, y todos escuchábamos a Eddy mientras arriba el gentío lanzaba sus vítores dando pisotones con las botas sobre las gradas de madera y la estructura metálica temblaba dejando escapar partículas de óxido. Nos llovían latas de aluminio y papeles arrugados, envoltorios de perrito caliente. Nos cruzamos de brazos, escupimos y tratamos de imaginar qué aspecto tendría un cheque de cien mil dólares.

Aunque Lee ya era nuestro héroe, aquello no hizo sino intensificar el amor que le profesábamos, agrandar su leyenda. Al día siguiente todos salimos a comprar otros diez discos suyos, aunque ya los teníamos en casa, y por duplicado. Y el dinero de esos discos tenía un valor incalculable, porque muchos andábamos apuradísimos; podíamos haberlo metido en la cartilla de ahorros o haberlo gastado para hacer la compra. Pero daba igual. Los discos se los enviamos a parientes y amigos lejanos o los donamos a bibliotecas y residencias de ancianos.

A Ronny no le llegó jamás una sola factura; los abogados de Lee se encargaron de todos los trámites; Ronny no tendría que preocuparse por nada durante el resto de su vida. Él no daba la impresión de saber que tenía un mecenas, aunque tal vez sí estuviera al corriente de todo. No tengo ni idea. Lo que sí sé es que ni Lee ni Ronny llegaron a mencionar el asunto. Como debía ser, por otra parte. El apartamento de Ronny estaba lleno de pósteres de Lee desde mucho antes del accidente y la intervención. La mayoría estaban comidos por el sol y llenos de la grasa del humo que escapaba de la cocina. Adornaban esas destartadas paredes mucho antes de que Lee se hiciera famoso. Ronny siempre había sido el que más lo quería.

Las invitaciones a la boda de Kip eran todo papel y lazos y purpurina. Las llevamos todos del buzón y del coche a casa con un cuidado reverencial, como si contuvieran alguna noticia valiosísima y exquisita. Conocíamos vagamente a la mujer con la que iba a casarse. Felicia era de Chicago y trabajaba de consultora desde la casa que tenían en las afueras. Sobre qué le consultaban exactamente ninguno lo entendía del todo, aunque Eddy decía que era algo relacionado con las empresas farmacéuticas. Se había dejado caer por el local de la asociación de veteranos con Kip alguna que otra vez, siempre guapísima, maquillaje, peinado y manicura perfectos. La recordábamos por los taconazos, los llevó durante todo el invierno, con las uñas de los pies pintadas de un rojo chillón. Era muy guapa, pero tenía un no sé qué que daba a entender que nuestro pueblo no era para ella más que un lugar provisional, una especie de escala, lo mismo que nosotros. Altos en el camino que dejar atrás algún día, de los que despedirse agitando la mano. Amigos de paso.

Le echamos un vistazo a la invitación; nos sorprendió ver que Lee iba a cantar una canción durante la ceremonia. No había cantado en nuestras bodas. Aunque a todos nos hubiera gustado, a ninguno se le había ocurrido pedirle ese favor. No habíamos contado con que asistiera como artista, sino de amigo, nada más.

Al poco de que llegaran las invitaciones, Lee volvió de Australia tan hecho polvo y derregado como de costumbre. Lo dejamos tranquilo unos días, como siempre, y luego Beth, mi mujer, lo invitó a la granja, a cenar y a pasar un rato al lado de un buen fuego. Siempre se lo veía contento de tocar con los niños y de que en casa no tuviéramos televisión por cable; de que el único televisor en nuestra posesión fuera un modelo antiguo herencia de nuestros padres y más parecido a un mueble gigantesco que a algo capaz de conectarnos al mundo exterior. Teníamos, sin embargo, un tocadiscos relativamente nuevo —colección de vinilos antiguos—; Lee siempre se ponía colorado cuando, al pasar al lado del aparato, veía uno de sus discos bajo la aguja. Los niños se sabían la letra de todas sus canciones.

Esa noche los niños rompieron a gritar en cuanto vieron los faros de la vieja camioneta de Lee avanzar por el caminito que subía hacia la casa. Corrían en círculos, galopaban, cantaban

entusiasmados sus versos más conocidos.

—¡Vale, vale, vale! —dijo Beth riendo—. Basta. Ahora vais a dejarle un poco de espacio al tío Lee, ¿de acuerdo? Acaba de llegar de Australia, así que no incordiéis demasiado.

Alejándolos de la puerta de entrada, Beth repasó la imagen que le devolvía el espejo, apretó los labios y se peinó rápidamente con los dedos.

Lee apareció en la puerta con un ramo de claveles que, eso era evidente, había comprado a toda prisa en el colmado. Beth cogió las flores y se abrazaron. Los años lo habían dejado muy flaco, y las entradas no le daban tregua, aunque él se dejaba el pelo largo. Tenía barba y los antebrazos sembrados de tatuajes.

—Tío —me dijo con una sonrisa—. Qué bien estar en casa. Os he echado muchísimo de menos.

Lee siempre daba buenos abrazos. Sentí su caja torácica contra la mía y sus largos brazos alrededor de mi cuerpo. Y el olor a tabaco en la barba y el pelo.

—Nosotros también —le dije.

Y los niños se le echaron encima y él se desplomó sobre el suelo fingiendo su derrota. Entré en la cocina con Beth y llevamos la cena a la vieja mesa de comedor, donde las velas ya estaban encendidas. Beth se acercó al tocadiscos, le dio la vuelta al vinilo y dejó la aguja sobre el surco grande del borde.

Oímos a Lee gruñir mientras se acercaba dando tumbos con Eleanore y Alex cogidos cada uno bajo un brazo; meneaba la cabeza.

—Pon otra cosa, ¿vale? Estoy hasta el gorro de mí mismo.

Lo mirábamos comer, engullía; nos alegrábamos de poder alimentarlo. Bebimos vino y escuchamos *jazz* y de afuera, del otro lado de la ventana, nos llegaba el ruido de las hojas secas de otoño en las ramas. La nieve no resultaba algo inconcebible.

—Ya he visto que vas a cantar una canción en la boda de Kip —dije al cabo de un rato. Lee se reclinó en la silla y soltó una bocanada de aire.

—Sí —dijo—. Supongo. Un buen día recibí un mensaje tuyo. Me quedé tan sorprendido que ni me paré a pensar en la respuesta. Tendría que haberlo hecho, quién sabe.

—¿Y te apetece? —preguntó Beth—. Cantar, quiero decir. Y para Kip, precisamente.

Lee se encogió de hombros.

—A mí Kip me cae bien, ya lo sabes, pero no somos íntimos. A estas alturas, es más un conocido que un amigo. Pero he vuelto para veros a todos y, no sé, para darle mi apoyo. Por los viejos tiempos y eso. Ha hecho cosas buenas. La fábrica de piensos, por ejemplo. Creo que es bueno para el pueblo. Y además, mejor estar aquí que perdido en los secarrales de Australia.

—Oh —dijo Beth apoyando la barbilla en la mano y sonriendo—. No vives tan mal. —Con la otra mano dibujó algo sobre la superficie de la mesa.

—No. Vivo bien. Muy bien. Pero también me siento solo. Me falta gente en la que confiar. Gente que no quiera nada de mí. Eso termina cambiándote, ¿sabes? Y yo no quiero que me cambie. Quiero ser capaz de volver y vivir aquí y ser quien soy, nada más. Con vosotros. —Exhaló con fuerza y le dio un buen trago al vino.

Nosotros lo acompañamos brindando a su salud, y cuando las copas entrec chocaron se oyó un

repiqueteo sordo. Y siguió el silencio únicamente roto por los pies de los niños columpiándose bajo la mesa y, afuera, el viento en los maizales secos y las ramas de los árboles, y Lee volvió a sonreír y se sirvió otra copa de vino, y advertimos que ya tenía los dientes de color morado y estaba contento.

—Cuánto me gustaría llevar vuestra vida —dijo por fin—. ¿Sabéis?

Le besé la mano a Beth y luego se la cogí y la miré. Ella me sonrió, colorada, y bajó la vista al suelo.

Lee se levantó de la mesa, ejerció presión sobre sus riñones con los nudillos y se estiró como un gato antes de recoger los platos y llevarlos al fregadero de la cocina. Beth lo siguió con las copas de vino bien agarradas entre sus largos dedos, y durante unos instantes me quedé mirándolos, el uno al lado del otro mientras lavaban; él, pasándole los platos mojados que ella secaba con un paño. Lee con espuma en las manos, y Beth también, y los dos se mecían un poquito con la música de *jazz*. Me sentía muy a gusto teniéndolos a todos juntos, con Lee de vuelta. Cogí un rollo de papel de periódico y unas cerillas y salí a la oscuridad para encender una hoguera.

El viento era fresco y el cielo estaba lleno de estrellas; en lo alto, ese chal entre azulado y blanquecino de la Vía Láctea. Me acerqué a una pila de troncos y cogí unos cuantos para el brasero del jardín trasero, y luego rompí unas ramitas y encendí la cerilla y soplé delicadamente las tiernas llamas nuevas. Siempre me han gustado las hogueras.

Lee salió por fin de la casa, notaba que lo tenía a mis espaldas.

—¿Quieres un porro? —me preguntó.

Eché un vistazo a mi alrededor, aunque no había vecinos en centenares de metros a la redonda.

—¿Los niños ya están acostados? —pregunté frotándome las manos, soplándomelas para calentarlas; el olor a alcohol seguía allí, apenas perceptible.

—Beth los está acostando ahora mismo —respondió él sonriendo. Nos quedamos un rato callados—. Lo de esta noche lo necesitaba, tío —dijo por fin—. Necesitaba estar con vosotros, tener un poco de espacio para respirar. Disfrutar de una buena comida. Ni te lo imaginas.

Tenía papel de liar en la mano y me pasó una bolsita de plástico que, aun cerrada, desprendía un olor fuerte y acre. Depositó los cogollos sobre el papel y lamió los cantos. Siempre hacía unos aviones de papel geniales.

—¿Compartimos uno? —le pregunté.

—¿Por qué no?

Y nos quedamos así, con la cara roja y naranja ante la hoguera mientras el humo de dos aromas distintos describía volutas a nuestro alrededor, y sobre nuestras cabezas el cielo giraba muy lentamente, y unas luces extrañas y hermosas describían de vez en cuando un arco hasta llegar a la tierra.

En un momento dado, Lee se echó a reír meneando la cabeza. Toqué la franela de su chaqueta.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿De qué te ríes?

—Estoy saliendo con alguien.

—¿Ah, sí? Pero si tú siempre estás saliendo con alguien.

—Pero así, nunca —respondió. Me miró y arqueó las cejas.

Teníamos los pulmones llenos de humo, un humo bueno y pegajoso. Nos pasamos el porro.

—¿Y quién es? Va.

Cuando me lo dijo me atraganté con el humo y entregué mi tos a la noche antes de empezar a

golpearme el pecho con el puño. Lee estaba saliendo con una estrella de cine, una habitual de las páginas satinadas de al menos tres de las revistas que rondaban por casa. De una elegancia célebre, de una belleza incommensurable y de un talento indiscutible.

Asintió en silencio sin dejar de sonreír.

—¿Y qué hace ella con un inútil como tú?

—Todos nos merecemos un poco de suerte de vez en cuando —respondió encogiéndose de hombros, aunque se notaba a la legua que estaba enamorado. Al cabo de un rato añadió—: Voy a traerla a la boda de Kip. Me muero de ganas de que la conozcáis.

—Joder, Lee, me... mierda, me alegro un montón —dije, aunque noté un tirón en el pecho, como de envidia—. Me alegro —repetí clavando los ojos en el fuego y paseándolos de las llamas al lugar donde palpitaban las brasas, carbón de un naranja palidísimo y refulgente. Me pregunté qué sentiría uno al tocar el cuerpo de esa mujer, al estar con alguien tan bello, y luego sacudí la cabeza, me sacudí todas esas imágenes de encima y volví al lado de Lee, contento y orgulloso de él.

Qué curioso, me dije entonces, lo mucho en común que tenían nuestras vidas y lo poco que se parecían, aunque los dos veníamos del mismo rincón del planeta. ¿Y por qué? ¿Dónde se habían separado nuestros caminos? ¿Por qué seguían conectados? ¿Por qué estaba él en mi jardín trasero, en mi granja, con el débil ruido de fondo de doscientas vacas que mugían? ¿Y cómo había vuelto a casa este famoso, esta persona cuyo nombre todos conocían, cuya voz identificaban millones, hasta el punto de que en muchísimos lugares ya no podía seguir siendo anónimo?

Esa noche me costó mirar el cielo sin acordarme de Lee y de su fama. En ese mismo momento, en cualquier lugar del mundo habría alguien escuchando su música. Lo observé darle la última calada al porro antes de arrojarlo al fuego. Lee, incandescente.

Ronny solía quedarse en la escuela cuando Lee no estaba de gira. Tocaban juntos, Ronny a la batería, dándole a base de bien, y Lee sonriéndole muy agradecido a su maltrecho amigo. Salían juntos a dar una vuelta en tractor a pleno sol. Lee le preparaba a Ronny el desayuno, la comida y la cena. Se sentaban en el inmenso porche de Lee, los dos callados. De noche, contemplaban los picados de los murciélagos sobre un fondo de estrellas. Escuchaban a los búhos. Observaban a los ciervos que pastaban en los prados.

Lee se preocupaba por que Ronny se mantuviera sobrio. Solían sentarse en sus butacas de madera con una taza de café o de chocolate caliente, eso les bastaba. Cuando estaba con Ronny, Lee no tocaba las drogas. Prácticamente. Y si alguna noche se pasaban por el local de la asociación de veteranos para ver un partido de los Packers o para comer una hamburguesa o para compartir esos bocaditos de cuajada de queso fritos que servían en barquitas de cartón, Lee, sin separarse de Ronny, le iba pidiendo Coca-Colas mientras escuchaba absorto y con interés sincero los comentarios de su amigo y su en ocasiones confusa charla. Antes del accidente de Ronny, ninguno de nosotros había sabido reparar del todo en el alcoholismo que casi lo mata, pero el alcohol, por lo visto, se convirtió en su mejor amigo durante los viajes que hacía con el rodeo. Cuando terminaba el espectáculo, espatarrado en la bañera de algún motel, con el cuerpo amoratado cubierto de hielo, se emborrachaba con cerveza barata o vodka de garrafón. La bebida se convirtió en su amante y su canción de cuna, en su aguja y su almohada.

Lee había mandado matar y disecar un toro que luego habían montado en una plataforma sobre cuatro neumáticos bien resistentes. Los dos amigos sacaban al toro a alguno de los campos de Lee y pasaban la tarde dándole pases en el tractor mientras Ronny, agarrando el lazo, lo hacía girar con destreza sobre su cara sonriente y luego lo lanzaba hacia el campo, donde siempre, no fallaba, enganchaba los dos cuernos de la imperturbable criatura.

—Sus músculos no han perdido la memoria —solía decir Lee meneando la cabeza, triste—. Tendría que comprarle un caballo.

La despedida de soltero fue un desastre. Kip había alquilado una limusina de lujo y había comprado unos polos, todos iguales, que tendríamos que llevar puestos. Íbamos a pasar el día jugando a golf. Treinta y seis hoyos. Teníamos reservado el campo entero y también la casa del club. Corrió el rumor de que habría *strippers*. Pero Kip no había invitado a Ronny y Lee estaba furioso. A mí no me extrañó. Kip tenía la manía de moverse demasiado deprisa, de hablar demasiado deprisa, de no escuchar apenas. Siempre había sido así; nunca había terminado de encajar con Ronny, y puede que con los demás tampoco. Con Ronny, no, de eso no había duda; incluso de chicos, él solía quedarse mirándolo fijamente y le soltaba cosas como: «A ver, Kip, ¿a quién coño le importa el curso de nivel avanzado de historia? En serio. Este fin de semana hay una fiesta en la presa. En esto estoy centrado yo ahora. En follar». Cuando pensaba en la despedida de soltero a la que nos había invitado, imaginaba a sus colegas de Chicago: hombres trajeados, hombres con una copa de martini en la mano y los gastos pagados; hombres que habían estudiado en una buena universidad y conducían un buen coche. Con esa suavidad en las manos que dan los despachos. Si Kip no había invitado a Ronny, tal vez lo hubiera hecho para protegerlo, o por la vergüenza que le haría pasar. Pero yo también sabía que ninguna de esas excusas le serviría a Lee, cuyo amor por Ronny rozaba el fanatismo.

Ronny había marcado la fecha de la boda en un calendario que colgaba de un gancho de imán pegado a uno de los lados de la nevera, y meses antes de la fiesta ya nos preguntaba a Lee y a mí a menudo cuándo iba a ser la despedida de soltero.

—Nadie puede quedarse sin su despedida de soltero —decía Ronny—. Nadie, imposible. Es la última juerga, ¿no? La última juerga.

Me entristecía pensar que tal vez Ronny no llegara a casarse nunca.

El día de la despedida de soltero Lee y yo fuimos al apartamento de Ronny.

—¿Has recibido la invitación? —preguntó Lee rebuscando nerviosamente entre las cartas que se amontonaban en la mesa de la cocina, propaganda, más que nada: cupones, propaganda electoral y ofertas de tarjetas de crédito; al apartamento de Ronny nunca llegaban facturas.

—No —respondió Ronny—. La habrán perdido en correos. Yo sé que él quiere que vaya.

—Seguro, tío —le dijo Lee, le hervía la sangre—. Seguro. Espera, ¿vale? Tengo que hacer una llamada, un segundo.

Lee me miró muy serio y entendí que me tocaba vigilar a Ronny, mantenerlo entretenido. Encendí la televisión y fui cambiando de canal hasta que encontramos un documental sobre una manada de búfalos de Montana.

—¡Puedes usar mi teléfono! —gritó Ronny, pero Lee había corrido escaleras abajo y ya estaba en la calle. Lo miré desde la ventana mientras él caminaba por la acera, arriba y abajo, y le gritaba al móvil. Cualquiera hubiera dicho que necesitaba darle una patada a algo.

Al cabo de un rato Lee subía las escaleras con la cara roja.

—Eh, tío, no pasa nada, todo en orden —dijo entrando otra vez en el apartamento—. Acabo de hablar con Kip y me lo ha explicado todo. Resulta que acaba de llegarle tu invitación, la habían devuelto al remitente. Tendría la dirección mal o algo así, supongo.

Ronny miraba la televisión, búfalos que pastaban en una pradera infinita.

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué no me trajo la invitación él mismo? Lo saludo cada día cuando paso por la fábrica. —Lo ilógico del asunto arrancó de Ronny una sacudida de cabeza y unas risas afables.

Lee soltó una bocanada de aire.

—No sé, tío. Buena pregunta.

Tenía los puños apretados. Miró afuera. Era un día de octubre precioso. Sol brillante, cielo despejado, las llamas frías de las hojas de otoño cubriéndolo todo. En el aire, olor a manzanas pasadas y estiércol.

No pasó mucho tiempo antes de que una limusina se detuviera delante del apartamento de Ronny y diera seis bocinazos. Lee me miró y entonces lo vi, advertí por primera vez que era un hombre poderoso, que le bastaba con una llamada de teléfono para conseguir lo que se proponía. Vi que estaba acostumbrado a salirse con la suya, que no solía llevarse chascos.

Ronny le dio la espalda al televisor con la cara resplandeciente de entusiasmo.

—Fiesta —dijo sonriendo, y chocó su palma contra la nuestra, un golpe enérgico y sonoro. La palma de la mano me dolía.

Asentimos.

—Fiesta —dijimos con todo el entusiasmo que logramos reunir.

Bajamos las escaleras y nos dirigimos a la limusina parada. La llenaban buena parte de nuestros mejores amigos y algunas caras nuevas, entre ellas, la de una fotógrafa, una joven con dos cámaras colgadas al cuello. Parecía dispuesta a capturar con esa Nikon tan complicada cualquier momento que pudiera revestir el más mínimo interés; prestaba especial atención a todas nuestras manos, donde se agitaban, ruidosos y grandilocuentes, copas de champán, botellas de cerveza y vasos de *whisky*.

—¡Sí! —gritaba Ronny observando el panorama—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Fiestaaaa! —como en un acto reflejo, el apretujado grupito le correspondió con otros vítores.

Agachando la cabeza, seguimos a Ronny y nos metimos en la limusina, donde nos acomodamos mientras doblaba por Main y, cual aguja de una brújula gigantesca, se reorientaba hacia el campo de golf. Dentro sonaba una música atronadora que no pude reconocer. Lee se me acercó.

—No pierdas de vista a Ronny. No lo pierdas de vista. ¿Me entiendes?

Asentí, y entonces me percaté de que la limusina y la despedida de soltero habían sido una mala idea, de que todo aquello era una idea malísima a la que nos veíamos arrastrados; Lee había exigido que invitaran a Ronny, pero ahora se daba cuenta del enorme peligro que entrañaba la fiesta para su amigo. Lee se sentó muy tieso, apretando los puños y la mandíbula.

—Dale algo de beber —gruñó Lee entre todo ese jaleo—. Pero nada de cerveza. Nada de alcohol.

Alcancé con la mano una Coca-Cola y se la abrí a Ronny, que le dio un trago a la lata de aluminio.

—¡Sí! —exclamó cogiendo aire y secándose la boca con el brazo—. ¡Sí!

—¡Eh, eh, eh! —gritó Kip—. ¡Eh! —le dio un golpe a la copa de flauta de champán con su navaja suiza—. Tengo algo que anunciar, ¿vale? ¡Ha llegado el momento del anuncio! —Me recordaba un jefe de los *scouts* incapaz de controlar a la tropa—. ¿Puede callarse todo el mundo de una puta vez? ¡Eh!

—¡Que hable! —gritaba el personal—. ¡Que hable! ¡Que hable!

El grueso de los invitados lo integraban nuestros amigos, pero en ese momento tuve la sensación de que solo estábamos Lee y yo, con Ronny a nuestro lado. La fotógrafa nos enfocó, enfocó a Lee, y, al dispararse, el *flash* nos cegó por unos instantes. La fotógrafa, como quizá era de esperar, solo parecía interesada en hacerle fotos a Lee, ya la veía recortándonos a Ronny y a mí para sacarnos de la imagen. Me pregunté entonces si la fama sería eso: un montón de desconocidos con cámaras y esa ceguera que sigue a un retrato inesperado. Me acordé de una clase de historia de secundaria en la que nos hablaron de unos nativos americanos que pensaban que fotografiarlos equivalía a robarles el alma.

—Ni os imagináis lo mucho que significa para mí que estéis todos aquí hoy, ayudándome a celebrar mi gran día. Estoy abrumado, tíos, de verdad. —No se lo veía abrumado. El pelo castaño rojizo, espeso y largo, lo llevaba peinado con gomina, bien retirado de esa cara en la que se apreciaba una calma tensa, y de la barba bien recortada que perfilaba su poderosa mandíbula, y esbozaba una sonrisa absolutamente controlada, casi irónica—. Felicia y yo estamos contentísimos por cómo nos habéis acogido de vuelta en nuestra comunidad. Con los brazos abiertos. Y por lo entusiasmados que estáis con la fábrica. ¿Sabéis una cosa? Significa muchísimo para nosotros. Y mañana —y al llegar aquí se detuvo con la seriedad fingida y el gesto teatral del avezado maestro de ceremonias de alguna empresa— vamos a ir todos al viejo granero a ver una boda fantástica y a pegarnos una fiesta de las buenas.

Aún no había terminado el monólogo, pero Ronny exclamó: «¡Fiesta!» y levantó los puños en ese aire cargado de alcohol. Del grupo se elevaron algunas risas poco convencidas, pero Lee le pasó el brazo a su amigo por los hombros y le susurró algo al oído. Le vi mover los labios, aunque no llegué a oír sus palabras. «Tú no te separes de mí, tío —imaginé que le diría—. Vamos a liarla a base de bien los dos juntos, ¿vale? Tú y yo».

Dedicándole a Ronny un cabeceo indulgente, Kip continuó.

—A ver, escuchadme. Os he traído a todos un regalito, ¿vale? Unas camisetas. No es gran cosa, pero algo es algo, ¿no? Quiero que os las pongáis ahora. Porque hoy somos un equipo. Un equipo de amigos, ¿vale? Quiero que os divirtáis. Quiero que hoy os olvidéis de todo, ¿estamos? Muy bien. Ya está, ya he dicho lo que tenía que decir. Ahora, a divertirse.

Kip metió la mano en una bolsa de la basura negra y sacó un montón de polos rojos, todos con un bordado encargado para la ocasión: dos palos de golf cruzados y una fecha. Empezó a pasarlos. Hasta dio unos golpecitos en la mampara de plexiglás de la limusina y le pasó uno al chófer. Luego le pasó otro a la fotógrafa, el último, por lo visto, demasiado pequeño; cuando se quitó dócilmente la camisa para ponerse esa prenda que tanto iba a incomodarla, algunos de los presentes acogieron con vítores la exhibición, irritantemente breve, del abdomen y el sujetador. Y luego Kip les lanzó un polo a todos los amigos que había congregado. A todos menos a Ronny

Taylor, que, con manos vacías y expectantes, y sin que se notara apenas, se quedó mustio. Lee, que cazó la situación al vuelo, le entregó su polo a Ronny.

—Aquí tienes, tío —le dijo—. Kip se habrá olvidado de encargarme el mío.

Pero cuando Ronny le devolvió la mirada a su amigo, la tristeza de su rostro delataba que lo entendía todo. Ronny tardó unos instantes en sacarse la camisa que llevaba, y fue entonces cuando le vimos las cicatrices de sus días en el rodeo, ese agujero repugnante cerca del hombro de carne que le faltaba, los groseros puntos que le habrían dado en la enfermería de algún estadio o en la sala de urgencias de algún pueblucho. El abdomen, admirablemente plano, presentaba ondulaciones, músculos, y sobre el corazón, en un tatuaje borroso de letras azules, se leía la palabra CORVUS —el nombre artístico de Lee— acompañada de la tosca imagen de un cuervo posado sobre el cable de un poste telefónico. El tatuaje, que ya tenía casi diez años, se lo había hecho antes de que Lee se volviera famoso, cuando no éramos más que unos críos.

—Todavía me cuesta creer que te lo hicieras —dijo Lee tocando el tatuaje de su amigo. Asintió en silencio mientras sonreía.

—Creía en ti —dijo Ronny, mortalmente serio—. Y todavía creo en ti. Eres mi amigo.

No había un solo ojo en esa limusina que no estuviera posado en ese par. Fuera del larguísimo vehículo, el mundo seguía su curso —el tráfico, algún tractor de vez en cuando, un viejo granjero que andaba por el arcén de grava camino del pueblo, derecho, quién sabe, al banco o a la biblioteca—, pero allí dentro la vida era un diorama de bocas abiertas, ojos incapaces de pestañear y alientos contenidos. Y entonces Kip interrumpió.

—Eh, Lee. ¿Y tu polo?

—Es que a mí nadie me ha dado uno —respondió Lee. Tenía una mano apoyada en la rodilla de Ronny y hablaba con voz severa—. Pero tranquilo, jefe. No importa, en serio.

—Pero... —dijo Kip, y aunque tenía los ojos clavados en lo que debía haber sido el polo de Lee, ahí mismo estaba, en la espalda de Ronny, por el titubeo de su voz supimos que a Lee lo dejaría en paz. Que aunque en esa limusina todos íbamos iguales, uniformados, todos menos Lee, repantingado sobre la reluciente tapicería de cuero con su sempiterna camisa de franela y sus tejanos rotos, Kip no iba a desafiarlo. Kip golpeó con los nudillos la mampara; empezamos a movernos más deprisa y el volumen de esa música de bajos atronadores fue aumentando mientras el gigantesco vehículo ganaba velocidad.

Éramos casi todos granjeros, no golfistas. Pero ese día hacía bueno, y ante nosotros se desplegaba un panorama espectacular: campos de golf verdes y resplandecientes, y el cielo, en lo alto, desprovisto de hasta la menor nube. Kip había alquilado unos carritos de golf y nos había repartido en parejas. Eddy Moffitt y yo compartiríamos carrito, y Kip, advertí, se había adjudicado a Lee. La fotógrafa se apresuró a sacar varias fotografías de los dos, uno al lado del otro, palo en mano. Ronny se quedó a un lado, apartado, examinando la hoja de las parejas, recorriéndola con el dedo hasta llegar abajo sin encontrar su nombre. Lo observé rascarse la cabeza. Me acerqué a Eddy.

—Oye, Eddy —le dije al oído—, voy a emparejarme con Ronny, ¿vale?

Eddy era un buen tipo, corredor de seguros, nos llevaba los de todos, y lo pilló al vuelo.

—¡Eh, Ronny! —gritó—. ¡Ronny! Eh, tú estás aquí con Hank.

Eddy me dio unas palmaditas bondadosas en la espalda con esa mano suya tan grande y me tiró de la cabeza para acercársela a la suya.

—No sé a qué está jugando Kipper —susurró—, pero es una gilipollez de las buenas. Bueno, a pasarlo bien, tíos. Yo me acerco al club. A ver si ya están aquí las *strippers*.

Volvió a darme unas palmaditas con ese pedazo de mano. Eddy había pasado muchos años trabajando en su granja antes de perderla por un accidente con el tractor. No tenía seguro, nunca había podido permitírselo, y las facturas del hospital lo habían arruinado.

Le di un apretón a Ronny, encontramos un carrito con dos bolsas de palos en la parte trasera, y nos dirigimos al primer *tee*. Sobre los palos, en el portaequipajes, había unas cervezas al fresco. Ví a Ronny clavarles los ojos al instante, a cada bote que pegaba el carrito el hielo repicaba contra el aluminio frío. Frené y me bajé para sacar las cervezas de ahí. Los gemelos Giroux tenían el carrito parado, y cuando lo movieron para adelantarnos le pasé la nevera portátil a Cameron, que nos saludó sorprendido mientras su hermano Cordell hundía el pie en el acelerador, dispuesto, sin duda, a salir pitando antes de que cambiáramos de opinión. Ronny se quedó un poco tristón, y advertí que se lamía los labios agrietados al ver a nuestros amigos beber al calor del sol: la cerveza bajando garganta abajo, los labios mojados, el aire súbitamente perfumado con el dulce aroma a cerveza americana barata. Era el olor de nuestra infancia, el olor de los silos y los graneros y los campos en los días de siega. La cerveza era nuestro tónico, y yo comprendía a la perfección la tortura por la que estaría pasando Ronny. No tenía el cerebro tan dañado como para haber olvidado las luces mortecinas de nuestros bares de siempre y el ruido de nuestros *jukeboxes* favoritos. Ni las noches que habíamos pasado en el campo, tumbados en la caja descubierta de una vieja camioneta, vaciando docenas de latas de cerveza y arrojándolas luego a los diques en esos maizales infinitos. Ni cómo después, borrachos, hacíamos el amor: el tacto de los dedos, el peso de los pechos, la caricia de las piernas, los forcejeos con las tercas cremalleras, los tirones que había que darles a unos vaqueros demasiado ajustados. La cerveza había sido el motor de nuestros mejores recuerdos. Y entonces comprendí cuantísimo debía de echar de menos Ronny su vicio favorito; comprendí que entre los maltrechos circuitos de su cerebro quedaba todavía una sed insaciable. Una parte de mí quería ayudarlo a calmarla, pero no iba a hacerlo, claro, no lo haría nunca. Y tal vez podríamos haberle ofrecido una cerveza de vez en cuando, pero nadie quería arriesgarse. Y, además, ¿para qué? ¿Qué bien iba a hacerle?

Pasamos horas jugando a golf con la cara quemada por el sol y los labios secos y agrietados. En unos carritos nos trajeron hamburguesas con queso y perritos calientes, y botellas de agua y Coca-Cola, pero ni así: el golf nos había dejado agotados. El sol dibujó un arco sobre nuestras cabezas y procedió a descender hacia el oeste. Éramos unos jugadores atroces, Ronny y yo, pero de vez en cuando un buen golpe nos permitía darle a la bolita, que salía volando sobre el campo derecha a algún banderín situado justo encima de un huequito abierto en la tierra. Echábamos unas risas juntos y, de repente, entendí por qué Lee era tan amigo de Ronny. Pues claro: los dos eran solteros, amiguitos que se habían hecho mayores sin mujer ni hijos que les fastidiaran la diversión, y tal vez por eso yo ya no llamaba a Ronny ni lo invitaba a salir conmigo a cazar urogallos ni a acercarnos donde el vendedor de maquinaria a pedir algún presupuesto. No sé. Era bueno, sincero y amable. Pasamos la tarde dando vueltas por el campo con el carrito, dando golpes y animándonos mutuamente, y las preguntas que me hizo no podrían haber sido mejores: Beth, los niños, mi granja y los tractores. No le interesaban ni nuestros raquíticos ingresos ni nuestros

coches usados ni nuestras míseras inversiones. Su curiosidad era auténtica. Lo invité a cenar a casa.

—Gracias —me dijo. Y luego—: ¿Quieres que lleve algo?

—Con tenerte a ti nos basta, Ronny. Tú y nada más.

Treinta y seis hoyos de golf más tarde, y con las palmas de las manos llenas de ampollas, nos pusimos en marcha de regreso a la casa del club, aunque a Ronny parecía bastarle con recorrer el campo con el carrito mirando los hoyos: las bermas, los búnkers, los lagos y las calles, largas y estrechas. No fuimos los primeros en llegar al club. La despedida de soltero en pleno ya estaba allí, prácticamente, todos borrachos y a punto de ceder bien a la camaradería, bien a la agresividad más desatada. Sobre la barra del bar había dos *strippers* desnudas con el cuerpo reluciente de lo que parecía champán. Me fijé en la cara de Ronny, en la que apareció una sonrisa tostada por el sol. Yo también sonreí.

—¡Fiesta! —exclamó Ronny, anuncio que hizo que todos se volvieran a mirarlo y lanzaran un rugido de aprobación.

Ronny acababa de convertirse en su mascota. Alguien me lo arrebató y lo empujó hacia la barra de las *strippers* donde, boquiabierto, se quedó mirando fijamente sus cuerpos firmes y bronceados. Eran atractivas, de un atractivo ya cada vez más visto, y exhibían sus retoques sin empacho; las cicatrices de alguna operación de estética les habían oscurecido la piel que quedaba justo debajo de los pechos, y su mirada se perdía más allá de nuestras cabezas, llena de energía y, también, de un aburrimiento mayúsculo. Me di cuenta de que a ellas Ronny debía de parecerles normal, hasta guapo y todo. Antes del accidente era el rey del instituto y salía con las chicas más guapas de la ciudad. Todavía conservaba el cuerpo flaco que le había trabajado el rodeo y una cara brutalmente bella y esculpida. Miró a las *strippers* y entonces caí en que estaría recordando algún momento del pasado, algún pueblo del oeste donde tal vez se habría enamorado un par de noches. La magia del motel en Butte o Billings o Bozeman. A veces olvidábamos con demasiada facilidad que Ronny seguía siendo un hombre.

Así que me retiré a los márgenes de la fiesta y me puse a mirar a Ronny desde lejos mientras él, con la cabeza levantada, clavaba los ojos en las *strippers* y alargaba la mano para tocar con los dedos esas pantorrillas torneadas, esas uñas de los pies pintadas, esos tobillos finos.

Ya había anochecido cuando Kip y Lee llegaron por fin al club; tenían la piel quemada por el sol y el pelo revuelto por el viento, y se miraban con cara de pocos amigos. Se dirigieron cada uno a un extremo de la barra sin reparar en las mujeres desnudas que bailaban sobre ellos, y vi que los dos pedían algo que parecía *whisky*. En cuanto se lo hubieron terminado de un trago, pidieron otro. Tenían los ojos furiosos. Por fin, tras pedir el tercer *whisky*, Lee se alejó de la barra y se desplomó a mi lado, en una butaca.

—El muy cabrón me ha hecho jugar todos los putos hoyos. Los treinta y seis. Qué puta agonía —dijo Lee. Los cubitos del vaso parecían chapotear en gasolina—. Me ha dado una paliza. En todos los hoyos. Y no me ganaba por un golpe o dos, no. Por seis y hasta por siete. En todos los hoyos. Ni un *mulligan* ni nada, y en todos los hoyos me ha obligado a contar. Riéndose en mi cara todo el rato. Cabrón. —Miró a Kip, en la barra.

—Relájate, Lee. Para mañana todos tendremos que haber hecho las paces.

Yo no despegaba los ojos de Ronny, encaramado a la barra. Sujetaba un billete de un dólar en lo alto, cual antorcha. Una de las mujeres recibió el billete entre los pechos, y alcancé a verlo

suspirar como extasiado. Los del grupo se habían alejado de la barra y también lo miraban mientras le suministraban billetes de dólar.

—Que le den por culo —dijo Lee—. En serio. ¡Que le den por culo! A veces me pagan diez mil dólares solo por presentarme en algún lugar y tocar una maldita canción. Y así es como me trata el cabrón. Como la mierda.

Se quedó callado y yo también; sus palabras flotaban en el aire como un humo que no hubiera manera de aventar. Nunca lo había oído decir algo así, nunca antes lo había oído hablar de dinero. Con las manos en el regazo, las cerró, volvió a abrirlas y luego las levantó para arreglarse el pelo.

—Lo siento, tío —dijo—. Eso ha sido muy cutre. Es su gran día. ¿Qué más da que me pegue una paliza al golf? Yo no juego nunca. El golf. La salida al campo del maldito *yuppie*.

Nos quedamos así un rato, yo no tenía nada que decir. Mi año en la granja había sido muy duro. La bajada del precio de la leche había coincidido con unos precios disparados del diésel y de los fertilizantes. Acababa de estrenar cosechadora y de pagar la operación de anginas de Eleanore. Con el rebaño lechero habíamos llegado a un punto en el que las dos únicas opciones eran crecer o morir: o invertíamos más dinero en la granja y comprábamos más vacas, o tocaría empezar a pensar en dejarlo. Beth y yo estábamos hipotecados hasta las cejas, y nuestras incursiones en la bolsa, de la que habíamos salido igual de malparados que el resto del mundo, no nos permitían ahorrar para la universidad de los niños. Beth había llegado a casa con información sobre cupones de comida y prestaciones de salud públicas. Yo llevaba días sin dormir bien, y no sabía qué iba a hacer si la granja se iba a pique. Hasta aquel momento no me había hecho una idea de cuánto ganaba Lee, aunque sí me lo habría preguntado alguna vez, eso seguro. Pero era consciente de que para mí sus ingresos eran como sus viajes: inimaginables. Y ahora, lo crudo del asunto, su realidad, me entristeció.

Hacía un tiempo, cuando la situación parecía especialmente dura, había pensado en pedirle un préstamo a Lee; Beth incluso me había animado. Pero nunca hice nada.

—Oye, Lee —dije, y él me miró con las pupilas todavía pequeñas y enfurecidas. Pero no fui capaz de continuar.

—Vamos, saquemos a Ronny de aquí. Tengo que ir a buscar a Chloe al aeropuerto mañana por la mañana temprano. Deberíamos largarnos antes de que pase algo.

Pero Kip había aparecido en ese preciso instante y nos miraba desde arriba con la fotografía, que asomaba sobre su hombro, haciendo equilibrios sobre la punta de los pies y sacando fotos en la penumbra del club. Kip sujetaba una botella de Johnny Walker azul en la mano y tenía los labios brillantes de alcohol.

—Bueno, ¿al final dónde está tu uniforme? —le espetó a Lee con algo a medio camino entre la sonrisa y la mueca despectiva. Le dio un golpecito en el brazo a Lee—. ¿Eh?

Lee meneó la cabeza.

—El mío te lo olvidaste, ¿no te acuerdas?

—No, no me lo olvidé —respondió Kip—. Lo que pasa es que tú lo has regalado.

Lee se encogió de hombros y miró a Kip, y entonces vi que algo había cambiado: ya no eran amigos, ya ni si quiera se llevaban bien, ahora no eran más que dos hombres que no se soportaban, dos hombres que lo único que compartían era una geografía común. A partir de ese momento, cualquier intersección en sus vidas no se debería más que a una mera coincidencia.

—¿Entonces? ¿Cuándo podré conocerla? —bramó Kip haciéndose oír sobre esa música atronadora.

A su espalda, las *strippers* se habían bajado de la barra y frotaban sus caderas tostadas contra Ronny.

Lee se quedó mirando a Kip.

—¿Cuándo podrás conocerla? ¿Qué coño estás diciendo, Kip? ¿Qué pasa, que quieres un puto autógrafo?

Kip se quedó asimilando las palabras de Lee durante unos instantes, sonrió y se volvió para lanzarles una mirada lasciva a las *strippers*.

—Si queréis, el chófer os llevará a casa, chicos. No quiero que te estropees la voz gritándome, de ninguna manera.

Le dio un trago a la botella y volvió con el resto del grupo, aunque para aquel entonces eran pocas las caras que me sonaban. Los Giroux se habían ido. Eddy se había ido.

Nos levantamos, fuimos a buscar a Ronny, que parecía algo reacio a retirarse, y nos marchamos con los tímpanos como un bombo, el pelo oliendo a un perfume extraño y la nariz quemada de tanto sol. Ronny se repantingó en el asiento de suavísimo cuero y se puso a mirar el cielo de la noche por el techo panorámico. Tenía una sonrisa en la cara y dos trozos de papel alojados en el bolsillo de los Wranglers: los números de teléfono de las *strippers* garabateados junto al nombre de cada una —«Lucy» y «Brandi»— y, como decoración, unas os en lápiz de labios rojo que las chicas habían dibujado dándole al papel un beso de buenas noches.

—Que yo ya tengo el culo pelado, chicos —repetía Ronny—. Vaya que sí. El culo pelado.

Lee le pasó el brazo por los hombros y los dos se pusieron a mirar las estrellas en el cielo. Les sonreí, cerré los ojos y dejé que el chófer me llevara de vuelta a mi cama, a mi mujer y a mis hijos.

La mañana siguiente la recuerdo con total claridad. El caos de casa, los padres de Beth, que estaban abajo con los niños, el ruido de los dibujos animados del televisor. Beth estaba en la ducha, ese día tardó más en salir que de costumbre. En alguna habitación, una radio retransmitía un partido de fútbol temprano. Parado delante del espejo, me hice el nudo de la corbata. Había pertenecido a mi padre; la seda estaba algo desgastada, y el estampado, pasado de moda. Esa mañana, la cara que veía en el espejo no me gustaba: tenía la nariz roja del sol de la víspera, una rozadura cerca de la mandíbula que me había hecho al afeitarme, y las primeras y fofas señales de una papada incipiente. Metí tripa para abrocharme los pantalones. Era probable que necesitara un traje nuevo, pero no había dinero para trajes nuevos. Me hice el nudo de la corbata otra vez y luego volví a rehacerlo, pero por más que lo intentaba la seda se veía finísima y demasiado estrecha. El espejo me devolvía la imagen de un nacimiento del pelo cobarde que, de puntillas, iba alejándose de mis cejas, y al pensar que conocería a Chloe me puse nervioso de repente. Lee nos había invitado a Beth y a mí a un *brunch* en su casa antes de salir en coche hacia la granjita de juguete de Kip. Lee había ido a recibirla al aeropuerto de Minneapolis a primera hora. Pasaríamos a recoger a Ronny de camino.

Esa mañana Beth se probó cinco conjuntos distintos intercambiando zapatos, collares y pendientes. La entendía; de haber tenido más de un traje, yo habría hecho lo mismo. Como solo

tenía uno, me senté a mirarla en una silla desvencijada del dormitorio. Yo la veía preciosa. Advertí que se había depilado las piernas, suaves y tersas sobre los finos tobillos. Se ahuecó el pelo y frunció los labios ante el espejo.

—¿En qué piensas? —dijo por fin volviéndose a mirarme.

Me levanté para acercarme a ella, y justo entonces comprendí que ya empezábamos a hacernos viejos, que íbamos a envejecer juntos.

—Pienso que eres preciosa. —La besé.

—Eh, cuidado con el pintalabios —me dijo apartándome de un manotazo, juguetona, antes de tirar de mí para volver a tenerme cerca. Apoyó la barbilla en mi hombro y, así los dos, nos pusimos a bailar despacio en el cuarto, con la moqueta gastada bajo nuestros mejores zapatos llenos de rasguños—. Te quiero aunque no seas una estrella de rock.

—Te quiero aunque no seas una estrella de cine.

Nos besamos otra vez y bajamos las escaleras cogidos de la mano; así vestidos ya íbamos bien. Los niños vinieron a darnos un abrazo de despedida. El padre de Beth me estrechó la mano, y en ese instante advertí por primera vez que la piel del dedo anular izquierdo empezaba a ocultar su alianza. El anillo ya formaba parte de él, como ese árbol que, pegado a una cerca, va absorbiendo gradualmente el alambre que envuelve su corteza. Y entonces me sentí más feliz; menos... no sé, menos angustiado. Sabía que íbamos a lograrlo, Beth y yo, a pesar de lo que pudiera pasar con la granja o con todo lo demás.

La ciudad bullía de excitación. Las casas de huéspedes y los moteles estaban todos llenos, y el local de la asociación de veteranos y los demás bares del pueblo, repletos. No paraban ni en el Coffee Cup Café, del que los clientes salían con un portazo de la mosquitera y tazas de porexpán llenas de café. Main Street era un hervidero de vehículos desconocidos con matrícula de fuera del estado. Eddy había oído por ahí que la lista de invitados pasaba de los quinientos. De Milwaukee iba a llegar un camión lleno de barriles de cerveza, y en otro traerían los licores. El banquete se lo habían encargado a gente de fuera; iban a desplazarse desde Minneapolis. Supongo que Kip no querría jugarla: él solo se conformaba con lo mejor.

Hacía un día gris, gris dorado, y de vez en cuando el velo de las nubes ocultaba en el cielo esa moneda brillante que era el sol. Hacía buen día para llevar chaqueta.

Ronny estaba sentado en el bordillo delante de su bloque de apartamentos. Llevaba el pelo mojado y peinado hacia atrás. De la barbilla, justo donde se había cortado al afeitarse, le colgaba una tirita roja. Agitó la mano muy contento para saludarnos mientras nos acercábamos, encantado con su traje de poliéster apretado, su camisa blanca y su corbata de bolo. El brillo de sus botas delataba que les había dado betún.

—¡Estás muy guapo, Ronny Taylor! —dijo Beth mientras se me acercaba haciendo sitio en el asiento para que Ronny pudiera sentarse al lado de la ventanilla.

Le dio un beso en la mejilla, y cuando se dispuso a limpiarle el pintalabios de la cara, ya tersa, él se puso colorado.

—Gracias, Beth —respondió él tímidamente.

Oímos la radio durante todo el trayecto: resultados de ligas locales, el tiempo, la noticia del puma que acababan de ver cerca de la ciudad. Con la furgoneta de alquiler rodando con suavidad por las carreteras secundarias, nos dirigimos hacia la casa de Lee en silencio, nerviosos y contentos. Chloe era una gran actriz, famosa y admirada. Entre película y película trabajaba en

Broadway. Había ganado un Globo de Oro por su interpretación de una poetisa cuyo nombre no lográbamos recordar.

Los vimos en el porche de Lee mientras avanzábamos traqueteando por el camino de entrada; tenían los pies descalzos apoyados en la barandilla, y nos saludaron con la mano muy alegres en cuanto nos vieron. Aunque los teníamos a casi cincuenta metros, veíamos sus tazas de café humeantes y las volutas que se elevaban de lo que supuse que serían dos porros que se consumían en el cenicero favorito de Lee. Por su prado rondaba un inmenso rebaño de ciervos, que Lee señaló mientras nos acercábamos a la escuela.

—¡Llevan toda la mañana allí! —gritó Chloe con una sonrisa y la mano en la frente para protegerse del retal de sol que entraba al bies por un agujero entre las nubes.

—Qué monada —dijo Ronny muy contento—. Anda que no me zamparía yo un buen venado.

Beth le dio un ligerísimo puñetazo en las costillas y todos nos echamos a reír. La camioneta se detuvo delante de la escuela.

Nunca había conocido a ningún famoso aparte de Lee, y, como ya he dicho, aunque sabíamos que era famoso, no lo veíamos así. Pero conocer a Chloe... eso sí que fue alucinante. El pelo le olía a vainilla, y todavía recuerdo el tacto de su esqueleto, los huesos finos que tocaron mis manos cuando me abrazó. El brillo y el cuerpo de su melena rubio cobrizo, esos ojos tan abiertos que la hierba había vuelto rosados. Sujetó mis bíceps en las manos y estudió mi cara con lo que deseé que fuera admiración hasta que acabé bajando la mirada y clavándola en mis viejos zapatos.

—Lee dice que eres su mejor amigo —me dijo sin soltarme—. Es un honor conocerte, Hank.

—Pensaba que tu mejor amigo era yo —protestó Ronny. En sus ojos se apreciaba un dolor sincero.

Lee lo tocó.

—Eres tú, Ronny. Pero no se lo digas a Hank.

—Me encantan tus películas. Eres mi Julieta favorita.

Ella se sonrojó educada, doblando el arco de uno de sus bellísimos pies. Tenía la planta sucia, lo vi, y me entraron muchísimas ganas de cogerle los pies con las manos y darles un masaje.

Beth me dio un golpecito en el brazo y me sacó de mi ensueño.

—Pensaba que tu Julieta favorita era yo —dijo.

Nos echamos a reír y Beth y Chloe se dieron un abrazo. Lee entró en casa y salió con un frasquito cilíndrico naranja de los de farmacia. Dentro había dos porros más. Nos los pasó a Beth y a mí.

—Nos hemos olvidado de preparar el *brunch*, tendremos que apañárnoslas con esto. ¿Quieres una Coca-Cola? —le preguntó a Ronny, pero lo único que hacía Ronny era mirar a Chloe, incapaz de quitarle los ojos de encima ni de dejar de sonreír.

Fue una mañana estupenda. Estuvimos repantingados en el porche hasta primera hora de la tarde con nuestras mejores galas y los zapatos tirados por ahí. Miramos a los ciervos, fumamos hierba y el día fue volviéndose cada vez más caluroso mientras el fuego del sol deshacía las nubes delgadas. Chloe nos preguntó por los niños, y de mi billetero y el de Beth sacamos varias fotografías, con las esquinas dobladas y los colores desvaídos, de unos niños que ya eran mucho mayores.

—Perdón —nos disculpamos—, tenemos que cambiarlas por unas nuevas. Han crecido muchísimo.

Casi todos mis amigos tenían móviles nuevos y sofisticadísimos. Beth y yo, no, a nosotros nos bastaba con nuestros viejos móviles plegables de cámara tan pixelada que no daba ni para hacer una foto medio decente. Eleanore y Alex, que sabían un rato largo, nos tomaban el pelo y los llamaban «las antiguallas». Pero allí sentados señalando esas fotos viejas y diciéndole a Chloe la edad que tenía Alex en esa fotografía, o que la otra la habíamos hecho durante nuestra última salida familiar al puerto de Duluth, me sentí lleno de orgullo y muy consciente, también, de nuestra propia mortalidad, como si en esos momentos nosotros fuéramos mayores que Lee y Chloe, que no lo éramos. Pero nuestras vidas eran inconmensurablemente distintas.

—Estos niños son los mejores —dijo Lee—. Los adoro. Son buenísimos.

—Ellos lo adoran a él —le contestó Beth con una sonrisa. Y durante esa pausa en la conversación comprendí que lo que a Beth le habría gustado decir en voz alta era: «Lee sería un padre fantástico. Debería ser padre».

—Es la una. ¿No teníamos que estar allí a la una y media? —dijo Ronny saliendo de casa. Había entrado a buscar más hielo.

Ronny había tenido un asombroso momento de lucidez, y nos quedamos mirándolo unos instantes mientras procesábamos la pregunta. Sin decir palabra, Beth y Chloe se pusieron de pie y se calzaron los zapatos de tacón. Luego todos echamos a correr hacia la camioneta espantando a los ciervos, que se dispersaron por los prados. Íbamos a llegar tarde a la boda y estábamos colocados.

Beth se sentó al volante con Chloe de copiloto, mientras que Ronny, Lee y yo nos sentamos en la caja de la camioneta tratando de agarrarnos a lo que pudiéramos. Nos dedicábamos sonrisas, el viento nos revolvía el pelo, y el aire, fresco y sano, se abría camino por nuestras fosas nasales. Dábamos palmadas al viejo metal de la velocísima camioneta, contentos y vivos, de camino a una boda. Supongo que en ese momento habíamos olvidado de quién era esa boda a la que tan raudos nos dirigíamos.

«¡Va! ¡Va! ¡Va!», gritábamos entre ráfagas de aire. Ronny, encantado con la velocidad que había tomado el vehículo, no paraba de reír. Chloe y Beth se miraron y también soltaron una carcajada. El granero quedaba a cuarenta y cinco minutos, pero la camioneta iba a ciento treinta.

Lee y yo nos sentamos cerca de la pared delantera de la caja con la espalda apoyada en la ventanilla de la cabina y nos pusimos a contemplar el mundo que desaparecía a nuestras espaldas: los colores del otoño que salpicaban el verde inmutable de los pinos de Canadá y de los pinos blancos, la pintura blanca y amarilla de las líneas de la calzada que se desplegaban a nuestros pies kilómetro tras kilómetro, prácticamente infalible. Las granjas con graneros rojos y blancos. Las vacas y los caballos y las ovejas y, de vez en cuando, la parsimoniosa calesa de unos amish. En una ocasión, Ronny se puso de pie en la caja y Lee y yo alargamos la mano para cogerlo por la trabilla del pantalón, tiramos para que volviera a sentarse, pero él seguía de pie de cara al chorro de viento, y durante unos instantes extendió los brazos como formando una cruz de hierro, ojos cerrados y pelo al viento. Y allí sentados, mirándolo con una mezcla de inquietud y admiración, aún podíamos ver al viejo Ronny: equilibrio, fuerza y energía desatada.

Llegamos tarde, pero por muy poco, los prados estaban llenos de vehículos y de invitados que se dirigían al granero, torpes con esos tacones altísimos y esos zapatos de charol, probablemente

alquilados, que les apretaban. Los viejos se agarraban a los jóvenes de la familia. Los caballos miraban al frente sin dejar de rumiar. Saltamos de la camioneta, sin resuello y con una sonrisa. Chloe y Beth se veían jóvenes y resplandecientes. El vestido de Chloe era una maravilla: telas de las mejores y delicadas lentejuelas. Se apartó el pelo de los ojos y con mano experta se pasó un pincel de maquillaje por la cara. Ella y Beth compartieron pintalabios y, con sus finos dedos, cada una le retocó la boca a la otra porque les faltaba tanto un espejo como el tiempo para mirarse en él. Lee escupió en la palma de la mano y se alisó el pelo. Yo lo imité y me enderecé la corbata. Ronny se limitó a sonreír feliz y nos sumamos a la multitud, contentos de entrar en el granero todos juntos. Y luego, de repente, Lee se paró. Tenía la cara blanca.

Los demás también nos paramos y lo miramos.

—Mierda —dijo con algo parecido a la incredulidad—. Mierda, mierda, mierda. Joder.

—Tu guitarra —dije yo.

Asintió en silencio y luego siguió meneando la cabeza.

—Supongo que tendrás que cantar a capela —añadió Chloe alegremente cogiéndolo del codo—. No es ninguna tragedia, ¿no?

Le di un empujoncito a Lee.

—No pasa nada, colega —le dije—. Así Kipper tendrá algo de lo que quejarse.

Reanudamos la marcha hacia el granero, en cuyo exterior advertimos una muchedumbre de lo que nos parecieron fotógrafos mezclándose entre los invitados. De repente tuvimos la impresión de que se nos acercaban levantando la cámara sobre la cabeza a medida que iban acelerando; algunos corrían y todo.

—¡No puede haber contratado a toda esa gente! —dijo Beth cuando nos dirigimos a su encuentro.

Chloe fue la primera en entenderlo todo.

—No pasa nada —dijo—. En serio. No pasa nada. Me parece que a algunos de estos payasos los reconozco y todo. Podríamos tratar de hablar con ellos, ¿sabéis? Darles lo que andan buscando, que sea algo rápido. Para sacárnoslo de encima, ¿sí?

Se apoyó en el brazo de Lee, y entonces advertimos que estaba coloradísimo, que estaba furioso. Chloe le apoyó sus delicadas manos en la mandíbula, nos dio la impresión de que quería que él la mirara, de que estaba tratando de calmarlo.

Y entonces los *paparazzi* se les echaron encima, casi derriban a Ronny al pasar por su lado en una estampida. Chloe, gritaban, Lee, gritaban, y también lo llamaban por su nombre artístico. Les daban instrucciones a Chloe y a «Corvus» para que posaran y se abrazaran. Se acercaron más a la pareja. Uno hasta alargó la mano para arreglarle a Chloe el fleco del vestido. Lee quiso darle una patada, pero Chloe le apretó la mano con fuerza y vimos que la cara le cambiaba, que, y no pude evitar ese pensamiento, que se le endurecía. Sus labios se veían ahora bulbosos, sus ojos, fríos, con el atractivo de los cantos rodados. Dio un paso al frente con los tacones firmemente clavados en el barro. Sabía bien qué aspecto ofrecía.

Zafándose de su mano, Lee se alejó de ella y echó a andar hacia el granero. Yo entré con él y Ronny siguió a la zaga. Lee encontró a Kip en la puerta, recibiendo muy atareado a los invitados. Estaba mirando el reloj cuando Lee lo agarró del hombro para alejarlo del gentío y llevárselo a un rincón. Cogió a Kip por la corbata y le pegó la cara a la suya.

—¿Esto qué coño es, tío? —dijo—. ¿Qué coño está pasando?

Kip se encogió de hombros, sonrió, apartó la mano de Lee de la corbata y se la alisó.

—No hay publicidad mala, ¿no es eso? Oye, eres famoso. Tu novia es famosa. No sé, pensé que ya estarías acostumbrado a estas cosas. —Kip esbozó una sonrisita—. A mí no me parece tan grave. Y además —dijo con satisfacción evidente—, fuiste tú quien la invitó.

—¡Aquí no, tío! Aquí no. ¡Aquí nunca! Este es mi hogar, ¿vale? Este es mi hogar —gruñó Lee. Echaba humo, estaba al borde de las lágrimas. Se puso a andar delante de Kip, arriba y abajo, con los puños blancos de tan apretados—. Y una cosa más —añadió. Había recuperado el control de la voz y volvía a tener la cara de Kip pegada a la suya. Las venas de la frente le latían. Nunca lo había visto tan enfadado. Ronny le apoyó una mano en el hombro y apartó a Kip con delicadeza—: Cantaré una canción. Y luego se acabó. ¿Me oyes? Para siempre. No vuelvas a llamarme nunca más. ¿Entiendes?

—Tranquilo —dijo Ronny—. Tranquilo, colega.

Entonces entramos en el granero y dimos con nuestras sillas. Aquello estaba lleno: algunos invitados estaban en el pajar, pero la mayoría ocupaban el inmenso suelo de tablas restaurado, y los que no cabían hasta habían bajado al sótano de piedra, donde el esqueleto de los viejos montantes seguía atornillado al suelo. Afuera había más gente hablando en corros, rondando por ahí y mirando por la puerta. De las vigas colgaban cirios, y de los marcos de las puertas, paños de gasa.

La luz se filtraba en el interior del granero por las rendijas del entablado de la pared y un potentísimo equipo de sonido emitía el *Canon en re mayor* de Pachelbel cuando la novia, en el fondo del granero, echó a andar con su vestido blanco y el brazo bien agarrado del codo derecho de su padre. Desprendía luz. Las mejillas llenas de arrugas de su padre estaban mojadas de lágrimas. Avanzaron lentamente entre los presentes hacia Kip y el pastor, y al observarlos me pregunté si el lentísimo ritmo de aquellas marchas respondería al interés de la novia, que nunca había estado tan bella en su vida, o al del anciano padre, que se preparaba para entregarla. *Flashes* que se disparaban, algunos todavía dirigidos a Lee y Chloe.

A media ceremonia, el pastor le hizo señas a Lee, que se levantó de su silla en silencio y se dirigió al frente del granero. Lo observé estrecharle la mano a Kip y luego darle un beso a la novia en la mejilla antes de susurrarle algo al oído que le arrancó una sonrisa como nunca antes le había visto. Nadie diría que estaba furioso con Kip. Así de elegante era. Se acercó al micrófono. Lo enfocaban todas las cámaras. Se alisó el traje arrugado y se arregló el pelo.

—Me he dejado la guitarra —dijo tímidamente.

La multitud agradecida se echó a reír. No pasaba nada. La ceremonia había liberado parte de su tensión y varios de los presentes hasta se pusieron a aplaudir y a silbar. Lee se encogió de hombros, levantó las manos vacías en el aire y puso cara de «Qué diablos».

—Así que, a ver —continuó—, he pensado que podríamos cantar todos. A coro. Podríamos cogernos de la mano y cantar juntos. Creo que casi todos os sabéis la letra de esta canción, pero si no, no pasa nada. Me seguís. Sin miedo, ¿vale? Que no os dé miedo cantar, nunca.

Le di una mano a Beth, a un lado, y a Ronny, al otro. Cuando nuestro amigo empezó a cantar, levantamos la vista y lo miramos. Lo acompañamos. La letra nos la sabíamos todos.

*Wise men say, only fools rush in
But I can't help, falling in love with you*^[1].

Y entonces nos convertimos, todos juntos, en un pueblo, en un grupo de amigos y desconocidos endomingados; nos tocábamos, nos cogíamos de las manos, cantábamos y nuestras voces se elevaban derechas a las vigas y hacían temblar la llama de los cirios, nuestras voces resonaban en el oxidado tejado de zinc, y su eco llegaba a los prados donde los caballos debían de andar irguiendo la pesada testuz y aguzando el oído que escondían en esas orejas altísimas para preguntarse qué sería aquel extraño ruido nuevo. Toqué bien la mano de Ronny, su piel callosa, y la estreché bien entre la mía, y le tuve lástima y, al mismo tiempo, me alegré de estar a su lado, me alegré de que estuviera allí. Y justo entonces me acordé de cuando, muchos años atrás, le cogía la mano en el hospital, y sentí un nudo en la garganta. Y también toqué la suave mano de mi mujer y rocé con el pulgar sus venas y sus uñas, y en mi corazón se abrió un inmenso pozo de amor que, eso yo lo sabía, era tan desbordante como infinito. Ante nosotros teníamos a nuestro amigo, su voz se mezclaba con la nuestra, y le guiñé el ojo y él me devolvió el guiño. La canción terminó, pero yo no les solté la mano a esas dos personas a las que quería, y advertí que allí dentro muchos habían hecho como yo, lo notaba, se aferraban a sus amigos y a su familia y a los viajeros que estaban allí para presenciar la boda del granero. Lee se alejó del micrófono, le hizo una señal a Kip con la cabeza, le dio otro beso a Felicia y se sentó. Chloe lo besó suavemente en la sien, y los dos me parecieron enamorados.

Kip se volvió hacia su nueva esposa y la besó, y luego los invitados nos pusimos en pie y rompimos a aplaudir. Los recién casados echaron a andar por el pasillo para salir del granero y al instante empezaron a circular saquitos de arroz, y todos les lanzamos nuestro confeti blanco, arroz que se pegaba al velo de la novia, a su pelo y a su bronceadísimo escote. Entonces salimos afuera, al fresco, donde se había formado una fila para saludar a los novios. Advertí que Chloe y Lee se habían escabullido hacia una esquina del granero, cerca de los cimientos de un antiguo silo de piedra, y allí se habían quedado, fumando cigarrillos, elegantes casi a su pesar. Beth y yo saludamos a Kip y a Felicia, que no podría haber estado más distinguida en ese día, el suyo.

La cena se sirvió en larguísimas mesas dispuestas en un prado cercano. Bebimos vino, charlamos, comimos faisán y *gnocchi* y verduras y pan calentito recién hecho. Se oyeron brindis y la plata repiqueteó contra las copas. En varios momentos, la novia y el novio se pusieron en pie para darse besos apasionados que arrancaron más aplausos y silbidos. Todos estaban felices. Hasta Lee parecía contento; Ronny no paraba de buscar la palma de Lee con la suya mientras cantaba.

Darling so it goes, some things are meant to beee...!^[2]

El crepúsculo ya había caído cuando, llenísimos y sin dejar de beber más vino del que necesitábamos, nos arrellanamos en las sillas plegables. Los camareros retiraron los platos sucios y los reemplazaron por tazas y platitos de café. Movían los brazos a toda velocidad sobre nuestros hombros mientras decoraban las mesas con platos de tarta, cucharillas, jarritas de crema para el café y azucareras. Ronny estaba manchado de azúcar glas, y Beth le pasó el dedo por la cara y luego se lo lamió, bromista. Lee sacó un paquete de tabaco y le dio unas sacudidas para aflojarlo. Se puso tres cigarrillos en la boca, los encendió y luego le pasó uno a Chloe y otro a Beth. Mi mujer lo cogió con una sonrisa y dio una profunda calada. Mantuvo el humo durante un buen rato

en los pulmones y luego soltó una bocanada, una estela de humo gris que escapaba de sus labios. Me recliné en el asiento y la examiné detenidamente.

—Tú no fumas cigarrillos —le dije con un ceño más fruncido de lo que me habría gustado.

Ella se encogió de hombros y le sonrió a Chloe.

—Hace una buena noche para un cigarrillo.

Entrechocaron las copas de vino y se echaron a reír. Ronny y yo también le aceptamos un cigarrillo y, fumando todos, nos pusimos a mirar las estrellas que asomaban entre la lana de la noche, de un azul cada vez más oscuro.

Un extraño ruido, como un aullido, se extendió por los árboles y los campos, casi imperceptible al principio y más intenso al cabo de un rato. Uuuh-uuuh-uuuh-uuuh-uuuh. Nos volvimos sin levantarnos a mirar. Los caballos relinchaban inquietos con dientes blancos e inmensos en la creciente oscuridad. De repente, entre las copas de los árboles divisamos un helicóptero, y a una milla a la redonda no quedó una rama sin doblar ni una hoja en reposo. La hierba del prado bailaba frenética. El helicóptero tenía un reflector y buscaba entre los invitados, muchos de los cuales ya le enseñaban el dedo anular levantado. El haz de luz se detuvo por fin sobre Lee y Chloe. Vimos a un hombre asomar del helicóptero con una cámara. Lee arrojó la servilleta sobre la mesa y se dirigió al granero a grandes zancadas.

—Lo siento, chicos —dijo Chloe levantado la voz; se dirigía a todos nosotros—. Lo siento muchísimo. —Y lo decía en serio, se notaba.

El helicóptero sobrevoló la mesa durante un rato; ahí donde se veía libre del peso de la cubertería o de la vajilla, el mantel chasqueaba igual que una vela, y el faldón ondeaba sobre nuestras rodillas. Ronny se levantó de la silla y se puso de pie en la mesa con sus botas de vaquero, flamantes y relucientes sobre el mantel blanco. La hebilla del cinturón que llevaba era de un rodeo que había ganado en Missoula.

—¡DEJAD EN PAZ A MI AMIGO! ¡DEJADLO EN PAZ DE UNA PUTA VEZ! —gritó Ronny.

Lloraba. Lo bajamos de la mesa.

El helicóptero se quedó inmóvil en el aire durante unos instantes antes de describir un último círculo sobre el granero y alejarse. Para entonces la noche ya había cubierto el granero de su manto negro, y aquí y allá se veían velitas y faroles encendidos. Algunos los había apagado el helicóptero, y los invitados, armados de encendedores y cerillas, se dispusieron muy animosos a encender todas las mechas que pudieron. Del granero nos llegó la voz de Sinatra y cogimos las copas para entrar. Ronny seguía enfadado.

Los encontramos en el sótano, sentados en un rincón. Chloe se apoyaba en el regazo de Lee y le pasaba los dedos por la cabellera, cada vez menos poblada. En ese momento lo vi más viejo. Le pasé una botella de cerveza y él la cogió, echó la cabeza hacia atrás y pegó un sorbo. Pero no quería mirarnos. Nos quedamos un rato en silencio con los brazos cruzados.

—Tú no tienes la culpa —le dijo Beth por fin—. Sabemos que esto no es lo que tú querías.

—Esto no es lo que quiero —respondió, algo vago. Esperamos un rato a que terminara y añadió por fin—: Quizá me iría bien salir a tomar el fresco.

Lo seguimos afuera, a los prados, y Chloe y Beth se quitaron los zapatos para seguir andando. Yo me aflojé la corbata. Nos acercamos a los caballos, de globos oculares grandes e indómitos. Ronny, que nos había tomado la delantera, les hablaba bajito, con dulzura. Y entonces se puso a cantarles con voz de nana entrecortada y todos nos paramos a mirarlo.

Shall I stay, would it be a sin, if I can't help, falling in love with you^[3]...

Tocó el caballo que tenía delante, y sus manos, nudosas de tanto rodeo, se sentían suaves en el aterciopelado hocico del animal y en los músculos de su imponente pecho. Tenía la boca cerca de la oreja del caballo, le cantaba. Nos quedamos sentados en la hierba mirándolo y escuchando sus dulces gorgoritos.

Lee se mudó a Nueva York poco después de la boda y empezamos a verlo cada vez menos. Los paquetes seguían llegando, y alguna que otra carta también, pero los intervalos entre visitas fueron agrandándose. En la entrada de su casa crecían los hierbajos. Con el tiempo, los niños dejaron de preguntarnos por él, pero seguíamos escuchando sus discos, y mi hija hasta empezó a tocar la guitarra y todo. Había pegado una foto de *Rolling Stone* en la pared de al lado de la cama: Lee en el escenario en algún lugar del mundo con la cara iluminada por un foco, los ojos cerrados, concentrado, y la boca ladeada a punto de tragarse el micrófono. En los brazos, esa guitarra que una vez olvidó llevar a una boda.

Quien peor lo pasó fue Ronny, pero nosotros hicimos lo que pudimos por llenar el vacío que Lee había dejado. Yo cogía el coche y acompañaba a Ronny al médico y al supermercado. Le hacíamos la comida, y algunas noches se quedaba con los niños. Los trataba con mucha ternura. Se sentaban en su regazo y en los brazos de la butaca a que les leyera Dr. Seuss. Solían corregirle la pronunciación, y a veces eran ellos los que le leían el libro a él.

Un sábado por la tarde bajé por el largo caminito de grava que llevaba al buzón. La primavera ya había llegado, las cunetas rebosaban agua del deshielo y los campos y los árboles aparecían tímidamente verdes. Acababa de cambiarle el aceite a uno de los tractores más viejos. Pronto habría que arar y sembrar. Metí la mano en el buzón y encontré un sobre muy grueso; en el remite, la dirección de Lee en Nueva York. Era un papel caro, y nuestro nombre y nuestra dirección estaban escritos a mano con una bonita caligrafía.

Se casaba con Chloe. Dentro del sobre, cuatro billetes de avión y una nota escrita a mano:

Henry, os echo muchísimo de menos. Venid a vernos.

Asegúrate de que la invitación le llegue a Ronny.

Y dile que venga con pareja.

Un abrazo, tu mejor amigo, Lee

L

El día después de la boda de Kip, aparecieron por el camino de entrada como turistas en un safari, sacando esas cámaras inmensas por las ventanillas de los Jeeps alquilados y mirando boquiabiertos detrás de unas gafas de sol. El primero se acercó a casa antes de que pudiera verlo, antes de que cogiera una escopeta y saliera al porche en calzoncillos. No sabían que estaba descargada, que ya llevaba meses sin cartuchos. Es una preciosidad esta Ithaca, una escopeta de corredera con un trabajadísimo grabado de volutas y un acero de bonitos tonos azulados. Me la compré yo, cuando *Shotgun Lovesongs* obtuvo su primer disco de platino quise hacerme un regalo por esas «canciones de amor a quemarropa». Me pareció de lo más adecuado.

—¡Largo de aquí! —grité haciendo como si cargara un cartucho en la recámara—. ¡Vamos! ¡Largaos antes de que llame a la policía!

Lo cierto es que sabía que la policía tardaría al menos media hora en llegar a mi casa; eso era lo bueno de mi Ithaca. Empezaron la retirada levantando una lluvia de gravilla y penachos de polvo. Los observé dar cabezazos contra el techo del Jeep mientras desandaban el camino de entrada a toda velocidad rumbo a la carretera. Otros dos intrusos aparecieron por la entrada de casa esa misma mañana, hasta que se me agotó la paciencia y saqué el toro disecado de Ronny a la entrada del camino, donde lo dejé con un letrero de cartón colgado al cuello que rezaba: PROHIBIDO EL PASO. ¡SÍ, TE LO DIGO A TI!

A Chloe el asunto hasta le hacía gracia, esa gracia que le hacen tantas otras cosas de la vida. Nunca se molestaba por nada. Esas semanas que pasamos en casa después de la boda de Kip fueron de las más felices de mi vida. Chloe, descalza por casa con una de mis viejas camisas de franela. O los dos encendiendo una hoguera, de noche al lado del arroyo para poder combatir el frío del otoño cuando saliéramos del agua después de bañarnos en pelotas. A veces íbamos a casa de Henry y Beth a prepararles algo de comer, y en su cocina, de pie al lado de los fogones, me quedaba mirando a Chloe que, sentada en el suelo, jugaba a las damas o a la taba con los niños. Pero casi siempre prefería guardármela para mí solo. Quería descubrirle mi mundo, hacer que se enamorara de Wisconsin.

Como en casa la cobertura es bastante mala, siempre he tenido teléfono fijo. Lo tengo instalado en la pared de la cocina. La conexión a internet también es bastante precaria, muchas veces la mejora respecto de la antigua conexión con módem es puramente anecdótica. Chloe se empeñaba en andar o en coger el coche hasta la más alta de las colinas cercanas, y allí nos quedábamos cosa de una hora mientras ella miraba el correo o hablaba con su agente en Nueva York; sentado a su lado, yo la peinaba con los dedos o le calentaba una mano sujetándosela entre

las mías.

Algunas noches nos aburríamos, entonces nos acercábamos al bar de la asociación de veteranos y nos sentábamos en la barra a jugar a los dados en un cubilete de cuero o a mirar algún partido de fútbol americano que dieran por televisión, y en esas noches no era extraño que una jovencita o algún hombre de mediana edad le dieran a Chloe un golpecito en el hombro, un golpecito de un solo dedo, y luego le tendieran una revista para que se la firmara, y a veces hasta un posavasos del bar. Ya nadie me pedía autógrafos a mí, y eso era exactamente lo que yo quería. Pero todavía más sorprendentes eran esas noches en las que nadie nos decía nada; con el bar muerto, nos quedábamos sentados a la barra con un par de vejetes y una baraja, jugando al *euchre* o al *cribbage* y bebiendo cócteles, un Manhattan o un Old Fashioned de *brandy*. Y entonces pensaba que tal vez pudiéramos quedarnos en Little Wing, que a Chloe acabaría gustándole Wisconsin.

Una noche que íbamos en coche de vuelta a casa sentados con las manos entrelazadas, le dije:

—¿Crees... crees que podrías llegar a imaginarte viviendo aquí conmigo?

Ella se acurrucó contra mí apoyándose en mi hombro derecho. El aliento le olía a *brandy*, y me di cuenta de que estaba cerrando los ojos, a punto de quedarse dormida.

—¿Chloe?

—Esto es muy tranquilo.

—¿Pero no te gusta? Nadie nos molesta, somos personas normales, nada más. Aquí tenemos amigos normales...

—Oh, Lee. Dejemos la conversación, ¿te parece?

—No, vamos. Tenemos que hablarlo. —Yo tenía un pensamiento de fondo: «Quiero casarme contigo».

—No sé, amor. Llevo ya mucho tiempo sin querer ser normal. Me gusta mi vida. Me gusta Nueva York. En Nueva York está todo. Todo el mundo quiere estar en Nueva York.

No pude decir «Yo no quiero estar en Nueva York».

—Y además —continuó ella con un bostezo—, piénsalo bien: no paramos. Tú estás de gira. Yo, rodando. Nueva York es la opción lógica. Siempre tienes un avión a mano. Allí están los medios. Y los proyectos. La gente como tú y como yo, Lee, no vive en pueblos. —Me besó la palma de la mano—. ¿Sabes?

Cuando no tenía otro lugar adónde ir, siempre volvía a Little Wing. Cuando no tenía nada de nada, volvía a Little Wing. Volvía aquí y, de la nada, hacía algo. Aquí podía vivir sin apenas dinero; no tenía en qué gastarlo ni a quién impresionar. Aquí a la gente solo le importa tu espíritu de trabajo, tu amabilidad y tu capacidad. Yo volví a Little Wing y aquí descubrí mi voz como quien descubre algo que se le ha caído del bolsillo, como si fuera un *souvenir* que llevara tiempo olvidado. Y cada vez que vuelvo aquí me encuentro rodeado de gente que me quiere, que se preocupa por mí, que me protege como si levantara una tienda de calor. Aquí escucho cosas, aquí el mundo tiene un latido distinto, el silencio suena como una cuerda que alguien hubiera rasgado millones de años atrás, música en los álamos y los abetos y los robles, hasta en los campos y en el maíz que se seca al sol.

¿Cómo le explicas todo eso a alguien? ¿Cómo le explicas todo eso a alguien a quien quieres?

¿Y si no te entiende?

K

Hará unos trece o catorce años, solíamos subir allí arriba con una mochila llena de cervezas que habíamos robado y algún que otro porro, también. Yo nunca fumaba, pero ellos sí. Lee y Henry y Ronny. Nos pasábamos el día entero allí, sobre todo en verano, cuando no había nada más que hacer. La fábrica de piensos ya había cerrado, había quedado abandonada y bajo la amenaza de la piqueta, pero siempre había quien montaba un escándalo, organizaba una reunión vecinal o ponía en marcha algún acto para recaudar fondos —asaban un cerdo a la barbacoa, vendían tartas o rifaban una camioneta Ford nueva— y la fábrica veía revocada su condena. Alguien se encargaba de pagar los impuestos de la fábrica, y entonces empezaban a circular rumores sobre forasteros, mesías que llegarían al rescate, empresas que iban a insuflar una nueva vida a esos viejos ladrillos, a esas viejas vigas y a esas viejas piedras. Ya habían derribado otros edificios en el pueblo, edificios bellísimos: la vieja estación de autobuses, la antigua oficina de correos, un antiguo teatro de la ópera, un hotel de tres plantas que con el tiempo había acabado convertido en un albergue para temporeros, motoristas, veteranos de la guerra del Vietnam y, más tarde, en una especie de asilo. El edificio era tan antiguo que ni siquiera tenía montacargas. Los más débiles de entre sus ocupantes siempre se alojaban en la planta baja. En las templadas noches de primavera y las frescas tardes de otoño, muchos se sentaban en el porche delantero, un vestigio arquitectónico del Viejo Oeste Americano, de la Frontera. Sacaban las sillas de ruedas al fresco o se sentaban en el balancín del porche a mecerse y a contemplar el tráfico esporádico de Main Street. El Cuatro de Julio, los viejos sujetaban banderitas americanas en sus manos temblorosas y las hacían ondear ante el desfile de la mañana, y durante las semanas y los meses siguientes seguían saludando con ellas —a los peatones, a los cortejos fúnebres y al gentío que salía de la iglesia y corría a su casa para ver el partido del domingo— hasta que la tela roja, blanca y azul acababa desteñida y con los bordes deshilachados.

Mi abuelo vivió allí unos dos o tres años antes de morir. Solíamos ir a verlo los viernes por la tarde, nos recibía en el comedor del hotel de techos altísimos. La sala estaba mal iluminada, y la luz que lograba introducirse en ese espacio parecía deslizarse por ventanas antiquísimas y pandeadas de cristales más gruesos en la base que en la parte superior. Yo imaginaba otros tiempos en los que las velas y los quinqués debieron de bañar las mesas de una luz dorada muy distinta. Comíamos bacalao escalfado, puré de patatas, guisantes y panecillos. Mi abuelo se sacaba de la boca las espinas y las dejaba en el borde del plato. Siempre tardaba muchísimo, como si él mismo se hubiera tragado un anzuelo. Allí también había un bar, y corría el rumor de que en un tiempo muy muy lejano, ese hotel había sido un burdel. A veces por ahí se veía a algún

viejo o alguna vieja buscando al camarero y diciendo con voz triste y confundida: «Solo quiero un sorbo, un sorbito y nada más», pero desde que el albergue se había convertido en asilo en el bar no había ni una sola botella.

Al final derribaron el viejo hotel en 1988, cuando yo tenía nueve años. Para entonces, el abuelo estaba muerto y enterrado en el cementerio de las afueras, a orillas del río Little Wing, donde la represa, donde el agua se llena de algas verdes en verano y se hiela entero en invierno. Ese trecho del río lo llamamos lago Wing; en verano salíamos por ahí de vez en cuando a hacer esquí acuático, aunque el «lago» no era más que una charca y en nuestro circuito nos limitábamos a describir unos círculos cerradísimos y mareantes detrás de un motor fuera borda bastante modesto al que se le habría sacado más provecho en la popa de un bote de pesca de aluminio. El agua estaba tan turbia y tan llena de nenúfares y algas que se podría caminar por ella con un par de raquetas.

No hubo que llamar a ningún experto en derribos. Primero peinaron todo el edificio para asegurarse de que no había ancianos atrincherados en algún armario escobero o en el hueco de la escalera; luego, cuando se hubo confirmado que el hotel estaba completamente vacío, la excavadora más grande que he visto en mi vida avanzó por Main Street con la cuchara de colmillos de acero enhiesta y preparada. Los bomberos del cuerpo de voluntarios se ocuparon de dirigir un chorro de agua continuo hacia el hotel mientras la excavadora hincaba los dientes rechinantes en los ladrillos y la madera. Las familias salían a ver el derribo, disponían mantas en la acera y sacaban el *picnic*. Era un sábado de octubre, el aire estaba seco y fresco. Mi madre nos dio sándwiches fríos de pollo frito envueltos en papel de cocina. Bebimos sidra tibia de un termo, comimos ensalada de patata, zanahorias de las pequeñitas y encurtidos. Papá era bombero voluntario, y aquella fue la primera y única vez que lo vi en acción. Con aquel uniforme, bajo el casco amarillo fluorescente, tenía un aspecto muy oficial, muy heroico y muy valiente.

Mamá nos dio un codazo suave.

—¿A que vuestro padre está guapo?

En la acera, los antiguos huéspedes del hotel miraban mordiéndose la lengua como quien masca cecina; se los veía derrotados y consumidos. No sé adónde irían después del derribo del edificio, aunque sospecho que muchos debieron de terminar en Eau Claire, al norte de Little Wing. Me entristecía pensar en ellos, repartidos entre varios centros distintos igual que niños de primaria cuyos padres hubieran decidido de repente irse a trabajar a otra ciudad o a otro barrio y de pronto se descubrieran en un lugar del mundo nuevo sin que nadie les hubiera pedido su opinión.

Cuando el viejo hotel sucumbió por fin, no quedó más que un agujero nuevo en Main Street, un hueco entre la farmacia y la ferretería lleno de escombros. Con una carretilla roja, bajábamos por Main Street y pasábamos tardes enteras recogiendo los ladrillos abandonados, aunque a esa edad no podíamos llenar la carretilla más que hasta la mitad; si no, se volvía demasiado pesada y ya no podíamos empujarla. Los ladrillos se los llevábamos a mi padre, que nos daba diez centavos por cada uno que lográramos rapiñar. Con ellos se construyó una chimenea de jardín, una pequeña gruta de fuego a cuyo alrededor nos congregábamos cuando empezaba a hacer calor, un lugar donde tostar malvavisco o asar perritos calientes.

Alguna que otra vez subíamos a la azotea de la fábrica de pienso con una chica, pero casi siempre estábamos nosotros solos. Los cuatro: Lee, Ronny, Henry y yo. De noche, aquello era mejor que un telescopio, mejor que los planetarios que visitábamos con los profesores de secundaria o del instituto. Porque en la cima de esos viejos silos de cemento y de madera habíamos descubierto trechos angostos donde tumbarnos boca arriba a contemplar las estrellas, beber cerveza, fanfarronear, soñar. A nuestros pies, Little Wing, un pueblo, el nuestro, que se encogía sin cesar, donde no había gran cosa que ver y ni siquiera un semáforo parpadeaba en la noche; y nosotros, todos, lo menospreciábamos, hablábamos de salir de allí, de marcharnos a algún otro sitio, de irnos adonde fuera, cualquier lugar menos ese. La sensación de que quedarse en el pueblo era de fracasados, de paletos; a saber qué pensábamos entonces, durante esas noches.

Henry y yo preferíamos las mañanas. El alba, el amanecer. Es curioso, aunque supongo que por aquel entonces Henry ya empezaba a hacerse granjero, a levantarse temprano para ayudar a su padre con la explotación lechera de la familia, a reparar los viejos motores y a escuchar a los granjeros retirados o arruinados a la salida de la iglesia. Aunque no fueron muchísimas, alguna que otra mañana sí que subíamos por esos peldaños de acero corrugado hasta la cima de los silos y nos poníamos a esperar en el aire frío y azul, vislumbrando a duras penas nuestro aliento. Compartiendo un termo de café, o quién sabe si una botella de *brandy* o de aguardiente de mora que habríamos robado del mueble bar de nuestros padres. Y una mañana, un par, tal vez, debimos de subir con las manos vacías y quedarnos sentados con las rodillas agarradas entre los brazos, soplándonos las manos para calentarlas, esperando a que saliera el sol y el día fuera entrando en calor. Por aquel entonces nunca reparaba en esas cosas, pero echando la vista atrás supongo que casi siempre era yo quien llamaba a Henry, era yo quien proponía la salida. No hablábamos mucho durante esas mañanas; nos quedábamos allí, mirando a lo lejos como si estuviéramos esperando a que llegara un barco.

Nunca he ido al Gran Cañón ni al parque de Yosemite ni al de Yellowstone, ni a ninguno de esos lugares de los que la gente siempre habla; a ninguno de esos sitios espectaculares, quiero decir. Pero aun sin haber visto el Gran Cañón, imagino que allí el amanecer debe de rozar la experiencia religiosa: esas antiquísimas rocas rojas, naranjas y amarillas, esos estratos estriados iluminándose; esas majestuosas sombras de un púrpura intensísimo.

Cuánto me gustaría que pudierais contemplar un amanecer desde la cima de uno de esos silos, desde uno de nuestros rascacielos de la pradera. Cuánto me gustaría que pudierais ver lo verde que está todo en primavera, lo amarillos que están los penachos del maíz al cabo de unos pocos meses, lo azules que son las sombras de la mañana y los riachuelos que discurren por lentos senderos serpenteantes, la tierra que se extiende y no se detiene, jalonada aquí y allá con orgullosos graneros rojos, granjas blancas y caminos de grava clara. Y el sol que asoma por el este, tan rosa y naranja, tan inmenso. En las cunetas y los valles, la niebla que se acumula formando lentos ríos de vapor, esperando a consumirse.

No logro recordar quién era yo entonces, versión adolescente de mí mismo, ni qué pensaba. Supongo que, como el resto, me sentía inquieto. O tal vez solo. Quién sabe si allí arriba, en lo alto de los silos, llegué a creer que podría ver algo: mi futuro, algún punto del horizonte en el que terminaría aterrizando, un yo llegado del futuro, una chica a la que aún no había conocido, mi

futura esposa. No lo sé. Pero aquello me gustaba, supongo. Puede que hasta sintiera algo *artístico* y todo, algo *profundo*, algo que el profesor de arte del instituto, el señor Killebrew, no habría imaginado jamás que pudiéramos llegar a albergar en nuestro interior.

Lee y Ronny preferían el crepúsculo, ver salir la luna. Un tren de carga que, rugiendo a través de la noche a nuestros pies, avanzaba rumbo al oeste sin detenerse jamás con un ciclópeo faro que cortaba la noche y un silbato que era la cosa más estruendosa del mundo, y en lo alto de esas torres, los dos con las piernas temblorosas como si el tren fuera a sacudir el edificio hasta sus cimientos. Los dos: siempre colocados, siempre cantando *Idiot Wind* o *Meet Me in the Morning*, lanzando las botellas de cerveza a la noche, a los trenes que pasaban, esperando a oír el crac, esperando a oír las sirenas de la policía que nunca llegaba, la voz de la autoridad que ordenaba: «¡Abajo, maldita sea!». Pero no: el pueblo estaba demasiado tranquilo, demasiado dormido, amodorrado delante de televisores de cara azul mientras Johnny Carson los embrujaba a todos hasta arrancarles un ronquido satisfecho.

Pero los atardeceres... Con ellos entendí que Lee era distinto, que tal vez estuviera destinado a la fama. Porque durante esos diez o veinte minutos que pasaban antes de que el sol se apagara por completo en el oeste, él siempre exigía nuestro completo silencio. Y, no sé por qué, nosotros siempre lo escuchábamos, siempre le hacíamos caso. Y nos quedábamos allí sentados, bebiéndonos la cerveza de nuestros padres y mirando ese cielo camaleón, para escuchar a Lee. Lo escuchábamos mientras él era el centro de atención.

—¿Lo oís? —nos decía, y no era tanto una pregunta como una afirmación—. ¿Oís ese tono, esa nota? Lo juro, ese color de allí, ese rosa. Cuando ese rosa empieza a sonrojarse suena como esta nota. No puedo describirla, es una nota aguda y delicadísima. ¿Y oís ese naranja de allá? El de color mermelada no, el otro, el melocotón. ¿Lo oís? Joder. ¡Me muero de ganas de que lleguen los azules! ¡Los azules y los morados! Y luego, la última nota sostenida y grave, la negra, esa nota grave que retumba y dice: «Vamos, buenas noches. Buenas noches, América, buenas noches».

Nunca supe a qué se refería, pero me esforzaba. Me esforzaba por escuchar, por oír esa música del crepúsculo de la que nos hablaba. Pero nunca lo logré. No era capaz de oírla. Esos se pasaban el día entero oyendo música. Cuando iba a la casa de los padres de Henry —estaría en primaria o secundaria—, me los encontraba en el sótano, escuchando los viejos discos del padre de Henry, escuchando todo lo que les cayera en las manos. Y Lee terminó apuntándose a un club del disco cuando vio un anuncio en la contraportada de una revista: «Diez discos por solo un centavo». ¡Un centavo!

En secundaria, incluso en primaria, Lee fue el primero de mis amigos en tener *Walkman*, y lo llevaba a todas partes: al patio durante el recreo, o de camino a casa, cuando volvía del colegio andando. Hasta se lo llevaba a la iglesia a escondidas, y trataba de escucharlo mientras veíamos los vídeos educativos que nos ponían en clase y en el comedor. Escuchaba muy atento todos los casetes —y más tarde, los CD— que los mayores le pasaban como de contrabando. *Gangsta rap* y *heavy metal* y los inicios del *grunge*. Public Enemy y N. W. A. dieron paso a Anthrax y Metallica, a los que siguieron Nirvana, Stone Temple Pilots y Soundgarden. Durante años no se quitó sus camisas de cuadros. Camisas de cuadros y vaqueros rotos. Converse repletas de oscuros poemitas y epitafios.

En lo alto de la fábrica de piensos, con el crepúsculo casi engullido por un mar negro y azul.

—No lo he oído —les confesaba yo—. No he oído nada de nada.

Ellos se reían de mí. No paraban de reír. Y Lee decía:

—No estás escuchando. Mira, sé que te esfuerzas por oír, pero no escuchas, tío.

Me hizo escuchar el disco ese, el *Kind of Blue*, un par de veces, pero aquello no sirvió de gran cosa, porque por mucho que lo intentara, allí yo no encontraba nada que escuchar; ni siquiera había una letra a la que agarrarse, nada, tan solo algunos momentos llenos de las notas de una trompeta solitaria o un piano suave, pero sobre todo muchos momentos de *prácticamente nada de nada*.

Ya de casados, Felicia solía preguntarme: «¿Por qué quisiste volver aquí? ¿Qué te empujó? En Chicago teníamos todo lo que podíamos llegar a necesitar o querer. ¿Por qué volver? ¿Para qué?».

No sé si alguna vez logré dar con la respuesta adecuada, pero supongo que todo se reducía a esas noches y esas mañanas, a esos chicos. A la sensación de que éramos distintos de todo lo que habíamos conocido y tal vez también mejores que el lugar que nos había hecho. Y de que, con todo, estábamos enamorados de ese lugar. Enamorados de ser los reyes del pueblo, de levantarnos sobre esas torres en la ruina y otear el futuro en busca de algo: tal vez la felicidad, tal vez el amor o tal vez la fama.

Y cuando algunas de esas cosas las encontré en Chicago, en la arena de Gold Coast, en las tiendas de Magnificent Mile o dando vueltas en el Loop, no se me ocurrió otra cosa que abandonar mi exilio y volver a casa para que esos chicos —ahora hombres— lo vieran: «Mirad. Mirad lo que he conseguido. Mirad quién soy ahora. Miradme».

Por eso volví. Aunque ahora yo soy el único que sube aquí. Soy el único que se encarama a lo alto de esos silos. Contemplando unos amaneceres que solo me dan ganas de volver a estar en la cama con Felicia. O de vuelta en Chicago, esperando a que los taxis empiecen a despertar la ciudad.

R

Montado en uno de esos toros, en lo único que pensaba era en agarrarme fuerte. Mi vida transcurría en bloques de ocho segundos, y muchas veces hasta más cortos. Lo echo de menos. Últimamente ya no sé qué hacer, y a veces tengo la sensación de que nadie me deja hacer nada. El caso es que no quiero beber porque lo que quiero es emborracharme, pero puede que si me tomara una copa lograra *doblar* cosas, ¿sabéis? Como el aspecto del mundo, por ejemplo. O incluso el tiempo. Ahora mi vida se pierde a lo lejos como una autopista que no va a ningún sitio. Como una de esas autopistas de las praderas en las que puedes ir a ciento treinta, ciento cincuenta, ciento sesenta, y la única pista de que estás volando es el sonido del motor y la aguja del depósito, que se inclina hacia abajo cada vez más deprisa. Sin referencias con las que medirse ni medir tu propia velocidad. Ni árboles ni edificios; con suerte te toca una ristra de postes de teléfono, pero casi siempre, nada.

Casi todos los días me levanto y hago cien flexiones *porque sí*. Porque *qué coño*. Porque en la tele siempre dan la misma mierda. Noticias viejas que reciclan en otras nuevas y los mismos problemas de siempre, esos que tendrían que interesarme o que preocuparme, venga, dale que te pego. Lo que deduzco: cada vez hay más gente, cada vez queda menos planeta, y todo se calienta cada vez más. Hasta aquí el resumen, por lo que a mí respecta.

La gente suele poner en la tele programas de los que según ellos me gustan, casi siempre documentales de animales. O del oeste. O de caballos. Hacen que me sienta como en un asilo o un sitio de esos, con la enfermera bondadosa que aparece en mi vida para decirme qué poner en la tele porque no sé usar el mando a distancia solo. Creo que es porque ya no saben qué decirme, porque les doy pena o porque creen que estoy triste. ¿Y sabéis qué? Que casi nunca lo estoy. No estoy triste. Lo que pasa es que me muero del aburrimiento. Estoy tan aburrido que viendo un documental sobre *Los caballos salvajes de Colorado* solo se me ocurre una cosa: si yo fuera un caballo salvaje, echaría a correr y ya no pararía nunca.

Tengo tantas ganas de largarme de aquí que ya ni sé adónde quiero ir. A San Dondesea, supongo. Sé que piensan que no puedo cuidar de mí mismo, pero vaya si puedo. No soy un tío listísimo —eso ya lo sé—, pero tampoco soy tonto. Y tal como están las cosas, esto es como vivir en una jaula. Aquí nadie recuerda, me parece a mí, que he montado tantos toros y tantos caballos que he perdido la cuenta, que he peleado en casi todos los bares que quedan entre el pueblo, Boise y Baton Rouge, que antes del accidente, cuando entraba en un bar, en *cualquier* bar, y me acercaba a una chica, las probabilidades de que terminara siendo mi amiga de una sola noche eran altísimas. Aquello era pan comido.

Soy un hombre. Soy una puta persona. Y la impaciencia me mata. He tratado de escapar. Lo intento unas tres veces al año, casi siempre en verano. Me levanto lo más temprano que puedo, hago el equipaje, compro comida en la gasolinera y luego echo a andar hacia el oeste. Podría robar un coche, supongo, pero eso no quiero hacerlo. No soy ningún delincuente. Desaparecer es lo único que quiero. O lo que quería antes de conocer a Lucy, al menos.

Esto tiene una especie de gravedad rarísima. Ya sé que la palabra es muy rara, muy pomposa, pero he estado pensándolo mucho. Algún tipo de fuerza tiene que tener el pueblo, si no Lee no habría vuelto. Pero ha vuelto. Y Kip y Felicia. Por no hablar de la gente que no se ha ido nunca, eso para empezar, gente como Henry y Beth y Eddy y los gemelos Giroux. Hasta yo, con el rodeo, he viajado más lejos que esos dos. ¿Y sabéis qué?, parecerá raro, pero las mañanas en las que salía del pueblo tratando de escapar era cuando más la notaba. Esa fuerza.

Andando por el arcén de grava de la carretera secundaria Y o de la X, por la vieja autopista 93 o por Missell Road, disfrutando del camino: los tordos alirrojos y los ciervos asustados y la niebla matutina, y en esas mañanas, en vez de con mis botas de vaquero andaba con deportivas, y me gustaba, ir con zapatos era como tener unas nubes bajo los pies que me llevaban.

Una vez, hará cosa de un par de años, conseguí llegar a unos treinta kilómetros del pueblo. Sabía que estaba acercándome al Misisipí porque el terreno iba cambiando, se llenaba de colinas, de quebradas de arenisca y de bosques fríos y cerrados, eso ya no me gustaba tanto, y los pueblos iban espaciándose cada vez más, y supongo que sería la hora de cenar. ¿Y a que no sabéis quién me adelanta? Eddy Moffitt, que iba de vuelta a Little Wing. Lo oí pegar un frenazo con el Ford Taurus y dar media vuelta, lo tenía detrás de mí, y yo al principio seguí andando pero luego me paré y me senté en la grava a escuchar los insectos de los árboles y el ruido del motor hasta que Eddy lo apagó, se bajó y se me acercó. Iba como siempre va en verano: con camisa de manga corta, corbata y pantalones de soldado.

—¿Te has perdido, Ronny? —me dijo rascándose la cabeza.

—No —dije yo, y escupí.

—¿Y qué haces por aquí?

—No sé —le dije—. Eché a andar.

Se dio unas palmaditas en la tripa.

—Mmm... Oye, ¿y si te invito a un café y a cenar algo? Me muero de hambre, y seguro que tú también.

Creo que sabía qué me traía entre manos. Eddy es así. Muy perspicaz y sensible; bueno, no siempre, pero sí más que la mayoría de la gente. Yo ya sabía que no iba a dejarme en paz, así que sin decir palabra me sacudí el polvo del fondillo de los pantalones, cogí mi bolsa y me monté en su coche. Tenía ganas de ponerme a dar puñetazos —a Eddy no—, pero... *joder*, cuánto me habría gustado darle a la ventana o a un faro o a cualquier cosa.

Eddy me apoyó la mano en el hombro.

—Va, vamos a comer algo.

Cenamos en la única cafetería que queda en Little Wing, un sitio que se llama The Coffee Cup y que tiene una bandeja de tartas giratoria y las paredes marrones de humo, del de cigarrillo y también del de la parrilla, y unos manteles de cuadros rojos y blancos que se te pegan en las

manos y en los brazos como papel matamoscas. Solo como allí si no puedo evitarlo, porque esa comida siempre me abre un agujero en las tripas. Pero Eddy me abrió la puerta y me hizo pasar hasta el fondo del restaurante, donde hay cinco taburetes bajo una barra hecha polvo y unos platos llenos de sobrecitos de azúcar y edulcorante rosas y azules y blancos, y jarritas de plástico llenas de crema y botellas de vidrio de *ketchup*, y todo recto, la parrilla y el dueño, Howard, que nos saludó como si el trabajo lo desbordara, aunque éramos dos de los únicos cuatro clientes de la cafetería.

—¡Ronny! ¡Eddy! —gritó saludándonos con la espátula—. La camarera os atiende enseguida.

Los dos sabíamos, claro está, que «la camarera» era el nombre con el que se refería a su mujer, Mary, a quien podía ver a la perfección: estaba detrás de Howard, al fondo del local, echando bocanadas de humo de cigarrillo por una ventanita sucia.

—Si el Coffee Cup existe —dijo Eddy poniendo cara rara—, es por ese sentimiento de culpa tan típico del Medio Oeste y por los desayunos a la salida de la iglesia. He viajado mucho, pero el Medio Oeste es el único lugar en el que alguien gastaría dinero en un local solo por la lástima que le dan sus dueños. Y también porque sus dueños te conocen por el nombre, supongo.

—Ser la única cafetería del pueblo también ayudará —añadí yo.

Eddy arqueó una ceja.

—Sí, claro, seguro.

Al cabo de un rato, Mary llegó con una jarra que olía a café quemado y nos llenó la taza. Eddy pidió rosbif con salsa y puré de patatas.

—¡Howard! —bramó Mary volviéndose hacia la parrilla—. ¿Rosbif?

Su voz me dio un buen susto. La cafetería estaba más muerta que una iglesia un lunes por la mañana.

Howard movió la cabeza.

—Ya no nos queda. Hemos tenido mucho movimiento a la hora de cenar —dijo Mary levantando los ojos hacia el artesonado metálico del techo.

—¿Y perca frita? —preguntó Eddy. Mary meneó la cabeza—. ¿Hamburguesa con queso?

—Eso está hecho —respondió ella asintiendo con la cabeza—. Ronny, cariño, ¿quieres algo?

Yo no quería nada, pero pedí un trozo de tarta de plátano con nata de todos modos porque Eddy invitaba y porque Eddy me cae bien y, además, porque no quería volver a mi apartamento a pesar de lo mal que olía el restaurante. A veces te entran ganas de estar con alguien, y aunque Eddy me había echado el lazo para llevarme de vuelta a Little Wing, yo sabía que lo había hecho porque se preocupaba por mí.

Mary se acercó a la entrada de la cafetería que daba a Main Street, donde no se movía una hoja: ni tráfico ni paseantes nocturnos. Se sentó a una mesa vacía donde le esperaba una partida de solitario que había dejado a medias y miró por la ventana unos instantes antes de levantarse, volver a la parrilla y pasarle la comanda a Howard, que colgó el papel de la campana y empezó a freír la hamburguesa de Eddy. El comedor se llenó de olor a carne grasienta.

—Así que hoy solo ibas a dar un paseo —dijo Eddy—. Muy lejos de Little Wing. —Le dio un sorbo a su café, ordenó los sobrecitos de azúcar y de edulcorante por colores y fue formando pilas con las cajitas de mermelada según su sabor.

Asentí y me encogí de hombros.

—No tengo coche.

—Ya sabes que en el pueblo todos te acompañarían donde quisieras si se lo pidieras. Tú solo tienes que pedirlo. Diablos, conozco a Henry y a Lee, y hasta Kipper o yo, todos te llevaríamos hasta Chicago si quisieras ir. —Escupió en una servilleta de papel, limpió la barra y masculló algo—: Asqueroso.

Miré los remolinos que daban vueltas en el café en el que había ido vaciando una jarrita de crema tras otra.

—Ya lo sé.

—Te aburres, ¿es eso? ¿Quieres trabajo?

Miré a Eddy. Enfrente, en la parrilla, Howard silbaba una canción que reconocí de cuando era niño, algo que mi abuelo solía silbar cuando íbamos sentados en el asiento trasero de su coche, *Magic Moments*, de Perry Como, creo.

—Lo entiendo —continuó Eddy—. De verdad. Todos te llevan entre algodones. Y tú te mueres del aburrimiento, ¿verdad? Quieres ayudar. Deja que le dé unas vueltas al asunto. Alguien necesitará ayuda, seguro. Encontraremos algo.

Me dio unas palmaditas en la espalda justo cuando Howard se acercaba con dos platos.

—¿Quién ha pedido la tarta?

Levanté la mano.

—Esto está paradísimo esta noche —dijo con un suspiro mientras dejaba los platos en la barra.

Afuera ya había anochecido, y se podía oír la música del *jukebox* del bar de los veteranos escapar hacia la calle. Alguien había puesto Bob Seger. Durante los días y las semanas siguientes, siempre que veía a Eddy por el pueblo, él me saludaba con la mano desde el coche o al salir de la iglesia con su familia, pero nunca me llamó para ofrecerme ningún trabajo, y al cabo de un tiempo todo volvió a ser como antes y volvieron a entrarme ganas de marcharme, de escapar de este pueblecito.

B

Los niños se quedaron en las escaleras del porche con los abuelos, diciéndonos adiós con la mano, y en su cara no se apreciaba ni rastro de tristeza. En realidad, sonreían mientras nosotros arrancábamos, y antes incluso de que nos perdiéramos en la distancia ya habían dado media vuelta para entrar en casa tirando de las viejas manos de mis padres. Ver que tus hijos no dan muestras de echarte de menos es una sensación muy extraña, y debo confesar que en ese momento me pregunté si ir a Nueva York sería una buena idea o si tal vez habría sido más elegante enviar una tarjeta y un regalo.

—Nos ha mandado los billetes de avión —dijo Henry una noche cuando ya estábamos en la cama—. ¿Qué excusa tenemos? ¿Una agenda social demasiado apretada? Además, ¿quién va a acompañar a Ronny, si no?

—No sé. ¿La chica a la que se llevará de boda? No es un inútil, Henry.

—Vamos —susurró Henry.

Solté un suspiro resignado. Y era cierto que nunca había ido a Nueva York y que el viaje me hacía muchísima ilusión. Ver Central Park y Broadway y el Empire State Building y todas las cosas y todos los lugares que a los habitantes de la ciudad, sin duda, les parecerían invisibles. Pensar que alguien pudiera dejar de ver algo como un rascacielos se me hacía rarísimo; a mí eso nunca me pasaría. Por ingenuo que pueda sonar, hay edificios del pueblo en los que siempre me fijo, pase lo que pase. La fábrica de Kip, por ejemplo. O la iglesia luterana en la que Henry y yo nos casamos. O el silo que queda entre nuestra granja y el pueblo, donde la gente hace sus anuncios más importantes con pintadas de *spray*:

¡YA HA NACIDO! WILLIAM CHRISTOPHER
BURKE 6/1/11
3800 g

O:

AMO A TINA

O:

VIVA LA PROMOCIÓN DEL 88

Miro ese silo cada día, no vaya a ser que por la noche alguien haya añadido una pintada nueva. Mi mundo está lleno de cosas que he acabado convirtiendo en mis monumentos particulares: un antiguo roble en mitad de nuestro campo de alfalfa, un bloque errático que está delante del instituto, hasta el área de servicio a las afueras del pueblo, con su inmenso poste y esa bandera americana demasiado grande. Me basta con echarle un vistazo a la bandera para saber si ha muerto alguien; supe al instante, por ejemplo, que el chico de los Swenson no iba a volver de Afganistán.

Kip nos llevó hasta el aeropuerto St. Paul-Minneapolis en su Cadillac Escalade negro. Henry iba a su lado y yo, detrás, con Ronny y su pareja de boda, una mujer que se llamaba Lucinda.

—Pero puedes llamarme Lucy —me dijo muy alegre cuando me estrechó la mano delante de casa. Estábamos mirando a Henry y Kip embutir el equipaje en el maletero del flamante cuatro por cuatro. Los brazaletes que le bailaban en el brazo eran tantos que no alcancé a contarlos.

—Lucy —repetí yo estudiando su rostro con detenimiento.

A la luz de la mañana de ese viernes, imagino que nunca la habría tomado por una *stripper* si Henry no me hubiera advertido de antemano. Era atractiva, sin duda, con un cuerpo perfectamente curvilíneo y torneado, y mentiría si dijera que no me detuve ni un instante en su pecho inmóvil y su profundísimo escote. Sabía que aquello no era obra de un sujetador milagroso: ya había probado muchos después de tener a los niños, pero no había manera, nadie ha dado todavía con un invento capaz de desafiar los efectos de la gravedad, la maternidad y el tiempo. Con todo, se la veía ilusionadísima con nuestro fin de semana, y yo también quise sumarme a su entusiasmo. Estará bien que haya otra chica en el viaje, pensé. Yo era siempre la única chica, la única mujer entre la pandilla de amigos solteros de Henry; Kip era la única excepción, aunque yo tenía la impresión de que Felicia, su mujer, viajaba tanto como Lee.

Después de la boda, todos le hicimos el vacío a Kip durante varios meses, algo nada fácil en un pueblo tan pequeño como el nuestro. No le devolvíamos las llamadas, no íbamos nunca a la fábrica de piensos, no lo invitábamos a cenar ni a sentarse con nosotros alrededor de una hoguera. Cuando pasábamos por Main Street, nunca nos parábamos a hablar con él o con Felicia, sino que nos limitábamos a agitar la mano en un saludo apresurado. El invierno en Wisconsin es ideal para evitar a la gente, porque la ropa que llevamos no para de crecer, de volverse cada vez más gruesa, y vagamos por ese mundo helado aislados bajo gorros de lana y guantes, calzando botas de cuero o de gamuza, de las esquimales. ¿Cuántas veces pasada la boda no habré saludado a Kip con una mano enguantada bajo cuya lana solo se movía el dedo anular? Si Felicia o Kip me hubieran llevado aparte para preguntarme por qué no los había saludado en la oficina de correos, habría estado dispuestísima a echarles la culpa de todo al gorro de lana, las orejeras y una amigdalitis muy contagiosa.

Pero a mediados de marzo a Felicia se le agotó la paciencia. Estalló un buen día en el supermercado: tiró una garrafa de leche al suelo y nos tachó a todos de paletos y pueblerinos. Que un forastero tome la lealtad por ignorancia es una equivocación comprensible, supongo. ¿Por qué no íbamos a vender a nuestros mejores amigos por unas monedas de plata? Con todo, su enfado me pareció muy respetable. En este pueblo donde todo el mundo es siempre muy correcto, a veces un enfado resulta divertido y hasta estimulante. Yo no estaba en el supermercado el día en cuestión,

pero en nuestro círculo las noticias vuelan. Las mujeres empezaron a llamar a otras mujeres, que llamaron a sus maridos, que llamaron a sus amigos.

Por lo visto, Felicia había pasado por el supermercado a buscar cuatro cosas y en el pasillo de los lácteos había saludado a alguien que no le había devuelto el saludo. Y se armó.

—Lo que a mí me ha llegado —nos contó Eddy— es que al principio ella se lo tomó con calma, pero después, al volverse para ir a la caja, tiró la garrafa al suelo y soltó una retahíla de tacos, eso me lo contó Dickie, que ese día atendía la caja, y también me dijo que lo mejor había sido verla pisar la leche resbalosa con esos zapatos de tacón negro como quien pisa un charco de nieve derretida. Dickie me dijo que antes de marcharse cogió una manzana de la estantería y salió a la calle sin pararse a pagarla.

Henry es muy buen hombre, y no es nada rencoroso, así que poco después de que a Felicia le diera el ataque los invitó a cenar. Llamaron a la puerta muertos de la vergüenza e impecablemente vestidos. Recuerdo que llevaban bufandas de cachemir rojas a juego atadas con un nudo muy elegante y que se quedaron allí parados, esperando a que los hiciéramos pasar, sujetando dos botellas de vino que, por la etiqueta, supe que no vendían en la licorería del pueblo.

Esa noche teníamos la casa hecha un desastre, lo recuerdo bien. Yo no había parado en todo el día: había ido al supermercado a comprar y a trabajar a la biblioteca de voluntaria, y luego había acompañado a una tía mía al médico, y Henry se había pasado el día encerrado en la nave de madera reparando un tractor que no tardaría en rodar por nuestros campos labrando la tierra. La primavera lo pone nervioso, lo sé. Se muere de ganas de volver a salir a los campos, de ir poniéndolo todo en marcha. Así que esa tarde no quise molestarlo mientras yo me encargaba de preparar un pollo al curry en nuestra atestada y asfixiante cocina, ni achucharlo para que recogiera todos los juguetes y las revistas y los papeles de caramelo que decoraban el suelo del salón. Cuando Kip y Felicia llegaron, parecía que acabara de estallar una granada. La mesa estaba sin poner.

—¡Me encanta vuestra casa! —dijo Felicia, muy atenta y con una euforia algo excesiva, aunque yo, todo hay que decirlo, agradecí ese esfuerzo tan animoso.

—Bueno, mejor me voy a buscar a Hank —dijo Kip antes de volver a salir por la puerta.

Llamé a gritos a los niños para que bajaran a saludar a Felicia, pero correspondieron a mi súplica con un silencio glacial. Estaban en el piso de arriba, como si pudiera verlos: Eleanore andaría navegando en internet en el ordenador de Henry mientras Alex pasaba páginas de libros que todavía no sabía leer, o puede que los dos estuvieran jugando en su «fuerte»: unas cajas de cartón pegadas con cinta plateada formando una matriz de túneles rectangulares.

—Vaya —dijo Felicia—, da igual. Deja que te eche una mano.

Y así fue como Felicia y yo acabamos borrachas cuando todavía faltaba una hora para sentarse a cenar.

Yo estaba otra vez en la cocina, lavando platos como una posesa, y allí apareció ella: con una botella descorchada y una sonrisa en la cara.

—¿Dónde tenéis las copas? —preguntó.

Dejé lo que estaba haciendo, sabía que la cristalería buena debía de estar criando polvo en un armario y que no era lo bastante alta para alcanzarla sin la ayuda de una silla.

—A ver, me parece...

—Con un vaso para zumo me basta —dijo ella—. O un tarro de los de mermelada.

Me apoyé en la encimera, me crucé de brazos y la miré. Ahora sonreía yo.

—Te advierto —me dijo— que estoy dispuesta a pillar una buena cogorza esta noche.

—Muy bien. Que empiece la fiesta.

Esos hombres, esos hombres que se conocían de toda la vida. Esos hombres que habían nacido en el mismo hospital y a quienes había traído al mundo el mismo ginecólogo. Esos hombres que habían crecido juntos, que comían la misma comida, que cantaban en los mismos coros, que habían salido con las mismas chicas y que respiraban el mismo aire. Se relacionan con un idioma propio y exhiben sus propias señales invisibles, como los animales salvajes. Y a veces les basta con estar juntos andando por el bosque o viendo la tele o asando unos filetes en la parrilla. Esto yo lo he visto: días enteros partiendo troncos sin cruzar más que una docena de palabras. De no ser por esa sonrisa que tenían grabada en la cara, cualquiera diría que ya estaban hartos los unos de los otros o que se guardaban un odio atroz. Miré por la ventana hacia la nave de madera. Veía las pisadas de Henry en la nieve, las manchas marrones que, de vuelta a casa, había dejado el café que se había derramado de la taza. Lo imaginé fuera, con Kip, revisando un motor o una transmisión. Kip sujetaría el embudo mientras Henry le echaba aceite al motor. Henry diría: «Kip, ¿me pasas una llave inglesa del cuatro y medio y otra del seis?». Y Kip, que nunca descansaba: «¿Sabes, Hank? Conozco a un tipo que podría dejarte un John Deere nuevo a buen precio». Y Hank, pasando por alto la pregunta, consciente de que no podíamos permitirnos un tractor nuevo: «¿Seguro que estarás bien aquí con esta ropa? Puedo prestarte un peto». Y Kip: «No, no pasa nada. Eh, ¿te has enterado de que los Giroux les han comprado el terreno a los Everett? ¡Dales un par de años a esos dos, y serán dueños de todo!». Y Henry, totalmente concentrado en la máquina que tenía delante: «¿Ah, sí?».

No soy celosa. Sé que soy deseable e inteligente y fuerte y *sexy*. Así que casi siempre les hago ojitos a Henry y a sus amigos. A decir verdad, Henry es muy buen hombre, ya lo he dicho. No se pasa el día entero por ahí como los hermanos Giroux, que son de los que siempre andan detrás de un polvo y les guiñan el ojo a las camareras. Él trabaja demasiado como para andarse con esas tonterías. Pero de recién casados yo tenía la impresión de que la intimidad que compartía con los chicos —con Lee, con Ronny, con los Giroux, con Eddy o con Kip— era envidiable. Y yo también buscaba esa familiaridad, esa capacidad de correr todos juntos, de moverse juntos sin tener que hablar. Esa calma.

La botella de *pinot noir* de Oregón estaba vacía, y nuestras copas llenas iban derramándose mientras gesticulábamos en la cocina. Felicia había puesto un disco de Van Morrison. Estaba sentada en el borde de la silla con las rodillas levantadas y los pies, largos y elegantes, apuntando cada uno en una dirección distinta.

—Lo que quiero decir —dijo Felicia— es que ¿cómo voy a competir con la historia que comparten? ¿Cómo?

—No se trata de competir. Tú ya perteneces a esa historia.

—Venga ya —replicó Felicia—. ¡Y una mierda! Nos habéis dado la espalda, todos. Que no soy idiota.

Tenía razón, claro, y en ese momento no fui capaz de mirarla a los ojos porque era muy probable, lo sabía, que los tuviera llorosos. Le di un buen trago al vino y medí bien mis palabras.

—Lo que pasa es que... —dije muy tranquila y rotunda.

A mis hijos siempre les digo: cuando os pillen diciendo una mentira o cuando hagáis algo

malo, parad. No inventéis excusas. No sigáis hablando. No tratéis de justificaros. Reconoced vuestro error. Cuando reconoces tu error, las cosas siempre te salen mejor, por fuerza. Te sientes mejor, hasta te ves mejor y todo. Y lo más probable es que cojas al otro desprevenido.

—Lo siento, Felicia —continuó—. Siento que los últimos meses hayan sido tan duros para vosotros. Henry y yo... como amigos, amigos de Kip y tuyos, podríamos haber sido mucho mejores. Y lo siento. La culpa es mía.

—Es que no lo entiendo. ¿En qué nos equivocamos? ¿Fue por los *paparazzi*? Porque la idea no fue mía. Y deja que te diga una cosa, porque me reconcome y tengo que contársela a alguien: Kip se ha gastado una maldita fortuna en la puta fábrica y ahora estamos con el agua al cuello. Si no fuera por mi trabajo, ya nos habríamos hundido. Fue él quien llamó a todas esas revistas y esos periodicuchos, se llevó una comisión que volvió a enterrar en la fábrica —dijo Felicia—. Todo: instalarnos aquí, la fábrica, la superboda, ese puto monstruo de Cadillac de afuera... todo esto es un maldito desastre.

Oí que la puerta trasera se abría y unas botas de trabajo del cuarenta y seis se arrastraban por la alfombra.

—Han vuelto —susurró.

—Deja que me oiga. ¡A la mierda! —gritó Felicia. Le dio un sorbo al vino, y un ataque de risa repentino estuvo a punto de hacer que lo escupiera—. Vaya zorras estamos hechas, ¿eh? —dijo. Me encantaba lo traviesa que se la veía en ese momento, que su pintalabios ya no estuviera perfecto y que el lápiz de ojos que perfilaba sus enormes ojos castaños se le hubiera corrido.

—Eh, Beth —dijo Henry—. ¿Puedo echarte una mano con la cena?

La palabra «pasta» no tiene nada de barato ni de indigno. Es una palabra noble, un alimento noble. En la televisión salen chefs famosos que se hacen su propia pasta y hablan de la cultura gastronómica de Italia y de la pasta, ese bálsamo culinario que alimenta y vivifica al pueblo italiano. Su pasta la aliñan de mil maneras: con hierbas frescas, con marisco fresco o con los tomates que cultivan en su huerto. Todo muy sano y muy sencillo, muy elemental y pintoresco.

Y sin embargo, cuando en la reunión de padres de alumnos o en la iglesia le digo a otra madre que la víspera estaba cansada y lo único que pude prepararles a mis hijos fue un plato de pasta precocinado, unos macarrones con queso de sobre, veo la decepción y la censura reflejadas en su cara. Y eso que, digan lo que digan, la pasta de sobre sigue siendo pasta.

Los niños habían salido por fin de sus habitaciones frotándose la tripa como refugiados hambrientos; abrieron la nevera y se quedaron mirando fija e inútilmente su luz lechosa.

—Mamá —lloriquearon—, nos estamos muriendo de hambre.

Eran las ocho y media, y su madre ya iba de camino a San Beodo.

—¿Macarrones con queso? —pregunté. Asintieron entusiasmados.

—¿Me hacéis un favor y ponéis la mesa para que cenemos? Y podéis ir a ver a Kip y a Felicia y presentaros.

Se dirigieron a la vitrina de la vajilla. Me maravilla lo adiestrables que pueden llegar a ser los niños: por mucho que hagan caso omiso del cincuenta por ciento de las peticiones que les hago, lo que de verdad importa, lo que me fascina, son esos momentos en los que los veo disponer diligentemente los platos y los cubiertos en la mesa del comedor como un par de educadísimos

pequeños empleados domésticos.

Puse un cazo con agua en el fogón, le eché una pizca de sal y encendí el fuego.

Justo entonces noté que Henry me pasaba la mano fría y seca por la cintura y me susurraba al oído: «¿Va todo bien?». Levanté la vista por encima de su hombro y miré el comedor: Kip y Felicia estaban parados al lado del tocadiscos, y advertí que discutían en voz baja. Ella le apuntaba al abdomen con un dedo como si fuera una pistola. Y pensé: «Son gente normal. Míralos: discutiendo aquí mismo, en nuestra casa, igual que la gente de verdad».

—Tienes las manos frías —dije yo temblando—. Te quiero, pero sácame las garras de encima.

Le di un beso en la barbilla a Henry; tenía la barba fría y cortante. Olía a aire fresco y a diésel y a heno viejo.

—Además —continué—, tal vez deberías rescatar a Kip. ¿Por qué no vais los dos al pueblo y traéis vino y cerveza? Para entonces puede que ya tenga la cena hecha.

—Tendremos que darnos prisa —dijo Henry—. La licorería cierra a las nueve.

—Pues daos prisa.

Observé a Henry mientras se acercaba a Kip y a Felicia. Y los dos hombres salieron por la puerta delantera, y el motor de la camioneta lanzó a esa noche invernal un rugido sordo, y luego los neumáticos de invierno aplastaron la nieve de la entrada, ruidosos, y durante unos instantes los faros iluminaron la ventana del salón y el sofá en el que los niños se habían sentado a ver la televisión.

—Bueno —dijo Felicia—, todavía nos queda otra botella de vino, ¿no?

Esa noche, en la cama, cansada y borracha de vino, escuché la respiración de Henry, cada vez más lenta, que se abandonaba al sueño. Estaba cansada, pero también estaba excitada, con esa fatiga tan rara que te invade después de haber dado una cena: la mezcla de cafeína y alcohol que corría por mi torrente sanguíneo. El «runrún vertical», así llama Lee a esa sensación de no saber si flotas hacia arriba o te deslizas hacia abajo. Le di a Henry unos golpecitos en el hombro para despertarlo.

—Kip está perdiendo hasta la camisa con esa fábrica —dije por fin con los hombros fríos allí donde asomaban bajo las mantas. Froté los pies contra los de Henry.

—¿Qué? —preguntó él rascándose los ojos.

—Felicia me ha dicho que Kip está perdiendo hasta la camisa con la fábrica. Que si ella no trabajara tendrían problemas muy graves.

—Dios —murmuró Henry—. Sí, sí que lo he visto un poco preocupado esta noche.

—No son tan malos esos dos. Siento mucho, siento muchísimo no haberlos invitado antes.

—Pues yo sigo cabreado con la mierda esa de los *paparazzi*. Muy rastrero, deja que te lo diga.

Decidí no decirle nada a Henry de la comisión que se habían llevado. Quería que la situación mejorara, quería que el pueblo volviera a crecer, y lo cierto es que, por mucho que Lee hubiera conseguido que nos sintiéramos orgullosos de quiénes éramos y de dónde veníamos, necesitábamos a gente como Kip, gente con una visión distinta. Qué emocionante era estar en la cama imaginando una versión futura del pueblo, un lugar donde yo podría entrar en una *boutique* y comprar un vestido que no pareciera una cortina de ducha, un vestido que ponerme en

Minneapolis, tal vez, si Henry llegaba alguna vez a sorprenderme con una noche en la ciudad.

—Bueno —dijo Henry—, son malos tiempos para mucha gente. Kip será un auténtico gilipollas, pero no les deseo ningún mal. Sigue siendo uno de los nuestros. —Se detuvo y añadió —: Todavía somos amigos.

Lo que Henry no dijo entonces, y lo que yo también sabía, por supuesto, es que esos tiempos eran malos para nosotros. Yo sabía que Henry había estado pensando en buscarse algún trabajo extra. Hasta yo había pensado en trabajar en el supermercado o en la ferretería del pueblo; y también podría buscar algo en Eau Claire, aunque la idea de tener que coger el coche para ir a trabajar a otro pueblo me horrorizaba.

De camino hacia la terminal, mientras los aviones hacían cola en el cielo para aterrizar en pistas que todavía no alcanzaba a ver, no dejaba de pensar en esa noche. El tráfico me había cogido desprevenida, como siempre: tantos coches distintos, tantos taxis. Cuando éramos pequeños solo había un taxi en el pueblo. Era un familiar, para ser precisos, con una luz naranja en el techo como esas que llevaban los carteros rurales o los agrimensores. El taxi lo conducía una mujer, la señorita Puckett, a la que siempre veíamos atareada, cosa sorprendente, porque en el pueblo no viven ni mil quinientas personas. La señorita Puckett se ganaba la vida yendo arriba y abajo con su coche, acompañando a los ancianos al médico y llevando de vuelta a casa a los borrachos del local de veteranos. En invierno sus servicios estaban solicitadísimos por las personas mayores temerosas del hielo de las aceras y de la posibilidad de una cadera rota. También hacía viajes al aeropuerto como el que Kip estaba haciendo para acompañarnos, y supongo que de haber seguido en el pueblo la habríamos llamado a ella para que nos llevara. Recuerdo sus brazos, grandes y carnosos, y cómo se sentaba en el asiento del conductor, echada para atrás, casi totalmente reclinada contra el respaldo, y su pelo rojizo y sin vida, siempre sudado, y esas gafas pasadas de moda. Era una señora encantadora.

Una de mis amigas del colegio, Heather Bryce, cogía el taxi todas las tardes. Como sus padres trabajaban y no podían estar por ella a esa hora, debieron de contratar a la señorita Puckett para que la acompañara a casa todos los días. Algunas tardes, a la salida del colegio, yo iba a la casa de Heather, y recuerdo la ilusión que me hacía sentarme en el asiento trasero con ella, con la mochila llena de libros y carpetas, y lo que me costaba cerrar de un portazo las pesadas portezuelas del familiar. En la parte trasera del coche había varios asientos abatibles, y a veces nos arrastrábamos hasta allí a mirar la carretera desplegarse a nuestras espaldas mientras la señorita Puckett ponía docenas de casetes de los Grateful Dead que, eso lo descubrí más tarde, eran todos piratas. Del retrovisor colgaba un oso violeta, y el coche olía a incienso. En el asiento del copiloto siempre había bolsas de Fritos vacías. Pasaron muchos años hasta que todas las piezas empezaron a encajar.

No recuerdo que la señorita Puckett falleciera, pero se me hace raro imaginarla en otro pueblo o en otra ciudad, donde habría tenido que comprar una placa oficial y un taxímetro. No advertimos su ausencia de inmediato, porque para cuando ya había desaparecido, tanto yo como mis amigos teníamos permiso de conducir, y esas eran las noches y los fines de semana que conducíamos por el campo con una nevera portátil llena de botellas de Bartles & Jaymes o con una botella de Southern Comfort y doce Coca-Colas.

Estábamos parados en un atasco. Conozco pocas grandes ciudades; solo he ido a Minneapolis, St. Paul, Milwaukee, Chicago y Denver. Pero Minnesota tiene algo especial: nadie da bocinazos. A veces, encontrarse en medio del tráfico en completo silencio puede resultar inquietante; es como si alguien le hubiera bajado el volumen al mundo entero o asomara de repente ese velo mortuario que cubre el coche cuando en la autopista te aproximas a un accidente grave. Esa mañana me alegré del silencio, me alegré de haberme acordado de la señorita Puckett, porque, por lo demás, la boda de Lee tampoco me hacía tanta ilusión, y aquello me llenaba de una tristeza algo vulgar. A mi lado, Ronny y Lucy se susurraban palabras de amor, frente con frente, mientras en el asiento delantero Henry y Kip gesticulaban y hablaban entre murmullos del béisbol, del mercado de futuros del maíz y de los impuestos.

Yo estuve enamorada de Lee, creo, y supongo que muchas mujeres del pueblo y del mundo entero podrían decir lo mismo. En mi caso, sin embargo, tengo la impresión de que él también se enamoró de mí, aunque el tiempo lo empaña todo y lo único que me queda son recuerdos de hace más de diez años, de cuando Henry y yo no nos habíamos casado y los niños todavía no habían llegado, de cuando yo era más joven y los límites de mi mundo más flexibles y menos definidos. De cuando aún cabía la posibilidad de no terminar viviendo en el mismo lugar durante toda mi vida.

Cuando pienso en él, en Lee, en mí y en esa época de mi vida, en cuando yo era más joven, siento un rubor que me nace en el pecho y me sonroja toda la cara. Lo cierto es que no suelo darle demasiadas vueltas al asunto y que a Lee procuro verlo ahora de otro modo. Pero a veces sí que pienso en él. Por aquel entonces todo parecía incierto, todo estaba en el aire, y si alguien me hubiera preguntado con quién iba a casarme, estoy convencida de que habría contestado que con Henry, porque soy muy práctica y porque Henry es muy buena persona. Pero creo que podría haber imaginado otra vida, una muy distinta, una vida de casada con Lee, y de vez en cuando todavía imagino qué debe de sentirse viajando por todo el mundo sin que te traten como a la gente normal y corriente, pisando la alfombra roja con las cámaras enfocándote en vez de estar haciendo cola en el supermercado mientras miras en una revista una fotografía de Lee agarrado a otra mujer.

¿Y cuál sería nuestra cama? ¿Y tendríamos hijos juntos? ¿Y escribiría canciones sobre mí? ¿Y las mujeres del pueblo me tratarían de un modo distinto, susurrarían llevándose la mano a la boca y me sonreirían con frialdad cuando yo pagara la compra con billetes de cincuenta dólares? ¿O tal vez todo seguiría igual? ¿Iríamos Lee y yo a casa de Henry para cenar con él y su mujer mientras sus hijos enredaban a nuestro alrededor? ¿Y yo? ¿Miraría a Henry advirtiendo una tristeza infinita, el vacío de mi ausencia en su vida?

El Cadillac Escalade empezó a moverse de nuevo y no tardamos en aparcar delante de la terminal; en el aire, caliente y cargado de humo de tubo de escape, flotaba un ligero olor a colilla, y se oía el chasquido de chicles de canela. Henry cogió el equipaje del maletero y le dio un apretón de manos a Kip. Ronny y Lucy se quedaron en el bordillo, pasando el peso del cuerpo de una pierna a la otra. Iban un poco chabacanos, como si fueran a viajar a Branson o Gatlinburg o alguna otra ciudad de medio pelo. Le di un abrazo a Kip y él me entregó un paquetito, tan pequeño que me cabía en el monedero, envuelto en un papel marrón muy grueso.

—¿Se lo darás a Lee, por favor? —me preguntó Kip. En la cara, muy seria, tenía grabada una

emoción que nunca le había visto antes y que tal vez pudiera describir como remordimientos o resignación—. Dile que nos alegramos mucho, ¿vale? Dile que enhorabuena. ¿Lo harás, por favor?

—Los de la excursión —dijo Henry dando palmadas—. En marcha.

—Nueva York —dijo Ronny—. Nueva York.

De los aeropuertos grandes, el que queda más cerca del pueblo es Minneapolis, aunque como ya he dicho, nosotros somos de Wisconsin, y por mucho que los dos estados se abracen remontando el Misisipí y el St. Croix hasta el lago Superior y, río abajo, lleguen hasta Iowa e Illinois, a mí me parecen lugares distintos y singulares. Y al sobrevolar Minneapolis y sus rascacielos y, más tarde, el horizonte de St. Paul, más antiguo y modesto, tuve la sensación de que podría dibujar un mapa detalladísimo del paisaje cuya perspectiva iba ampliándose a mis pies: el tapiz de campos, los bosques de la cima de las crestas y los del lecho del valle, los arroyos, con sus destellos de azul y plata, los estanques como lágrimas, la infinidad de lagos, los caminos de grava amarilla y las carreteras y las autopistas negras. Y justo debajo, nuestro pueblo.

—Saluda a los niños —le dije a Henry—. ¿Crees que esto es Little Wing?

—Claro, mira: las vías del tren y la fábrica. El estanque, el campo de golf. No, ahora en serio, mira: se ve por la presa, mira el agua.

—Es casi de color turquesa —dijo Henry, y asintió en silencio—. Como el Caribe. Pero no creo que sea Little Wing.

Me volví a mirarlo.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Ese es un campo de golf de nueve hoyos, y el nuestro tiene dieciocho.

—¿Qué? No, ese tenía dieciocho hoyos. —Volví a mirar por la ventanilla, pero ya estábamos sobrevolando otra ciudad, una ciudad mucho más grande que la nuestra. Eau Claire, tal vez—. Estaba convencida de que era Little Wing.

—Despiértame cuando pasemos por el lago Michigan —me pidió Henry cerrando los ojos.

De repente vi a Ronny en el pasillo.

—Eh, Ronny —le dije.

—Eh. Lucy decía si querrías cambiarme el asiento para irte detrás con ella y hablar de algo.

—¿De algo, Ronny?

—No sé, de vestidos o algo así. De zapatos. Está preocupada por sus zapatos.

Asentí, cogí el bolso y pasé por delante de Henry, que me dio una palmadita en el trasero. Aunque yo no estaba nada tranquila con el vestido que iba a llevar, Lucy no habría sido la primera persona a la que habría recurrido como asesora de imagen. Al salir al pasillo me crucé con Ronny, que se apretujó contra mí molestando a Henry. Se desplomó en mi asiento y se puso a mirar por la ventana.

—¿Hemos pasado por Little Wing? —oí que le preguntaba a Henry.

Me quedé un momento en el pasillo para dejar pasar a un auxiliar de vuelo.

—Beth pensaba que lo habíamos visto —masculló Henry—. Duerme un poco, Ronny.

—No puedo dormir en el avión —dijo Ronny—. Nunca he podido.

—¿Cogías muchos aviones cuando salías con el rodeo?

—Ni uno —respondió Ronny—. Siempre íbamos en coche. O cogíamos los autobuses de la

Greyhound.

Henry me miró y meneó la cabeza.

Lucy me saludaba con la mano y los brazaletes sonaban como una pandereta. Le sonreí, me dejé caer en el asiento de Ronny y experimenté unos instantes de indecisión: no tenía nada que decirle a esa mujer, a esa *stripper* cuyo cuerpo mi marido habría visto, sin duda, en la despedida de soltero de Kip. Apoyé las manos en el regazo alarmada ante mi recato.

—Leland debe de ser muy buen tipo para mandarnos a todos a Nueva York en avión —dijo ella volviéndose hacia mí.

Asentí en silencio.

—Adora a Ronny, ¿sabes?

—¡Es famosísimo! —continuó ella—. Yo ni siquiera sabía quién era, pero Ronny me enseñó todos los recortes de sus álbumes y pensé, joder, Lee ha salido en *Rolling Stone* y en *Spin* y hasta en *People* y todo.

No ir sentada al lado de Henry me había puesto de mal humor, y confieso que estuve un poco borde con Lucy.

—Es verdad —respondí—. Hasta en *People* y todo.

—Vale, cuéntame qué te vas a poner —dijo Lucy sin inmutarse.

Desde esa tarde en la que Henry volvió del buzón con la invitación de Lee, había salido a correr todos los días. Y mucho. Estábamos en primavera y, muerta de ganas de ver el sol y de salir al fresco, mandaba a los niños al colegio, limpiaba la cocina y luego echaba a correr por carreteras secundarias mientras el día, con el aire frío y todavía húmedo, iba entrando en calor.

Quería estar delgada para la boda; no quería verme en un hotel pijo de Nueva York rancia y pálida, la pueblerina, la fea del baile. Así que por las mañanas, cuando por las cunetas de primavera corría ruidosa el agua del deshielo y sobre los campos sin sembrar la niebla quedaba suspendida en el aire como un montón de fantasmas sorprendidos, yo salía a correr, y bajo las deportivas sentía la grava, blanda y poco firme. La primera mañana me concentré en no parar, así que fui al pueblo corriendo. Ocho kilómetros. Para cuando hube llegado a Little Wing, tenía tantas ampollas en los pies que tuve que llamar a Henry para que fuera a buscarme a la biblioteca.

Pero a partir de ese momento me resultó más fácil, más fluido. Dejaba a Henry con sus vacas y sus máquinas y sus campos, y echaba a correr por el camino de entrada para coger la carretera secundaria saludando con la mano a las camionetas y los tractores que me adelantaban muy despacio. Un día decidí acercarme hasta la casa de Kip y Felicia. Estaba a once kilómetros de casa, pero la mañana era joven y la temperatura, perfecta, así que di con un ritmo sostenible y me dispuse a disfrutar del camino, consciente de mi respiración y del modo en que todo mi cuerpo rebotaba.

Mientras subía corriendo por el camino de entrada, Felicia me saludó con la mano desde la pared acristalada que daba al sur. Confiaba en sorprenderla, en pillarla holgazaneando en la planta baja de su inmensa e impoluta casa. O tal vez viendo una telenovela o algún concurso estúpido. Si estaba de suerte, hasta podría llegar a encontrarla espatarrada en el sofá comiendo un bol de cereales azucarados, con trocitos de arroz de colores entre los dientes mientras se tronchaba con los dibujos animados. Quería pescarla sin arreglar, con el pelo recogido en la coronilla como un nido de ardilla, en pijama, con las gafas puestas y restos reseco de la mascarilla de la víspera en las mejillas, la barbilla y la frente. Pero no; desde el camino de

entrada ya la veía impecable con unos pantalones de yoga ceñidos y una camiseta sin mangas, y el pelo como si esa misma mañana hubiera pasado por la peluquería. En una mano sujetaba una taza de café, y vi que con la otra hablaba por un teléfono inalámbrico. Me hizo señas para que entrara como si me hubiera presentado en su oficina sin haber concertado una cita. Y eso era exactamente lo que había hecho.

A unos seis metros de la puerta aflojé para estirar mis doloridas piernas. Me alegraba de no haberme quedado sin aliento, de que correr ya hubiera empezado a cambiarme. Una de las cosas que más me había gustado de mis embarazos era que el cuerpo me había dado sorpresas; que, en cierto modo, yo había logrado guardar ese secreto para luego traerlo al mundo y soportar ese dolor, con huesos que cedían y se doblaban y un cuerpo que al instante fue capaz de alimentar a una persona nueva. ¡Al instante! Fue entonces, tras una buena carrera, cuando comprendí que el ejercicio podía presentar también esos giros inesperados: que podía sorprenderme a mí misma y correr dieciséis kilómetros sin sufrir demasiado.

—¿Te apetece una botella de agua fría? —dijo Felicia abriendo la puerta cristalera—. Entra y quítate los zapatos. Siéntate y relájate.

—El agua me vendría de perlas. ¿Mucho trabajo esta mañana?

—No mucho. Estaba al teléfono con Kip. Con las lluvias de primavera y el deshielo les ha entrado agua en el sótano de la fábrica y está gastando todavía más dinero, instalando bombas de drenaje y un desagüe nuevo. —Meneó la cabeza—. Yo entiendo lo que quiere hacer. Entiendo los planes que tiene para la fábrica. Pero, Beth, voy a ser te franca: la fábrica es un maldito pozo sin fondo.

—Puede que algún día deje de serlo —propuse yo.

—Eres muy considerada. Pero bueno... hablemos de otra cosa, ¿vale? Por favor.

—Bueno... —dije súbitamente—, tengo una pregunta que hacerte.

—Dispara.

—Necesito un vestido de infarto.

—¿Negro o rojo?

—Mmm... negro, quizá.

—Acompáñame —me dijo yendo hacia el dormitorio.

La seguí, primero con cautela y después con una curiosidad descarada. Ya había estado en su casa una vez. Daban una fiesta de bienvenida, era su primer verano en el pueblo, y aunque Kip había ido enseñando la casa por grupos, dirigiendo nuestra atención hacia unas antiguas maderas recuperadas de unos grandes almacenes de Chicago que habían derribado hacía años o hacia la grifería industrial y otros elementos que habían rescatado de unas fábricas de cerveza de Milwaukee, yo no recordaba haber entrado en su dormitorio.

Era austero, moderno y blanco. En cada mesilla de noche había un jarrón con narcisos. La cama estaba hecha a la perfección, y cerca del cabecero la adornaban docenas de cojincitos. El espacio parecía demasiado grande, demasiado vacío para mi gusto, pero entonces recordé el dormitorio que tenía, que *teníamos*, en casa. Las paredes que casi se combaban de tantas fotos de familia, las sillas raídas de los rincones, las novelas policíacas baratas que Henry tenía al lado del radio-despertador de la mesilla de noche, apiladas en filas de tres en fondo, y las novelas románticas y los clínex que yo tenía en la mía. Ropa por todos lados, ni una superficie libre: formularios de autorización de los padres, libros de los niños, frascos de perfume, frascos de

colonia, calzadores y lociones. No envidié ni por un segundo la vida de Felicia, que en ese momento me pareció tan estilosa como estéril. Nosotros teníamos un hogar. Un nido. Un lugar vivido y querido. Puede que de vez en cuando vaya bien espiar las vidas ajenas: en mi caso, por lo menos, esos atisbos logran que mi vida me parezca algo muy querido.

—Toma —dijo Felicia por fin saliendo de un vestidor cavernoso—. Pruébate este. —Me tendió un vestido. Entonces reparé en mi sudor y empecé a retroceder muy lentamente. Ella dio un paso al frente, siguiéndome—. No seas tonta. Va.

—No puedo, Felicia.

—Por favor. Pruébatelo. Mira, si te parece horrible lo donaré a San Vicente de Paúl.

La obedecí. Y el vestido era perfecto. El resto de la mañana se nos fue en charlar, y después, Felicia, muy amable, se ofreció a acompañarme a casa. En el coche, mirando por la ventanilla de su Land Rover, pensé en que ni ella ni Kip estaban invitados a la boda de Lee, y aunque era lógico, también me pareció que estaban siendo injustos con ella, con esa mujer que no les había hecho nada malo ni a Lee ni a Chloe y que siempre se había portado bien conmigo. A decir verdad, ella se había portado mejor conmigo que yo con ella. A pesar de la proverbial simpatía del Medio Oeste, me daba cuenta de que nosotros, y yo no era una excepción, podíamos ser tan fríos como nuestra estación más larga.

De vuelta a casa, probándome el vestido de Felicia delante del espejo, me puse de puntillas e imaginé los zapatos que llevaría. El vestido era de seda, pero parecía formar parte de mi cuerpo, como si alguien hubiera aplicado pintura negra a cada una de mis curvas, a cada uno de mis músculos, a cada uno de los huesos de mi ser, y yo ya no estuviera desnuda y ya no fuera un cuerpo siquiera, sino una provocación.

—No sabría describirlo. Es casi demasiado *sexy* sin llegar a ser demasiado *sexy*. Me hace sentir joven. No sé. Lo que digo no tiene ningún sentido, supongo —le dije a Lucy. Me daba vergüenza sincerarme así con ella, una completa desconocida, prácticamente, sobre mi cuerpo y sobre lo que me parecía *sexy*.

Lucy me puso la mano en el brazo y me dirigió una mirada muy elocuente.

—Chica, rezo para que no haya nada «demasiado *sexy*», porque lo que es yo no pienso cortarme un pelo.

Sonreí. A sus espaldas veía el lago Michigan y sus miles de millones de olas festoneadas resplandeciendo como lentejuelas de azul y plata.

En el aeropuerto de LaGuardia hacía un calor atroz, y el viaje en taxi por la ciudad no podía haberme parecido más distinto que en Minneapolis: un tráfico denso, errático y competitivo. No le solté la mano a Henry en todo el viaje, pero el gesto no tenía nada de cariñoso: me sentía como montada en una montaña rusa estropeada o en un cohete. Ronny, cómo no, se había sentado al lado del conductor, intrigado por el turbante naranja y la barba de morsa del taxista sij, y se volvía a menudo a mirarnos por la mampara de vidrio con una sonrisa enorme.

En el vestíbulo del hotel hacía frío, y bajo los pies notaba la moqueta, gruesa y tentadora. Traté de que los lujosos muebles del vestíbulo o el desfile de huéspedes con elegantes gafas de

sol y ropas de lino y seda sin una sola arruga no me dejaran con la boca abierta, pero cuando Ronny entró tan campante en el vestíbulo entre exclamaciones con las botas de vaquero anunciando su llegada cual redoble de tambores, algunos de esos huéspedes no tuvieron la elegancia de contener su mirada.

En la recepción nos informaron de que las habitaciones ya estaban pagadas, cortesía del señor Leland Sutton.

—¡Mierda, Lee! —masculló Henry, aunque sospeché que había sentido el mismo alivio que yo: las habitaciones nos habrían costado más de quinientos dólares la noche, un dinero que, sencillamente, no teníamos.

—También les ha dejado esto —añadió el recepcionista entregándonos un sobre. En el papel, los garabatos descuidados de la mano zurda de Lee. Henry lo abrió.

Cena esta noche en casa de Chloe. Un coche os recogerá a las siete.

Pasadlo bien en la ciudad.

Abrazos, Lee

—Eh, Ronny —dijo Henry—. ¿Vais a estar bien, tortolitos? Puede que Beth y yo nos echemos una siesta.

Ronny tenía cogida a Lucy por la cintura, y en su cara se dibujó lentamente una sonrisa que dejó todos sus dientes a la vista y le hizo centellear los ojos. Asintió en silencio como si estuviera al corriente de algún secreto nuestro, de algo jugoso y muy comprometedor.

—Nosotros vamos a estar pero que muy bien —respondió Ronny, insinuante—. Estábamos a punto de subir a la habitación para echar una siestecita, ¿verdad, Luce?

Le dio una palmada juguetona en el culo, ahí mismo, en el vestíbulo de ese hotel de cinco estrellas. Miré al recepcionista, cuya mirada de divertido desprecio bien podría valer lo que nos había costado el viaje, siempre y cuando, eso sí, hubiéramos tenido que pagarlo nosotros. Ronny se bajó las gafas de sol baratas de la cabeza hasta posarlas en su nariz torcida. Nos enseñó la tarjeta magnética de su habitación como si fuera un billete de oro y dijo:

—A veces la siesta la echo con las botas puestas.

No me entusiasma dejar mi casa, dejar a mis hijos, dejar la familiaridad de mi cama, de mi cafetera o de mis zapatillas. Pero me encantan los hoteles.

Una vez en la habitación, me quité los zapatos y acto seguido me acerqué a la ventana. Abajo teníamos las salidas del aire acondicionado de un edificio más bajo, y a un lado, las esqueléticas escaleras de incendio. Encima: rascacielos más altos, un montón de palomas que surcaban los cielos y una solitaria página de periódico que había acabado volando por los aires a decenas de metros sobre el asfalto caliente. El ruido de las bocinas de los coches, aun ahogado por el triple acristalamiento de las ventanas que tenía delante, era incesante, como un despertador escondido o un teléfono sonando en un inmenso almacén. Llamé a mis padres, impaciente por comprobar que los niños seguían, efectivamente, vivos.

—Estamos bien —dijo mi padre—. Desde que os fuisteis, solo hemos comido tortitas, bolitas de chocolate y jarabe de arce.

—¿Los niños están bien?

—¡Niños! —gritó papá apartándose del teléfono—. ¿Estáis bien?

Del fondo no me llegó respuesta alguna.

—Están bien —dijo mi padre—. Estábamos pensando en coger el coche y acercarnos a Eau Claire, para ir al cine o al centro comercial o algo así.

—Les encantará.

—¿Qué tal Nueva York? Tu madre y yo no hemos vuelto por ahí desde que tú naciste. ¿Sigue siendo un nido de fulanas y de cines porno?

—Me parece que hace mucho tiempo que dejó de serlo, papá.

Sentada en el borde de la cama, pasé la mano por el nórdico y calculé cuánto costarían ese televisor nuevo y los grabados enmarcados de la pared. En el baño, Henry, que iba sin la camisa, se recortaba los pelos de la nariz con unas tijeritas mirándose al espejo. Lo observé mientras se pasaba las manos por el pelo gris de las sienes. Se miró con el ceño fruncido.

—Pues muy bien, bichito —dijo mi padre—. Pasadlo bien, ¿entendido? Y si no tenéis noticias nuestras, lo más probable es que todos estemos vivos y bien.

—¿Lo más probable?

—Pues eso, que lo dicho —contestó mi padre muy alegre, y colgó.

—Te quiero —le dije al tono de la línea.

Henry salió del baño. Enrollado entre dos dedos sujetaba un trozo de hilo dental. Se lo pasó por los dientes y las encías como haciendo una reverencia.

—¿Quieres ir a dar un paseo? —me preguntó.

Pensé en Ronny y Lucy en su habitación, y debo confesar que durante unos instantes me sentí excitada ante la idea de un vaquero y su *stripper* follando desenfrenadamente en la habitación de un hotel de Nueva York, con las botas y los zapatos de tacón puestos, y esa cama anónima chirriando, a punto de romperse. Hacían buena pareja, en ese sentido, aunque no es que me hubiera parado a pensar en el tipo de persona con el que acabaría Ronny, porque, para ser sincera, debo decir que nunca había confiado en que pudiera encontrar a alguien. Me tapé los ojos con las manos y moví la cabeza para interrumpir la imagen que se había formado en mi mente.

—Sí —contesté—. Me gustaría estirar las piernas, creo.

—¿Te pones las zapatillas?

—O eso o los zapatos de tacón que he traído para la boda.

—Ya —asintió en silencio—. Yo estoy igual que tú. Pero no quiero parecer un idiota. El hotel este es de categoría.

—Bueno, podemos salir juntos y parecer dos idiotas. —Le hice señas para que viniera a la cama—. Pero primero tenemos que encargarnos de un asunto.

Bajamos al vestíbulo en ascensor, los dos con zapatillas deportivas, cogidos de la mano y con la sensación de habernos salido con la nuestra, lo que era cierto. No será el colmo del romanticismo, pero cuando llevas casi diez años de casada echar un polvo de media tarde es como cometer un crimen de poca monta, un acto tan emocionante y banal como ir a robar a alguna tienda. Con los niños, además, ese elemento de nuestro matrimonio se había convertido en algo cada vez más satisfactorio pero, sin embargo, mucho menos frecuente. Como pareja, como amantes, estamos más

en sintonía. Y nuestros cuerpos también. Sabemos qué susurrarnos al oído, qué gritar, qué pedir. Pero no es que hagamos el amor todas las noches. A veces dejamos que pase una semana entera, y hasta dos. Sobre todo en otoño, durante la cosecha, cuando Henry vuelve a casa muy tarde, de noche, con polvo de maíz y granos de tierra arcillosa metidos en la nariz y pegados al cuerpo, reseco, con todo el pelo sucio y los ojos cansados y enrojecidos.

Nos quedamos en la acera, y al mirar a Henry vi que tenía la frente perlada de sudor. Me apretó la mano.

—Mucho que ver, ¿eh? —dijo con una risa incómoda. Lo vi mirar su viejo reloj, que llevaba tanto tiempo con el cristal roto—. ¿Entonces?

—Vamos al parque.

Henry asintió.

—Me parece bien.

Con varias horas por delante antes de tener que ir a casa de Chloe, enfilamos hacia el norte por Madison Avenue con las manos cada vez más sudadas. Y mientras pasábamos por delante de inmensas tiendas de grandes marcas y de pequeñas *boutiques* muy elegantes, nos entraron ganas de entrar a mirar vestidos, trajes, zapatos, libros, bufandas... todas esas cosas que nunca íbamos a poder encontrar en Little Wing. Y, sin embargo, parados delante de los escaparates en pantalones cortos y zapatillas deportivas, sudados, Henry con su maltrecha gorra de los Milwaukee Brewers, también tuve la sensación de que quizá estaríamos mejor pateando por las calles, parando en los carritos de comida de granizados y mirando a la gente y los edificios. Teníamos una idea muy vaga de dónde estaba el parque y de por dónde habíamos venido, y preguntar por la calle nos daba un miedo y una vergüenza terribles. Así que echamos a andar sin rumbo fijo.

En el parque, Henry se quitó la camisa, y allí nos sentamos a mirar a los corredores y a los malabaristas, a familias con niños pequeños, a perros y a sus dueños tirándoles el *frisbee*.

—Voy a echar un sueñecito —le dije a Henry recostando la cabeza en su regazo. Apoyé el brazo sobre los ojos para protegerlos de la luz.

—¿Quieres mi sombrero?

—No —contesté—. Apesta. Tienes que lavarlo.

—No. No podría. Eso sería un sacrilegio.

Mientras los demás tratábamos de abrirnos camino en la universidad o en algún instituto de formación profesional, Lee montaba grupos efímeros y viajaba por el Medio Oeste y el Atlántico tocando en bares, en fiestas de las fraternidades universitarias o en concursos de talentos. Muy a menudo nos llegaban noticias de que la cosa estaba cogiendo fuerza, de que una discográfica quería ficharlo, de que algún famoso lo había visto tocar en Chicago o Boston y le había dado algunos consejos de triunfador, pero el éxito siempre se le escapaba, y a cada año que pasaba, Lee se hacía mayor y la posibilidad de que su carrera musical tuviera éxito parecía cada vez más remota.

Sus amigos, y entre ellos Henry, lo comprendían. Lo defendían, y también defendían su sueño. En los atestados dormitorios universitarios y, lejos del campus, en apartamentos llenos de humo que olían a la cerveza derramada por el suelo y al agua estancada en las pipas de marihuana, les ponían sus demos a desconocidos, a gente que no había crecido con él, a gente cuyos padres no

recortaban todos los artículos elogiosos sobre Lee ni todas las críticas insípidas de sus conciertos.

—Será famoso —decían sus amigos—. ¿Lo oís? ¿Habéis oído lo que ha hecho ahí?

Todavía puedo ver a Henry acercarse al estéreo, rebobinar unos compases, subir el volumen y luego darle al *Play*.

—Ahí —decía señalando los altavoces—. Y otra vez. ¿Lo oís? La guitarra no se toca así. Si vas a clases de guitarra o a la Julliard o a algún sitio así, ese vicio te lo quitan. Pero lo que pasa es que ahí está Wisconsin. Ahí tienes el invierno, justo ahí.

Después de la universidad, Henry y yo lo dejamos una temporada, lo que no es sino una manera educada de decir que queríamos acostarnos con otra gente, aunque por aquel entonces íbamos muy mal sincronizados. Cuando yo estaba enamorada de él, a él le interesaba Tara Monroe o Rachel Howe. Putas, pensaba yo entonces. Y cuando él estaba enamorado de mí, cuando quería recuperarme, yo pasaba unos meses pensando que prefería a Cooper Carlson o a Bradley Aberle. O a Leland.

Lee acababa de romper con su banda, unos tíos que no eran de Little Wing, sino de Thorp, un pueblo cercano. Estaban muy unidos, hasta habían ido de gira por Alemania, Francia e Inglaterra. Ya casi estaban a punto de lograrlo, andaban calibrando un sonido propio, algo nuevo que al principio ni me gustó ni fui capaz de apreciar. No sonaba como la música de Lee o, al menos, como nada que yo reconociera como su música. Era fría, solitaria y disonante. La mejor descripción que se me ocurre es que recordaba al modo en que el sonido viaja en invierno, cuando todo queda frío y mudo. A ese silencio que oyes al principio: resulta imposible imaginar que nada pueda vivir o moverse por allí. Y luego, después de aguzar el oído, después de esperar, empiezas a oír a los cuervos en las copas de los árboles y el ruido casi imperceptible de su vuelo, de sus alas en el aire cristalino. Y más: una sierra eléctrica lejana, un coche parado con el motor en marcha, el hielo cada vez más grueso, el agua del arroyo que borbotea al pasar cerca de ese hielo, el goteo de los carámbanos, el canto de los pájaros. Ve apilando todos esos ruidos imperceptibles bajo el tristísimo falsete de Lee, y ya tienes un himno para nuestro rincón en el mundo.

Lee estaba deprimido, vivía en un cuarto de alquiler en una granja inmensa a las afueras del pueblo. Nadie lo había visto; no bajaba al centro, no salía a beber al local de los veteranos. Vivía apartado, igual que un coyote. Y como yo no me hablaba con Henry, ya no me enteraba de sus intimidades. Pero un día mis padres recibieron en su casa una carta que iba dirigida a mí, aunque después de graduarme yo me había mudado a Wabasha, Minnesota.

—Casi ni podía leer el sobre —me dijo mi madre—. Parece que lo haya escrito un niño.

—No la habéis abierto, ¿verdad? —pregunté nerviosa.

—¿Teníamos que abrirla?

—No —respondí—. La semana que viene vendré a casa. Déjala en mi antigua habitación, por favor.

A la semana siguiente iba al volante de mi viejo Pontiac con la calefacción a punto de pasar a mejor vida. Tenía que conducir con parka, guantes y gorro, y llevaba ropa interior larga, por si acaso; en las noches más frías tenía que parar a menudo para rascar el parabrisas, porque el desempañador no le hacía ni cosquillas. En Wabasha tenía dos trabajos: de recepcionista en una peluquería y, por las noches, de camarera en un bar en el que servían pollo frito y cerveza. El pelo siempre me apestaba a grasa de pollo frito, aunque las peluqueras me regalaban muestras de

champú y suavizante de marca.

—Cariño —me decían—, casi todas nos compramos perfumes caros para pescar novio. Eres la primera persona que conocemos que a los tíos quiere cazarlos oliendo a cubo de alitas de pollo extracrujientes.

No recuerdo esa época de mi vida, mis días de supuesta libertad, como un tiempo especialmente feliz. Vivía en un estudio, por la noche cenaba gratis en el bar, estaba hasta el cuello de deudas y de día trabajaba en una peluquería llena de egos femeninos.

—Eh, Pollo Frito —bromeaban—, ¿qué tal te trata ahora tu carrera?

—¿A quién se le ocurre graduarse en Inglés? ¿No lo hablabas antes de ir a la universidad?

Si conocía a hombres, los conocía en el bar. Hombres que trabajaban en el ferrocarril, hombres casados, hombres con muchos divorcios a sus espaldas, hombres tristes, hombres viejos. Casi siempre me trataban con respeto. A algunos llegué a conocerlos bastante bien: cuáles eran sus bebidas preferidas, qué equipos querían ver en el televisor del rincón, cómo les había ido el día, bien o mal. Pero algunas noches me trataban peor. Me pellizcaban el culo, algún tipo con anillo de casado me dejaba su número de teléfono apuntado en la cuenta, o una llave de hotel y un condón al lado. Pero eso no sucedía muy a menudo.

Y todo para decir que me alegraba de volver a Little Wing a pasar un fin de semana, a comer los platos que me hacía mi madre, a que me lavaran la ropa gratis y a tomarme un respiro del bar. Y tenía un sobre de Lee esperándome. Nerviosísima por abrir la carta y eufórica por salir de Wabasha, conducía el Pontiac con cierta temeridad, derrapando sobre el hielo y dando volantazos para esquivar mapaches y ciervos caprichosos. Cuando me hube detenido en la modesta entrada de la casa de mis padres, me quedé un rato dentro del coche tratando de serenarme. Veía la cara de mi madre asomando entre las cortinas y luego por la puerta de entrada, donde se quedó agitando la mano, saludándome, con las zapatillas apuntando al frío de la noche. Saqué del coche la cesta de la ropa sucia, sobre la que puse el neceser, y me acerqué a mi madre por el camino de entrada.

—Hola, mamá.

—Cuánto me alegro de verte —me dijo abrazándome, aunque como yo tenía las manos ocupadas no pude devolverle el abrazo.

—Mamá, deja que eche esto a lavar en un segundo, que si no me olvidaré.

—Deja que lo haga yo. Tú ve a buscar a tu padre. Creo que está en el salón.

Cerré la puerta contenta de estar dentro de esa casa que tan bien conocía, con esos olores y esas corrientes de aire y esos ruidos que eran los mimbres de mi vida. Me quité los zapatos y froté los pies contra la gruesa moqueta marrón del recibidor. Era evidente que mamá se había pasado horas poniendo la casa a punto. Veía las líneas del aspirador en la moqueta, y que las velas encendidas en el comedor eran nuevas y muy largas, y que del horno salían deliciosos aromas de comida. Un gratín, ya lo sabía, por supuesto. Hamburguesa, maíz, cebolla, *ketchup* y gratín de queso.

—Hola, papá —dije.

Estaba sentado en su butaca leyendo el *Eau Claire Leader-Telegram*. Aunque tenía el televisor mudo, yo sabía que a papá le gustaba apartar la vista del periódico a veces para controlar el mundo, subiendo el volumen de vez en cuando para escuchar el pronóstico del tiempo o los resultados de los deportes. El resto de las noticias lo deprimía mortalmente, decía él, por

eso nunca se movería de Wisconsin.

—Eh, bichito —me dijo levantándose de la silla para darme un beso. Lo abracé con virulencia —. Hueles muy bien. ¿Qué es? ¿Un champú de los caros de lavanda? ¿De bardana? ¿Qué es?

Lo miré.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—No, tendrías que decirme qué es para que pueda comprarle un frasco a tu madre.

—En serio. Estás de coña, papá.

Levantó las manos, rindiéndose.

—No estoy de nada. Me gusta como hueles. Ya veremos si vuelvo a hacerte algún cumplido.

Me desplomé en una butaca.

—Cómo me gusta esta casa, Dios.

Levantó los ojos sobre la uve que formaba el periódico y los clavó en mí.

—¿Estás bien, hija? Se te ve un poco cansada. ¿Cómo está Henry? ¿Seguís sin hablaros?

—Papá.

—¿Qué pasa? ¿Que no puedo preguntar?

—No estoy de humor, eso es todo.

—Bueno, no sé qué nombre le dais las chicas de hoy en día, pero yo no dejaría que el experimento durara demasiado. Creo que lamentarías perderlo. —Me sonrió, pasó las páginas del periódico y después volvió a levantarlas a modo de pantalla entre los dos—. Los padres sabemos de estas cosas.

Solté un suspiro profundo. Mamá subió del sótano, de donde llegaba el ruido de la lavadora, el agua que corría, el aire cargado que olía a detergente.

—¿Gratín? —preguntó.

Después de cenar quise complacerlos; tan solo les revelé los aspectos más destacados de mi reciente historia laboral y dibujé metas más altas en el horizonte. Haría un posgrado en Minneapolis o Madison, posiblemente. Estudiaría para procuradora en Milwaukee. Me sentía como en una entrevista de trabajo, como si mi madre estuviera entrevistándome para un puesto recién creado, el de hija adulta. Me sonrió, me cogió de la mano y me dijo lo orgullosos que estaban de mí. Les di un beso de buenas noches a los dos y subí al cuarto. Aunque unos instantes atrás había fingido tener sueño, de pronto sentía el cuerpo lleno de electricidad. La carta yacía sobre mi cama; la letra de Lee era un manchurrón rectangular de grafito. Me tumbé en la cama, rasgué el sobre para abrirlo y me puse a leer.

No había hablado con nadie desde que había vuelto. Se sentía un fracasado por la disolución de la banda. No sabía qué iba a hacer. No sabía qué pensar sobre la nueva música que estaba componiendo. Estaba solo. Estaba pensando en rendirse y matricularse en la universidad. Estaba pensando en buscarse un trabajo normal. Estaba pensando en marcharse del pueblo. Al lado de las letras «PD», al pie de la carta, había garabateado un número de teléfono, como en una idea de último momento.

Doblé la carta y volví a meterla en el sobre. Fui al baño, me duché y me miré en el ojo de buey borroso que, limpiando el cristal, había abierto en el espejo empañado.

Yo, y él, y todos, todos íbamos subidos al carro de los ventipico, una edad en la que algunos de nuestros amigos y compañeros de clase ya habían alcanzado un éxito que los demás nos tomábamos como un reproche. Kip estaba en Chicago y ya vivía en un apartamento enorme en el

edificio John Hancock, y tenía un abono de temporada para los partidos de los Cubs y un Mustang antiguo que conducía por Lake Shore Drive y Michigan Avenue con la capota bajada para que los obeliscos de cuarzo de los rascacielos de la ciudad flotaran sobre su cabeza. Eddy y Henry habían ido una semana de visita y habían vuelto contando historias de trajes comprados en Brooks Brothers, de asados de quinientos dólares y de estudiantes de la Northwestern con pinta de modelo, de bailarina o de heredera de una casta muy superior a la nuestra. Me contaron que Kip le había servido un martini a una chica usando su zapato de tacón de copa.

Me vestí a toda prisa, me sequé el pelo, metí la carta de Lee en el bolsillo y me dispuse a ir en su busca. En la cocina marqué el número conteniendo la respiración mientras escuchaba los tonos. Oía a mis padres moverse torpemente por el piso de arriba, como ganado.

—Hola.

—¿Lee?

—¿Beth? ¿Eres tú?

—Sí. —Solté el aire—. He recibido tu carta. ¿Quieres visita?

Me di cuenta de que estaba jugueteando con el cable, fui enrollándomelo alrededor de la muñeca y los nudillos hasta que los dedos se me pusieron blancos.

—Sí, ven. ¿Lo encontrarás?

—Lo encontraré —respondí.

Mamá me pilló en la puerta forcejeando con las botas de invierno, tratando de ponérmelas.

—Pensaba que estabas cansada —dijo cruzándose de brazos—. Son casi las diez.

—Ya lo sé, mamá —dije—. Pero tengo que ir a ver una cosa.

Arqueó las cejas.

—¿Cuándo tendríamos que enviar a la partida de rescate?

Me levanté y alargué la mano hacia el pomo de la puerta.

—Estaré en casa para el desayuno.

Le di un beso en la mejilla.

—¿Tienes que ducharte para ir a ver una cosa? ¿Y perfumarte?

—Mamá.

—Cuidado con la carretera.

No sabía lo que hacía, solo sabía que tenía curiosidad, que me sentía sola, que nadie, ninguna relación, me obligaba a nada, y mientras conducía mi Pontiac oxidado con el termómetro bajo cero y un faro fundido, no tenía frío. El frío, me decía siempre mi padre, es psicológico, es todo mental. Podía oírlo: «En Florida la gente dice que diez grados, quince grados, es frío. El secreto está en unos buenos calcetines y un buen desayuno. Y más aún, el secreto está en ser feliz. Y todavía más, el secreto más importante de todos está en trabajar duro».

Hundí el tacón en el acelerador y conduje de noche por el campo. Lee me había dibujado un plano; la casa de mis padres la indicaba con un asterisco, o tal vez fuera una estrella, y su dirección, con una X.

La noche era clara, la iluminaban las estrellas y el faro de una luna casi embarazada. Enfilé el camino de grava y un perro se puso a ladrar. Me pareció el ruido más estruendoso del mundo. Aparqué el Pontiac bajo un viejo roble y observé mi reflejo en el espejo. Oía las garras del perro en el hielo y la grava, acercándose. Demasiado nerviosa como para tener miedo, me interné en la noche.

Era una de esas enormes granjas de ladrillos de color blanco amarillento rodeadas de campos invernales cubiertos de rastros de maíz y de nieve. Dar con la puerta de entrada de estas casas puede costar lo suyo, con todas las fachadas abiertas a los campos y a la cuadrícula infinita de carreteras secundarias. Esas antiguas casas de planta cuadrada con el inmenso porche de rigor, sin timbre ni buzón. Vi que, arriba, unas ventanas pasaban de la oscuridad a la luz y alguien levantaba la esquina de una cortina. Al final descubrí lo que me pareció la puerta de entrada y llamé.

Lee contestó y yo dejé escapar un suspiro profundo al sonreírle. Me hizo pasar devolviéndome la sonrisa.

—¡Calla! —regañó al perro—. O entras o te quedas fuera —le susurró.

El perro meneó la cola y entró en casa.

—¿Es tuyo?

—No —me respondió mientras me daba un abrazo—. Es de Joaquín. También vive arriba. Así que te ha llegado mi carta.

Estuve a punto de darme unas palmaditas en el bolsillo trasero, pero me limité a asentir en silencio sin saber qué decir.

—Enséñame dónde vives.

Una anciana salió de la cocina con paso sigiloso. Iba vestida con un *muumuu* rosa, y su melena, larga y blanca, formaba una capa que le llegaba justo por encima de la corva. Llevaba gafas de concha y en la mano sujetaba una taza de algo que olía a manzanilla. Nos sonrió.

—Le he hecho la cama —me dijo.

—Señora Cather, mi hermana Beth. Beth, Bea Cather.

Lo miré confundida, pero luego lo entendí todo.

—Encantada —dije tendiéndole la mano.

Lee me miró animoso.

La anciana dejó la infusión en una mesita llena de ejemplares del *National Geographic* y me estrechó la mano entre las suyas, temblorosas como manitas de pajarito, calientes, secas y llenas de venas. Con ojos llorosos, observó mi cara colorada.

—Su hermano hace una música preciosa. Es el mejor guitarrista que he oído.

—Ay, Bea —le dijo Lee con una carcajada—. Por favor, no me haga pasar vergüenza.

—No —replicó Bea señalándolo con el dedo—, es demasiado modesto. ¿Siempre ha sido así? Así de modesto, quiero decir.

—Siempre —dije yo asintiendo con unos movimientos de cabeza teatrales—. A Lee todo le parece demasiado.

—Bueno, eso está bien, supongo —dijo Bea—. No hay nada menos atractivo que un fanfarrón. Como mi primer marido. Podía pasarse el día entero contándote lo bien que olían sus pedos. Y al final llega un momento en el que terminas desconectando.

—Sí, señora —repuse.

—Bueno, como Leland me ha dicho que llegarías cansada del viaje, te he hecho la cama. Está en la habitación de al lado de la mía. No quería que te quedaras arriba, cerca de los chicos. Esos mexicanos, mira qué te digo. Muy trabajadores, todos, y unos acordeonistas excelentes. Pero también se las dan de casanovas. Si yo tuviera veinte años menos. Bueno, ha sido un placer conocerte. Este hermano tuyo es un ángel.

—Gracias —contesté.

—Buenas noches, Bea —dijo Lee.

—Buenas noches, cariño —respondió ella con la taza otra vez en las manos, arrastrando las zapatillas por el entarimado.

—¿Casanovas? —pregunté.

—Sí. Bea tiene el último piso alquilado a unos braceros. Yo comparto el baño con ellos: Joaquín, Ernesto y García. Y les gustan mucho las mujeres. Eso es verdad.

—Enséñame tu habitación —le dije colgándome de su brazo.

Subimos arrancándoles crujidos a las escaleras y dejando atrás multitud de fotografías de la familia de Bea; el blanco y negro y sepia de las más antiguas iba ganando color con el paso de los años, primero en esos tonos apagados de la Polaroid y más tarde en el vivísimo tinte color de las fotos de los nietos o tal vez de los biznietos.

—Conque la hermana, ¿eh? —dije yo.

Lee se puso colorado.

—No quería que Bea hiciera demasiadas preguntas, eso es todo.

—Pero ya dabas por sentado que pasaría la noche aquí.

Nos detuvimos en lo alto de las escaleras. De repente lo vi triste.

—Lo siento. Es que... Es que ya no sé qué coño pasa, y me dijeron que Henry y tú habíais, bueno, que habíais roto. Mira, lo siento. Lo siento mucho.

—No, no pasa nada. Mira, me alegro de verte la cara. —Y entonces alargué la mano para tocarlo, para tocarle la barbilla y la barba. Bajo el pelo lo noté demacrado, los pómulos se elevaban como dos hermosísimas dunas de hueso—. No estás comiendo nada —le dije. Nunca lo había tocado así. Era emocionante.

—Bea quiere engordarme.

Dejé que mis dedos le tocaran los labios.

—Qué bien.

—¿Beth?

Lo besé muy delicadamente y él me devolvió el beso. La frecuencia de mi mundo se volvió borrosa de repente, y tenía la cara tan caliente que pensé que se me iba a derretir. Como Lee es alto, tuve que ponerme de puntillas y me gustó la sensación de estar al lado de un hombre más alto que yo.

—Vamos —dijo—, no quiero que te caigas por las escaleras.

—Muy bien.

Me llevó por un pasillo central hacia una de las habitaciones, donde se oían risas, voces ahogadas y una radio con el volumen bajo.

—Payasos —dijo Lee—. Todas las noches igual.

Entreabrió un poco la puerta del dormitorio: despatarrados en el suelo alrededor de un tablero de Risk estaban los que supuse que serían sus tres compañeros de piso, con un reloj despertador al lado de la cama en el que sonaban éxitos del Top Cuarenta. La habitación olía a cerveza y vi varias bolsas de patatas fritas abiertas y latitas de frutos secos. Me dirigieron un saludo tímido con la mano. Al menos dos tenían dientes con funda de oro.

—De izquierda a derecha —dijo Lee—, García, Joaquín y Ernesto. Digan hola^[4], caballeros.

—Hola —dijeron ellos.

—Eh, ¿has dejado entrar a *Fernando*? —preguntó Joaquín.

—Sí, ha venido con Beth. Afuera hacía mucho frío.

—¿Queréis jugar? —preguntó Ernesto—. La partida acaba de empezar.

—No —contestó Lee—. Quiero enseñarle la casa.

—Vale —dijo Joaquín con una sonrisa demasiado franca—. Enséñale la casa.

Lee me hizo ojitos y cerró la puerta.

—Todas las noches así. Si no es el Monopoly es el Risk o algún otro juego de esos. Les gustan los juegos de guerra.

Su habitación estaba vacía, y recuerdo la lástima que me dio Lee cuando vi el pequeño cuadrado en el que consistía ese espacio: un colchón en el suelo, una caja roja para botellas de leche con algunos libros, una lámpara, una guitarra, una mesita de juego y una silla plegable.

—Por el amor de Dios, Lee. Si necesitabas muebles, podías llamar a mis padres. O hablar con Henry o con los Giroux o con Eddy. Con quien fuera. Aquí vives como un monje.

Él asintió en silencio.

—Ya lo sé. De eso se trata. Deja que te enseñe otra cosa.

Volvimos a bajar las escaleras con paso cauto.

—Bea tiene el sueño muy ligero —susurró Lee.

En la puerta, antes de salir, nos pusimos las botas, el gorro y los guantes, y cada uno ayudó al otro con la parka. *Fernando*, el perro, nos miraba desde lo alto de las escaleras olisqueando el aire, pero no quiso salir con nosotros al frío exterior. Echamos a andar y, alejándonos de la casa, nos dirigimos hacia un granero y unas chocitas desvencijadas. En el cielo, el zumbido azul de una lámpara de vapor de nitrato de sodio.

—Espera —dije, y le tiré del brazo para tenerlo cerca y nos besamos otra vez en el frío.

Cuando nuestros labios se separaron, inclinó la frente y la apoyó en la mía. Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos, pero los tenía cerrados.

—No sé, Beth —me dijo.

—No sé si deberíamos.

—Ahora mismo no sé lo que quiero. No me portaría bien contigo. Y Henry es mi amigo. — Advertí que hacía una mueca de dolor y lo imaginé reviviendo nuestros besos, su carta—. Lo que quiero decir es que me importas mucho. No sé.

—¿Qué? ¿Cuál es el problema?

Levantó los ojos hacia el cielo y vi que dejaba escapar una exhalación profunda.

—Vamos —me dijo—. Quiero enseñarte una cosa.

Dejamos atrás el granero y también una nave de madera llena de anticuadas trilladoras y arados en la que la brisa, y tal vez el bamboleo de la Tierra por el firmamento, mecía unas cadenas. Al entrar, Lee encendió un interruptor de la pared y una bombilla que colgaba del techo solitaria y desnuda se iluminó de repente. En el interior de ese espacio angosto había un piano, una batería, una guitarra y algunos instrumentos más. Todos parecían de segunda mano, como olvidados un siglo atrás por alguna desarrapada *troupe* de gitanos. En las paredes había trozos de moqueta vieja pegados y el suelo estaba lleno de heno.

—Mi taller —dijo Lee desplegando los brazos.

—Aquí hace muchísimo frío, Lee.

—¡Ajá! ¡Mira qué tengo!

En un rincón del gallinero había una estufa vieja. Lee se arrodilló en el heno y se puso a partir

leña y a echarla en la estufa con unas bolas de papel de periódico, y después arrojó una cerilla encendida. Al poco, el gallinero se llenó del delicioso aroma de humo de leña y del débil crepitar de un fuego recién nacido.

—Ese sonido, ahí. Esos chasquidos. Estoy grabando una pista con todos esos sonidos de fondo. Un *loop* de fuego. —Sonrió tímidamente—. Pero puede que me esté saliendo de madre, quién sabe.

—¿Y cómo lo estás grabando todo? —le pregunté.

—Con un equipo muy básico, solo un ordenador y un micrófono. Ahora todo es mucho más sencillo. Grabaciones de guerrilla.

Lo que yo quería era sentarme a su lado en una bala de heno y besarlo, entrar en calor a su lado, dejar tal vez que las cosas siguieran su curso y que pasara lo que tuviera que pasar. Pero no lo hice, y tampoco hablé del beso que acabábamos de darnos ni de por qué me había enviado esa carta, para empezar, ni de lo que él quería decir pero, por lo visto, no podía. Me limité a sentarme cerca de la estufa y nos pusimos a hablar parando de vez en cuando para que me cantara unos compases de algo en lo que estaba trabajando. Finalmente, levantó la mirada con semblante sombrío.

—No quería volver como un fracasado, ¿sabes? —me dijo—. Lo único que puedo hacer es seguir intentándolo. Es lo único que se me da bien.

Creo que soy como la mayoría de gente de este mundo, es decir, que carezco de talento alguno. No sé cantar, no sé bailar, no sé pintar, no soy una corredora veloz y tampoco escribo poesía. «¿Qué debe de sentir él? —me pregunté allí sentada, escuchándolo como lo escucharía en los años venideros cuando viniera a visitarnos a Henry y a mí en nuestra casa y se sentara a la mesa del comedor—. ¿Qué verá? ¿De dónde viene toda esta música?».

Dejamos que el fuego se consumiera, apagamos la luz y salimos de vuelta a la noche. Dentro de casa, me abrazó y me dio un beso en la mejilla.

—Me alegro de que hayas venido esta noche —me dijo.

—Yo también —respondí, aunque en ese preciso instante estaba confundida, más confundida que antes de llegar a la vieja granja de Bea Cather. No tenía ni idea de cómo estaban las cosas entre Lee y yo, por no hablar de lo que iba a contarle a Henry, y eso en caso de que pudiera contarle algo.

—Buenas noches —me dijo, y entonces lo vi subir las escaleras encorvando los hombros como un viejo granjero soltero, retirándose a sus aposentos.

Deambulé sigilosamente por la casa a oscuras, tocando las paredes para orientarme hasta el dormitorio que Bea me había preparado. Me metí en la cama vestida, temerosa de desnudarme, temerosa de quedarme dormida, excitada por la idea de que en algún lugar del piso de arriba Lee yacía sobre su colchón, quién sabe si pensando en mí. Y pasé muchísimo rato así, horas, tal vez, no tenía manera de saberlo, hasta que por fin me levanté y volví sobre mis pasos hasta la puerta de entrada. Me quedé de pie en la alfombrilla, tenía las botas tiradas sobre una vieja alfombra de lana tejida, y justo cuando me agachaba a cogerlas oí un crujido al final de las escaleras. Miré hacia arriba.

Era Lee, con el torso desnudo, unos calzoncillos de topes negros, los brazos llenos de tatuajes y el finísimo cabello disparado en mil direcciones distintas. Me miró con una sonrisa triste. Subí las escaleras y lo cogí de la mano.

Me marché por la mañana, antes del alba, conduciendo despacio y esperando a que amaneciera, circulando con cuidado. Cuando hube cruzado un puentecito sobre un arroyo sin nombre, paré el coche y dejé el motor encendido. Contemplé el sol elevándose púrpura y naranja y rosado.

Ya en casa de mis padres, entré a hurtadillas, sin hacer ruido, me quité las botas y me metí en la cama.

Transitábamos entre los cañones que abrían los rascacielos en un Mercedes con una tapicería de cuero muy fresca y las ventanillas ahumadas que mantenían cómodamente a raya el estruendo de la ciudad. Me descubrí subiéndolas y bajándolas en dos ocasiones con la única intención de estudiar el contraste entre el mundo exterior y el que nosotros ocupábamos allí dentro. Nos movíamos por la ciudad mientras el chófer nos señalaba los lugares de interés con un tono entre aburrido y amable. Yo me cogía el chal azul pálido que llevaba sobre los hombros y Henry se cogía las manos jugueteando con su alianza. En el asiento delantero, Ronny lo miraba todo con la boca abierta. Lucy se soplaba las uñas recién pintadas de morado. En el aire flotaba una tensión que solo podría describir comparándola con la que se apodera de un estadio justo antes de que empiece un partido o de la sala de actos de una escuela justo antes de que los niños-actores de la función de primaria salgan a escena. Lucy había visto algo en la televisión sobre la boda del día siguiente.

—En la televisión dicen que todo Nueva York va a estar en la boda —nos había dicho en el vestíbulo del hotel.

—¿Y vamos a caber? —dijo Henry con una ironía desgana.

—¿Dónde se celebra la ceremonia? —pregunté yo. La invitación de Lee era muy vaga, solo contenía la nota y los billetes de avión.

—Yo solo sé que mañana por la tarde, a las cinco, tenemos que presentarnos en una mansión. Es lo único que nos ha dicho Lee.

—¿Chloe es religiosa? —pregunté.

—Ni idea —repuso Henry.

—¿Entonces no habrá iglesia? —continué.

—Kip y Felicia no se casaron en una iglesia —replicó él—. Supongo que no.

El chófer se detuvo en una calle enladrillada sin un solo árbol y nos abrió la portezuela. Henry quiso darle propina, pero el hombre la rechazó.

—Ha sido un placer —dijo el chófer—. Sois la monda, chicos. Y ahora solo tenéis que entrar allí dentro. Coged el montacargas hasta el tercer piso. Yo estaré aquí abajo esperando hasta que os queráis marchar. No hay prisa.

Se despidió con la mano y se apoyó en el capó del coche. Lo vimos jugar con un móvil de los caros mientras se encendía un cigarrillo.

En el montacargas nadie habló. Lucy y yo les arreglamos el cuello de la camisa a nuestros hombres y los peinamos, y luego nosotras nos pintamos los labios. Yo llevaba un vestido de cóctel color melocotón que tenía desde hacía años, un vestido que me encanta ponerme en verano, bien morena. En invierno, cuando mi piel no ha visto ni un rayo de sol, ese color hace que me vea como

un fantasma, pero después de meses de salir a correr y de cuidar el jardín y de ir a los partidos de los niños, hasta mis pecas y mis lunares parecían decorativos. Me sentía muy segura de mí misma.

Ronny tiró de una vieja correa de cuero para cerrar el montacargas. Un *dj* pinchaba discos en un rincón, música animada y divertida; la fiesta vibraba con tanta conversación, y algunos de los invitados ya empezaban a dejarse llevar por la música. Olía a zumo de lima y a alcohol, a perfume caro y a marisco. Allí ya debía de haber unas ciento cincuenta personas, codo con codo.

—Esperad. Vosotros id tirando, chicos. Tengo que preguntarle una cosa a Beth —dijo Lucy. Esperó a que los chicos salieran del montacargas y pulsó el botón B y cerró la puerta—. Bueno, allá va. Yo pensaba que quería venir a la cosa esta, ya sabes, a conocer a los amigos de Ronny, y me ha encantado conocer a ti y a Henry, de verdad, y la habitación del hotel es fantástica y Ronny es fantástico, pero tengo que decírtelo.

—¿Decirme qué?

Llegamos a la planta baja. Dos parejas muy bien vestidas se dispusieron a entrar en el montacargas y Lucy me sacó de allí de un tirón; nuestros tacones resonaron sobre el suelo de acero de la cabina. Los invitados, ya dentro del montacargas, nos miraron intrigados. A mí me pareció que una de las mujeres me sonaba de la telenovela favorita de mi madre. Nos quedamos en la acera enladrillada.

—Tú sabes lo que soy —dijo Lucy—. Me refiero a que sabes cómo conocí a Ronny. ¿Qué diablos hago yo aquí? ¿Qué les voy a decir a esta gente cuando me pregunten: «¿Y tú a qué te dedicas?». —Eso lo dijo poniendo un acento altanero muy de clase alta, y me arrancó una sonrisa—. Soy una puta *stripper*, ¿vale? Dejé la universidad al primer semestre. De vez en cuando me gusta meterme un poco de coca. ¿Y sabes qué? —Se quedó callada durante unos instantes—. Tengo la sensación de que esos me van a calar.

Pero la entendía; hasta ese momento no me había parado a pensar que tal vez a ninguno fuera a bastarnos con ser amigos de Leland. Que quizá los invitados no fueran a juzgarnos solo por nuestra ropa barata, sino también por nuestro trabajo y nuestros ingresos. Desde que Henry y yo nos habíamos casado, yo había trabajado muy de vez en cuando, y casi siempre estaba en casa con los niños. El último empleo que había tenido digno de figurar en mi currículum era, probablemente, el de recepcionista en la peluquería de Wabasha.

—¿Tienes tabaco? —pregunté.

—Vaya si tengo.

Me pasó un cigarrillo, me lo encendió y después se encendió el suyo.

—¿Sabes quiénes somos? —le pregunté—. Hoy voy a ser o chef o dueña de restaurante. Todavía no lo he decidido. Y creo que tú deberías ser... —Estudié a Lucy durante unos instantes mientras le daba una calada a uno de sus Misty 120—. Creo que tú deberías ser fotógrafa. O, mejor aún, pintora, tal vez.

Lucy sonrió.

—¿Y qué fotografio? ¿O qué pinto?

—Desnudos.

—En ese campo tengo cierta experiencia.

Le tendí el brazo.

—Vamos a dar una vuelta —le dije—. No creo que vayan a echarnos de menos.

Nos echamos a reír mientras nuestros tacones resonaban por la acera, dos insólitas amigas que

se ofrecían una solidaridad repentina. Nuestros zapatos se las tuvieron que ver con los adoquines y los ladrillos, muchos sueltos, y antes de volver a la fiesta los pies ya me dolían.

Vi que Chloe había perdido peso, tenía los brazos demasiado delgados y las venas de los pies claras y azules. Nos saludó muy afectuosamente, y no tardó ni un segundo en elogiar el vestido y las uñas de Lucy. A Lucy se la veía entusiasmada, noté que no tardaba en perder buena parte de sus inhibiciones. Sujetaba la copa de champán muy relajada sin dejar que Ronny se separara de su lado.

Lo había encontrado en cuanto habíamos vuelto por fin a la fiesta, estaba en la mesa de los aperitivos metiéndose uvas en la boca. Me pregunté qué pensaría de él, de los dos, la gente de la fiesta, pero también sabía que a Ronny eso le traía sin cuidado. Cuando nos acercamos él esbozó una sonrisa inmensa y, con la mano colgada de la hebilla del cinturón, le dio un buen trago a su Coca-Cola.

—Me han puesto una rodaja de lima en la Coca-Cola —me dijo acercándose para hacerme una confidencia—. Me gusta.

—Te veo muy cosmopolita, Ronny Taylor. —Que no se me olvidara que debía mantenerme bien cerca de él y vigilar a los camareros que circulaban con las bandejas llenas de esos cócteles tan accesibles.

—¿Dónde está Leland? —le pregunté a Chloe.

—Está en la terraza, creo. Os estaba buscando. Creo que Henry está con él —respondió dándome un ligero apretón en el brazo antes de excusarse para ir a charlar con otros invitados.

El apartamento, largo y de techos altos, estaba salpicado de caras que me sonaban de las revistas y la televisión: actores, sobre todo, pero también músicos; músicos a los que mi hija Eleanore, yo lo sabía, había empezado a escuchar en la intimidad del dormitorio, todavía rosa, y entonces me di cuenta, como nunca antes, de lo importantes que eran Chloe y Lee, de que esa gente estaba allí para presentarles sus respetos, para dejarse ver en su compañía.

Estaban en la terraza, efectivamente, Henry bebiendo un mojito y Lee sujetando lo que parecía zumo de arándano. Cuando nos vio venir nos sonrió. Tenía los ojos cansados, pero con ese traje de corte impecable se veía muy en forma; moreno y afeitado, y con el pelo corto.

—Eh, Beth —me dijo abrazándome.

—Enhorabuena, Lee. Tu novia está espléndida.

—Gracias... y, en serio, gracias por venir, chicos —dijo—. Casarnos en Wisconsin habría estado bien, pero la familia de Chloe es de aquí, y ya sabes... —ladeó la cabeza en señal de renuncia.

—¿Por qué diablos te disculpas con nosotros? —dijo Henry—. Si nos estás dando una excusa para abandonar a los niños durante unos días, para conocer la ciudad.

Lee dejó el vaso al instante.

—¡Tío! Si también quería que vinieran, pero decidimos hacer una boda sin niños, ¿sabes? Nada de críos llorando al fondo ni de padres que tengan que acostarse pronto. Supongo que mañana por la noche la cosa ya sí que irá en serio.

—¿Dónde está la iglesia?

Meneó la cabeza.

—No habrá ceremonia religiosa. Un amigo de Chloe leerá los votos y ya está. Ha estudiado teología en Yale. Muy buen tipo. Después habrá cena y baile.

Las ceremonias de aquí te pillo y aquí te mato tienen su encanto. Si exceptuamos a las tías abuelas, las madres y las abuelas, nadie coge un avión hasta la otra punta del país para asistir a una ceremonia envarada. Nadie se rompe la cabeza comprando el regalo de boda para oír una homilía trillada sobre la institución del matrimonio o los alaridos del solo de un cantante de segunda. O a algún primo semianalfabeto perpetrando la lectura de unos versos de la Biblia o de algún poema de Neruda. La gente va a las bodas a ver a la familia y los amigos, a emborracharse, a quitarse los zapatos de tacón para imitar a un pollo sin cabeza. Para oír a un hermano pronunciar un discurso del padrino interminable y fuera de lugar. Para ver llorar a la dama de honor mientras desgrana edulcorados recuerdos de la adolescencia y bromas privadas. Y yo, la primera.

Pero resulta que cuanto mayor me hago, más me importa la ceremonia. Porque si invitas a la gente a una boda, para empezar, es porque quieres que tus amigos y tu familia participen del ritual. Y si la ceremonia no significara nada, todo el mundo iría por ahí organizando fiestas e intercambiando anillos sin problema alguno. El día de mi boda con Henry estaba nerviosísima. Tenía miedo de tropezar con la cola del vestido de camino al altar, de desmayarme durante la ceremonia, de besarlo mal o, todavía peor, de demostrar demasiada experiencia en materia de besos. Estaba aterrorizada. Y mientras el pastor pronunciaba los votos para que yo los repitiera, pensé en las palabras, en cada una de ellas, y las sopesé como si fueran algo precioso. Al pronunciarlas, descubrí que me las tomaba muy en serio. Que durante ese recitado, mientras las palabras escapaban trastabillando de mi boca, ya podía imaginar los problemas que se nos vendrían encima en el transcurso de nuestro matrimonio. Sabía lo poco probable que era que llegáramos a tener mucho dinero. Que Henry siempre iba a trabajar más de lo que a mí me gustaría. Que nunca nos alejaríamos demasiado de Wisconsin, jamás, ni siquiera para intentar vivir en una ciudad como Minneapolis, Chicago o ni siquiera Duluth. Que casarse con Henry equivalía a casarse con la granja de su familia, ciento veinte hectáreas de maíz y soja y alfalfa y vacas. Pero me gustó pronunciar esos votos, esas palabras. Y recuerdo lo contenta que estaba yo mirándole a la cara, concentrándome en él.

Y ahora, después de haber salido de ese *loft* tan cargado a la brisa de la terraza, al lado de Lee, con el sabor mentolado del cigarrillo en la boca y el frío reconfortante del champán en los dedos y la palma de la mano, recordé que durante los votos también había pensado en Lee — apenas una fracción de segundo—, había pensado en la noche en la granja, en que aquella había sido la única ocasión en que había traicionado a Henry. Porque nunca podría contárselo. Henry y yo llevábamos casi diez años casados, y si alguna vez le he ocultado algo, no han sido más que secretos inocentes: el dinero que me he gastado saliendo de compras, el dinero que he ido apartando para la universidad de los niños, el bulto que me había encontrado una mañana y que había resultado benigno, mis ganas de ir de vacaciones más a menudo cuando los niños hayan crecido y ya estén en la universidad. Me pregunté si Lee se acordaría de mí cuando pronunciara sus votos ante Chloe o si me vería como algo más que una amiga.

—Bueno, tengo que seguir circulando —dijo Lee. Le dio la mano a Henry y entró en esa sala llena de desconocidos.

La noche resultó muy agradable. Ninguna de las preocupaciones con las que habíamos entrado en la fiesta terminó importando demasiado. Vinieron a presentarse algunas caras nuevas, gente de

la discográfica de Lee. Se interesaron por Little Wing, por la fábrica de piensos, por cómo era Lee de joven. Casi me da un infarto cuando una mujer me preguntó:

—¿Vosotros salisteis juntos?

Sé qué pasé demasiado rato sin decir nada con la cabeza ladeada antes de responder:

—Qué va. Solo somos amigos. Amigos íntimos, nada más.

La mujer agitó la mano, frívola e inocente.

—Es que, ¿sabes?, como el pueblo parece tan pequeño, pensé que a lo mejor allí todos se acostaban con todos.

Henry debía de andar escuchando nuestra conversación, porque justo en ese momento apareció a mis espaldas, me pasó el brazo por la cintura y dijo:

—Espero que no.

Me besó, y sus labios olían a alcohol.

Hacia la medianoche, volvimos a paso lento hasta el coche que nos llevó de regreso al hotel por unas calles todavía animadas. En la habitación, borracha de champán, caí en esa inmensa y blandísima cama, y estoy segura de que ni un millón de taxis dando bocinazos me hubieran impedido soñar.

Dormimos hasta mediodía, casi, hasta que los nudillos de la camarera se oyeron en la puerta.

—¡Servicio de habitaciones!

Henry me dejó admirada al gritar con voz grave y profunda: «¡LARGO!». Por lo visto, aquello bastó para que la camarera diera marcha atrás y el carrito emprendiera una ruidosa retirada alejándose por el pasillo entre temblequeos. Satisfecho, Henry se tumbó boca abajo y yo le pasé un brazo por la espalda.

—Hacía años que no dormíamos tanto —dije.

—Tengo todo el cuerpo como si fuera cemento fresco.

—¿Por la resaca?

—Eso también —respondió Henry—, pero sobre todo porque estoy relajadísimo. Todo me parece pesado. Comouelto.

—Tal vez tendríamos que salir más. Podríamos hacer vacaciones cortas. Escapadas de fin de semana. Dejar a los niños con mamá y papá. Ir a California. A Las Vegas.

Henry suspiró como un niño pequeño.

—Nuestra casa me encanta —repuso casi ofendido—. Todo lo que necesitamos lo tenemos allí. ¿Y las vacas? ¿Y quién ordeña? No podemos permitirnos pagar a alguien. Ahora mismo no, por lo menos.

—Es que... ahora me decías lo relajado que estabas. Me preocupas, ¿sabes? Quiero que viajemos, que hagamos cosas juntos. Salir a ver mundo. ¿No te aburres de lo mismo de siempre? ¿Nunca te entran ganas de salir de Little Wing? ¿Ni que sea un fin de semana?

Volvió la cabeza hacia el otro lado y carraspeó.

—No sé —dijo—. ¿Y a ti?

Me acordé de los niños. De las mañanas de los fines de semana.

—Pero no pasa nada por tomarse un respiro de vez en cuando, ¿no crees? A veces todo parece mejor después de estar un tiempo fuera.

Me tumbé boca arriba, contemplé fugazmente la idea de hacer otro hijo y me puse la mano en el ombligo.

Henry se incorporó despacio, puso los pies en el suelo y apoyó la cabeza entre las manos.

—Dios —soltó—. Las burbujas del champán. Es como si ahora mismo las tuviera todas estallando en el cráneo.

Lo miré mientras él se ponía en pie, se rascaba el abdomen y se dirigía al baño. Yo también salté de la cama, subí los estores y, durante un minuto, me quedé desnuda al sol de mediodía escudriñando todas las ventanas que tenía a la vista en busca de un observador, pero nadie miraba. Volví a bajar los estores y entré en el baño. Henry estaba hundido en el retrete con la cabeza contra los puños.

—Vamos a buscar un café —le dije.

En el instituto, el profesor de arte se llamaba Roger Killebrew. Cómo había terminado en Little Wing, eso nadie lo sabía, pero llevaba toda la vida en el pueblo; de hecho, hasta había tenido a mi madre de alumna. Era un hombre muy atildado, y tenía el pelo de un castaño oscuro que se veía a la legua que estaba teñido. Llevaba trajes de *tweed* hechos a medida, zapatos de cuero muy elegantes y una colonia que no habría podido comprar en la farmacia del pueblo o en el bazar.

A decir verdad, me acuerdo del señor Killebrew muy a menudo, y casi siempre cuando estoy en una ciudad. Así que no me llevé una sorpresa cuando, mientras Henry recorría las calles de Nueva York en busca de un café, me descubrí pensando en nuestro profesor de pintura del instituto. Estábamos estudiando a los pintores abstractos americanos; Killebrew había preparado unas diapositivas, y algunos de los chicos de la clase se burlaban de los Rothkos y de los Pollocks.

—¡Chicos! —bramó Killebrew—. ¿Tenéis algún comentario especialmente brillante que aportar a la conversación?

No recuerdo bien de qué hablábamos, pero Henry, un Henry de diecisiete años, dijo algo así como que «El único lugar con gente tan tonta como para gastarse un montón de dinero en esa porquería es la gran ciudad». Otros chicos de la clase hablaban entre susurros, como siempre, de la ropa de Killebrew, de sus gestos, de su juego de muñecas, de su voz aguda, de su colonia, de su párpado caído, de su ostensible estatus de soltero de pueblo.

Pero de quien sí que me acuerdo es de Ronny, que de repente anunció: «Pintar es de gays». La clase entera estalló en carcajadas, y los chicos empezaron a chocar las palmas con Ronny como si acabara de anotarse un tanto y de plantar el balón ovalado en el suelo, desafiante.

El señor Killebrew apagó el proyector, rodeó el aula para encender las luces y después volvió al frente de la clase, donde se apoyó contra la pizarra mirándonos sin decir palabra, con las manos a su espalda, en la repisa de las tizas. Esperé a que calláramos. Tal vez un minuto, tal vez cinco, no lo sé. Pero recuerdo cuánto me gustó el señor Killebrew entonces, porque no era como ninguno de los hombres a los que conocía. Todos los años organizaba una visita cultural a Chicago. Allí él tenía amigos, algunos trabajaban en hoteles y otros tenían restaurantes o cafés. Y durante un fin de semana disfrutábamos de lo mejor de la ciudad: dormíamos en un hotel elegante, hacíamos todas las comidas en un restaurante distinto y pasábamos dos días explorando el Instituto de Arte y posando ante sus inmensos leones verdes. Nuestro mundo era, en buena parte, plano, pero Roger

Killebrew se encargó de que nuestro horizonte se extendiera hasta Chicago, por lo menos.

Cuando la clase estuvo por fin en silencio, Killebrew prosiguió:

—En primer lugar, quiero que veáis la ciudad como una colección de gente. No es difícil, ¿verdad? Cuando penséis en Minneapolis o Chicago o Milwaukee, pensad en cientos de miles de personas. En millones de personas. Eso es lo primero que se os debe ocurrir. Puede que vosotros también penséis en los rascacielos, no lo sé. Pero yo pienso en la gente. A continuación deberíais pensar en ideas. Considerad a cada uno de esos millones de personas como un conjunto de ideas. Algo así como «Esa mujer es bailarina y piensa en el *ballet*» o «Ese hombre es arquitecto y piensa en edificios». Cuando empiezas a verla así, la ciudad es el mejor lugar del mundo. Millones de personas juntas, intercambiando ideas, todo el rato, a todas horas.

—Pero nosotros no vivimos en una ciudad —dijo Cameron Giroux—. Nosotros vivimos aquí.

—Y es un buen lugar —dijo Killebrew—. A mí me encanta el pueblo. Pero no os deis tanta prisa en menospreciar las ciudades. En las ciudades vive buena gente. Y no son todos pintores y escultores. Pensad en vuestros jugadores de fútbol y de béisbol favoritos. ¿Creéis que sin las ciudades esos deportistas tendrían trabajo? ¿Creéis que habría estadios o hinchas?

—No lo entiendo —dijo Ronny—. Pensaba que estábamos hablando de los cuadros.

Killebrew se había acercado al pupitre de Ronny. A pesar de lo obtuso que era, le caía bien.

—Y no te equivocas —dijo Killebrew.

En una cafetería de la calle Sesenta y pico, mientras bebíamos café y comíamos cruasanes perdidos en la ciudad, le dije a Henry:

—Vamos al museo de arte, ¿qué te parece? Tenemos tiempo.

—¿En serio? ¿Tenemos la ciudad entera y tú quieres ir a ver cuadros? En Minneapolis también tienen cuadros. —Se sujetaba la frente y dejaba escapar una mueca de dolor cada vez que la campanilla de la puerta anunciaba la llegada o la partida de algún cliente. Afuera sonaban las bocinas y aullaban las sirenas, y los policías tocaban el silbato con brazos como aspas de molino—. Dios. ¿Cómo sobrevive uno a una resaca en esta ciudad? —Cerró los ojos y masticó su cruasán.

Le toqué la mano.

—En el museo de arte no habrá ruido —susurré—. Lo prometo.

Abrió un ojo para mirarme y me sonrió.

La boda se celebraba en una mansión que me recordó a una fortaleza medieval, aunque las flores y la decoración lograban suavizar y animar los contornos afilados y oscuros de ese imponente castillo de ladrillo rojo. La entrada la vigilaban unos guardas a quienes tuvimos que enseñar nuestra identificación. Por dentro, el edificio parecía un joyero: un ambiente cargado y oscuro que se prometía resplandeciente y deslumbrante.

Deambulábamos muy diligentes como figuritas sobre una pista; Ronny y Lucy, que no se despegaban de nosotros, miraban con la boca abierta y los ojos desorbitados. Por nuestro lado pasaban estrellas de cine como cálidos y lentos cometas. Allí mismo, justo allí, caras que nos sonaban de los periódicos sensacionalistas, de una delgadez imposible, deslumbrantes y

hermosas. Henry sujetaba el regalo de Kip y Felicia contra el pecho, como si fuera un balón de fútbol, mientras un guante hecho de manos y brazos serviciales nos conducía hacia una sala de baile donde las sillas que nos habían asignado esperaban en la mesa que nos habían asignado. Tomamos asiento como los nominados en una entrega de premios en la que las posibilidades de que alguien pronunciara nuestro nombre eran remotísimas.

—Dios —dijo Ronny—. Ya no estamos en Wisconsin.

—No había visto nunca nada igual. Ni en Las Vegas —añadió Lucy con una mirada cómplice—. Y eso que en Las Vegas he visto lo mío.

Después de que todos los invitados hubieran ocupado su mesa, después de que la sala hubiera bullido de impaciencia durante media hora, por lo menos, después de beber dos copas de champán y después de que la luz del comedor, ya de por sí favorecedora, se hubiera convertido en un resplandor de estrellas dorado, Lee y Chloe entraron en ese inmenso espacio, y todos se levantaron como si acabara de llegar el presidente o el rey de algún país lejano. Lancé una mirada furtiva para calibrar la reacción de Henry, y como muchos de los presentes, aplaudía con los ojos clavados en Chloe, supongo; en su vestido color blanco roto, en la finísima gasa que dejaba a la vista la espalda casi entera, los omoplatos y esos brazos que le debían su fuerza al yoga. Ella y Lee avanzaron hacia un escenario situado al frente de la sala, a unos sesenta metros de donde nosotros, de pie, los mirábamos.

En el escenario los saludó un oficiante. Era joven y guapo, y sobre el esmoquin llevaba una túnica que no denotaba confesión alguna. Su cara me sonaba, y durante unos minutos me desentendí por completo de sus palabras y apliqué toda la capacidad de mi cerebro a recordar dónde lo había visto yo antes hasta que caí en la cuenta de que había interpretado a Romeo, con Chloe de Julieta. Ahora Lee y Chloe se daban la mano; entre ellos, un micrófono.

Será que soy madre y que ya estoy acostumbrada a que los niños me mientan o traten de mentirme. Será que he pasado la vida entera con Henry y sus amigos, oyendo las lamentables excusas que inventan por haber vuelto a casa tan tarde con barro en el dobladillo de los pantalones, *brandy* en el aliento y el ruido inesperado de latas de aluminio vacías en la caja de la camioneta. No lo sé. Pero observé a Chloe atentamente. Observé sus ojos, sus hombros, sus pies. Parecía muy caprichosa, demasiado mona. Los votos los pronunciaron entre risitas, algo que siempre despierta mis recelos. Por una risa no pasa nada, pero eso de no parar de reír, ni hablar. Se trata de un juramento. De una promesa.

Me moría de ganas de confiarle mis pensamientos a Henry, pero me los guardé. «No creo que vayan a durar. Les doy un año, dos como máximo», pensé. Pero, no sé por qué, no me pareció bien decirlo en voz alta por mucha razón que pudiera tener.

Cuando hubieron pronunciado los votos se besaron, y el beso, eso hay decirlo, fue convincente, largo y apasionado, con brazos por todos los lados. A los invitados les encantó, y todos se pusieron a golpear las copas con cubiertos que parecían de plata de ley. Pero debo confesar que mientras se abrazaban, yo solo podía pensar una cosa: «Ella se dedica a esto. Es actriz».

—Parece que lo de besar se le da bien —me dijo Lucy acercándose a mí. Me sonrojé, incapaz de responder—. Bueno, yo solo lo digo.

Compartíamos mesa con los amigos de la universidad de Nueva York de Chloe, y en medio de esa sala inmensa, yo tenía la impresión de ser el cubo de una enorme rueda: íbamos volviendo la cabeza para mirar boquiabiertos a los famosos que pasaban por nuestro lado y, con sus propias manos, se agarraban al respaldo de nuestra silla. Fue una buena noche, de verdad. En cuanto decidí abandonarme al boato de la velada y disfrutar del excelente vino y champán, de la cena y de la compañía, el tiempo empezó a volar, y me bastó con estar sentada al lado de Henry y ver a Ronny y Lucy juntos para sentirme felizmente perdida.

Entrada la noche, Lee y Chloe vinieron a nuestra mesa a darnos la mano y aceptar nuestra enhorabuena. Lee, con los ojos brillantes de felicidad, irradiaba puro amor. Me fijé en el modo en que la tocaba, en cómo la dirigía por la sala con la mano apoyada en sus riñones. Era muy tierno con ella. Me pregunté si Chloe sabría ya, si llegaría a saber jamás, lo afortunada que era teniéndolo de marido. Si sabría ver el talento y la bondad y la fuerza de ese hombre. Me sentí incómoda, tuve que hundir la cara en el bolso y revolverlo en busca del pintalabios o de un caramelo de menta, de algo, de lo que fuera para apartar la vista de los dos, para volver a centrarme en el presente, para estar allí, con Henry. Con Henry, tan bueno y tan decente. Con Henry, el padre de mis hijos. Con Henry, el que se deslomaba trabajando de granjero y de carpintero, el cazador en otoño y el pescador en primavera. Con Henry, que tan solo unas horas antes, y con una resaca formidable, había recorrido conmigo, muy paciente, el infinito y laberíntico museo Metropolitano deteniéndose ante los cuadros y los artefactos egipcios y el arte aborigen para leer las cartelas. Con Henry, que, parado delante de un Warhol, me sorprendió diciendo:

—No sé, quizá tendríamos que ahorrar un poco. Comprar un buen cuadro. Algo que dejarles a los niños. No tenemos gran cosa. Nada que valga la pena conservar. —Daba la impresión de estar evaluando el cuadro, estudiándolo muy a fondo.

Decidí ponerlo a prueba.

—¿A qué te refieres? ¿A una escena de caza o algo así? ¿Como patos o águilas? —susurré. Esperaba que no fuera eso. Lo esperaba de verdad.

—No. No sé. Podríamos ir a Minneapolis. Ir a alguna galería. Creo que me gustaría algo muy verde. Algo para mirar en invierno.

«Aquí tienes a un hombre realmente encantador», me dije.

Lee y Chloe seguían al otro lado de la mesa atendiendo a los amigos de ella, estrechando manos y ofreciendo la mejilla para que se la besaran, práctica que en el Medio Oeste nos resulta totalmente extraña. Pasamos un buen rato de pie, esperando con las manos en los bolsillos o cruzadas sobre el abdomen, hasta que nos llegó el turno de abrazar al novio y la novia, de decirles lo guapos que estaban y lo feliz, lo mágica que estaba siendo la noche.

—Casi me olvido. Kip y Felicia os mandan recuerdos —dijo Henry, y le entregó la caja a Lee.

—¿La abro aquí? —preguntó Lee con el ceño fruncido.

—¿Por qué no? —respondió Chloe—. Mientras no nos la olvidemos.

—Sí —lo animó Ronny—. Ábrela, tío.

—Podemos dejársela a vuestro chófer o hasta llevárnosla de vuelta a Wisconsin, si quieres.

Lee asintió en silencio.

—De acuerdo.

Era una pequeña fotografía en blanco y negro de la fábrica, enmarcada con mucho gusto. En la foto, el pueblo se veía distinto, más primitivo y, al mismo tiempo, más civilizado que ahora, con unos edificios de ladrillo de dos y tres plantas en Main Street en dirección a la fábrica. Con caballos y carros, con hombres vestidos con traje de lana de tres piezas y mujeres con vestido largo. Todos los edificios de la fotografía parecían destinados a permanecer en su lugar para siempre, aunque casi todos, eso ya lo sabíamos, los habían derribado en los años setenta y ochenta, si no antes.

—Vaya —dijo—, mira. Mi casa.

Chloe, de pie al lado de su flamante marido, se había quedado de repente sin palabras y se limitaba a clavar los ojos en la fotografía con una mirada que supe reconocer: «Eso no lo quiero en las paredes de mi casa». Lee nos pasó la foto. Ronny fue quien descubrió la inscripción en el reverso del marco, en una cursiva pulcra y poderosa: «Para Chloe y Leland: en la gran ciudad y en los pueblos, os deseamos todo el amor y la suerte del mundo. Vuestros amigos Felicia y Kip Cunningham».

—Bueno —dijo Chloe recobrando la palabra—, es todo un detalle. Esto sí que no tenían que hacerlo.

—Creo que se están esforzando, ¿sabes? Para ser, no sé, para ser más buena gente —apunté yo por fin procurando no sacar el tema de la boda de Kip ni de su despedida de soltero, pero con ánimo de defender a Felicia, mi nueva amiga, una mujer, eso lo sabía yo, elegantísima, bondadosa y atenta.

La fotografía había vuelto a manos de Lee. La estudió con una mirada extraña.

—Da que pensar... —dijo en una voz tan baja que bien podría haber estado hablando solo—. La gente da que pensar de verdad.

—¿Y si te la llevamos al pueblo? —me ofrecí—. La metemos en la caja y la próxima vez que vengas la tendrás en casa, esperándote.

Daba por sentado que después de la boda y de la luna de miel, cuando todo se hubiera calmado, Lee y Chloe volverían a Wisconsin, que volveríamos a empezar, que con el tiempo todo volvería a su sitio, como antes de la boda de Kip. Pero observé a Chloe, que enroscaba el brazo alrededor del de Lee, y vi que su expresión cambiaba, se volvía más sombría.

—Tranquila. Esta noche nos la llevaremos a casa. Ya tenemos apartamento aquí, pero las paredes están bastante vacías —dijo Lee, y miró a Henry—. Pero no te olvides de darle las gracias a Kip de mi parte. Es todo un detalle.

Entonces Lee nos abrazó otra vez como si fuéramos a irnos de viaje, a un viaje muy largo. Sentí su caja torácica contra el pecho y me acordé de lo flaco que lo había encontrado ese invierno en la granja que Bea Cather tenía en la pradera, y al darle un beso en la mejilla le susurré «cuídate» al oído.

Y de repente me invadió la tristeza, no sé por qué, pero me quedé tristísima, de verdad. No lograba imaginar un lugar más apartado de Wisconsin que Nueva York. Cuando nos dijo adiós con la mano y se acercó a otra mesa sonriendo y riéndose de las bromas que le hacían, pensé: «Quizá somos un lastre. Quizá tenga que dejarnos marchar».

Miré mi vestido, el precioso vestido de Felicia, y ese cuerpo endurecido gracias a todos los kilómetros con los que me había machacado por las carreteras del vecindario, y quise estar en

otro lugar: de vuelta en casa. Los niños encaramándose a nuestra cama los domingos por la mañana; o no, Henry y yo solos, los dos, viendo el sol amarillo blanquecino prenderles fuego a las cortinas y, a lo lejos, los campos negros salpicados de un verdor que no paraba de crecer; tórtolas posadas en los cables de teléfono y en lo alto del silo; y todos esos hombres, los amigos de Henry, que se dejaban caer por casa sin previo aviso y lanzaban a los niños por los aires sin esfuerzo aparente, congregados en la cocina en busca de un trozo de tarta y café. Me acordé de los gemelos Giroux, pegados a Henry como si formaran una piña de fútbol, hablando de semillas o de tractores, hablando de la lluvia o de la erosión, hablando en voz alta, con aplomo, como dos hombres que nunca se habían marchado del pueblo y no se marcharían jamás. Dos reyes que compartían un mismo reino. Y es cierto que, al recordarlos, se me escapó una sonrisa. Al acordarme de Eddy Moffitt y de su barriga inmensa bajando con paso pesado por Main Street, sonriendo afable a los coches que pasaban, dándoles unos golpecitos en el capó que se alejaba lentamente, tirando de la cintura de los pantalones y recolocándose los otra vez bajo ese gigantesco porche carnoso que era su tripa. Eddy en la iglesia, leyendo las lecturas de la semana con una voz de barítono intensa y generosa, una de esas voces que de niño imaginas leyéndote los cuentos de antes de acostarse. Eddy, que levantaba los ojos sobre sus gafas de media luna para mirar a los congregados. Cerrando la Biblia y diciendo: «Aquí acaba la lectura». O al acordarme de Ronny. Ronny, que vagaba por las calles de Little Wing, que se quedaba dormido en la biblioteca pública, bien calentito, con un periódico abierto delante, «¿y a que no sabéis qué leía?». O haciendo de voluntario en el instituto, entrenando al equipo de fútbol, arremetiendo contra unos maniqués para practicar las colisiones mientras los chicos del pueblo lo protegían y lo trataban como se trata a un tío favorito, a un ángel maltrecho. Ronny, solo en la noche del martes, entrando al local de los veteranos, donde los camareros ya saben qué tienen que hacer: servirle Coca-Cola y cuencos de palomitas de maíz, y ponerle en el inmenso televisor los programas de rodeo que dan en el canal de deportes o los documentales de animales o del Oeste Americano de la televisión pública.

—Vamos —le dije a Henry—. Estoy cansada. Vámonos.

Me miró y se inclinó hacia atrás para estudiar mi cara.

—¿Seguro? —preguntó—. La noche es joven. ¿Quieres bailar? Todavía no han servido la tarta.

—Seguro, vamos. Va, salgamos a coger un taxi.

Le di un beso a Ronny en la mejilla, contentísima de que estuviera allí con una mujer, como cualquier otro hombre, igual que el resto de invitados. Lucy estaba sentada en su regazo con las largas piernas cruzadas sin llegar a tocar el suelo.

—Marchaos. Creo que nosotros nos quedaremos un rato —dijo ella. Movié la mano con ademán de echarnos—. No os preocupéis, que a este lo vigilo yo.

Fuera ya de la mansión, en la calle, encontramos al chófer jugando a los dados en el bordillo con otros tres conductores; en el suelo había una pila de billetes de dólar, y en la parte trasera de una limusina aparcada retumbaba la música. Le dijimos que se quedara esperando a Ronny y Lucy, que nosotros íbamos a dar un paseo. Nos dijo adiós con la mano, indiferente, mientras seguía encorvado sobre el bordillo agitando los dados en un puño inmenso y escandaloso.

Caminamos un rato mirando a los policías de la ciudad apoyados en el coche patrulla, a los vendedores ambulantes deslizando comida en hojas de papel encerado y en bandejitas de cartón a la luz de bombillas grasientas. Por los ventanales de restaurantes de moda, miramos a los clientes

que cenaban, y miramos también a los porteros de discoteca, cruzados de brazos delante de clubs sin ventanas, y a los jóvenes: a las chicas que rondaban por las calles con vestido de cóctel, a los *hipsters* trasnochados, con sus zapatos de segunda mano, sus vaqueros apretados, sus tirantes y su barba irónica, y a chicos que a las diez de la noche iban con pajarita de rayas, Ray-Ban y náuticos.

Bajé del bordillo y llamé un taxi, nada más sencillo para una mujer con vestido de noche ceñido: dos dedos al aire, como comprobando la temperatura, una pierna asomando formando un ángulo de treinta grados, y la otra bien derecha hasta la cadera ladeada. Henry, a mi espalda, como un chico recién seducido. Un tiburón amarillo cruzó tres carriles de tráfico a una velocidad alarmante y se detuvo justo a nuestro lado, súbitamente a nuestro servicio.

Le entregué al taxista un billete de cien dólares que mis padres me habían regalado antes de marcharnos. Cuando me lo dio, mi padre me dijo algo como «Divertíos, ¿de acuerdo? No os preocupéis por nada. Vosotros divertíos, chicos».

—Llévenos a dar una vuelta —le dije al taxista—. No sé. Enséñenos lo que crea que un turista no se puede perder. Nos alojamos en el Waldorf, cuando vea que se nos acaba el dinero puede dejarnos allí.

Cogió el dinero sin decir palabra, nos miró por el retrovisor y, muy despacio, se alejó del bordillo; no tardó en circular a una velocidad que nos pareció perfecta para hacer turismo. Me recosté sobre Henry, le apoyé la cabeza en el pecho y noté el latido de su corazón.

—¿Estás bien? —me preguntó dándome un beso en la coronilla—. Te veo un poco rara.

—Estoy bien. Creo que estoy lista para volver a casa. A ver a los niños.

Los rascacielos iban quedando atrás a una velocidad de vértigo, todos invisibles a mis ojos, todos iguales.

—Podríamos volver —propuso Henry—. No sé, ¿la próxima primavera? Para venir a verlos. Una vez al año. Tú podrías ir de compras. A mí me gustaría ir a un partido de béisbol.

Me miró; tenía la barbilla hundida describiendo un ángulo que solo puede verse en la cara de la persona amada: los pelos de la nariz, las patas de gallo alrededor de los ojos, el nacimiento del pelo con unas entradas tímidas. Lo agarré de la cara y nos besamos.

No le respondí, me limité a cerrar los ojos y a sentir la calle a nuestros pies, con la luz de los semáforos derramándose por mi cara y las manos de Henry en el pelo.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que el taxista detuvo el coche.

—El puente de Brooklyn —dijo con voz totalmente inexpresiva, como si hubiéramos solicitado la inclusión de ese destino en nuestro *tour*—. Vamos, vayan a echarle un vistazo. Yo no me muevo de aquí.

Nos bajamos del taxi y, de repente, notamos el aire más cálido y más húmedo, y allí en lo alto, levantándose imponente sobre todo, un puente gris de granito y acero, y los faros de los coches que se acercaban y se alejaban, y los suaves lametones del agua negra del río, y la sirena de una barcaza, y una risa ahogada.

—El señor Killebrew nos decía que creía que las mejores ciudades del mundo tenían todas algo en común —dije mirando a Henry—. ¿Te acuerdas?

Henry asintió en silencio.

—Claro. Le encantaban los puentes, ¿verdad?

—¿Te acuerdas?

—Entonces me daba miedo confesarlo, pero me caía muy bien, ¿sabes? Quiso ayudarme a

entrar en la universidad, a estudiar Bellas Artes, ¿te lo puedes creer?

Noté cómo la mandíbula se me desencajaba de lo abierta que se me había quedado la boca. Llevar tanto tiempo casada con alguien, ser la mejor amiga de alguien durante tantos años es algo muy raro, porque las contadas ocasiones en las que esa persona te sorprende te parecen lo más increíble del mundo, como si en el cielo se abriera una grieta, como si, de repente, la luna se elevara sobre el horizonte veinte veces más grande que la última vez que la habías visto.

—Yo... Yo no sabía... —tartamudeé—. ¿Qué pintabas?

Le dio una patada a un ladrillo del pavimento que había quedado vuelto hacia arriba.

—Me gustaba pintar la fábrica. Tractores. Arroyos. No sé. Creo que Killebrew solo quería ser amable.

Apoyados el uno contra el otro, nos pusimos a mirar el tráfico del puente en silencio.

—Vamos —dijo Henry al cabo de un rato—. Puede que nos lleve a otro puente.

Recorrimos la ciudad en coche cogidos de las manos, algunas veces dándonos algún beso furtivo y otras compuestos como perfectos desconocidos, uno al lado del otro, mirando cada uno por su ventanilla.

—¿Puedo decirte algo? —Rompí el silencio por fin.

—¿Qué?

—No creo que vayan a durar. Lee y Chloe, quiero decir.

Henry me miró con atención, soltó una bocanada de aire y dejó que su mirada se perdiera en la ciudad.

—¿Por qué no?

—No sé. Tengo un presentimiento.

—Yo tengo la sensación de que no va a volver. De que ya se ha ido.

—Lo siento.

—Supongo que llega un momento en el que ya no puedes quedarte estancado. En el que tienes que encontrar un lugar más grande. Es decir... ¿tendría que quedarse a vivir en Little Wing? No sé.

—Lo siento, Henry.

—Somos amigos desde los ocho años.

—Ya lo sé.

—Y ahora es como si, no sé, como si ya no lo reconociera.

—No sé si ella me cae muy bien —dije yo.

Nos detuvimos en un cruce bañado de rojo. Un anciano empujaba uno de esos carritos de la compra de tres ruedas cargado con lo que parecían todas sus posesiones. Lo observé forcejear con el carro para salvar el bordillo. El semáforo se puso en verde.

—Echo de menos el invierno —dijo Henry.

—Echo de menos el otoño —dije yo.

L

Arrimé la furgoneta de alquiler a la orilla de Uecher Road, hacia la entrada del caminito, donde la grava se desparrama sobre el asfalto como un montón de canicas sueltas. El correo de los últimos meses me lo habían reenviado a Nueva York, pero debajo del buzón, la tierra y los hierbajos estaban salpicados de folletos y de algunos sobres. Me agaché y recogí el papel blando hasta formar un bulto empapado. Las cartas estaban por todos lados, algunas escritas a mano. Letra de fan. Puedo reconocer a la legua la letra de una quinceañera con el corazón roto —tinta rosa, letras que parecen inmensas burbujas y abundantes signos de exclamación— o la de ese veinteañero que trabaja de montador de tuberías o en alguna planta frigorífica del Medio Oeste y que está pasando por una mala racha: letra de palo llena de rabia en folio amarillo, y palabras llenas de faltas de ortografía y de tachones. El viento había empujado algunas cartas hasta la cuneta. Tenía las piernas cansadas de tanto conducir, pero después de andar sin prisas hasta allí, entre las aneas, sentir cómo se deshacían los nudos de mi columna vertebral fue un auténtico placer. Terminé con las botas de trabajo caladas y los calcetines empapados. No tenía ni idea de cuánto hacía que habían llegado las cartas, de cuánto llevaban allí perdiendo tinta, pero no podía dejarlas así, tiradas como basura, como si no me importaran. Porque me importan. Me alegraba de verlas allí. Sobre todo en aquel momento, de vuelta a casa. Una pancarta colgada sobre el camino de entrada no me habría hecho más ilusión. Y, de todos modos, sabía que así tendría algo que leer, alguien a quien escribir si la soledad me abrumaba.

Cuando por fin hube quedado tranquilo al ver el correo recogido, dejé la pila en el asiento delantero de la camioneta y me dirigí hacia la gruesa cadena de acero que atraviesa la entrada del camino que lleva a casa. Hacía seis meses justos que había abierto dos huecos en el pedregoso suelo para clavar los postes a lado y lado del camino, después había echado cemento en los postes, y cuando se hubo secado, colgué la cadena, eché llave al candado y cogí un vuelo de Minneapolis a Nueva York. Nunca había hecho algo así antes, nunca me había aislado, ni yo ni mi casa, del mundo exterior, nunca había sentido la necesidad de hacerlo, ni con el periodista que se te mete en casa ni con el cazador de autógrafos ni con la *groupie*. Recuerdo haber pensado que la cadena era algo nuevo, una especie de señal de que cada vez me sentía menos unido a Little Wing, a Wisconsin. Me asusté. Pero aquello había sucedido en primavera, antes de la boda, cuando todavía estaba, oficialmente, soltero. Y ahora volvía a estar soltero, supongo, aunque técnicamente, a efectos legales, solo nos habíamos separado. Chloe y yo estábamos en trámites de divorcio. Todavía llevaba el anillo de casado en el dedo, pero a cada día que pasaba con él en el dedo me sentía más ridículo. Había hecho todo el viaje en coche de vuelta a casa desde Nueva

York con el brazo izquierdo colgado de la ventanilla del conductor, dejando que el frío de la noche me contrajera la piel sin parar de pensar que tal vez fuera a perder el anillo por el camino. Pero allí seguía, atado a mi dedo como una soga. Como un *souvenir* del amor, pensaba yo haciéndolo girar en el dedo.

Metí una llave en el candado plateado y se abrió con una sacudida. «Podría enviarle el anillo por correo a algún fan —pensé—. Eso sí que sería la bomba». Dejé la cadena a un lado formando un montoncito resplandeciente, volví a montarme en la furgoneta, le di al contacto y la furgoneta salió de la carretera entre las nubes blancas y azules del humo del tubo de escape. Avanzaba muy trabajosamente por el larguísimo camino, casi a regañadientes, y le pasé una mano cariñosa por el salpicadero; me había llevado a casa, después de todo. Sobre mi cabeza, los arcos de otoño formaban un túnel de fuego: naranjas, rojos, amarillos y, todavía, unos pocos verdes. Bajé la ventanilla del todo, apoyé el codo en la portezuela, aunque afuera hacía fresco, y tomé una bocanada de aire.

«En casa».

Los baches de grava y tierra estaban llenos de agua de lluvia, y traté, con toda la intención, de pisarlos todos con las ruedas de la furgoneta. Siempre me ha gustado oírlos salpicar, sentir los muelles bajo el asiento botar y gruñir mientras me acerco a casa y al prado y a los árboles que he plantado y al arroyo.

Me relajé, noté cómo se me soltaban los hombros y se me abrían los ojos. Llevaba meses sin sentir algo así. Sin sentirme sano.

«En casa».

Los bosques se abrían al prado, donde, con las primeras luces del día, vi manchas de marrón amarillento entre las hierbas de verano y las zarzas. Y entonces, ajá: ciervos, una docena al menos, con las orejas súbitamente levantadas, atentos, llamando a la prudencia con la cola blanca. ¿Qué debían de pensar mientras observaban la llegada de esa inmensa furgoneta cuadrada que tan poco familiar les resultaría? ¿Me reconocían? Observé su piel y sus músculos temblar y tensarse, atemorizados y nerviosos. Agité la mano para saludarlos, los saludé como un tonto, los saludé como si supiera que estaba solo, gritando desde la ventana: «¡Eh, ciervos! ¡Ya he vuelto! ¡Lee ha vuelto!». Y con eso conseguí que echaran a correr en todas direcciones.

«Tendré que poner un bloque de sal ahí fuera —pensé—. Voy a necesitar compañía».

Aparqué la furgoneta delante del camino de entrada y me dirigí a la puerta jugueteando con las llaves, y al abrir dejé la puerta bien abierta para poder ir metiendo dentro algunas cajas. Me desperecé con un gruñido y me rasqué la cabeza; lo único que quería era ducharme, lavarme los dientes y beber un vaso de agua fría. «Aquí el agua sabe mejor, sabe a algo, como a hierro —pensé—. O será lo que le falta: le falta cloro, azufre, le falta que la reciclen unas mil veces». Afuera, los ciervos habían empezado a retirarse hacia las sombras de los árboles que lindaban con los prados. Tenía muchísimo trabajo y, a la vez, no tenía nada que hacer. Preparar una cafetera, encenderme un cigarrillo en el porche, averiguar si el tractor arrancaría. Dios. Estoy seguro de que pasé unos buenos cinco minutos parado en la entrada, caminando en círculos nada más, contentísimo de estar de vuelta en casa.

«En casa».

Adentro olía a cerrado. En los alféizares y bajo las ventanas había moscas muertas. Una capa de polvo lo cubría todo: los muebles, mis libros, la pantalla del televisor. Abrí el grifo del

fregadero de la cocina, pero las cañerías se limitaron a soltar una tos ronca, como si remolonearan ante un anuncio que no estaban seguras de querer hacer. Me acordé de que había cerrado el agua, jamás se me ocurrió que fuera a volver tan pronto. Y sin embargo allí estaba. En el sótano, abrí la llave de paso y oí el grifo de la cocina escupir y carraspear con un chorro primero entrecortado y luego generoso. Por toda la casa se oían las cañerías, que decían ooohhh... y aaahhh... como si se alegraran de mi regreso. Subí las escaleras muy despacio, tenía los músculos de la espalda y el trasero doloridos y agarrotados. La nevera dejaba escapar un murmullo monótono, y asomé la cabeza en busca de una cerveza. ¡Había una! ¡Una Leinenkugel! Bebí con entusiasmo, como un hombre recién escapado del desierto.

Deambulando por la casa moví el botón del termostato y esperé a oír el gruñido de la caldera, ese querido fuego del sótano, y luego volví a apagar la caldera. Subí las persianas, encendí la radio, abrí la nevera otra vez para ver si, por arte de magia, se había materializado más cerveza o más comida. Y cerré la puerta. Y volví a abrirla: nada.

Meando de pie delante del retrete, me llevé la cerveza a la boca con la mano que tenía libre: el desayuno de los campeones. Pegada al espejo con celo había una foto de Chloe en la boda de Kip. Era una fotografía perfecta: uno de los *paparazzi*, un amigo suyo de Nueva York que trabajaba en una revistucha de cotilleos, se la había hecho y luego le había enviado una copia con una nota de disculpa por la encerrona. También había enviado otras fotos en las que salíamos los dos, pero esas las había dejado en Nueva York. Que se las quedara, si quería; dudaba de que fuera a hacerlo.

«*Souvenirs*. Recuerdos. Recordatorios».

Tiré de la cadena y me acerqué a la bañera. Al principio, la alcachofa de la ducha chisporroteó, pero luego dejó escapar un chorro de agua caliente que bastaría para empañar el espejo y calentar el cuarto; había dejado el calentador en marcha, por lo visto, una equivocación muy afortunada. Me desnudé, hice una pelota con la ropa, me metí en el agua y volví a salir chorreando para agarrar la botella de cerveza marrón antes de volver a meterme en la ducha. Me apoyé en la pared de baldosas tragando la cerveza fría bajo un agua tan caliente que mi pálida piel enrojeció. Cerré los ojos, inspiré profundamente, me deslicé hasta el suelo de la bañera y me quedé dormido bajo una lluvia de agua caliente.

«En casa».

No sé cuánto dormí, pero no debió de ser demasiado, porque me levanté con una botella de cerveza vacía entre las piernas y el agua abierta. Si Chloe me hubiera visto: lamiéndome las heridas tembloroso en el suelo de la bañera, un maldito idiota al que una sola cerveza dejaba fuera de combate. Pero tenía cosas pendientes. A saber: devolver la furgoneta de alquiler. Y también: cerveza. Necesitaba cerveza, lo sabía. Cajas de cerveza. Y comida. Quería el congelador lleno de *pizzas* y palitos de pescado. Y una nevera llena de salchichas de Frankfurt, filetes y costillas de cerdo.

Delante del espejo del baño, hice inventario: un niño desamparado, un pequeño y desamparado *hipster* de Nueva York. A la puta mierda. Ya era hora de ponerse a punto para el invierno. De ganar unos kilos. De partir un poco de leña. Envuelto en una toalla, salí del baño, me metí en el dormitorio y me vestí con ropa que sí era mía: una camisa verde de gamuza, unos

pantalones de trabajo y un par de calcetines de lana bien gruesos. Luego, encasquetándome una vieja gorra de rejilla de los Brewers, pasé al salón.

Y allí mismo, en medio de la sala, con sus cuatro patas y su pelo amarillento, tenía un coyote; a su espalda, la puerta de entrada seguía abierta de par en par. El coyote levantó la cabeza, me estudió con detenimiento y levantó una pata de pezuña blanca para rascar el aire que nos separaba.

No sabría decir cuánto tiempo pasamos así, olisqueándonos, pero por fin logré reunir la presencia de ánimo para decir con voz dura:

—Vamos, ¡largo! —Había temido quedarme sin voz.

Y se largó, dio media vuelta muy despacio como un perro al que acabaran de reñir y, convirtiendo el paso en un trote muy alegre, fue derecho a la puerta de entrada y, al llegar al trecho de césped que separa la casa del caminito de entrada, echó a correr y se internó en los prados, donde vi asomar su lomo blanco amarillento entre la hierba crecida y las flores silvestres. Cuando cerré la puerta, la mano me temblaba. Y después eché llave; eso es algo que no suelo hacer, pero esa vez lo hice. Me senté, me senté, me senté. Me quedé mirándome fijamente las manos. Me sentía vivo, con las fibras del cuerpo, todas, vibrando, con todos mis átomos llenos de energía, con la sangre como un torrente.

Vivo aquí, he escogido vivir aquí porque aquí la vida me parece real. Auténtica, verdadera. No sé; viable. Supongo que esto lo pensará todo el mundo. O tal vez no; no sé. ¿Qué pensaba Chloe de Nueva York? La ciudad palpita, todos los días y a todas horas, el tiempo se funde como el metal de soldadura: bien entrada la noche y por la mañana muy temprano, al alba y a mediodía, y por la tarde, y bien entrada la noche y por la mañana muy temprano, y vuelta a empezar, y allí nadie sale jamás de la isla, pasan setenta, ochenta, noventa años en un apartamento diminuto. Enamorados de la idea de verse varados.

Pero a mí nunca me enamoró Nueva York, o ninguna otra ciudad, dicho sea de paso. Ninguna de las ciudades en las que he estado de gira. Aquí la vida avanza con las estaciones. Aquí el tiempo se despliega lentamente, los momentos son las porciones de un deliciosísimo postre que saboreamos bien: bodas, nacimientos, graduaciones, inauguraciones y funerales. Aquí casi nunca cambia nada. Está Henry, en el campo, saludándome desde el tractor con su gorra. Está Ronny, en Main Street, dándole patadas a una piedra con sus botas de vaquero y las manos en los bolsillos. Está Beth, sentada con los niños en el Dairy Queen, limpiándoles el helado de la cara con una servilleta de papel mojada. Está Kip, parado delante de la fábrica hablando por el móvil y moviendo las manos como un excéntrico director de orquesta que hubiera perdido a sus músicos. Está Eddy, parado delante de la oficina de correos, con esa camisa blanca de manga corta que lleva remetida en los pantalones y le tira de la enorme barriga como si en la panza tuviera un *spinnaker* que una fortísima ráfaga de viento hubiera hinchado, comprándole una amapola de plástico a un veterano del Vietnam.

Y en los campos y los bosques: los incendios de primavera en las praderas y los depósitos de neumáticos que echan a arder y los esparcemierda que rocían lentamente los campos con fertilísimo estiércol. Las grullas canadienses y las grullas trompeteras, inmensas en el cielo como B-52, y la infinidad de pájaros que vuelven a casa como cartas devueltas a su remitente y que en el cielo meten más ruido que una fiesta de bienvenida de las buenas. Y después llega el verano, llega el verde en tales profusiones que pensarías que tal vez el invierno nunca llegó a existir y que nunca más volverá. Días largos, días lánguidos, y el local del puesto ochenta y ocho de la

asociación de veteranos de guerra es todo letreros de neón, todo ventanas abiertas, mosquiteras y una oscuridad cargada de humo y sudor. Y la fábrica de Kip proyectando sombras alargadas sobre todo el pueblo. Las palomas y las tórtolas que arrullan en la fábrica al amanecer cargado de frío y de rocío y que más tarde, con los primeros coches de la mañana, salen disparadas hacia los cielos azules mientras los granjeros llegan a beber café de gasolinera recalentado y donuts pasados, y a despotricar, desde la política hasta los impuestos, pasando por el precio de las materias primas y un largo etcétera. Los partidos nocturnos de *softball* en alguna cancha rural detrás de un bar de carretera donde las lámparas de nitrato de sodio atraen a millones de bichos y polillas, y las mujeres y las madres y las tías se sientan en las gradas mirando el móvil y limándose las uñas, fingiendo que miran al frente sin sentir gran interés por el desarrollo del juego. Y en los jardines traseros, la colada en los tendederos, restallando con esa brisa fresca que anuncia la llegada del otoño, la estación elegante, la estación de bufanda y chaqueta, la estación de la cosecha y de las ventanas abiertas en plena noche, la estación en la que mejor se duerme. Cuando en los campos todo espera a la siembra, el maíz amarillo blancuzco, seco como el papel, y la tierra, que primero habrá que arar para después dejar en barbecho hasta el año próximo. El aire de octubre lleno de polvo de maíz, tanto que cada puesta de sol se convierte en una postal, con colores como una explosión nuclear inofensiva. Y luego, la nieve. Nieve para cubrir el mundo entero, para cubrirnos a todos nosotros. Nuestro mundo, que se queda durmiendo y descansando y reponiéndose bajo esas mantas blancas del invierno. Los bosques, que en octubre arrojan confeti alucinógeno sobre un mundo que ahora aparece retraído, necesitado, sereno y, de repente, mucho más delgado, como los ancianos que saben que está a punto de llegarles la hora. El invierno: tú haz como los osos y quédate en casa hibernando, cada vez más pálido, leyendo novelas rusas y jugando al ajedrez por correo con parientes lejanos y amigos del instituto exiliados. El invierno: átate a los zapatos un par de patines como dos cuchillas y esculpe a tu paso un estanque helado, golpea un disco helado con un larguísimo palo de hockey y luego quédate quieto aguantando la respiración, sudando en esas temperaturas bajo cero. El invierno.

Aquí dejas la puerta abierta y se te mete en casa un coyote. Pero podría haber sido un oso. Una vez Henry y yo fuimos a colocarnos al arroyo. Mientras nos pasábamos el porro, un águila se posó en las ramas de un álamo de Virginia que teníamos delante. Y la vimos y nos alegramos de que nos hiciera compañía. Después un cuervo se posó en una roca inmensa en mitad del arroyo, cualquiera habría dicho que ese era su púlpito. Y también nos alegramos de verlo. Y finalmente, una gaviota cuyo rumbo no podría haberse alejado más del agua salada del mar se posó en la cima de un altísimo pino blanco. Tres pájaros muy distintos entre sí que formaban una especie de quórum, dispuestos en intervalos regulares a lo largo del agua que teníamos ante nuestros ojos. Mientras esperábamos y observábamos, se pusieron a *hablar* entre ellos. Primero se oyó el silbido agudo del águila, después el áspero graznido del cuervo y, por fin, el graznido estridente de la gaviota. Ahora uno, ahora el otro, sin cambiar nunca de lugar, sin interrumpirse, en turnos. ¿Qué iba a ser aquello, sino una conversación? Observamos, escuchamos, y no sabría decir cuánto tiempo pasó antes de que, por fin, la gaviota levantara el vuelo del pino blanco, dibujara tres piruetas desganadas en el aire y luego rozara la superficie del río con la punta del ala antes de perderse más allá de los árboles. Igual que una gimnasta rítmica con su cinta, pavoneándose.

Los lobos, los osos, los fantasmagóricos alces, los linceos rojos y los pumas. Los gansos que vuelan en escuadrillas uniformes y los patos y los colimbos. Pero mis favoritos siguen siendo los

ciervos. Los prados que contemplo, las familias que los recorren como nómadas o refugiados o, mejor aún, como nativos; nunca lo sabré. Me he quedado dormido en sus camas, esos lugares de la pradera en los que han aplanado la hierba, la han calentado con su cuerpo y se han dormido soñando... ¿soñando qué? En Wisconsin hay gente, lo sé, a quienes los ciervos les parecen alimañas, una plaga, prácticamente, una especie que no da más que problemas, una especie que cada día se suicida en masa abalanzándose sobre el tráfico, criaturas que se cargan los cultivos y estropean los jardines y cuya población ha crecido hasta convertirse en una epidemia. Pero a mí nunca me lo han parecido. Si hay tantos ciervos es por nosotros. Ellos no tienen la culpa. Puede que tal vez lo que sobre sean humanos: demasiada gente conduciendo coches, comiendo demasiado maíz, construyendo demasiadas casas y acorralando a los lobos y los coyotes. Adoro los ciervos.

Deja la puerta de casa abierta en la gran ciudad, y te despertarás sin muebles ni ropa. Deja la puerta abierta aquí, y aparecerá un coyote esperando a que le des algo.

Esta es mi casa. Este es el lugar en el que primero creyeron en mí. En el que todavía creen en mí. Este es el lugar que dio a luz las canciones de ese primer disco.

Llamé a Henry. Beth contestó.

—Eh, Beth —dije.

—¿Lee? ¿Leland? ¿Eres tú? ¿Todo bien?

—Mmm... Sí, Beth. Todo bien, muy bien.

Me sentía avergonzado. Avergonzado de estar divorciándome sin haber cumplido los treinta. Henry y Beth dan la impresión de llevar toda la vida juntos. Nunca los he visto pelearse. Ni siquiera discuten. Con esa casa fantástica y esos niños fantásticos. Siempre al aire libre, todos, jugando o haciendo algo. Si paso en coche por la granja, sé que los encontraré en el jardín delantero, sentados a la mesa de *picnic*, cenando, pasándose platos de no sé qué, siempre tan naturales. O veré a Henry en los campos o en la nave de madera o en la sala de ordeño o al lado de los animales: asistiendo al parto de alguna vaca o poniendo alguna inyección, o limpiándoles las ubres con las manos: embadurnando de yodo color óxido esa piel rosada clara. Los Brown llevan una vida muy tranquila. Hace años que le tengo envidia a Henry: casado con una mujer preciosa y haciendo exactamente lo que quiere hacer. Al aire libre, bajo el sol, conectado con todo. Si me dejara, invertiría en su explotación. Metería todo lo que tengo en su granja. Dejaría la música para que él me enseñara y convertiría mi casa en una pequeña granja ecológica. Cultivaría zanahorias. Hectáreas de zanahorias. Las arrancarían de la tierra, grandes y de color naranja y dulces como caramelos. Sacaría una manguera gigante al campo y limpiaría bien mis largas y dulcísimas zanahorias ecológicas y cada día me comería dos docenas.

Pero en ese preciso instante, al teléfono con Beth y sin haberme repuesto del colocón de esa única cerveza y del viaje en coche hacia el oeste, mi vida entera me parecía vuelta patas arriba y francamente deprimente. No había logrado durar un año casado. No había logrado que me quisiera. Y para empeorar las cosas, había abandonado mi pueblo y a mis mejores amigos para hacer de pez gordo en Nueva York.

—¿Dónde estás?

Y, además, llevo toda la vida enamorado, o medio enamorado, por lo menos, de Beth. Nunca

se lo he confesado a nadie. En realidad, creo que hasta ese preciso momento, hablando con ella por teléfono, nunca había llegado a admitirlo. Pero es verdad. O eso me parece. No sabría explicárselo a nadie, no sabría distinguir entre el amor, la soledad, la añoranza y la debilidad. ¿Qué coño sé yo del amor?

—Estoy en mi casa.

—Suenan muy tranquilos. Lo único que recuerdo de Nueva York son las bocinas y las sirenas y los bajos. ¿Cómo está Chloe?

—Fenomenal. De hecho, ahora mismo está rodando algo en Praga. —Invento absoluto, no tenía ni idea de dónde estaba. Tenía la sospecha de que tenía una especie de obsesión con los músicos y andaba persiguiendo a su próximo marido. Antes incluso de que las cosas empezaran a ir mal, ya hablaba de un rapero de Cleveland, se pasaba el día escuchando su música y, encima, me obligaba a mí también a escucharla. El día antes de marcharme, recibí una llamada de un amigo del mundo de la música. «¿Estás en Cleveland? Porque acabo de ver a Chloe detrás del escenario», me dijo—. ¿Henry anda por ahí?

—Eh, ¿estás bien?

—Estoy bien, Beth.

—Lee, no me aclaro, ¿estás en Nueva York o en Little Wing?

—Estoy aquí.

—¿Aquí, aquí, o aquí, allá?

Un suspiro profundo.

—Aquí, aquí.

—Lee —me dijo con mucha delicadeza—, ¿estáis bien?

La cocina está en la parte trasera de la casa. Las ventanas dan a un riachuelo y a una ladera cubierta de zumaques y de unos pinos rojos que planté cuando compré la casa. Allí el reflejo del cielo vuelve el riachuelo gris y azul, y la superficie del agua la decoran hojas rojas, naranjas y amarillas que flotan como insignias en forma de estrella. Me encanta mi cocina.

Me senté a la barra del desayuno, en un taburete, con el teléfono pegado a la oreja. «¿Por qué no he hecho el café todavía?». Me dolía la cabeza, la sangre se me agolpaba en los párpados y las orejas.

—Vamos a divorciarnos.

Noté que su respiración cambiaba. Se pasaba el teléfono de una mano a otra. «¿Llegaste a quererme alguna vez? ¿Podría hacer que me quisieras?».

—Lo siento —dijo—. Chloe nos caía bien.

—Bueno, pues resulta que yo a ella no tanto, supongo.

—¿Puedes venir a cenar? Ahora que ya estás de vuelta. Tienes que venir. Tenemos que tenerte en casa. A cenar.

Sospecho que podría haber pasado cientos de horas en la cama con Beth. Besándole los pezones. «Todavía me acuerdo del color y de la forma de tus pezones. ¿Habríamos tenido hijos juntos? ¿Cómo se llamarían? ¿A quién se parecerían?».

—Mmm... ¿Henry anda por ahí?

—Sí, deja que vaya a buscarlo.

Pausa.

«¿Estará sujetando el teléfono con el cuello? ¿Con la mano? ¿Lo tendrá sobre la encimera?».

—Te quiero —susurré. Nada, ni interferencias ni el roce seco de la piel—. Te quiero —susurré otra vez. «Estás saltando por un puto barranco. ¿Qué coño haces? No les jodas la vida a ellos también».

Y entonces oí el ruido que hacía Henry al aclararse la garganta antes de coger el teléfono. Lo imaginé sujetando un pañuelo rojo, limpiándose el aceite negro de motor y la grasa. Tal vez tuviera a Beth a su espalda, sirviéndole café en una taza desportillada y dejándosela en las manos.

—¿Lee? ¿Eres tú? Cuánto tiempo.

La voz de Henry —la voz de un viejo amigo—, como esa pared que encuentras para poder orientarte en una habitación oscura y desconocida. El mundo sigue allí fuera. Henry sigue allí fuera. Real como un poste.

—Eh, tío, me alegro de oír tu voz.

—¿Estás bien? Beth me ha dicho que has vuelto a Little Wing. ¿Dónde está Julieta? ¿Dónde está mi Julieta favorita?

Henry es tan guapo que podría ser actor. Dudo de que lo sepa o de que le importara, pero es verdad. A estas alturas ya conozco a muchos actores, y casi todos miden metro sesenta y cinco y tienen una mirada entre perdida y demente. Son todos guapos, pero más falsos que el plástico. Al ver a Henry por primera vez, piensas: «He aquí un hombre capaz». Tiene las manos grandes y secas y buscan las tuyas como cálidos guantes. No es tan alto como yo, medirá metro ochenta, pero es corpulento como un jabalí, y sus ojos castaños son cordiales y profundos. Y su piel, en cualquier estación, es un par de tonos más oscura que una galletita salada Ritz. En la boda de Kip, Chloe me apartó y me dijo: «Si ya no estuviera tan enamorada de ti, me las ingeniaría para arrancar a ese amigo tuyo de su mujer y de su granja». Y después me lamí el lóbulo de la oreja. Las señales de que Chloe y yo no íbamos a durar estaban ahí, dejad que os lo diga, pero era una amante bastante buena.

—Mira —contesté—, si nos vemos en Eau Claire, donde el aparcamiento de las furgonetas de alquiler, te cuento toda la historia.

—Espera, ¿ya has descargado?

—No —dije—, pero tampoco traigo muchas cosas. No voy a tardar demasiado.

—¿Lee?

—¿Sí?

—¿Seguro que estás bien?

—Nos vemos dentro de dos horas.

Y empezó a crecer la leyenda alrededor de esos diez primeros temas. Dónde los había grabado, cómo los había grabado, el desengaño amoroso, las drogas, el alcohol. Casi todo mentira. Esos primeros temas, el disco, *Shotgun Lovesongs*, me salió de dentro, eso es todo. Estaba cansado, supongo. Cansado de fracasar, cansado de viajar por el país, por el globo, cansado de ir de gira. De ir saltando entre ciudades donde nadie sabía quiénes éramos, quién era yo. De cantarle al público en Alemania y Francia y Bélgica mientras me preguntaba: «¿Esta gente entenderá una maldita palabra de lo que canto?». Y cuando la banda terminó separándose (como todas), de volver a casa sintiéndome el mayor fracasado del mundo. De pensar en buscar trabajo, en trabajos de verdad; en rendirme.

Dedicarse a la música es una locura. Es algo completamente ilógico. La mayoría de los músicos se las apaña a duras penas buscando un bolo aquí y otro bolo allá, contentísimos de poder tocar en bodas o en bar mitzvás. La mayoría de los músicos no tienen ni seguro ni grandes ingresos ni plan alguno sobre cómo abrirse camino. Pero los entiendo: están obsesionados, enamorados de la música, enamorados de tocar junto a otras personas, de hacer feliz al público, de recibir la adulación que llega al final de una buena noche, como si, de repente, un pueblo entero decidiera adoptarte y cualquiera de los presentes estuviera dispuesto a darte alojamiento por una noche, a alimentarte, a dejarte ropa limpia y darte dinero para el taxi o el autobús de vuelta a casa.

De niño, tumbado en la cama, oía esos *rifs*, esas palabras, y podía verlos todos, uno encima del otro, veía cómo debían encajar y cristalizar. Supongo que por aquel entonces en mi cabeza sonaban, sobre todo, ecos de Bob Dylan y Neil Young, variaciones de sus piezas. Pero incluso entonces aprendía, construía mi propio sonido, mi propio estilo. De noche todavía me cuesta dormir, temo que si no me levanto de la cama a escribirlas, las ideas se volatilizarán y ya no podré recuperarlas nunca más. Prefiero quedarme despierto hasta el alba escribiendo un montón de tonterías que nunca funcionarán a sentirme descansado pero incapaz de reconstruir algo que, quién sabe, podría haber sido bueno. En casa, casi todos los cajones están llenos de trozos de papel en los que he escrito divagaciones inconexas, poemitas o imágenes que quería incluir en canciones futuras. Al lado de la cama tengo un bloc de folios amarillos más emborronados que si les hubiera estallado encima una caja entera de bolígrafos. Y aquí estaba. De vuelta en Little Wing. Y en trámites de divorcio. Todavía no acababa de entenderlo del todo: la boda había sido encantadora, la luna de miel, preciosa (en San Bartolomé, donde comí bogavante todos los días y me hice amigo de Jimmy, un carpintero que algún día vendrá por aquí a reformarme toda la cocina), y luego, de vuelta en Nueva York, una noche que cenábamos fuera, Chloe levantó la vista del móvil convertida en una persona distinta, en alguien a quien yo no conocía de nada.

—No sé si lo nuestro funciona —dijo.

Solía recurrir a los clichés, vicio del lenguaje que yo atribuía a un exceso de guiones mal escritos.

—¿Que no sabes si qué funciona? —respondí yo dispuesto a tirarle la puta servilleta a la cara según lo que viniera después. Nunca he masticado la comida como la mastiqué en aquel momento. Tenía miedo de vomitar, miedo de romperme algo de lo mucho que apretaba la mandíbula. Sabía lo que se me venía encima. No lo había visto venir, pero en cuanto hubo dicho lo que dijo supe lo que se me venía encima.

—Puede que no —continuó empujando por el plato una hoja de lechuga. Su tenedor hizo un ruido agudo en la porcelana del plato, como una uña que rascara acero viejo—. Yo nunca he estado casada, ¿sabes?

En ese «estado» reconocí la manera que tenía de decir sus frases. Con una ligera afectación, un ligero énfasis, otorgándole a una palabra de usar y tirar un significado trascendental. Haciendo que ese «estado» pareciera una condena, un crimen, un país devastado por la guerra, una vida pasada. Yo sabía que dentro de dos semanas Chloe tenía que viajar a Vancouver para el rodaje de una película. Habíamos estado pensando en alquilar una casita por allí. Me entusiasmaba la idea de componer en un sitio nuevo. Ni Wisconsin ni Nueva York, sino un sitio completamente distinto.

—Llevamos casados cuatro putos meses —dijo mientras tragaba.

En Little Wing conocía a gente que llevaba casada medio siglo.

—A mí me parece toda una vida —dijo ella examinando la pantalla iluminada del móvil—, ¿sabes?

—No. No lo sé. Estoy hecho un puto lío.

Entonces comprendí que iba a romperme el corazón.

—Mira, creo que esta noche me quedaré a dormir en casa de Jenna. ¿Tomamos un café mañana?

Me incliné sobre la mesa.

—Estamos casados, Chloe —susurré—. No dormimos en camas separadas. No nos quedamos a dormir en la casa de otra gente. —Le agarré la mano. Se la agarré con más presión que ternura. Se la agarré ejerciendo una presión ligeramente menor que si estuviera colgada de un edificio, suspendida sobre el vacío—. ¿Chloe?

Me miró. Miró mi pelo, mi barba enmarañada, mis orejas largas, mis tatuajes, mi piel. Reconozco esa mirada. Conozco bien mi cuerpo. No soy una estrella de cine; no me parezco ni a Ronny ni a Henry: dos hombretones del Medio Oeste, puro músculo y gallarda luz de rodeo y manos negras del suelo de tierra arcillosa. Me he acostado con más mujeres de las que estoy dispuesto a recordar, pero esa mirada la conozco bien.

Una mujer podrá creer que va a enamorarse de ti porque sabes componer canciones, porque eres capaz de tocar una fibra sensible en la que la mayoría de la gente ni repara. Porque puedes escribir una puta canción de amor. Porque eres famoso. Y durante una noche eres el chico de oro. Yo he sido el chico de oro por todo el mundo. He sido el chico de oro con mujeres cuyo nombre os sonrojaría, de lo bellísimas y famosas que son. He sido el chico de oro con dos, con tres, con cuatro mujeres a la vez. Todas esas bocas en mi cuerpo, esas lenguas. Pero tampoco podría recordar cuántas han sido las mañanas en las que esas mujeres se han marchado antes de haberme levantado, antes siquiera de haber salido de la ducha. De repente, cuando te han consumido, cuando te han despojado de tu armadura y de tu intimidad, te ven como a un tipo del montón. Un blanco del montón de un pueblecito de Wisconsin.

—¿Has estado en Wisconsin? —les preguntaba—. Es el lugar más bonito del mundo. Lagos inmensos, bosques enormes, colinas suaves, el Misisipí.

—¿Está cerca de Montana? —me decían ellas—. Porque parece Montana.

—No —les explicaba yo—, está al norte de Chicago.

El número de las que no eran capaces de situar Chicago en un atlas de Norteamérica, aunque les dijeras que está en Illinois o en los Grandes Lagos, os sorprendería.

Dos semanas después de aquella cena, me enteraba por los periódicos de los rumores de mi propio divorcio y evitaba el mundo exterior. Nueva York no es mi ciudad, no lo ha sido nunca. Allí nunca he estado a gusto. La velocidad de las cosas, las luces, la moda, el dinero. Y después de nuestra separación, la ciudad todavía me gustaba menos. No podía ir a ningún lado sin que una *troupe* de fotógrafos anduviera siguiéndome, molestándome, haciéndome preguntas personales para las que yo no tenía respuesta. «¿Qué ha pasado? ¿Dónde ha ido Chloe? ¿Dónde vive ahora? ¡Eh, Corvus!». Con un fracaso matrimonial tan temprano, no tuve que vender la casa ni hacer una gran mudanza. Alquilé una furgoneta, aparqué delante de nuestro edificio y terminé llevándome un sofá, una butaca de cuero, un televisor nuevo, mis libros, mis guitarras y la foto que Kip y Felicia «nos» habían regalado cuando nos casamos. Le di cincuenta pavos a un tipo para que me ayudara a

cargar las cosas más pesadas; habría llamado a algún amigo, pero en Nueva York no tenía ninguno. Todos «nuestros» amigos eran, en realidad, amigos de Chloe. Dejé tres mil dólares en metálico en la encimera de la cocina y una nota en la que le decía a Chloe que, si quería hablar conmigo, llamara a mi abogado en Little Wing. El número que anoté a toda prisa era el de Eddy Moffitt. Tal vez no fuera lo que se dice un abogado, pero estaba convencido de que sabría manejar la situación con mucho aplomo y buen humor. Y también dudaba muchísimo de que Chloe se acordara de Eddy, aunque estaba seguro de haberlos presentado en más de una ocasión.

Cuando salí de mi edificio por última vez, me quedé en la acera y me fumé un cigarrillo echándole un último vistazo a la ciudad. El portero abandonó su puesto y se plantó a mi lado.

—Señor, le agradecería que fuera allí a fumar. —Señaló con el blanco dedo enguantado un callejón lleno de contenedores que goteaban, charcos marrones y periódicos mojados.

—Eh, Tino, soy yo. Lee. El marido de Chloe, ¿te acuerdas?

Cruzó los brazos sobre el pecho y frunció el ceño.

Pisé la colilla delante de su edificio y escupí en la calle.

—Eh, Tino. Los Yankees dan pena.

El disimulo con el que se las ingenió para llevarse la mano al paquete mientras me enseñaba un anular enhiesto, con ese uniforme de portero de pana azul marino y la elegancia y la insolencia de un auténtico neoyorquino, me dejó admirado.

La gente me pregunta por el título de ese primer disco, y ya he contado a docenas de revistas docenas de historias distintas, procurando que mi mentira parezca siempre original. He dicho que es un homenaje a Guns N' Roses. He dicho que se inspira en un suicidio que se produjo a tres pueblos del mío, cambiando en cada entrevista a cuántos pueblos, exactamente, o hacia qué dirección debía encaminarse el periodista. He dicho que trataba de un desengaño amoroso, y tal vez esta sea la explicación que más se aproxime a la verdad. Me preguntan por mis canciones, por el proceso creativo, y puedo decir, con toda sinceridad, que nunca le he dado una mala contestación a ningún fan; a la prensa, tal vez, pero a un fan, nunca. Me siento muy afortunado por haberlo conseguido: por ser un músico profesional. Pero hablar del disco no me resulta especialmente cómodo, porque lo cierto es que cuando trabajaba en él estaba en el fondo del pozo.

Porque esto es lo que pasó: después de que esas primeras bandas no resultaran, después de separarnos y tirar cada uno por su lado, volví a Wisconsin a lamerme las heridas, con el rabo entre las piernas, ondeando la bandera blanca... y todas esas gilipolleces. Entonces me sentía tan avergonzado como ahora, después del divorcio. La única diferencia entre un momento y el otro es que ahora tenía dinero. No tenía que preocuparme por quién iba a vender mi próximo disco.

Había vuelto a Wisconsin en Halloween. El día, un perfecto día del Medio Oeste, me había levantado el ánimo: nubes veloces que viajaban por un cielo azulísimo y un aire fresco que olía a lluvia y a las praderas del Oeste. Crucé Chicago a la carrera por Lake Shore Drive, grandes olas coronadas de blanco que se estrellaban contra una playa de hormigón, las torres de la industria que, al oeste, se levantaban imponentes sobre mí, nubes que se desbarataban al chocar contra esos edificios y que, tras haberlos dejado atrás, volvían a reunirse. Recuerdo que pensé en Kip, allí en lo alto, o quién sabe si sumergido en el distrito financiero, en el Loop, anunciando a voz en cuello

en el parqué números imaginarios, agitando en el aire papelitos de color rosa y haciendo señas como un guía de tercera base. Lo cierto era que yo no tenía ni idea de en qué consistía su trabajo. Pero sabía que estaba triunfando, que estaba labrándose un nombre. Y recorrí el barrio de Gold Coast mirando por la ventana y pensando: «Jódete, Kipper». Aunque Kip nunca me ha hecho nada malo. No tenía razones de peso para que su éxito me escociera. Seguí hacia el noroeste por una sucesión infinita de barrios residenciales y de peajes hasta que llegué a las llanuras del norte de Illinois, donde la tierra, de tan lisa y aburrida, se diría un gigantesco cubo que vagara por el espacio exterior, donde solo rompían la monotonía una inmensa fábrica de coches, unos pocos «oasis» de carretera y una serie interminable de postes y cables de alta tensión que transportaban la energía de las dos Dakotas y de Canadá a la metrópolis de Chicago.

Mis padres se divorciaron cuando me gradué del instituto. Fue una separación tranquila, supongo. Por lo que yo sé, no hubo ni infidelidades ni drogas ni problemas con el juego o con la bebida. Ninguna de las razones normales. Mis padres no me parecen personas especialmente interesantes, pero desde mi nacimiento, por lo visto, se habían ido distanciando. Una vez, cuando mi padre estaba en el garaje hablando con mi tío Jerry por el teléfono inalámbrico, le oí decir: «Ya no tenemos nada que decirnos. No nos gustan las mismas cosas. Ya no le veo el sentido. Nadie está contento». Así que mientras yo tenía bolos en bingos y bares de carretera del Medio Oeste, mientras recorría en coche las costas del país con mis bandas o salía de gira por Europa, mis padres vendieron la casa en la que había crecido y cada uno tiró por su lado: papá encontró trabajo de jefe de almacén en Arizona, y mamá volvió a su pueblo en el norte de Minnesota, en la frontera con Canadá, a trabajar de secretaria y coordinadora de la escuela dominical en la iglesia en la que se había casado.

—Tampoco necesito mucho más —me explicó ella—. Me he comprado una casita con muchísimo terreno para el jardín. Estará bien poder ver caras conocidas.

La imaginé lamiendo los sobres de los envíos de iglesia y reponiendo las existencias de cartulina de colores.

Y papá:

—Yo quería vivir una temporada en un sitio donde hiciera más calor. Ya estaba harto de tanta palada de nieve. Algún sitio en el que hiciera calor. Me he comprado un apartamento en un complejo residencial. Cruzando la calle tengo una cantina donde ceno todas las noches. Bebo Coronas y como tacos, claro que estos son más buenos que los que hacía tu madre, con esa tortilla tan dura. Tendrías que bajar por aquí. Mexicanas guapas. Nos sentaremos en la piscina a beber cerveza juntos. Conduciremos por el desierto mirando los cactus.

Y me dejaron sin un hogar. A pesar de la de vueltas que había dado, Little Wing era el único lugar que conocía de verdad. Little Wing, donde estaban todos mis amigos. Donde, para probar material nuevo, siempre podía sacarme un bolo de viernes o de sábado en el bar de la asociación de veteranos. Hasta podía pasarme la noche entera tocando versiones. Y aunque por aquel entonces Henry no vivía allí, sabía que lo haría en el futuro; sabía que volvería. Y Ronny. Andaría con el rodeo —de viaje a saber dónde—, en Butte o Bozeman o Billings, en Las Vegas o Laramie o Las Cruces. Tenía la corazonada de que Ronny también iba a volver un día.

Porque Ronny había sido el primer famoso de Little Wing. Todavía recuerdo esa noche de

viernes que asomó por el televisor del local de los veteranos. El bar estaba abarrotado, el pueblo entero estaba allí. Ronny iba a montar un toro que se llamaba Texas Tornado. En la cabeza llevaba un Stetson de diez galones bien ceñido. Todo en Ronny se veía ceñido: los abultadísimos brazos en el cercado mientras el toro, debajo, embestía impaciente; la cara, cincelada, concentradísima; los Wranglers, tan ceñidos que parecía llevarlos cosidos directamente en el muslo, y la enorme hebilla de plata sobre la entrepierna, cual cinturón del campeón de los pesos welter, que proclamaba: «La polla más grande del mundo».

Cuando en la arena marrón de Amarillo, Texas, la puerta del cercado se abrió de golpe, todos dejamos escapar un suspiro. Y luego lanzamos vítores. Dios, cómo aplaudíamos —el pueblo entero contra ese toro—, aullábamos, derramábamos la cerveza, saltábamos y nos chocábamos, y Ronny —ese grandísimo cabronazo— agarrándose como si le fuera la vida en ello; tenía una mano levantada como si pidiera nuestro aplauso, y la otra, bien sujeta al toro, igual que un acollador. Las espuelas de plata relucían, el sombrero negro se le cayó, las pezuñas en forma de uve daban patadas al aire, baba de toro volando en todas las direcciones. Ocho segundos para la gloria, y cuando el caballo acudió a rescatarlo para que pudiera desmontar, el bar tembló hasta los cimientos. Qué orgulloso me sentía, Dios. Y Ronny, que recoge el Stetson de la arena y luego inclina la cabeza ante la multitud como un vaquero auténtico, de los de verdad, como un torero americano, antes de encaramarse a una valla al lado de la arena a esperar la puntuación.

Ese rodeo lo ganó. Se llevó cinco mil dólares y una hebilla nueva y reluciente, y en Little Wing todos pensábamos: «Mierda, ¡Ronny Taylor es rico! ¡Ronny es un maldito famoso de la tele!».

Supongo que yo quería lo que él había conseguido. Yo quería volver a Little Wing y ver que las chicas del instituto, las chicas como Beth, se me acercaban en el bar de la asociación de veteranos y me metían la lengua en la oreja y me decían lo guapo y extraordinario que era, me decían que querían hijos míos, que querían que las atara a la cama del motel que quedaba entre Little Wing y Eau Claire, ese motel de ocho habitaciones donde, de más jóvenes, habíamos ido alguna vez a fumar marihuana, donde alguna que otra vez dos chicos y dos chicas con dos botellas de Jack Daniel's habían reservado una habitación doble, y en esa habitación las cuentas a veces no salían, y la fidelidad a una cama y a un amante quedaba algo desdibujada, por no decir otra cosa, y a veces éramos tres y otras hasta los cuatro los que estábamos en una sola cama o en el suelo, dieciséis extremidades entrelazadas, y por la mañana esa habitación de hotel se quedaba pequeña para tanta gente y las toallas no alcanzaban para todos.

Así que seguí conduciendo, dejando atrás el sur de Wisconsin, Madison, Dells y, más al norte, los álamos, tan amarillos que cuando los alcanzaba un rayo de sol parecía oírse un sonido, una nota aguda tan pura que me costaba mantener los ojos abiertos: el sonido de una espada divina hendiendo el aire. Y los arces, con rojos vivos como los corazones que hacíamos en primaria, esos corazones de papel que pintarrajeábamos con las ceras para regalárselos a nuestra madre. Aceleré avergonzado por volver con las manos vacías, por no haber conseguido nada; avergonzado por no ser una gran estrella, pero contentísimo de estar en casa.

Paré en el supermercado a comprar media docena de cervezas para celebrarlo y vi un anuncio escrito con trazo poco firme: una habitación en una granja de las afueras por la suma,

ridículamente baja, de cien dólares al mes. La nota incluía un número de teléfono y una dirección en una carretera secundaria. Yo tenía unos cuatro mil dólares en efectivo, ahorros de mis bolos y de algunos trabajitos que había hecho estando de gira. Sabía que si las cosas se ponían feas también podría vender el coche, un desvencijado AMC Gremlin azul celeste. Marqué el número y concerté una cita para conocer a la «casera», una anciana, eso era evidente, que se llamaba Bea Cather.

Le gusté nada más verme, aunque puede que todo se debiera a las pocas visitas que recibía. Me invitó a comer: sándwiches de atún, patatas fritas de bolsa rancias, encurtidos caseros y leche. Nos sentamos a la mesa de la cocina mirando un inmenso patio trasero que conducía a una extensión infinita de maizales y en el que, cada tres metros, se levantaba una pajarera o un comedero. Aquello estaba salpicado de trastos, de enanitos de jardín y de unas bolas, unas esferas de jardín de espejo, de color añil.

—Podría cortar el césped del jardín —me ofrecí.

—Muy amable, pero de eso ya se encarga Joaquín.

—¿Joaquín?

—Otro de mis inquilinos.

Del piso de arriba me llegó el ruido de unas pisadas y de una radio ahogada.

—¿Cuántos inquilinos viven aquí?

—Ahora mismo, tres. Cuatro, contándome a mí. Y el perro.

—Le parecerá raro —dije—, pero... no tengo muebles.

—No te preocupes, cariño, la habitación que tengo ya está amueblada. No hay gran cosa, pero bastará.

—Ah, y querría pagarle por adelantado. Seis meses. ¿Le parece bien?

Saqué un fajo de billetes, conté seis de cien dólares y los dejé en la mesa.

Bea arqueó una ceja blanca y me miró por encima de sus gafas de leer.

—No tendrás un laboratorio de metanfetamina, ¿verdad? No quiero camellos por aquí.

—No, señora —contesté—. Soy músico.

Lo mejor de ir de gira, de los festivales de música, de las ciudades nuevas, es conocer a otros músicos. He llegado a un punto de mi vida en el que puedo coger el teléfono y llamar a mi discográfica y a mi agente y conseguir el número de prácticamente cualquiera. Tengo el número de Bob Dylan escrito en una factura pegada a la pared de mi estudio con celo. Pone «Bob», nada más, y unos cuantos números. No es que haya llegado a llamarlo. Me da un poco de miedo. Miedo, en primer lugar, de que no sepa quién soy yo. Y también me da un poco de vergüenza andar preocupándome por si sabe quién soy. Así que por ahora me basta con tenerlo allí, con poder llamarlo si quisiera. Para mí, esto es lo más parecido que existe a tener línea directa con Dios. Tal vez debería llamarlo algún día. Creció por aquí. Minnesota está a la vuelta de la esquina.

Pero el caso es que estar rodeado de tantos músicos puede ser genial: un bombardeo continuo de ideas y sonidos nuevos. Con colaboraciones cada día, si quieres, sacando ideas locas de gente a la que no le parecerán locas. Con suerte, tu sonido se irá haciendo cada vez más complejo, y al final terminarás conformando un tapiz con telas que no sabías ni que tenías ni que habías llegado a comprar.

Pero cuando vivía en la granja estaba yo solo, sin otros músicos. Vivía con gente, pero me dejaban trabajar en paz. El día después de mi llegada a Wisconsin, el día después de pagarle a Bea esos seiscientos dólares en efectivo, una lluvia intensa que caía sobre el tejado de zinc de la casa me despertó a medianoche. Era el primero de noviembre. No había desecho el equipaje, y lo cierto es que no tenía ropa de abrigo, llevaba meses sin necesitarla. Así que abrí el pequeño armario. Perchas metálicas y una raída bata de color rosa con las iniciales «BEC» bordadas en azul en el pecho izquierdo. Me puse la bata. La vieja tela me tiraba en los hombros y me dejaba las rodillas al aire. Me puse unos tejanos, unos calcetines, una camiseta de manga larga y me envolví de nuevo en la bata, atándome el cinturón rosa a la cintura. Bajé las escaleras sin hacer ruido.

Había tres mexicanos sentados a la mesa de la cocina comiendo huevos rancheros de una cazuela de hierro y sujetando en las manos, oscuras y gruesas, unas tortillas. Debí de asustarlos, porque la charla en español se interrumpió de repente. Todos dejaron de comer y se quedaron mirándome con ojos negros y duros.

Y entonces, del porche que rodeaba la casa llegó la voz de Bea, fuerte y quebradiza.

—No pasa nada, chicos. Ahora vive con nosotros —dijo. Y los hombres se pusieron a masticar otra vez.

Me quedé allí con las manos metidas en los bolsillos de la bata rosa, estudiando el suelo de linóleo y después los imanes de la nevera de Bea y después una colección de pollos de porcelana posados en una estantería que había encima de la puerta.

—Siéntate —me dijo uno—. Yo soy Joaquín. Este es Ernesto, y ese, García. Vamos, siéntate. ¿Tortillas?

Y comí con ellos en silencio mientras los escuchaba hablar español, y noté encima sus ojos negríssimos observándome, el nuevo compañero de piso, vestido con ropa de vieja. La comida estaba deliciosa. Aunque esos primeros meses los pasé muy deprimido, con la comida de Joaquín debí de ganar unos siete kilos. Con los frijoles y las tortillas y la sopa de menudo y el arroz.

—Disculpadme —les dije cuando me puse de pie después de haber terminado—. Gracias por el desayuno.

—Almuerzo^[5]. Es la comida —dijo García. Meneó la cabeza.

Salí al porche y me cerré bien la bata sobre el estómago. La lluvia hacía caer las hojas de los árboles, los maravillosos colores que el día antes adornaban e iluminaban el cielo ahora estaban casi todos en el suelo, y el cielo se veía gris como el grafito. Respiré y ante mí se levantó una vaharada. Bea estaba sentada en una mecedora con una taza de té en la mano. No me miró.

—No sería capaz de vivir aquí sola —me dijo—. No podría soportar el silencio de esta casa, sin nadie más.

Asentí en silencio. Me costaba ponerle años. Setenta, tal vez. O puede que noventa. Tenía una voz cantarina, pero su tono era seguro, tajante y preciso.

—Ni siquiera parece el mismo lugar —dije yo—. Todos esos colores. Han desaparecido.

—¿Cómo es tu música? —me preguntó.

Miré hacia el cielo, hacia esa masa ininterrumpida de nubes bajas que arrojaban grabados grises de lluvia sobre los negros campos y sobre los tallos color canela, ahora blanqueados, que todavía quedaban en los maizales.

—No lo sé —contesté—. Como el invierno, quizá.

Ella asintió en silencio y añadió:
—Está al caer.

Esos primeros días recorrí las tierras de Bea. Salía a la carretera y echaba a andar por el arcén de grava. Caminaba por los campos; me abandonaba a la sensación de soledad. Quería inspeccionar mi nuevo mundo.

No muy lejos de la granja había un gallinero. Estaba orientado al sur, y la luz se colaba en ese espacio estrecho por el tejado sin aislar. El suelo estaba sucio, y la mierda de pollo que cubría algunas paredes hacía que algunas parecieran frescos en blanco y negro. Olía a urea, a paja podrida y a aire frío y húmedo.

«Esto me servirá».

Limpié el gallinero lo mejor que pude. Pasé el rastrillo para sacar nidos abandonados y ratones muertos. Con una escoba limpié las telarañas de las paredes y del techo, y con papel de periódico y vinagre disuelto en agua, las ventanas. Llené de paja fresca el hueco que quedaba entre las viejas paredes y el contrachapado nuevo. Compré cinco balas de heno rectangulares para poder sentarme y apoyar el ordenador. El gallinero había contado con una instalación eléctrica para la única bombilla que colgaba del centro del techo. La luz les va bien a las gallinas ponedoras, calienta el gallinero y ahuyenta la melancolía. Joaquín me ayudó a conectar otra vez los cables y después me encontró un pedazo de moqueta de uno treinta por tres que pusimos sobre el suelo sucio. Compré una estufa vieja en una subasta en Eleva y la dejé en un rincón. Joaquín hizo un agujero en el tejado para la chimenea y aisló bien el tiro.

Ya tenía estudio.

La nieve se adelantó. Llegó antes del día de Acción de Gracias. Recuerdo que un día, a mediados de noviembre, estaba de pie en la habitación contemplando una nevisca tan violenta que no alcanzaba a ver el cobertizo rojo de Bea. Como lo mexicanos ya se habían ido a trabajar (se levantaban temprano todos los días y trabajaban hasta tarde ordeñando y limpiando los establos), bajé y me hice un café. Bea estaba en el salón leyendo un *National Geographic*.

—Ya llevas dos semanas aquí —me dijo con cierta severidad— y no he oído música ni en la radio.

—Bueno —tartamudeé—, he estado preparando el estudio... instalándome y todo eso.

—Perfecto. Es que pensaba que eras músico, nada más.

Puede que necesitara el rapapolvo, porque empecé a levantarme temprano, en cuanto oía que los mexicanos se ponían en marcha. Desayunaba con ellos. Les hacía el café. Nos sentábamos juntos en la penumbra del alba y comíamos sin decir palabra. Se iban sin despedirse, se metían todos en un viejo camión y al alejarse barrían el porche y la fachada con la luz de los faros, y se perdían en la carretera con las luces traseras rojas y adormiladas. Tres hombres, una banqueta. García, en el medio, frotándose el sueño de los ojos, terminándose su última tortilla bien untada de mantequilla y jarabe de arce.

Yo les lavaba y les secaba los platos. Limpiaba la cocina. Me llenaba un termo de café y me preparaba para el frío: calzoncillos largos, calcetines gruesos, botas de trabajo, camisa de franela,

una buena chaqueta y gorro de lana.

Noventa pasos hasta el gallinero. Ese era mi trayecto diario hasta mi lugar de trabajo. Si no tenía que andar vigilando por dónde pisaba por el hielo, el barro o una capa gruesa de nieve, me daba tiempo a terminarme media taza de café. En el gallinero había apilado leña seca —de roble— y dentro de una vieja caja de leche de plástico tenía un montón de periódicos, y piñas y otras cosas para encender el fuego. Mi momento favorito era ese: encender el fuego, empezar el día con la tripa todavía llena y calentita, con el café hecho y los dedos de las manos y los pies fríos pero ya entrando en calor. A veces me pasaba una hora, o más, encorvado sobre la estufa para calentarme las manos. Bea me había dado una vieja radio de onda corta, y la enchufaba para oír lo que pudiera encontrar: canciones de amor en francés, de Quebec, *zydeco* de Nueva Orleans, *bluegrass* de los montes Apalaches y hasta el gospel que sonaba en una de las emisoras de fanáticos religiosos del lugar.

Al cabo de un rato me ponía a garabatear canciones, ideas y poemas. Sobre cualquier cosa que echara de menos, lo que, por aquel entonces, equivalía a absolutamente todo. No le había dicho a nadie que estaba allí, ni a Henry ni a Ronny. Eddy estaba en el pueblo, eso lo sabía, y los Giroux. Pero no había visto a nadie. Nunca iba al pueblo, que no quedaba ni a ocho kilómetros. Como a Bea le gustaba ir en coche a Little Wing todos los días, si necesitaba comida me bastaba con darle una lista y dinero. Si quería cerveza o alcohol, le pasaba algo de pasta a Joaquín y él me traía lo que le pidiera. Y García también podía conseguirme hierba.

Mi música se parecía mucho a ese gallinero: un lugar frío sediento de calor. Las canciones arrancaban muy despacio; luego llegaba el deshielo y comenzaba a fluir. Si a media pista, en plena grabación, la estufa dejaba escapar un ruido, allí se quedaba. Si de las dos Dakotas, o de Alberta, o de la provincia de Saskatchewan, llegaba el viento aullando y hacía repiquetear los cristales flojos de las ventanas, daba igual. Aquello me recordaba a las antiguas grabaciones de *jazz*, las de John Coltrane pidiendo un cigarrillo y Miles Davis murmurándole al productor, o a los temas grabados en directo en el Village Vanguard: vasos que tintineaban, cubitos de hielo que crepitan, el ruido seco de zapatos de tacón que bajaban al sótano desde Greenwich.

Los músicos a los que conozco cuando estoy de gira, sobre todo los más jóvenes, los que son más jóvenes que yo, siempre me preguntan: «¿Qué hay que hacer para llegar donde tú has llegado? Ese paso, ¿cómo hay que darlo?». Y yo nunca sé qué contestar. Lo que casi siempre les digo, supongo, es que nunca tienen que dejar de intentarlo. Que no se rindan. Pero si estuviera borracho, si de verdad les hablara de corazón, lo que les diría sería esto:

«Cantad como si no tuvierais público, como si no supierais qué es un crítico; cantad sobre vuestro pueblo, cantad sobre el baile de graduación, cantad sobre los ciervos, sobre las estaciones, sobre vuestra madre, sobre las motosierras, sobre el deshielo, sobre los ríos, sobre los bosques y sobre las praderas. Pero hagáis lo que hagáis, empezad a cantar por la mañana bien temprano, aunque solo sea para entrar en calor. Y si el sitio en el que vivís es un lugar precioso donde hace calor...

»Mudaos a Wisconsin. Compraos una estufa de leña y pasad una semana entera partiendo troncos. A mí me funcionó».

Bajé el caminito de grava de Bea con el sobre, cada paso más difícil que el anterior, con el buzón

y la carretera convertidos en un terrible agujero negro que succionaba la carta para llevarla al mundo, a Beth. Me quedé varios minutos parado delante del buzón antes de, por fin, meter el sobre dentro y cerrar la portezuela. Al cabo de unos instantes volví a abrirla y me metí la carta en el bolsillo. Y después solté un taco y volví a meter la carta. Y después la volví a sacar. Miré a lado y lado de la carretera en busca de motoristas, transeúntes, testigos. No vi a ninguno, por supuesto. Tal vez Bea, de pie, al lado de la ventana del porche, anduviera espiándome por los prismáticos que usaba para observar a los pájaros, pensando: «Músico bobo». Finalmente metí la carta en el buzón, di unos veinte pasos en la carretera, me senté en el suelo y me puse a jugar con las piedrecitas. Para estar en enero, ese día hacía bastante calor, y sobre la nieve a medio derretir flotaba una niebla agradable.

El cartero rural apareció en un viejo monovolumen que tenía el volante a la derecha. Nunca recibíamos mucho correo, pero yo me encargaba de acercarme al buzón para coger lo que pudiera llegar. Facturas, sobre todo. Cupones. Folletos con anuncios de coches usados o de agencias inmobiliarias. Nadie sabía que yo estaba allí, así que nunca esperaba nada. A veces llegaba carta de México, y a mí me gustaba tocar esos sellos extranjeros y llevarme el sobre a la nariz para ver si olía algo exótico. Pero nada. El cartero terminó de vaciar el buzón y cerró la portezuela. Ya en el monovolumen, se me acercó despacio.

—Esa carta —dijo—, ¿la envía usted?

Asentí en silencio.

—Conozco a Beth. Muy buena chica. —Me miró con gesto suspicaz—. ¿Nos conocemos?

—Probablemente no —mentí yo—. Estoy de paso.

Si vivir en un pueblo tiene algún inconveniente, es el de no poder esquivar a tus vecinos. Saben dónde encontrarte y, por lo general, te encuentran. Porque les haces falta, tú o tus herramientas o tu camioneta. Dependemos los unos de los otros. Aunque me había costado, había reconocido al cartero. Yo llevaba años sin vivir en Little Wing, pero su cara me sonaba. Se pasaba por el bar de la asociación de veteranos a primera hora de la noche a tomar una copa, el rusty nail era su cóctel favorito y a veces jugaba a cartas con otro cartero rural.

—Sabe que esta es la dirección de sus padres, ¿verdad? No es la suya.

Asentí en silencio, me puse en pie y me sacudí la grava húmeda de los pantalones.

—Bueno, gracias otra vez —dije.

—La próxima vez use bolígrafo. Esto casi no puedo leerlo.

Yo solo quería estar más cerca de ella, creo. Quería estar en compañía de una mujer. Quería estar en la cama con una mujer y olerle el pelo a una mujer y tocarle el vientre a una mujer, y, más que ninguna otra cosa, quería hablar con alguien. ¿Era sincera la carta que le había escrito a Beth? Creo que sí. Creo que era completamente sincera, aunque después de tantos años ya no sabría decirlo. Nos acostamos juntos, eso sí que no lo puedo negar, y me niego a lamentarlo, eso es, y esa noche la recordaré durante el resto de mi vida. Me he acostado con cientos de mujeres. Más de mil, tal vez. Habré tenido más amantes que Little Wing vecinos. Pero esa noche con Beth es la única que recuerdo. Es la que me confunde, la que hace que el corazón me duela, la que me acelera el pulso.

¿Qué clase de amigo soy yo, que me acuesto con la mujer de mi mejor amigo? Entonces no

estaban casados, cierto —por aquella época ni siquiera salían juntos—, pero aun así. Lo he mantenido en secreto durante todos estos años, y supongo que Beth también. ¿Significará eso que nos avergonzamos de lo que hicimos? O, simplemente, tal vez, que queremos guardárnoslo para nosotros solos como si fuera un sueño inexplicable, un sueño que, al despertar, quieres retomar de nuevo, deliciosamente, un sueño en el que podrías quedarte siglos mientras tu cuerpo envejece y tu lecho está cada vez más gastado y la gente a la que quisiste se desvanece y muere en los límites de tu realidad.

A la mañana siguiente de habernos acostado, Beth se marchó cuando todavía no había amanecido. Yo oía a los mexicanos en la cocina rompiendo huevos y friendo tortillas en grasa de cerdo mientras los frijoles borboteaban en el cazo. Bea rondaba por ahí arrastrando las zapatillas y silbando *Don't Sit Under The Apple Tree*. En un rincón, al lado de la tostadora en la que humeaba un trozo del bizcocho de plátano de Bea, la radio murmuraba.

—Buenas^[6]. —Mi saludo no iba dirigido a nadie en particular, era para todos. Me alegraba de ver que el café ya estaba hecho, y me serví una taza y soplé el humo.

—Buenas —dijeron mis compañeros de piso mientras Bea me repasaba de arriba abajo como si no fuera más que un vago.

—Tu hermana, ¿eh? —añadió Bea.

García se rio por lo bajo, se metió en la boca un tenedor cargado de huevo, se atragantó, tosió, bebió zumo de naranja y se enderezó en la silla, recuperándose.

—Podría haber desayunado con nosotros, ¿sabes? —continuó Bea—. Tu hermana. Nos habría encantado.

—Su vuelo salía muy temprano —dije yo.

—¿Alguien se ha levantado en plena noche? —preguntó Joaquín—. Me ha parecido oír a alguien en la puerta de casa.

—¿Sabéis qué? —dije—. Creo que hoy voy a coger el desayuno y el café y voy a meterme en el estudio.

Me serví huevos y frijoles en un bol y les coloqué encima tres tortillas para que no se enfriaran, cogí la comida y el café, y salí. Sin chaqueta ni ropa interior de invierno. Ya en el estudio, cerré la puerta de una patada, dejé la comida sobre la estufa y encendí el fuego, y ese día terminé *Shotgun Lovesongs*. Trabajé sin parar. Cuando me hacía falta, salía afuera, a resguardo de la granja y de los prismáticos de Bea, y meaba en un montón de nieve. Cuando tenía hambre, entraba en casa a toda prisa en busca de más tortillas y más café. Como era domingo, el único día que libraban, los mexicanos se pasaron el día en el salón, repantingados en el sofá y viendo partidos de baloncesto de la liga universitaria, combates de lucha profesional y un documental sobre las ballenas jorobadas. En la cocina, la sopa de menudo empañaba las ventanas. Parecía, en cierto modo, que todos comprendieran qué estaba pasando, qué estaba haciendo; cuando entré en casa, se limitaron a saludarme con un cabeceo. No paraban de hacer café. Cuando volví a casa después de que hubiera anochecido, en la encimera había una tarta de manzana esperándome y la cocina olía a canela y nuez moscada.

Lo de «dar el sí a quemarropa» viene de esas antiguas bodas en las que el novio, siempre en la mira de la escopeta del futuro suegro, no tenía escapatoria. Esto ha llegado a pasar de verdad: que una chica se queda embarazada, que a otra la desvirgan, que alguien se declara en bancarrota, que estalla una guerra... La boda se celebra pase lo que pase, y se celebra rápido. Sin hacer planes. Derechos a los juzgados, probablemente, y la recepción, sin gota de alcohol, en el sótano de la parroquia de la novia. Ni luna de miel ni latas arrastrándose detrás de una limusina.

De allí saqué la idea del disco, de esas «canciones de amor a quemarropa». Tenía la impresión de estar, yo mismo, apuntándome a la espalda: me sentía presionado, presionadísimo a hacerlo, a terminar, a demostrarle a Little Wing, a Beth, a Kip, a Ronny, a Henry, que no era un fracasado. Que podía hacerlo, que podía crear algo interesante, bello y distinto, y que podía hacerlo deprisa y de cualquier manera en un viejo gallinero, con mi ordenador de mierda y una estufa para no terminar muerto por congelación.

El disco, ese disco en cuya producción no gasté más que seiscientos dólares, vendió un millón seiscientas mil copias. Cada semana vende más que la anterior. Y las canciones de amor. Las escribí todas para Beth.

Pasé por Little Wing con la furgoneta; pasé por la presa, por el campo de golf, por las vías del tren y por un riachuelo que no tiene nombre. Allí estaba la fábrica, la fábrica de Kip. Unos camiones se habían congregado afuera, y hasta un estruendoso tren paraba a recoger una carga de maíz. Se diría que el aire holgazaneaba, polvo de maíz amarillo ascendiendo a los cielos. Unos hombres se columpiaban en plataformas suspendidas a un lado de la torre más alta de la fábrica: pintores. En lo alto, la fábrica pasaba de un gris maltrecho a un amarillo miel. Recortándose contra el cielo azul, dejaba entrever una bonanza modesta, aunque cerca del suelo, a los pies de los pintores, la fábrica no había dejado de ser un edificio que había sufrido demasiados inviernos largos. Seguí adelante, todavía quedaban treinta y pico kilómetros para Eau Claire.

Henry me esperaba en el aparcamiento de la empresa de alquiler, apoyado en una furgoneta. Nos saludamos con un abrazo fortísimo, caluroso e inmenso, y nos sonreímos.

—Estás hecho una mierda —me dijo Henry.

—Me alegro de estar de vuelta en casa.

—¿Qué tienes que hacer?

—Devolverles las llaves, luego podemos largarnos. Quiero ir a comprar comida y a pillar unas cervezas.

Cuando nos hubimos aprovisionado, el viaje de vuelta a Little Wing transcurrió en un silencio excitado, entre partículas de aire eléctricas y felices, aunque ninguno de los dos sabía exactamente qué decir.

—¿Entonces? —dijo Henry, y entendí que esa era su manera de preguntar por mi divorcio.

—No sé. No sé qué pasó. Nada dramático. Es solo que... mierda, lo de casarnos fue un auténtico despropósito, ¿sabes? Tú y Beth. Vosotros sí que lo tenéis claro. No sé. No tengo ni idea de cómo lo hacéis.

Nos quedamos un momento en silencio con los ojos clavados en la carretera.

—¿Y ahora qué?

Me encogí de hombros y miré por la ventanilla: un valle lleno de tractores oxidados y de camionetas hechas chatarra, crestas perfiladas por tapias de roca y antiquísimos robles unidos con alambre de espino.

—Estoy aquí, supongo. Estoy divorciado, supongo. Perdón: en trámites de divorcio. Separado. Estamos separados.

—Bueno, Beth y yo lo sentimos muchísimo por vosotros. Chloe nos gustaba. A mí me gustaba.

—Y a muchísimos hombres, por lo visto.

—Lee.

—No, por lo visto es verdad.

—No sé. No sé qué decir.

Continuamos en silencio. Aquí, una vacada en fila india que, con mucha delicadeza, se dirigía hacia un establo rojo; allá, perdiéndose en el horizonte, un globo aerostático, amarillo como una matrícula de Nuevo México nueva.

—¿Te apetece emborracharte? —pregunté.

Henry se volvió a mirarme y movió la cabeza muy despacio, como si necesitara un poco de tiempo para reflexionar sobre mi pregunta.

—Creo que sí que me apetece emborracharme. Sí. Ahora que lo dices. Sí. Aunque, ¿seguro que esto es lo que necesitas?

—Daño no me hará.

Paramos en una licorería y compré tantísimas cajas de botellas de cerveza y de vino y de alcohol que el viejo de la tienda nos dejó una carretilla para que pudiéramos transportarlo todo a la camioneta. Fuimos haciendo viajes, Henry me sujetaba la puerta mientras yo entraba y salía cargando el alcohol en la caja de la camioneta de Henry.

—¿Crees que con eso bastará? —pregunté en la caja registradora guiñándole el ojo a Henry.

—No sé —contestó él—. Puede que no.

Me encogí de hombros.

—Véndanos otras tres cajas de Leinenkugel.

El viejo parpadeó tras los gruesos cristales de las gafas antes de añadir esas cajas a la cuenta, que, en la caja registradora, iba creciendo cada vez más larga, como un diminuto rollo de pergamino.

—¿Vais a dar una fiesta? —preguntó el viejo mirándome.

—Una fiesta de bienvenida —dije yo con una sonrisa, y dejé diez billetes de cien dólares en el mostrador.

De vuelta a casa, descargamos la bebida y la comida. En el garaje tengo una vieja nevera General Electric, y la llenamos hasta arriba de cerveza. Luego reaprovisionamos los armarios de la cocina hasta dejarlos a rebosar de cereales, galletitas saladas, bolsas de patatas fritas, aceite de oliva, pasta y salsa para espaguetis.

—Tendría que llamar a Beth a ver cómo está —dijo Henry—. ¿Puedo usar el teléfono?

Moví la mano.

—Invítala. Dile que traiga a los niños.

—¿Seguro?

Me encogí de hombros y los dejé caer otra vez. Mirando por la ventana, me sentí de repente como un camión muy viejo cuyo cuentakilómetros hubiera dejado ya de contar. Me invadió el deseo de emborracharme y de seguir así, de borrachera, pero temía el día siguiente o el otro, la idea de estar solo o de pensar en Henry y su familia. En Henry y Beth en la cama. Tocándose, besándose. En los dos juntos, nada más. En ella leyéndole el periódico. En él pintándole las uñas.

—¿Por qué no? —le dije.

—Muy bien. A ver qué dice. Ahora no lo recuerdo, pero puede que uno de los niños tenga entreno. Nunca consigo aclararme.

—Niños —dije—. Los niños.

Me preguntaba qué debía de sentirse al ser padre, al ser responsable de otro ser humano.

Henry iba marcando números en el teléfono de casa, y me miró.

—¿Estás bien, colega? —me preguntó con mucha delicadeza—. No tenemos que pillarnos una cogorza si no quieres. Simplemente podríamos hacer café y dar un paseo. No sé, encender una hoguera o algo. Ver si la camioneta está a punto. Ir a dar una vuelta con el tractor.

Me quedé de pie con los brazos estirados y las manos apoyadas en el fregadero. Al otro lado de la ventana, más abajo, estaba el coyote, parado junto a la fila de árboles, ahí donde la sombra ya no deja crecer el zumaque. Yo lloraba en silencio; no pude contenerme, estallé. Me encorvé sobre el fregadero; los hombros subían y bajaban, tenía el corazón roto, roto como nunca lo había tenido en Nueva York. Notaba los pulmones sedientos de oxígeno —me había olvidado de respirar—, y cuando abrí la boca ya sollozaba. Era incapaz de hacer otra cosa. Y estaba avergonzadísimo, tristísimo. Nos estábamos divorciando. Habíamos fracasado.

Henry colgó el teléfono sin hacer ruido. Oí que lo tenía a mis espaldas, justo detrás de mí, pero no me tocó y yo quería que me tocara, aunque comprendía por qué no lo hacía, por qué un hombre adulto no toca a otro aunque en ese momento sea justo eso lo que hace falta.

—Pero qué coño, ¿sabes? —dije—. Qué coño. Si fue ella quien me dejó.

Me tiré del pelo, me tiré de las orejas, grandes y rojas. Tenía la cara ardiendo, empapada. Recosté la cabeza en el lavamanos y entonces me solté, lo eché todo hacia fuera, hacia abajo, por la porcelana, por la cañería, de donde me llegaba el eco de mis lloriqueos, y con eso me tranquilicé un poco. No quería que Henry me viera así, no quería que nadie me viera así. Abrí el grifo, noté el agua fría en la cara, metí las manos en el agua y me empapé el cuello, los ojos y la nariz. Al levantar la cabeza para coger aire, inspiré profundamente y me sequé la cara con la parte del brazo que no tenía mojada, y sobre mis tatuajes resbalaron mocos y lágrimas. La primera vez que me duché después de haberme hecho un tatuaje, me entró miedo de que la tinta empezara a salirse. Pero mis tatuajes ya no son más que cosas desvaídas, como grafitis viejos.

—Lo siento. No sé qué me pasa.

—Será que lo de ver a los niños no te convence —dijo Henry.

Me eché a reír y me limpié la nariz. Pero seguía esquivando los ojos de Henry. Volví a mirar por la ventana y me pareció que el coyote me devolvía la mirada. Un cuervo pasó volando sobre la cresta, negro y reluciente.

—Voy a hacer café —dijo Henry.

—¿Puedo pedirte un favor, Henry?

—Lo que quieras —respondió él. Debió de verme debilísimo, tristísimo.

—No me dejes solo, ¿vale?

Entonces Henry me dio un abrazo y yo me puse a llorar, pero él me apretó tanto que cualquiera habría dicho que quería romperme las costillas, y vi que no iba a soltarme hasta que dejara de llorar. Y entendí qué clase de padre era, qué clase de esposo y de hombre era. Entendí que era más fuerte que yo, mejor que yo.

Nos quedamos al lado del arroyo pasándonos un porro y contemplando cómo el agua se llevaba las hojas hacia el Misisipí. Hacía semanas que no fumaba y me subió rapidísimo, las palabras salían de mi boca como notas musicales que podía ver y tocar: ante mis ojos, las letras de cada palabra, como en una pancarta, se alejaban flotando.

—Estoy muy avergonzado —dije—. Lo siento, tío. Siento mucho que hayas tenido que ver todo eso. No sé. Estoy supertriste. Estoy triste y confundido, y no sé qué está pasando. Yo soy uno de esos tipos que salen en las revistas del supermercado, ¿sabes? Joder. No llevábamos casados ni un año. ¿Quién no aguanta un año casado?

—Eso no le importa a nadie. No va a importarle a nadie. Tú deja que pasen un par de meses, ya verás. Nosotros nos alegramos de que hayas vuelto.

—Pero sabes a lo que me refiero, ¿verdad? Lo ves. Joder. ¿Y yo, en qué coño estaría pensando?

Henry no dijo nada, se limitó a tirar ramitas al río y a mirar cómo se las llevaba la corriente.

—¿Has hablado con Ronny últimamente?

—No, ¿está bien?

Henry esbozó una sonrisa irónica y asintió en silencio.

—Más que bien, diría yo. Va a dar el sí quiero.

—Ah, eso. Sí, me llamó hace ya tiempo. Voy a ser el padrino.

—Entonces te has enterado.

—¿De qué?

—De que están embarazados. Bueno, de que Lucy está embarazada. La que fue a tu boda.

—¿Qué? Estás de coña.

—Te lo juro.

—Lucy. La de la boda. ¿Embarazada? ¿Están embarazados?

—Ajá.

—¿Esto está pasando de verdad o es que ya estoy fatal?

—Está embarazada.

—No.

—Sí.

—Poniéndonos técnicos —dijo Henry—, y según lo que tarde en resolverse vuestro divorcio, ella llevará más tiempo embarazada que vosotros casados.

Miré a Henry dispuesto a pegarle un buen derechazo, y luego estallé en carcajadas. Y él se echó a reír conmigo, y ahora íbamos a por todas, y metíamos tanto ruido que asustamos a una grulla que andaba a unos seis metros, entre la maleza.

—Tendrías que llamarlo —dijo Henry—. Quería que te enteraras por él. Como eres el padrino y todo eso.

—Vaya padrino estoy hecho. Tengo la impresión de llevar un año portándome como un auténtico gilipollas. No sé qué me ha pasado.

Henry se puso a tirar ramitas al río otra vez, sin mirarme.

—Pensaba que ibas a marcharte para siempre.

—No, eso no lo habría hecho nunca —mentí. Y añadí—: Tengo que decirte una cosa, Henry.

Henry tenía los ojos clavados en el arroyo; entre los labios sujetaba lo que quedaba del porro, la colilla nada más. El sol se ponía por el oeste y al día apenas si le quedaba luz. Había empezado a refrescar. Nos cerramos bien la chaqueta y nos soplamos las manos.

—¿Sí? —Me pasó el porro.

Me volví a mirar la casa: los postes y los cables de teléfono que la conectaban con el mundo, los pájaros posados en los cables como notas en una única línea de música, solitaria e infinita.

—Bueno, es un cumplido, imagino.

«Estoy tan confundido por dentro, tan triste».

—A todo el mundo le gustan los cumplidos.

«Si dices algo ya no será un secreto...»

—Puede que esté enamorado de Beth. —Di una calada.

«Demasiado tarde».

Henry se quedó callado. Esperé a que dijera algo. Pero no dijo nada, se quedó sentado arrancando del suelo largas briznas de hierba muerta con la mandíbula extrañamente fija.

Quería que entendiera lo que trataba de decirle.

—No sé, Hank —continué—, pero creo que estoy enamorado de Beth. En realidad, creo que llevo mucho tiempo enamorado de ella.

«Es guapísima...»

Henry pasó un buen rato sin decir nada, y yo, fumado como estaba, era incapaz de distinguir el paso del tiempo, de saber si llevaba callado unos segundos, unos minutos o unas horas.

—Sé que hemos estado fumando juntos —dijo Henry por fin—, pero voy a darte una oportunidad. Si lo que pasa es que estás muy colocado y esto se te ha escapado y has perdido el control, este podría ser el momento de decir: «Lo siento, Henry, no sé qué me ha pasado». Si no, tío, no sé, vamos a tener problemas.

«No sabes lo que estás diciendo».

—Creo que ella también me quiere.

—Cierra la puta boca, Lee.

—Lo siento, pero tenía que decirlo.

—¿Por qué? ¿Por qué tienes que decirlo?

—Porque es verdad. Hace años nos acostamos.

«Cállate ya».

Henry se puso en pie, dio dos pasos en mi dirección y agachó la cabeza, tenía la cara al lado de la mía. Me quedé mirando el arroyo, le veía el puño levantado sobre mi cabeza, notaba su aliento cerca, notaba el fortísimo olor a marihuana que desprendía todo su cuerpo.

—¿Tú quién coño eres?

—Lo siento, tío.

«Me había equivocado».

—Tú, ni te nos acerques, ¿me oyes?

—Henry.

«¿Por qué tenías que decir nada?».

—Tú y yo hemos acabado. ¿Me entiendes? Y que no te vea por ahí. Hemos acabado.

No miré mientras se marchaba, no miré mientras subía la cresta hacia mi casa, no lo vi coger una piedra y arrojarla con fuerza contra la ventana de la cocina. No lo vi arrancar el V8 de la vieja camioneta y salir pitando de mi casa levantando grava a casi treinta metros de los neumáticos de nieve que acababa de cambiar.

Pero lo oí todo: el cristal que se rompía, la furia de ese motor, la tierra y las piedras por el aire. Y luego los bosques y el prado y el cielo se quedaron mudos de repente. Todo parecía estar observándome, esperando a que me moviera. Pero yo me quedé sentado en la oscuridad con miedo a hacer otra cosa que no fuera respirar.

H

Mi padre no tenía amigos. No jugaba en ninguna liga de softball y tampoco pertenecía a ninguna asociación. Les daba la mano a los otros padres en la iglesia, eso lo recuerdo, con sus camisas de manga corta en verano y sus trajes de lana azul marino en invierno. Puedo verlo sostener entre las manos un libro de himnos para que los dos pudiéramos leer la letra mientras subrayaba con el dedo unas notas que ni a él ni a mí nos decían nada, capaces únicamente de comprender las subidas y las bajadas de la música; su voz de barítono y mi voz de soprano mezclándose en tímidos y lúgubres tonos monocordes. Todavía puedo oler su colonia y sentir su mano en la nuca. Todo eso lo recuerdo. Pero lo que no recuerdo es que tuviera amigos.

Él también era granjero, aunque por aquel entonces mi madre y él ordeñaban unas cincuenta vacas entre las Guernsey y las Jersey, un rebaño bastante grande para la época. En el mío tengo más del doble de animales, y ahora mismo casi no doy abasto, ni siquiera con la ayuda de Beth. Pero a decir verdad su trabajo era más duro que el mío, y eso también lo recuerdo, a él, en la sala de ordeño, con las manos enterradas bajo las ubres de una vaca; hablo de cuando no existía toda la maquinaria que yo tengo, aunque en mis años de adolescente papá ya empezó a instalar máquinas. Recuerdo sus brazos peludos y que bien entrada la mañana los tenía cubiertos de aceite de motor y de la grasa de los ejes de los viejos tractores que arreglaba continuamente. Y las mañanas en la cocina, bebiendo café y comiendo un plato de huevos revueltos. A la hora del almuerzo: de pie al lado del fregadero comiendo un sándwich de salami, cebolla y mostaza mientras miraba los campos o las vacas del rebaño que holgazaneaban y pastaban cerca del cobertizo. Había en sus ojos una mirada que tanto podría deberse a la satisfacción como al miedo a haber visto un fantasma, a la convicción de saberse hechizado.

Cenábamos temprano, mi madre era la encargada de bendecir la mesa, siempre con la misma oración, y luego yo llevaba los platos al fregadero y papá se retiraba a su butaca favorita para ver las noticias de la noche sin dejar de menear la cabeza. «No sé ni por qué lo veo», decía triste.

Murió hace tres años. Me alegra poder decir que conoció a los niños, que tuvo tiempo de jugar con ellos, de tenerlos en brazos en la maternidad. Sé que estaba orgulloso de ellos, de Beth y de mí. Confío en que disfrutaba cuando venía de visita con mamá, mirando mis nuevas instalaciones y asintiendo en silencio mientras yo hablaba de mejoras en el rendimiento de los cultivos o de un aumento en la producción lechera.

Pero no tenía amigos. Rara vez lo llamaban al teléfono. Y tampoco creo que los quisiera. No creo que se sintiera solo. Cuando pienso en mi padre, lo que más me impresiona es lo entregado que estaba a la granja, a mi madre y a nosotros, sus hijos. Éramos su vida; nosotros éramos sus

amigos. Cuando los domingos se sentaba a ver un partido de fútbol, cuando abría una lata de cerveza Walter's o cuando mantenía en equilibrio un plato de queso y galletitas saladas sobre el pecho y animaba al equipo de los Green Bay Packers, era yo quien se sentaba a su lado, era yo quien animaba con él. Cuando quería chocar la palma de alguna mano, era mi manita la que él buscaba. Cuando le apetecía bailar o cantar, era a mi madre a quien agarraba para dar unos pasos torpes de vals o de polca en la cocina. Cuando hablaba de política, lo hacía conmigo o con mi hermana, señalándonos con un dedo firme y paciente mientras nos decía: «Izquierda o derecha, a mí me da igual. Eso no son más que tonterías. Lo único que os pido es esto: sed amables. Sed buenos. Y no seáis avariciosos».

Toda una vida, treinta y tres años, y creo que no sé lo que es no tener un amigo. Siempre han estado cerca, siempre han estado allí. Y puede que mi vida, nuestras vidas, se hayan enriquecido gracias a ellos. Ronny cuidando a los niños, o, maldita sea, esos días en los que Lee venía a cenar y le tocaba la guitarra a mi hija enseñándole los acordes y colocándole los deditos en su sitio. Eso mi padre no lo tuvo nunca. De niños, nosotros nunca lo tuvimos.

Pero ahora me pregunto si el motivo de que mi padre no tuviera amigos, el motivo de que no le interesara la vida social, no sería que sentirse cercano a un hombre, invitar a otro hombre a tu casa, es como jugar a los dados. Porque cuando de hombres y mujeres se trata, cuando se trata de sexo, es probable que no se pueda confiar en nadie, que todos seamos unos animales. Tú crees que conoces a alguien, pero nunca puedes llegar a conocerlo del todo: no puedes seguir el movimiento de sus ojos cada vez que tu mujer se agacha a recoger una cuchara que se ha caído o se inclina a vaciar el lavaplatos. Cuando ahora pienso en todas las veces que Lee vino a vernos, siento que allanaron mi casa, que me violaron, que me mintieron.

No, lo más seguro es convertirse en una isla. Convertir tu casa en un baluarte contra la basura y la fealdad del mundo. ¿Cómo, si no, vas estar seguro de nada?

Después de la boda de Lee retomé la pintura por primera vez desde el instituto. No sabría explicarlo, puede que fuera por los museos por los que deambulamos o por lo que había hablado con Beth, pero no pude evitarlo. En el cobertizo de las herramientas, bien al fondo, escondí un caballete y una bolsa de la compra de plástico llena de tubos de pintura al óleo y de una colección de pinceles. Después de llevar a los niños al colegio, me encerraba en el cobertizo y pintaba envuelto en su tenue luz. Otras veces metía el material en una mochila y me iba a algún lugar apartado, lejos de las carreteras, lo bastante lejos como para que a Beth no se le ocurriera seguirme. Con un pequeño caballete plegable metido bajo la chaqueta y unas botas de agua negras que me llegaban a las rodillas, echaba a andar con paso lento por los campos que en otoño e invierno descansaban. Estoy seguro de que alguna mañana Beth debió de observarme desde la ventana de la cocina preguntándose: «¿Adónde irá? ¿Qué demonios está haciendo?». Pensaría que salía a buscar puntas de flecha o a matar alimañas con mi rifle del veintidós, tal vez. O que quería estar solo, nada más, lo que era cierto. Por la tarde, cuando me limpiaba la pintura de las manos en el fregadero de la cocina o cuando, sentado a la mesa del comedor, me sacaba la pintura seca de debajo de las uñas con una navajita, ella nunca parecía reparar en mí.

Con una sillita de *camping* que llevaba, sentado en el extremo más alejado de una cresta glacial, me ponía a pintar el arroyo que atraviesa nuestros campos. Pintaba los álamos negros y

los olmos muertos y los chopos que flanquean el arroyo como contrafuertes invertidos. Pero, más que nada, mis cuadros solían ser todo cielo: franjas anchas de azules y púrpuras amoratados, de blancos y grises ominosos. Supongo que pintaba el cielo porque no soy lo bastante bueno como para pintar las cosas de la tierra de manera convincente. Cuando terminaba un lienzo, encendía una hoguera para poder quemarlo de inmediato. Lo arrojaba al fuego, todavía fresco, con la basura de casa: neumáticos viejos o los residuos que la granja hubiera generado. Odiaba casi todos mis cuadros y no quería confesarle a nadie mi pequeña afición. Hasta el momento, solo había pintado dos piezas que me parecieron lo bastante buenas como para coger el coche y llevarlas a la tienda de San Vicente Paúl de Main Street; cuando las doné, le conté a Arnold, el encargado, que habían pertenecido a un tío abuelo mío que había fallecido hacía poco.

En el transcurso de las semanas siguientes, cada vez que iba a Main Street para comprar sellos o comida, gasolina o papel de váter, paraba en la tienda de la Sociedad para ver mis cuadros. Arnold los había colgado en una pared *beige*, encima de un sofá de segunda mano con un tapizado horrible, y el conjunto desprendía, en cierto modo, un aire naturalmente chabacano: dos cuadros y un mueble tan feo cuyo destino no podía ser otro que una cabaña de caza o de pesca, pero nunca un hogar. Yo había decidido que si alguno de los cuadros pasaba más de un año allí, iba a volver a la tienda a comprarlo y luego lo quemaría.

Pero un buen día vi que uno de los cuadros ya no estaba.

Encontré a Arnold en la caja registradora, donde pagué un disco de Duke Ellington en bastante buen estado.

—Eh, Arnold, ¿quién ha comprado uno de esos cuadros que traje? ¿Te acuerdas?

Cogió el cambio, lo dejó caer en la cuenca que formaba mi mano y se encogió de hombros.

—Debió de venderse durante el fin de semana. Yo no estaba, había salido por Hurley en la moto de nieve. Tendrías que preguntárselo a Brenda. Ella estaba en la caja. ¿Quieres que le deje una nota?

—No, da igual.

Salí de la tienda mirando el vacío que uno de mis cuadros había dejado en la pared. Me pregunté quién habría sido tan tonto como para comprarlo.

La única amistad que le había importado a mi padre era la de mi madre. Eran los mejores amigos. Se preocupaban muchísimo el uno por el otro, y eso se notaba. Y también se notaba que allí había amor, y que el amor había cambiado. Que se había transformado en algo distinto a cómo era antes de nuestra llegada o incluso después de que los niños nos fuéramos de casa pero, a pesar de todo, seguía allí, dentro de los dos, dentro de la casa que compartían.

Cuando me paro a pensarlo, me digo: «Es tu culpa. No conocías a tu propia mujer, a tu mejor amiga. Si ella hubiera creído que podía confiar en ti, ya haría años que te lo habría contado. Nunca habrías llegado a este repentino secreto cataclísmico, esta bomba dirigida al corazón».

Creemos que el mundo es constante, que, bajo nuestros pies, vaga por el espacio día y noche, con lluvia y con sol. Y llega el día en el que te caes del planeta y empiezas a flotar en el espacio exterior, y todo lo que te parecía cierto, todas las leyes que antes habían regido tu vida, todas las reglas y las normas que mantenían las cosas en su sitio, que te mantenían a ti en tu sitio, han desaparecido. Y ya nada tiene sentido. Adiós a la gravedad. Adiós al amor.

Una tarde de febrero, al cabo de varios meses de la confesión de Lee, fui a un bar al que solía ir cuando estudiaba en la universidad. Me senté a la barra y pedí un *whisky* solo, decidido a que si una mujer se sentaba a mi lado y me sonreía, y si resultaba que empezábamos a charlar, y ella estaba recién divorciada o separada... o si andaba por el pueblo de viaje de negocios...

Me quedé sentado a la barra hasta el anochecer, bebiendo lo bastante despacio como para no terminar borracho del todo, sino solo cansado. Me quedé bebiendo con los ojos fijos en una pantalla de televisión, viendo un resumen de los mejores momentos de las ligas de hockey, de básquet y de fútbol. En el bar entraban algunas mujeres, pero se sentaban juntas, en grupitos, hablando entre sí, riendo ante sus martinis, sus daiquiris y sus cervezas *light*. No parecieron reparar en mí ni cuando me levanté para dirigirme a la parte trasera del bar, donde están los baños. Y allí, encorvado sobre el lavabo, lavándome las manos, me miré al espejo. Me quedé mirándome fijamente, solo eso. Y dije en voz alta: «¿Y ahora qué diablos vas a hacer, amigo? ¿Eh?».

De vuelta en el taburete seguía siendo invisible, y después de pagar la cuenta salí a la noche, gris y fría, y pensé: «Vaya un sitio para ir a buscar amor». En el aparcamiento, la camioneta me miró como el viejo amigo indignado que, paciente, se ha quedado allí esperándote. Conduje de vuelta a casa, me quité las botas y fui al sótano, donde revolví entre mis herramientas sin saber qué arreglar ni por qué, hasta que Beth gritó por las escaleras:

—Henry, la cena está en la mesa.

Pero yo no dije nada. No tenía hambre.

B

El día estaba blanco como el cielo, y cuando entré en el bar tuve que detenerme bajo la puerta para dejar que mis pupilas se adaptaran a la oscuridad de esa caja. No se oía música, pero sobre la barra había un viejo televisor colgado de la pared donde Alex Trebek, de pie, intimidaba a tres empollones con jersey de cuello alto: *Jeopardy*. La camarera, que con el concurso no había parecido advertir mi entrada, mascullaba algunas respuestas en forma de pregunta. Escudriñé las tripas del local de los veteranos, y al fondo me pareció ver una mano, unos dedos largos que saludaban: Felicia. Pasé al lado de una fila de máquinas tragaperras ilegales, de las destartaladas mesas de billar, de una colección de tacos en un rincón y del *jukebox*, que de tan viejo parecía casi chocho, repitiendo siempre las mismas canciones como las batallitas que repite el veterano de guerra sonado. Felicia estaba sentada sola a una mesa en cuyo centro reposaba una jarra de cerveza con dos vasos.

—Gracias por venir —dijo Felicia—. No tenía a nadie a quien llamar.

Sirvió la cerveza en los vasos, brindó sin mucha convicción y luego dio un sorbo. Y luego otro más grande.

Dejé el bolso en el extremo del banco, pegado a la pared, me quité el abrigo y me senté. La cerveza estaba fría, y el primer trago no me sentó bien, habría preferido un café o un té, hasta un chocolate caliente, cualquier cosa menos el frío y el sabor a trigo de la cerveza, pero estábamos en el local de los veteranos, y en el local de los veteranos nadie pide té. Al otro lado de la mesa, Felicia daba otro trago al vaso y en el vello finísimo, invisible, que le crecía sobre el labio se le quedó un poquito de espuma que solo permaneció allí unos segundos antes de que Felicia pasara el dorso de la mano como la niña que se limpia los mocos de la nariz.

—Kip y yo nos separamos —me dijo, y su declaración flotó en el aire durante unos instantes, fea, incómoda e increíble. Se encogió de hombros y se echó a llorar tapándose la cara.

Mi primera reacción fue desplomarme sobre la pared de la derecha, la que estaba llena de pintadas con los nombres de los vecinos de Little Wing que iban a beber al local. «¿Es que todo el mundo se divorcia? —pensé—. ¿Es que el mundo entero ha perdido el maldito juicio?». Pero me levanté para pasar al otro lado, me deslicé sobre el banco para sentarme junto a Felicia, aparté la cerveza y le di un clínex. No sabía si tocarle la espalda para consolarla, pero al final lo hice, le froté los omóplatos y el cuello como se los habría frotado a mis hijos. Felicia se sonó ruidosamente, recordaba a la sirena que se oye en el lago Michigan en los días de niebla espesa. La camarera apartó la mirada del televisor como si hubiera olvidado que tenía clientes, y luego volvió a concentrarse en el concurso.

—No quiere hijos —dijo Felicia—, ni los quiere ahora ni los ha querido nunca. No sé en qué andaría yo pensando. No tengo ni puta idea. Casarme con él. Venir aquí. —Me miró y levantó las palmas en señal de rendición—. No te lo tomes a mal, no es tu culpa. Pero es que... estoy cabreadísima. Desde que llegué a este sitio, mi vida no ha sido más que una cagada tras otra.

Me encogí de hombros.

—No me lo tomo mal, tranquila. —Alargué la mano para coger mi vaso, el que no tenía pintalabios, y di un trago largo. La cerveza ya no estaba tan fría; sabía mejor, más suave. Dirigí una mirada furtiva a la barra—. Espera, ¿vale?, no tardo nada.

Me levanté de la mesa y me dirigí hacia la voz de Alex Trebek. Me apoyé en la barra. La camarera estaba sentada en un taburete con los gruesos brazos cruzados.

—¿Quién es Bart Starr? —le decía al televisor.

—Disculpa, quería pedir unos chupitos.

La camarera levantó un dedo.

—¿Quién es Vince Lombardi?

—¿Señora? —dije yo.

—Un momentito, cariño. Hoy les ha tocado una categoría que me sé. —Se dio unos golpecitos en el labio inferior con el dedo y luego esbozó una sonrisa triunfal—. ¡Quién es Brett Favre!

—Señora.

—Si en algo soy una experta es en los Green Bay Packers —me dijo después de volverle la espalda al televisor—. Y ahora, ¿qué te sirvo?

—Dos pezones de caramelo.

La camarera, una mujer con pinta de haber recorrido cientos de kilómetros de carreteras secundarias a lomos de una Harley-Davidson, me miró bizqueando.

—¿He oído bien, cariño? —me preguntó. Se apoyó con cautela contra el mostrador que tenía detrás, contra una fila de bolsas de patatas fritas cuyo contenido, a juzgar por el ruido que dejaron escapar, había quedado bastante pulverizado. A su espalda también tenía ganchitos de queso, cortezas de cerdo y bolsas de cacahuets. Y los tarros monstruosos de los encurtidos: uno de huevos y otro de pies de cerdo. Los tarros estaban llenos de polvo, parecía que llevaran décadas sin que nadie los tocara, y no costaba adivinar por qué. La camarera volvió a cruzar los brazos, frunció la boca y ladeó la cabeza—. ¿Te importaría decirme cómo se supone que tengo que preparar la cosa esta?

—Una parte de licor de caramelo, un poco de crema irlandesa y un poco de Midori, creo.

Era uno de mis chupitos preferidos de cuando iba a la universidad y, más tarde, de cuando trabajaba de camarera en el bar de pollo frito. Miré a la calle. Era lunes, las doce del mediodía un poco pasadas. Los niños estaban en el colegio, Henry, en casa. Cuando me marché estaba recostado en el sofá leyendo un libro sobre Lewis y Clark. «Henry puede ocuparse de los niños», pensé. En la calle el día ya empezaba a menguar. Hacía tres semanas del solsticio de invierno, y cada día que pasaba había más luz, pero aquello seguía pareciendo Siberia, era como si viviéramos en alguno de esos poblachos perdidos de Laponia en los que el suicidio está a la orden del día.

—Qué demonios, que sean tres —añadí—. Usted también tiene que tomarse uno. La invito. —Pasé el brazo por encima de la barra y le tendí la mano—. Beth.

La camarera dio un paso al frente y aceptó mi mano.

—Joyce. —Dejó tres vasos de chupito en la barra—. Por cierto, a usted la conozco, señora Brown. Es la mujer de Henry, ¿verdad? Usted no viene mucho por aquí; puede que yo tampoco salga de aquí demasiado, pero eso no significa que no sepa qué pasa en el mundo. Yo aquí los conozco a todos, o sé quiénes son, al menos.

—Encantada, Joyce.

De repente, y con algo de vergüenza, recordé que Joyce había trabajado en la escuela primaria, preparando la comida que me había alimentado y que ahora, por lo que yo sabía, alimentaba a mis hijos. Había envejecido, el humo de cigarrillo y el alcohol le habían dejado la piel gris y los dedos amarillos. Se la veía muy estropeada.

—A ver, ¿qué decías que llevaban estos... —y Joyce se detuvo unos instantes mirándome con media sonrisa— pezones de caramelo?

—Licor de caramelo, crema irlandesa y Midori. O creo que también se puede usar licor de canela. No me acuerdo. —Llevaba años sin tomarme uno, pero, de repente, ahí estaba, el elixir perfecto para esa tarde deprimente.

Joyce asintió en silencio y empezó a coger botellas y a ir sirviendo, primero de una y luego de las otras.

—Bueno, en este caso propongo que hagamos una pequeña cata, ¿qué te parece? Tú invitas a esta ronda y yo invito a la próxima. Para ir afinando la receta, como quien dice. Si todavía no lo tenemos claro, tu amiga, la de allá, seguro que se apuntará a otra ronda. —Dejando los tres vasos de chupito en una bandeja con el fondo de corcho, Joyce salió de detrás de la barra—. Espera, dejad que os los lleve. No querría que se derramara un pezón de caramelo en un suelo tan bonito como este.

Me miré las botas de invierno. Debajo, un vertedero lleno de cáscaras de cacahuete, cerillas consumidas, librillos de cerillas vacíos, monedas de centavo y chicles secos. Seguí a Joyce hasta donde estaba Felicia, que se limpiaba a toda prisa las lágrimas de la cara. Joyce dejó los chupitos en la mesa.

—Por un nuevo año —propuso Joyce—. Porque me juego lo que queráis a que el pasado no ha sido para echar cohetes.

Felicia dejó escapar una carcajada que nadie esperaba y de repente esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Salud —dijimos las tres entrechocando los vasos, que vaciamos de inmediato.

—¿Eso qué era? —preguntó Felicia.

Joyce meneó la cabeza.

—No está mal —dijo—. No está nada mal.

—Pezones de caramelo —dije yo con una sonrisa inmensa—. Pezones de caramelo.

Durante unos instantes, me arrepentí de haber pedido los chupitos. Al fin y al cabo, Felicia me había llamado para hablar, no para beber. Pero los chupitos no eran para Felicia. Eran para mí. Felicia y yo nos habíamos hecho amigas, lo que, dicho de otro modo menos cobarde, significa que Felicia es mi amiga. De verdad. No era uno de los nuestros —no exactamente—, pero eso no es culpa suya, y al final me di cuenta de que si seguía ignorándola, la que saldría perdiendo sería yo. Tenerla en el pueblo, tener a alguien a quien llamar, alguien con quien salir a correr... aquellos

placeres nunca los había disfrutado antes de que ella y Kip se instalaran en el pueblo. Y la cuestión es la siguiente: es un encanto de mujer. No tiene la culpa de ir siempre tan impecable, de ser tan inteligente y decidida. Tal vez en la gran ciudad podría permitirme el lujo de odiarla, pero aquí, no. No en Little Wing. Prefiero mil veces tener de amiga a Felicia que a esas vampiras de las afueras, las de las caravanas, cocinando metanfetamina o inhalando gasolina o dedicándose a lo que sea que se dedican por allí. Felicia es interesante y amable y generosa, y conmigo siempre se ha portado muy bien.

Y ahora, esto. Otro divorcio. Antes de que Henry y yo nos casáramos, en la iglesia nos obligaron a asistir a un cursillo prematrimonial. Hacíamos tests de compatibilidad, hablábamos de dinero y de hijos. A nuestra consejera le sorprendió descubrir que nos conocíamos desde niños.

—Esto no es muy habitual —nos dijo—, en estos tiempos, vamos.

El hecho es que la mitad de los matrimonios acaba en divorcio. Pero esto no es como si, al llegar al altar, el pastor o el sacerdote te preguntara: «¿Qué será? ¿Cara o cruz?». Lee y Chloe, y ahora Kip y Felicia. Y claro, desde que Lee había perdido la razón y se había ido de la lengua sobre lo que había pasado hacía ya casi diez años, Henry estaba cabreadísimo conmigo, como jamás lo había estado. Todo aquello era más de lo que yo podía digerir. Y así, después de bebernos los chupitos pasamos un buen rato en silencio, las dos, en la penumbra del viejo local de bloques de hormigón de la asociación de veteranos de guerra.

No podía echarle la culpa a Henry. Para los secretos, era de los peores. El día que Lee regresó a Little Wing, Henry tenía que traerlo a casa a cenar, pero cuando miré por la puerta vi a Henry solo en la camioneta, detrás del volante, con el motor en marcha y unos ojos cuya luz parecía haberse apagado. Tal vez habría tenido que intuir de qué se trataba, pero fallé. Les grité a los niños para que pusieran la mesa y eso hicieron, ilusionados por estar cerca de Lee, por volver a verlo. Me puse un jersey y salí afuera para ver a Henry. No reparó en mí hasta que estuve justo al lado de su ventanilla; llegué a dar unos golpecitos en el cristal y todo, y él volvió la cabeza y me miró. Tenía lágrimas en los ojos.

—¿Qué pasa? —dije.

Desvió la mirada.

—Baja el cristal. ¿Va todo bien? ¿Lee está bien?

Pero no quería bajar la ventanilla. Se quedó allí sentado, con las manos en el volante, como el niño que juega a que conduce un camión.

Rodeé la camioneta, subí y me senté a su lado. No había manera de que me mirara, así que le agarré la cara y la volví hacia mí.

—Saca las putas manos —me soltó muy bruscamente—. No me toques.

Me aparté. Henry nunca me había hablado así. Él no levanta la voz. Nunca.

Movió la cabeza como lo he visto moverla cuando llega una factura por correo y él piensa: «¿De dónde demonios ha salido esto? ¿Qué demonios tengo que hacer yo con esto?».

—Va, Henry. Entra. Los niños.

—Déjame en paz, ¿vale? Mierda. ¿Puedes hacer el favor de irte?

—Dime qué pasa, amor. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer yo para arreglarlo?

Encendió la radio. Subió el volumen a tope. *Country* del antiguo, voces que parecían hienas, mensajeras de la muerte, sirenas. Entré en casa.

Los niños preguntaron dónde estaba el tío Lee y yo les dije que se había puesto enfermo, que

lo veríamos pronto; aunque entonces no sabía qué le había dicho Lee a Henry, sabía que se habían peleado por algo. Comimos en silencio, los niños y yo.

—¿Papá sigue en la camioneta? —me preguntaron cuando llegó la hora de acostarse—. ¿Podemos salir nosotros a la camioneta también?

—No, papá está pensando.

—¿Está escuchando música fuera? —me preguntaron.

—Sí, supongo que sí. Ahora subid a lavaros los dientes.

Lo observé desde la puerta de entrada durante una hora, pero no se movió, dejó el motor de la camioneta encendido y la música *country* tan alta que pude identificar la voz de Patsy Cline y luego unos temas más nuevos. A las diez subí y me metí en la cama. Había dejado los platos en remojo y una lasaña en la mesa para Henry, por si quería comer.

Pasada la medianoche oí que la puerta de entrada se abría y se cerraba, y luego el ruido que hacía Henry quitándose las botas. El ruido que hacía en el baño haciendo pis, lavándose la cara, tocándose la barba de un día. Pero no vino a la cama; esperé y esperé hasta que el reloj digital de la mesilla marcó la una y un minuto, momento en el que debí de quedarme dormida.

Volví a despertarme a las cuatro de la mañana y alargué el brazo para buscarlo en la cama, pero no estaba. Bajé las escaleras sin hacer ruido, nunca las había bajado con tanto sigilo, y ahí estaba, tumbado en el sofá, vestido, envuelto en un edredón y con la cabeza apoyada en unos cojincitos. Cuando me senté a su lado se sobresaltó y se volvió a mirarme con ojos legañosos y cansados. Le toqué la frente y le cepillé el pelo. Había sido testigo, a cámara lenta, de cómo ese hombre, mi marido, envejecía, de cómo los años le blanqueaban las sienes, le abrían entradas y le hacían crujir los huesos.

—Ven a la cama —le dije delicadamente—. Va.

Me miró como si fuera un desconocido.

—Durante todos estos años, los dos habéis guardado el secreto —dijo—. Todas las noches que venía a casa. Mi amigo. Jugaba con mis hijos y comía mi comida. —Desvió la mirada y también apartó la cara.

Me puse a llorar. Era como si me hubiera pegado un puñetazo en la tripa y me hubiera dejado sin aire. No estaba deshecha por mí; estaba deshecha por Henry —este hombre tan, tan bueno, tan bondadoso—, mi marido.

—Henry, Henry, lo siento, amor.

—Te lo follaste. Ya lo he dicho.

No se molestó en susurrar. Pronunció las palabras en voz alta, como si le diera igual que nuestros hijos las oyeran, como si quisiera dejar lo bastante claro que la infamia había sido mía.

—Henry.

—¿Qué más puedo decir? ¿Lo sabes? Y, Dios, ahora el capullo está convencido de que está enamorado de ti. Me lo ha dicho. Estábamos a punto de venir aquí a cenar, y a la que me descuido me suelta: «Puede que esté enamorado de Beth». Mierda. Vivimos en un pueblo de mil habitantes, Beth. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que la gente empiece a hablar? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que la gente se ponga a murmurar sobre nosotros mientras ando por el pueblo? ¡Joder!

Apartó las piernas del sofá y me tocaron; no fue una patada, exactamente, pero faltó tan poco que quedó clarísimo que a Henry, en ese momento, mi cuerpo no le merecía la misma consideración que antes. Puso los pies en el suelo, hundió la cabeza entre las rodillas y se pasó

las manos por el pelo.

—Mierda, no puedo ni dormir —me dijo—. Cada vez que cierro los ojos, todas las veces, empiezo a imaginarnos a ti y a... —Se levantó, soltó una bocanada de aire tan ruidosa que pensé que iba a despertar a los niños, y luego dijo—: Voy a dar una vuelta en coche.

—Son las cuatro de la madrugada —protesté—. Ven a la cama. Por favor. Sube a la cama, por favor.

Lo miré mientras se ataba las botas de trabajo, lo miré mientras sus brazos buscaban las mangas de la chaqueta, lo miré sujetar las llaves que tintineaban, ruidosas.

—Que te follen —me dijo—. ¿Sabes? Te quiero, pero que te follen.

Después dio un portazo y encendió el motor de la camioneta, y la luz de los faros iluminó la ventana, tanto que tuve que volverme y protegerme la cara. Y se marchó, recorrió el camino de entrada y se perdió en la carretera.

—Se lo habré preguntado un millón de veces —dijo Felicia—, por qué tenía tantísimas ganas de volver, y nunca ha sido capaz de explicármelo. Se ponía a hablar de la fábrica o de sus amigos, y yo trataba de entender. Creía que lo entendía: quieres volver a tu hogar, verte rodeado de gente a la que conoces. Lo comprendo. Y aunque él nunca ha llegado a decirlo así, exactamente, me pregunto si alguna vez Kip llegó a encajar aquí. Incluso cuando todos erais unos críos. No te estoy pidiendo que me cuentes nada porque creo que ya lo sé.

Me bebí otro chupito y luego le di un trago a la cerveza. Fuera, el día se había entregado casi por completo al azul del anochecer. Hacía dos horas que había llamado a Henry para decirle que fuera a buscar a los niños. Ahora lo llevábamos mejor. En su voz iba derritiéndose el hielo. Hasta había empezado a tocarme y a dejar que lo tocara. Volvíamos a hacer el amor, aunque amor era algo que algunas veces faltaba en el modo en que me follaba; ahí también había rabia. Lo entendía. Entendía que una parte de Henry quería pegarme y sacudirme, y también que nunca, jamás, lo haría. Henry, ese hombre tan dulce. Tan tierno con los niños. Alguna vez fui yo quien quiso que explotara: que me insultara, que tirara algún plato al suelo o que rompiera una ventana. Una parte de él debió de querer pegarme y sacudirme alguna vez. Pero no, nunca. Y, sin embargo, yo pensaba que si alguna vez llegaba a hacerlo, ni que fuera solo un empujón, estaríamos un poco más en paz. Así que casi todas las noches, en la cama, él se iba cociendo a fuego muy lento mientras me daba la espalda, y yo sabía, claro está, que tenía los ojos abiertos de par en par y que miraba la nieve que caía al otro lado del encaje de escarcha de la ventana del cuarto. Sabía que pensaba en la primavera, en estar de vuelta en los campos, en los tractores, en el trabajo, en estar lejos de mí. Había empezado a pasar más tiempo en la sala de ordeño, y los niños me habían dicho que a veces se lo encontraban allí hablándoles a las vacas. «Puede que la primavera remedie las cosas», pensaba yo.

—Siempre he querido tener un hijo. Quería una casa llena de niños —continuó Felicia con una sonrisa casi condescendiente—. ¿A que te sorprende?

Me miré las manos, miré la mesa rayada, las burbujas de la cerveza que se elevaban lentamente hasta morir. Sabía que no iba a poder cruzar su mirada sin que en mis ojos asomara esa incredulidad que ella esperaba. Levanté la vista.

—No. Bueno, un poco sí.

—Aterricé en mi trabajo por casualidad. Terminé la universidad, me puse una minifalda para mi primera entrevista, me dieron el puesto, y de ahí no me he movido. Nunca he tenido que pensar en a qué me gustaría dedicarme. En qué es lo que me haría realmente feliz. El trabajo se me da bien. De putísima madre. Por eso me dejan trabajar desde casa. Por eso pude venir hasta aquí, lejos del despacho de Chicago. Por eso estoy siempre hablando por teléfono, por eso viajo tanto. Porque no me quieren dejar escapar. Y el trabajo me gustaba, y bastante, en realidad. ¿Pero sabes qué? Empecé a pensar: «Esto me distrae». Esto es una trampa. Porque, para ser sincera conmigo misma, lo que yo quería de verdad, lo que siempre he querido, es ser madre. Y paseaba por Main Street —señaló la puerta sin mirar en ninguna dirección— y veía a esas chicas, esas putas chicas, con el cochecito. O en el supermercado, empujando el carro con el bebé, y perdía el juicio, ¿sabes? ¿Por qué demonios ellas tienen una familia y yo no? ¿Qué estoy haciendo? ¿Cuándo voy a empezar a vivir?

—Lo siento mucho —dije—. Yo... no lo sabía.

Soltó aire.

—Mira, tú no tienes la culpa, cariño. La tiene él. Siento mucho haberte echado todo esto encima.

Alargué el brazo para cogerle la mano y ella cogió la mía.

—Lo siento mucho —le dije.

—Es que... se me acaba el tiempo, ¿sabes?

—Lo entiendo.

Dio otro trago a la cerveza.

—Dios, solo hemos hablado de mí. Te invito al bar y resulta que te pasas la tarde entera oyendo mis quejas. ¿Y tú? ¿Cómo estáis Henry y tú? ¿Y los niños?

Me miré las manos.

—Todos estamos estupendamente —dije mirándola y asintiendo en silencio—. Estamos muy bien. Lo de siempre, vaya.

Los niños, por su parte, no parecieron advertir nada; todo mérito de Henry, supongo. Debía de odiarme y puede que todavía me odie, pero se lo guardó todo para él. De hecho, nunca lo había visto portarse tan bien con los niños como entonces. Durante el fin de semana se levantaba bien temprano por la mañana y hacía tortitas o gofres, y luego arreglaba a los niños. Antes de que pudiera darme cuenta de nada, ya estaban en la puerta, los tres.

—¿Dónde vais, chicos? —les preguntaba frotándome el sueño de los ojos, en pijama y despeinada.

—A Eau Claire. He pensado que podríamos ir al museo de los leñadores. Hace mucho que no vamos. Y podríamos comer pollo en Chicken Unlimited. Y luego ir al cine.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntaba yo.

—No. Relájate. Tú quédate aquí. Quédate en la cama. Estaremos de vuelta por la tarde.

Y luego cerraba la puerta y se iban. Se iban sin despedirse con la mano ni darme un beso ni nada. De repente, una casa enorme y vacía y un montón de platos en el fregadero, en remojo.

Eso solo pasó un par de veces, tres, quizá, pero empecé a darme cuenta de que lo estaba perdiendo, de que estaba perdiendo el control de mi familia. Así que una mañana, cuando faltaba

una semana para la Navidad, me levanté en cuanto noté que saltaba de la cama.

—Eh —le dije—, vuelve aquí.

—No. Estoy despierto. Estaba a punto de bajar a hacer café. Y puede que unas tortillas.

Me levanté de la cama, me acerqué a él, le di un beso, lo eché a la cama de un empujón, le besé los hombros y las orejas, le pasé los dedos por los pelos del pecho y seguí ombligo abajo hasta la polla. Le hice el amor, le dije cosas al oído que no podría ni querría repetir, lo obligué a que me hiciera cosas él a mí, y cuando hubimos terminado y nos quedamos jadeando en la cama mientras la luz de la mañana empezaba a aclarar el dormitorio, lo dije. Me arriesgué a decirlo.

—Lo siento, amor. Lo siento muchísimo. Tendría que habértelo contado. Tendría que habértelo contado hace cinco. Hace diez años.

—Ahí sí que tienes razón —dijo mientras se apoyaba sobre un hombro para incorporarse—. ¿Cómo te...?

—Cállate, ¿vale? Cállate. Llevas meses de morros, y lo entiendo, pero estoy tratando de disculparme. ¿De acuerdo? Cierra la puta boca y deja que me disculpe. —Cogí aire, me senté y lo miré—. No estábamos casados, Henry. Pasó una vez. Solo una vez.

—Debió de ser una noche memorable.

—No le quiero. Te quiero a ti. Eres mi marido y te quiero a ti.

Sacudió la cabeza.

—La única razón por la que no he pedido el divorcio ni voy a pedirlo, Beth, es porque eso pasó antes de casarnos, ¿vale? Y eso lo entiendo. —Tomó una bocanada de aire—. Pero sigue siendo un secreto muy gordo y muy feo. ¡Dios! Es mi mejor amigo. Era mi mejor amigo, ¿vale? De entre toda la gente... Mierda.

—Cometí un error, ¿sabes?

Lo cierto es que antes de ese momento, de ver a Henry solo en la camioneta, en la oscuridad del camino de entrada, nunca pensé que la noche con Leland hubiera sido un error, pero ahora sí que lo pensaba. ¿Cómo no iba a pensarlo? ¿Iba a jugarme a Henry por él, a mis hijos, a lo que piensan de mí y lo que pensarán de mí? ¿A perder mi casa, mi vida? Y todo porque me sentía sola, por la curiosidad.

—Echando la vista atrás, me arrepiento por completo de lo que hice —dije—. Perdón. Perdón por haber... perdón por haberlo mantenido en secreto.

—A ver, ¿tú le quieres? ¿Quieres estar con él? Porque, sinceramente, Beth, si tú ya no estás enamorada de mí, yo no quiero estar casado contigo. Completamente enamorada. ¿Me entiendes?

Le di un puñetazo, y no fue algo amable, le pegué bien fuerte, justo en el brazo. Y luego sonreí. No sé por qué, no pude evitarlo. Primero con los labios y luego con los dientes.

—Te quiero —le dije, y le pegué otro puñetazo, esta vez todavía más fuerte. Y luego añadí—: Siempre te he querido, puñetero Henry Brown.

Cuando hube terminado, quise volver a pegarle, pero esta vez me cogió el puño y se me puso encima, notaba su cuerpo pesado sobre el mío, su cuerpo entre mis piernas enroscadas que ahora lo envolvían y lo apretaban. Le mordí el labio inferior.

—Te quiero tanto —me dijo—. ¿No lo entiendes?

Y luego me folló, y a mí me pareció que estábamos tratando de hacer otro hijo.

Felicia acababa de volver del baño y estaba sentándose en el banco.

—Estaría realmente bien que este pueblo tuviera una cafetería normal donde la gente normal pudiera ir a hablar de lo jodida que está su vida —dijo—. ¿Es mucho pedir?

—Ten un accidente.

—¿Qué? —preguntó Felicia.

—Ten un accidente. ¿Tomas la píldora?

—Llevo una temporada sin tomármela. Pero él no lo sabe.

—Bien. Tenéis que reconciliaros. Tenéis que ir de vacaciones. A algún sitio donde haga calor. A algún lugar con playa. Y beber más de la cuenta. Tenéis que disfrutar, relajáros y olvidar el asunto. No seríais la primera pareja en dejar que se os cuele un gol.

—Pero lo que tú me estás pidiendo es que el gol lo marque yo, ¿no?

Me encogí de hombros y di un trago a la cerveza.

—¿Estás hablando en serio? —continuó. Tenía los ojos muy abiertos. Se terminó la cerveza.

—¿Sigues enamorada de él?

Felicia se encogió de hombros y asintió en silencio.

—Sí. Claro. Por supuesto que sí.

—¿Te ha engañado, se droga, se pasa con las apuestas, te pega?

—No.

—¿Así que lo único que tú quieres, lo único que no puedes tener, son hijos?

—Es que no quiero tenderle una trampa para que luego le entre el pánico y nos abandone. No quiero una paternidad sobre esos cimientos. Las trampas. No sé, Beth, ¿en serio? ¿Me quedo embarazada y el asunto lo hablamos después? ¿Como si me comprara un Lexus nuevo sin su permiso o algo así? Soy feminista. En la universidad me matriculé en estudios de la mujer.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? —Felicia me miró con los brazos cruzados—. En serio, ¿cuál? ¿Meterte en internet para conocer a hombres? ¿Volver a Chicago y probar con algún tipo del despacho? No sé cómo van estas cosas. Y a estas alturas, ¿quién queda? Ya hemos cumplido los treinta. ¿Y tú crees que el chico nuevo querrá ponerse manos a la obra enseguida? ¿Crear una familia de buenas a primeras? Puede. O puede que tengas que esforzarte más. Puede que tengáis que ir de aquí. Volver a Chicago. Tener un hijo. Olvidar que esto llegó a pasar. Verlo todo como unas vacaciones que salieron mal, ¿sabes? Queríais pasar una semana aquí y al final os acabasteis quedando unos años. No te preocupes por la fábrica. Pensándolo bien, puede que lo mejor sea mandarlo todo a la mierda. Empezar de nuevo.

La voz y las manos me temblaban un poquito. Di un sorbo a la cerveza y luego un buen trago. Acababa de decirle a mi amiga que se marchara, y el consejo que le estaba dando parecía haberlo dirigido a mí misma, prácticamente.

—No sé —dijo Felicia—, tengo que pensarlo. —Bajó la vista.

Nos quedamos calladas. En el bar empezaban a entrar viejos. El partido de fútbol del lunes por la noche: los Packers contra los Vikings. El local iba a ser un desmadre, una locura verde y oro.

—Vámonos —dije.

Felicia se deslizó por el banco, se levantó y se bamboleó.

—No creo que vaya a poder conducir —dijo.

—Llamaré a Henry. ¿Qué hora es?

Me costaba ver el reloj en la oscuridad, pero parecía marcar las cuatro o las cinco.

—Cuando nos vemos —dijo Felicia—, siempre tengo la impresión de que bebemos demasiado.

K

Desde aquí arriba casi se ve la curvatura de la tierra. Es precioso. El horizonte se extiende sin límites. A veces, cuando vivía en Chicago, los sábados por la mañana cogía el Mustang. Me levantaba antes de que empezara el ajetreo de la ciudad y me ponía en marcha rumbo al oeste. Conducía con el amanecer en el retrovisor, como si estuviera echándole una carrera al día; como si quisiera regresar a la noche. Arrancaba ese pedazo de motor y, como un rayo, cruzaba Illinois, sus llanuras, sus campos de tierra negra, sus extraños canales perdidos y sus ríos apacibles. Dejaba atrás grasientos restaurantes de carretera y vertederos, pueblos que no tenían mucho que ofrecer por más que se empeñaran. Me paraba a poner gasolina y bajaba la capota para conducir con el inmenso cielo azul sobre mí.

Una vez, en una gasolinera al oeste de Illinois, ya cerca del Misisipí, un viejo granjero se acercó y me felicitó por el coche.

—¿Va muy lejos?

Recuerdo que me encogí de hombros y le di una respuesta algo seca.

—Tan lejos como pueda hasta el lunes por la mañana.

Hasta que tuviera que volver. Entonces era soltero, y puede que ahora también. Mi apartamento del edificio Hancock tenía una decoración espartana y fría, como una celda en una colmena de hormigón y acero.

—¿De dónde es usted?

—De Chicago —respondí señalando hacia atrás con el dedo gordo.

Pero no era de Chicago. Yo era de Little Wing, Wisconsin. Un pueblecito de nada como ese en el que ahora estaba, un puntito en el mapa que aún no se conocía como la cuna de Corvus, el trovador *indie* con camisa de leñador más famoso de América. Por aquel entonces, un pueblucho perdido en el Medio Oeste con una fábrica de piensos medio derruida al lado de unas vías de tren oxidadas.

—Tiene que estar bien —reflexionó—: ser libre, no tener ataduras... Ir adonde quieres y cuando quieres.

Una bolsa de plástico pasó volando entre nosotros derecha hacia una alambrada en la que, lo sabía, se iba a quedar enganchada. Asentí en silencio dispuesto a seguir mi camino, pero la gasolina salía despacio, como si el tanque que teníamos bajo los pies estuviera vacío.

—¿Es usted granjero? —pregunté.

—Soja —respondió después de asentir con la cabeza. Se ajustó la gorra y escupió en el trecho de asfalto y gravilla que quedaba entre sus botas.

Le di mi tarjeta de visita. Lo hacía por costumbre. Tenía una caja entera en la guantera y otra en el asiento de atrás. Las repartía en los cócteles, en los partidos de béisbol y en los bar mitzvá. A menudo oigo decir a mis colegas, otros corredores de bolsa, que ellos nunca dan la tarjeta, que el secreto está en que la gente se interese tanto por ti y por el rollo que les metes que acabe deseando tu tarjeta más que cualquier otra cosa en este mundo. Pero ese nunca ha sido mi *modus operandi*: estoy orgulloso de ser quien soy, orgulloso de lo que hago, de haber ido progresando hasta llegar a tener tarjeta de visita.

Se quedó mirándola, blanquísima e inmaculada en esas manos sucias y ajadas.

—Corredor de bolsa —dijo.

Le dio un golpe con su robusto dedo índice. El ruido recordaba al de un cromó de béisbol batiéndose contra los radios de una bici.

—Sí, señor.

Los números del surtidor apenas se movían. Iban más lentos que las agujas de un reloj de pulsera.

—Pues ya podría conseguirme precios más altos —protestó—. No, hombre, que lo digo en broma.

Se quedó mirándome con sus ojos azules, que de tan claros podrían haberse derramado en el suelo seco.

—Bueno, venga a verme algún día —le propuse mirándole la mano izquierda, en la que solo había cuatro dedos; en el anular, que conservaba, llevaba una alianza de oro tan sucia que parecía un tesoro desenterrado—. Y traiga a su mujer —añadí esperando que no fuera viudo.

Después nos quedamos en silencio un momento. Solo se oía el fluir de la gasolina que entraba en el depósito; el viento hacía repiquetear alguna plancha de vinilo suelta, y una señal de hojalata se columpiaba en una ruidosa cadena oxidada. Por la autopista, los inmensos tráileres pasaban a toda velocidad como trenes desbocados, y dos cuervos picoteaban el esqueleto ennegrecido de un ciervo mientras el tráfico continuo les alborotaba el plumaje, aunque los pájaros ni se inmutaban.

—Bueno —dijo el hombre levantando la tarjeta—, pues tendremos que hacerle caso. Vamos a tener que dejarnos caer algún día.

—¿Y cómo se llama usted? —pregunté—. Yo le he dado mi tarjeta, pero usted no me ha dicho cómo se llama.

—Harvey. Harvey Bunyan —respondió. Rebuscó en su bolsillo y sacó un boli y una libreta de anillas. Anotó su nombre y su teléfono con una pulcra letra cursiva.

—Tome, ahora también tiene usted mi tarjeta.

Se limpió las palmas de las manos con el mono, se guardó como pudo mi tarjeta en el bolsillo de la pechera y nos dimos la mano.

—Que vayan bien sus viajes —dijo él.

—Y los suyos —respondí, aunque enseguida me arrepentí.

Ese hombre no había viajado nunca, estaba claro. En Little Wing había visto ese rostro de granjero cientos de veces, el rostro de hombres de la edad de mi padre y también mayores que él. Tenían los ojos tan acostumbrados a entornarse bajo el sol que jurarías que eran más cortos de vista que un topo. Su mundo lo tenían siempre delante de las narices: en su cuarto, en su cocina, en su televisor... En los campos, en lo que tenían delante y, sobre todo, detrás del tractor.

Crucé el Misisipí y entré en Iowa. Me puse a ciento veinte, a ciento cuarenta, a ciento sesenta por hora. Salí de la autopista y conduje por caminos de grava persiguiendo a las nubes, a los caballos de los campos. Iba rumbo al oeste porque así sentía que podía ganarle la carrera al sol, conducir eternamente en el sentido contrario a las revoluciones del planeta y ralentizar el tiempo. La «tarjeta de visita» de Harvey debí de perderla antes incluso de llegar a Nebraska. Debí de hacer una parada para comprar comida rápida en Iowa City o en Des Moines y, de pie en la cola, tiraría su número de teléfono a la basura junto con otra porquería que tenía en el bolsillo: papeles de chicle, centavos sucios, recibos de gasolinera...

Por fin llegué a Nebraska. Dejé la autopista antes de que la tormenta llenara las cunetas de agua y esa noche vi el cielo estallar como una ventana rota. En la habitación del motel comí unas galletitas saladas que había comprado en la gasolinera y bebí cerveza tibia con el ruido de televisores de las habitaciones contiguas, de las parejas, de las discusiones y las reconciliaciones.

Por la mañana emprendí el camino de vuelta hacia el este; siete horas seguidas conduciendo con el sol de frente. La cara me ardía tanto que cualquiera habría dicho que estaba en Las Cruces, contemplando la detonación de una bomba atómica.

Pero esa mañana en Nebraska fui más feliz que nunca: había traspasado el horizonte conocido, esa gran llanura que tantas veces había visto desde los rascacielos de Chicago, con sus coctelerías en la azotea, o desde los aviones en los que había viajado. Con mi Mustang, el explorador era yo. Me daba igual que durante cientos de años, no, decenas de miles de años, millones de personas se hubieran pateado todos los rincones del país. Yo no lo había hecho. Y ahora lo hacía, solo. Sin escuchar música, sin hablar con nadie, sin mapas ni planes.

Si tuviera una segunda oportunidad, no volvería al pueblo. No traería a Felicia. Y, para ser del todo sincero, tampoco estoy seguro de que haberme casado con ella fuera lo mejor. No es que tenga nada que reprocharle. El problema soy yo.

Creo que no soy buena persona. No le hago bien a la gente, lo sé. Lo que se me da bien —lo que entiendo y para lo que tengo intuición— es hacer dinero. O se me daba bien, por lo menos. ¿Cómo os lo explico? Solo me hacían falta dos cosas: un parte meteorológico de todo el planeta y las noticias de la noche, y con eso, a la mañana siguiente ya podía decirte dónde tenías que meter el dinero. Y pocas veces me equivocaba. Gané millones, millones, el dinero que la mayoría de gente invertía en planes de pensiones, bonos o acciones de la Coca-Cola, yo lo metía en futuros de cereales, de café, de panceta de cerdo...

Pero vosotros plantificadme en una cena o invitadme al cumpleaños de vuestros hijos, y de repente me veré desamparado. Peor que desamparado, porque, por lo visto, siempre digo lo que no toca, siempre hago algo inoportuno. En lugar de ser simple y llanamente torpe, resulta que acabo siendo cruel. Debería ser lo bastante listo para salvar esas situaciones, pero no lo consigo. Algunas noches, Felicia me ha pedido que me calle y todo, que no la avergüence.

Creí que esta fábrica, este edificio, sería el catalizador con el que mi vida iba a cambiar. Pensé que me aportaría algo concreto, algo real de lo que ocuparme. Pensé que si volvía aquí y lo devolvía a la vida, el pueblo me aceptaría y me acogería en sus brazos, y hasta puede que hubiera terminado presentándome a candidato a la alcaldía o incluso a las elecciones estatales. Recorrería

el condado a la caza de votos estrechando la mano a los campesinos y besando a los bebés; y Felicia a mi lado, con su buena presencia y su saber estar, susurrándome estratégicamente sus consejos al oído. Sé que es más inteligente que yo, no me cuesta nada admitirlo. Es uno de los principales motivos por los que me enamoré de ella.

Y ahora la fábrica está lista. El sótano está seco por primera vez en décadas. En la tienda no paran. El aparcamiento está lleno de camiones. Los trenes no solo pasan por ahí, sino que ahora se detienen. También me ha salido un posible arrendatario para uno de los espacios reformados junto a la tienda: un restaurante mexicano. Esto es lo que le hace falta a este pueblo, un poco de picante, un poco de sabor. Los silos están pintados de arriba abajo. Las ventanas que de adolescentes y veinteañeros siempre veíamos rotas ya están nuevas. Cuando los pintores me preguntaron si quería un nombre o un logo en la parte de arriba de los silos, me lo pensé. Después les dije que lo que quería que pintaran ahí arriba era «Bienvenidos a Little Wing» en una letra inclinada, cursiva, a la antigua, de color rojo. Podía haberles pedido que pusieran mi nombre, pero de verdad que me esfuerzo. Me esfuerzo por portarme bien.

A veces subo aquí y ni siquiera sé por qué. Para escapar, supongo. Para contemplar el mundo. Para ver qué viene después. Para fumarme un cigarrillo.

Felicia me ha dejado. Ella quería hijos y yo... yo no me veía capaz. Nunca he logrado reunir el entusiasmo y el amor que hace falta para eso. La quería, de verdad que la quería. Y todavía la quiero. Pero no me veía siendo padre, siendo esa clase de hombre recto y respetable. Cuando miro a un tipo como Henry —y veo lo sencillo que hace que parezca todo, veo que sus hijos lo adoran, que Beth lo adora, que el pueblo entero lo adora—, pienso: «No estoy a la altura». Yo no soy capaz. Sé bien quién soy yo, y no soy Henry Brown.

Ella se marchó ayer, se instaló en un motel que queda entre Little Wing y Eau Claire. Le dije que tendría que haber ido hasta Eau Claire, a un sitio bonito, a un hotel propiamente dicho. Incluso a Minneapolis o a Saint Paul. Pero la boda es el sábado y ella quería hacer todo lo posible por ayudar, quería estar pendiente de Lucy y Ronny, colgar serpentinas y todas esas cosas. Repartir la tarta, sentar a los invitados... Yo qué sé, las cosas que hace una persona servicial y atenta.

—Espero que cambies de opinión —me dijo—. Porque te quiero, pero no puedo seguir esperando. Los años pasan, Kip.

—Deberías irte —le dije yo—. Vete y no pierdas más tiempo. Lo siento.

Habíamos salido durante siete años. Ella quería que nos casáramos enseguida. Yo no. Yo quería que todo fuera perfecto: quería el dinero, la casa, el trabajo... todo bien organizado. Quería arreglar mi vida y dejarla como las flores de un jarrón: bellísima y bajo control. A ella eso no le importaba, decía que los hijos quería tenerlos ya, pero no sé, creo que nunca llegué a tomarme el asunto en serio. Nunca la tomé en serio. Cuando acabábamos de enamorarnos, un día que nos quedamos a dormir en el apartamento que yo tenía en la planta dieciséis del edificio John Hancock, con el levísimo balanceo que le imprimían los vientos del Lago Michigan, Felicia me dijo: «Quiero tener tres hijos antes de los treinta. Eso lo sé seguro. Quiero una casa llena de niños. Una casa ruidosa».

Yo la quería, así que la besé en la frente y escuché sus sueños. La vida que ella describía, sin embargo, a mí me parecía un caos infinito: el alboroto, el ruido, las migas, los pañales, la leche derramada y las lloreras. Y nuestra vida, ¿qué? ¿Y los viajes? ¿Y la ropa? ¿Y los hoteles lujosos? ¿Cómo íbamos a coleccionar obras de arte o a reunir una buena bodega?

Cuando de hijos se trata, la espera no puede ser eterna. Ya lo decía mi padre: «El que duda está perdido». Para los hombres, el tiempo no importa. Aunque seas un rey de ochenta años que babea en el trono y a duras penas eres capaz de sostener la corona en la cabeza, siempre podrás tener un hijo con una preciosa joven. Para las mujeres, sin embargo, la cosa cambia. El rollo ese de los relojes es verdad. Párate a pensarlo: una vez al mes, un óvulo desciende igual que un pequeño paracaídas y se posa en un valle lleno de sangre. Pero hay que saber cuándo está ahí, hay que esperar que las condiciones sean idóneas, que el óvulo efectivamente haya llegado; que haya óvulo, en definitiva. Y que el paracaídas se haya abierto en el momento apropiado. Y todo esto a mí me recuerda a un mecanismo de relojería, a la maquinaria de un sistema muy complejo y delicado. Algunas noches, en la cama junto a Felicia, hasta podía oír ese tictac, y eso me acojonaba.

Así que se ha ido.

Y no tengo ni idea de qué viene ahora. La fábrica por fin está acabada. Estamos —no, estoy— hasta arriba de deudas. Lo que nos mantenía a flote era el trabajo de Felicia, así que si ahora estoy con la mierda hasta el cuello no puedo echarle la culpa a ella. El único motivo por el que aceptó venir a vivir aquí fue porque me quería. Bueno, y lo que viene más al caso: porque iba a ser un buen sitio para criar a los niños. Después, la vida fue pasando sin que me diera cuenta. Yo pensaba que teníamos tiempo, más tiempo.

Saltaría. Lo he estado pensando. En mi profesión, en el mundo de la bolsa y de las materias primas, el salto es nuestro *sepukku*. Conozco a tipos convencidos de que es la única salida honorable. Y si no, una Colt niquelada. La verdad es que ya he subido en tres ocasiones distintas con la intención de acabar con todo. Pero no he podido. Simplemente no he sido capaz. Esta noche tampoco puedo. El sábado es la boda de Ronny. Digamos que no es una buena semana para terminar espachurrado en la acera. El sábado celebramos también la gran reapertura de la fábrica y todo el pueblo está invitado a visitar el edificio. Me pondré un traje bonito —aunque sin corbata—, pronunciaré un discurso breve, repartiré cerveza gratis en vasos de plástico y guiaré una visita tras otra. Después, por la noche, en uno de los espacios que todavía quedan por alquilar, una sala con muchísima luz natural, suelo con calefacción radiante y baños amplios y agradables, Ronny se casará con Lucy. No les he cobrado ni un solo centavo. El pueblo entero está invitado, solo hará falta que traigan un regalo y algo de comida, algún alimento no perecedero. Si estás a punto de arruinarte, qué mejor que dar una fiesta para celebrar la ocasión, digo yo.

Como ya os he dicho, me estoy esforzando.

Lucy está de seis meses, pero nadie lo diría; está estupenda. Hace unas semanas, Felicia le organizó una fiesta en casa para celebrar la llegada del bebé. Estuvo bien. Vinieron Henry y Beth, los Giroux —sin acompañantes—, Eddy Moffitt y su mujer con los niños... También estaba Lee, aunque sin Chloe, obviamente. Nadie en el pueblo sabía muy bien qué pensar. En las fotos malas y llenas de grano de los periodicuchos que venden en el supermercado, se ve a Chloe junto a raperos, dioses de la guitarra y baterías chalados. Y eso que parece que todavía no están divorciados.

Las mujeres se sentaron en el comedor formando un corro; la pila de regalos que Lucy tenía delante medía un metro, por lo menos. Habíamos contratado un servicio de catering y teníamos la cocina llena de fiambres, fruta fresca, ensaladas de pasta, vino y cerveza. Afuera hacía frío, pero los chicos se pusieron en cuclillas junto a una hoguera, lejos del frufrú del papel de regalo, los lazos, los buenos modales y los canapés. Se hizo un silencio extraño alrededor del fuego. Creo que Lee y Henry no cruzaron una sola palabra, y eso que esos dos son uña y carne. Más tarde nos repartimos en equipos para jugar a la herradura y a la petanca, y encendimos unos puros.

—¿Qué le pasa a Lee? —le pregunté a Eddy—. Está muy apagado.

—Si mi mujer se estuviera follando a los Cuarenta Principales, yo también estaría así.

Así que lo dejé correr. Estoy tratando de no darles demasiadas vueltas a las cosas.

Después de que se fuera todo el mundo y de que los del catering se llevaran sus cacharros, la casa se quedó en silencio. Esa noche Felicia se fue temprano a la cama y ahí la encontré yo, un poco más tarde, llorando.

—¿Qué te pasa?

—Vete —me soltó—. Vete, ¿sí? Déjame sola.

Me senté en el borde de la cama y miré por la ventana hacia nuestro inmenso prado oscuro y, más allá, hacia los campos; las estrellas, en lo alto, les guiñaban el ojo, y unos faros se arrastraban por la campiña. Suspiré.

—Ellos están embarazados y nosotros no —dije.

—Ronny Taylor va a ser padre ¡y tú no! ¿Te parece normal? Ronny y una *stripper* van a tener un hijo y tú no quieres hacer lo mismo por mí. Mierda, Kip. Es como ese juego de mesa al que jugaba cuando era pequeña, ¿sabes? El de los cochecitos y las fichas de colores. Avanzas por el tablero y puedes ir a la escuela o no, te conviertes en médico o no. Y vas llenando el coche de niños.

—Sí —respondí—. El juego de la vida, se llamaba.

—Yo siempre quise el coche lleno, Kip, y siempre he sido muy clara al respecto, joder. Así que vete a tomar por culo, ¿vale? Que te den. Pero tienes que decidirte. Tienes que decidir si quieres ser un hombre o no, ya. Madura de una vez. Porque ahora, cuando llego a casa, cuando me meto en la cama, lo que veo es un cobarde. Un lunático que fantasea con una fábrica de piensos destartalada en medio de la puta nada. Así que déjame que te lo diga bien claro, por si no me escuchabas: o tenemos un hijo o me voy de aquí.

Pasaron las semanas. Nada cambió. Cuando hacíamos el amor yo usaba condón. Sus píldoras seguían en el armario del lavabo junto a una caja de tampones. Buenos días y buenas noches. Decenas de comidas compartidas salpicadas de conversaciones cordiales. De vez en cuando una botella de vino, pero no eran tan frecuentes como para imponer la necesidad de una bodega.

Y al final se marchó. Una noche, al volver de la fábrica, me la encontré desplomada sobre la encimera de granito de la cocina en actitud desfallecida, con la cabeza apoyada en las manos. Levantó la vista para mirarme y sus ojos me parecieron más cansados que tristes. Ya tenía las llaves en la mano. Se puso en pie, se acercó a mí, me dio un beso en los labios, un beso fuerte, y dijo:

—Me voy a quedar en un motel. Volveré el viernes para prepararme para la boda.

Un día, en mi oficina de Chicago, la secretaria llamó a la puerta y entró con una expresión de desconcierto en el rostro. Era una buena mujer, Denise; me recordaba a mi tía Carol. Denise todavía me llama más o menos una vez al mes para ver cómo estoy. Siempre me pregunta si voy a cambiar de opinión y volver a Chicago.

—Hay un hombre al teléfono que dice que te conoce —anunció ese día—. Dice que no es por trabajo, pero que te acordarás de él. Harvey Bunyan. —Levantó las manos en un gesto intrigado.

Al principio el nombre no me sonó de nada.

—¿Harvey? ¿Bunyan? ¿Y no es cliente mío?

Denise negó con la cabeza.

—Ya le he dicho que se equivocaba de número, pero ha vuelto a llamar. Asegura que tiene delante tu tarjeta de visita. Dice que él y su mujer han venido a una boda en Chicago y que ha pensado en llamarte porque... ¿tú lo habías invitado a venir?

—Mira, Denise, de verdad, yo no puedo...

Harvey Bunyan, el agricultor. Madre mía, ¿cuánto haría de eso?

—Pásame la llamada, Denise —dije con firmeza—. Gracias.

Me serené y descolgué el teléfono.

—Sí, dígame. ¿Señor Bunyan? ¿En qué puedo ayudarlo?

Mi intención era sacármelo de encima. Consultar las páginas de mi agenda imaginaria y aducir compromisos de todo tipo, desde una cita con Warren Buffet hasta una reunión con el secretario del Departamento de Agricultura. O con el Gigante Verde. O con el tigre de los Frosties. O con Juan Valdez. «Un hombre que conocí un día en una gasolinera, en un pueblo del que ni siquiera recuerdo el nombre». Podía oír el sonido del viento del otro lado de la línea y una débil voz de mujer que le recordaba algo con educación.

—Sí —dijo al final con voz aliviada y ronca—, soy Harvey Bunyan. Eh... Nos conocimos hace un año o dos, ¿se acuerda? Estuvimos hablando en la gasolinera, usted tenía esa maravilla de coche. Un Mustang rojo.

—Por supuesto. ¿En qué puedo ayudarlo, señor Bunyan?

Intenté mantener el tono formal y parecer atareado. Barajé papeles ruidosamente y tecleé cosas sin sentido en mi ordenador.

—Bueno, el caso es que Edith y yo hemos venido a la ciudad porque una sobrina nuestra se casa en Evanston y yo le hablé de usted y, bueno, había metido su tarjeta en la maleta. —Hizo una pausa y tosió—. Estamos en el centro y hemos pensado que tal vez tenía tiempo de comer con nosotros.

Miré por la ventana. La vista no se terminaba nunca.

—Señor Bunyan —respondí—, estoy...

Oí el roce del auricular con unas manos secas, o tal vez con una tela, y después un murmullo, una discusión educada.

—¿Señor Bunyan?

—Hola —saludó de repente una voz femenina—, soy Edith Bunyan. ¿Es usted el señor Cunningham?

—Sí, sí. Hola, señora Bunyan. ¿En qué puedo ayudarla?

—Bueno, perdone mi atrevimiento, pero voy a ir al grano, porque debe de estar usted un poco confundido y así le ahorro tiempo. Mire, Harvey dice que usted es igualito a nuestro chico, Thomas. Me lo ha jurado. Dice que hasta podrían ser hermanos.

—¿Perdone, señora?

—A Thomas lo mataron en Irak, en Faluya. Con una bomba caminera. Era nuestro hijo. Thomas. Al que usted se parece.

—Disculpe, señora, tengo llamadas en espera, ya sabe cómo es esto, el mercado no se detiene. No puedo. No puedo tomarme la tarde libre, es así. Lo siento, pero es que ni siquiera conozco a su marido...

—Harvey.

—Harvey, exacto. Lamento muchísimo su pérdida, por supuesto, pero no sé, solo nos vimos una vez y él, pues me pareció muy buen hombre, de verdad...

—Harvey Bunyan. Le dio usted su tarjeta.

—Sí, claro, pero...

—Mire —bajó la voz—, Thomas era nuestro único hijo. Trabajaba en Chicago. Era corredor de materias primas, como usted. Había estudiado en la Northwestern, era un chico inteligente. Él mismo se costó los estudios gracias a las becas para soldados del gobierno. Después, un día lo llamaron a filas y lo siguiente que supimos de él es que se había ido para siempre. Y Harvey... es que no quiere aceptarlo. —Hizo una pausa—. Por eso le vuelvo a preguntar: ¿puede usted venir a comer con nosotros? Es solo una comida. Cuarenta y cinco minutos. Y lo invitamos nosotros. Mire, creo que lo echa mucho de menos, ¿sabe? Como ya le he dicho, usted le recuerda a Thomas. Debe de ser un buen hombre.

Denise estaba de pie en la puerta de mi oficina mirándome con cara de preocupación.

—¿Y dónde dicen que están?

Nos encontramos en Giordano's, una pizzería famosísima abarrotada de turistas. Harvey y Edith estaban esperando en la puerta. Eran aún más mayores que mis padres. Se los veía un poco acartonados con esos zapatos cómodos, los pantalones de pinza y el anorak. Harvey me pareció más viejo y más frágil de lo que recordaba. No dejaba de retocarse la raya de su cabello ralo con unos dedos gruesos y de mirarme con unos ojos nerviosos y húmedos que también paseaba a toda velocidad por las paredes de decoración desquiciada, los clientes que se agolpaban y los jóvenes camareros. Edith era rolliza. Tenía los antebrazos gruesos y fofos, los labios finos y un bolso gigantesco colgado de su codo regordete. Decidí relajarme, pasar el rato y seguirles la corriente: eran dos ancianos inofensivos y yo una especie de evocación fantasmal de su pobre hijo.

Comimos *pizza* y bebimos Coca-Cola. Se interesaron por mi trabajo y por dónde tenía el despacho, y asintieron complacidos. Harvey me observaba entornando los ojos y recorría con la mirada la actividad frenética de la sala.

—Qué alboroto hay aquí —comentó.

Edith habló de su pequeña granja. Me contó que querían venderla para comprarse una Airstream y recorrer en caravana las carreteras de todo el Suroeste. Yo la imaginé con los brazos tostándose al sol, rosados, un pegote blanco de óxido de zinc en la nariz y los ojos escondidos tras unas enormes gafas baratas. Y Harvey, siempre ausente en el recuerdo de su granja, quejándose

del precio de la gasolina, viajando a todas partes con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Sí que se parece a Thomas —dijo Edith—. Al principio no lo habría dicho, pero ahora... Se frota las manos como hacía él cuando se impacientaba, ¿sabe? Y tiene las orejas igualitas. — Le dio unas palmaditas a Harvey en el brazo—. ¡Bandido!

—Bueno, la cuenta es cosa mía, si no les importa. Ha sido un placer. Y ustedes son mis invitados.

Y era cierto: yo los había invitado.

—¡Eh! —exclamó Edith, rebuscando la billetera en las profundidades de su bolso—, de eso ni hablar. En serio.

—No, no —insistí, deslizándole hábilmente la tarjeta de crédito al camarero que pasaba, quien la recogió como si fuera un testigo en una carrera de relevos—. De verdad, ha sido una sorpresa muy agradable. He estado muy a gusto y me ha venido bien descansar.

Cuando salimos del restaurante y llegó el momento de separarnos, Edith me sorprendió con un largo abrazo. Estrechó mi cuerpo con firmeza, y el dulzor de su perfume barato me resultó casi ofensivo. Después, Harvey, sin llegar a mirarme directamente a los ojos, me ofreció su mano vieja y curtida, y me dio un apretón.

—Estoy seguro de que si hubiera habido ocasión, mi hijo y usted habrían sido buenos amigos —me dijo—. Él era como usted: fuerte, inteligente, educado...

Me puso una mano en el bíceps y yo sentí cómo me agarraba. No fue capaz de mirarme, se le quebró la voz. De repente, el ruido del tráfico se volvió demasiado fuerte, demasiado frenético. Yo hubiera querido detener la ciudad, congelar todo ese movimiento. Después Harvey se apartó de mí y Edith tomó su mano entre las suyas. Parecían perdidísimos en la gran ciudad, casi acobardados; tenían los hombros caídos, aunque se los veía orgullosos, con unas sonrisas serias dibujadas en el rostro. Miré mi móvil sin saber muy bien adónde dirigir la vista.

—Bueno, ¿y cuándo es la boda? —pregunté.

—Esta noche —respondió Harvey—. Es la hija de mi hermana.

—¿Y cuándo vuelven al pueblo?

Los transeúntes circulaban a empujones entre nosotros: gente con equipaje y maletas de ruedas, gente hablando a gritos por el móvil, otros corriendo...

—Mañana —dijeron al unísono.

—Mañana por la mañana —aclaró Harvey—. Intentaremos salir temprano.

Asentí.

—Bueno, si quieren —empecé a hablar sin pensar lo que estaba a punto de decir, de ofrecer—, si les apetece, podrían pasar por mi casa mañana por la mañana antes de marcharse. Les prepararé el desayuno. Así no tendrán que gastar el dinero en una de esas cafeterías caras de la ciudad. Vivo en el John Hancock. Pásense, hay una vista espectacular. Y así me cuentan más cosas de Thomas.

Me sentí bien, muy bien. Eran dos viejitos perdidos. Yo no había hecho nada parecido en mi vida, y de hecho creo que, desde entonces, tampoco lo he vuelto a hacer.

Sus sonrisas se volvieron cada vez más radiantes. Les apunté la dirección en un trozo de papel y les dije adiós con la mano antes de que Edith pudiera embadurnarme más las mejillas de pintalabios o impregnar mi ropa de perfume.

Y sí que vinieron a desayunar a la mañana siguiente. Se quedaron hasta pasado el mediodía. Nos bebimos dos cafeteras y Harvey se paseó por mi apartamento manteniendo una distancia de seguridad respecto a las paredes acristaladas. Edith, sentada a la mesa del comedor, me enseñó fotografías de Thomas que tenía en un pequeño álbum que llevaba en el bolso. Sí que se parecía a mí. Era inquietante. El mismo pelo, los ojos, la cara, la complexión... En esas fotos hasta parecía que vestía el mismo estilo de ropa que yo llevaba y sujetaba la misma botella de cerveza que yo bebía. En muchas fotos salía en los mismos bares y restaurantes de Chicago que yo frecuentaba.

—¿Tienen más hijos? —pregunté sin mirar a Edith y anticipando su respuesta.

—No —respondió Harvey desde el fondo de la sala.

La mujer cerró el álbum, volvió a guardarlo con cuidado en su bolso y se quedó clavada en la silla, y durante unos tres segundos mantuvo los ojos cerrados con fuerza y los labios fruncidos, y luego exhaló.

En un hijo lo vuelcas todo: todo tu amor, toda tu atención, todas las esperanzas y las promesas de los familiares que te preceden, y eso ni siquiera lo sabes. No hay nada parecido en el mundo excepto la fe, y eso lo supongo, porque no soy una persona muy religiosa. Sin embargo, cuando inviertes en acciones o en materias primas puedes ir sobre seguro, puedes poner tu dinero en veinte sitios distintos, o en mil. Puedes diversificar tus miedos y tus esperanzas, y al final claro que es una lotería, tiene su riesgo, pero siempre he sabido que obtendría un retorno. Que de ahí iba a sacar algo.

Empecé a recibir postales de Harvey y Edith dos veces al año: una por Navidad y otra por el cumpleaños de Thomas, al que solo lo separan del mío cinco días. Están escritas con el trazo intenso y pulcro de la cursiva de Harvey. Nunca dicen gran cosa. Las mismas quejas de campesino que he oído mil veces en boca de Henry o los gemelos Giroux: no llueve lo suficiente, está lloviendo demasiado, se ha echado a perder la cosecha, los precios del diésel, una prótesis de cadera carísima, etcétera. A veces, Harvey me enviaba fotografías de su granja, fotos que sin duda había hecho con una cámara de usar y tirar, que quedaban borrosas y sobreexpuestas. En ellas se veía un campo lleno de plántones, filas y filas de un verde tierno; o un atardecer violeta sobre una plantación de maíz seca y pálida; la nieve en los alféizares de su casa o un cardenal rojo en el comedero de pájaros. Nunca adjuntaba comentarios a las fotos que me mandaba, no seguían un patrón ni versaban sobre un tema concreto. Eran su vida, nada más. Tal vez eran las mismas fotografías que había mandado a Thomas cuando el chico estaba destinado en Irak, o incluso a su vuelta a los Estados Unidos, en alguna base del húmedo sur.

—¿Y quién dijiste que era esa gente? —preguntaba Felicia estudiando la dirección en la solapa del sobre—. Recuérdame de qué los conoces.

¿Y cómo podía siquiera empezar a explicarlo? ¿Diciendo que un día conocí a un señor mayor en una gasolinera perdida en medio de la nada, que le di mi tarjeta y que meses, años después, él y su mujer fueron a verme a Chicago? ¿Que me parezco al hijo que perdieron?

—Son unos viejos amigos de la familia —le decía yo.

—Bueno, ¿y deberíamos invitarlos a la boda? —me preguntó en más de una ocasión.

—No, viven en el sur, en Illinois, casi tocando a Iowa. Harvey es granjero y no le gusta viajar.

No quiero marearlos. Además, no tenemos tanta relación, la verdad.

—¿Estás seguro? Parece que se preocupan mucho por ti, la verdad. Envían más cartas que tus padres.

—No, hazme caso, no hace falta.

Y hará unos meses que llegó una carta breve. No estaba escrita en la cursiva de Harvey; era una letra más suave, más elegante y más redondeada, el surco del bolígrafo era menos intenso. Y volviendo del buzón leí la noticia de que Harvey había muerto. Había tenido un accidente muy grave con la pieza de una máquina agrícola. Edith lo había encontrado fuera, en uno de sus campos, y no pudo hacer nada, ya no había tiempo. Él también se había ido.

Y entonces pensé, como pienso ahora: ¿por qué no los invité a la boda? Con la de gente que invitamos, ¿por qué a ellos no? ¿Acaso alguien habría estado más orgulloso de mí que ellos? ¿Quién había depositado su tiempo y su fe en mí sin desfallecer jamás? Me habían querido como a un hijo, y yo, ¿qué había hecho? ¿Llamarlos? Ni una sola vez. ¿Escribirles? Puede que una vez al año. ¿Visitarlos? Nunca.

¡Qué orgullosos habrían estado de mí, de Felicia!

¿Cómo voy a ser padre? ¿Quién puede confiar en mí? Si no he hecho otra cosa que fallarle a la gente. A Felicia, a Leland, al pobre Harvey... Y ahora otro fracaso, el de este negocio. Dios. ¿Quién soy?

Está saliendo el sol. Pronto empezará el lento goteo de clientes, los primeros del día. A Lee le gustaba oír música al atardecer: *jazz*. Yo no sé de esas cosas. ¿Y al amanecer? No creo que el amanecer tenga una música. Para mí, es como una mujer hermosa bostezando al despertar o, tal vez, no sé, un bebé. Puede que ambos. De todos modos, cada vez me siento menos merecedor de otro día, de otro amanecer como este.

R

Vimos en el radar meteorológico de la tele que la tormenta de nieve se acercaba despacio como una especie de invasión alienígena: era una mancha blanca gigante que se extendía desde Oklahoma hasta Ontario, pero el grueso se dirigía directamente hacia nosotros, a Wisconsin. En la tele sacaban imágenes de lo que quedaba al paso de la ventisca: calles enterradas en Iowa City, Iowa, y líneas telefónicas enteras que se habían venido abajo en Lincoln, Nebraska; el puto ganado muerto por los suelos, congelado, en Pierre, Dakota del Sur; y un choque en cadena de cuarenta coches en las afueras de San Luis, Misuri. La mujer del tiempo llevaba una blusa de un color amarillo chillón y decía que la tormenta iba a azotarnos de lleno el sábado 5 de enero: justo el día de mi boda con la señorita Lucinda Barnes.

La tarde del viernes antes de la boda, Lee me llevó en coche a Eau Claire, a una tienda de ropa de hombre en un pequeño centro comercial al aire libre que queda pasado Hastings Way, cerca de la tienda de artículos militares y de un restaurante chino en forma de pagoda roja que está cerrado. Íbamos a recoger el esmoquin y a asegurarnos de que toda la ropa nos sentara bien. Lucy quería que Lee y yo lleváramos el esmoquin a juego, pero yo insistí en llevar mi propio traje de boda. Por una razón: tenía planeado llevar unas botas nuevas de vaquero y una corbata de bolo turquesa que mi padre había comprado en una excursión familiar a Albuquerque. Me miré de arriba abajo y sonreí ante el espejo.

Comimos juntos en el restaurante de pollo frito favorito de Lee, el Chicken Unlimited, que estaba siguiendo la carretera. Era el último negocio que aguantaba en esa antigua carretera para la que hacía mucho tiempo que habían construido una circunvalación. Nos sentamos en los taburetes rojos y comimos patatas fritas, bocadillos de pollo frito y bolitas de cuajada fritas. Bebimos zarzaparrilla y Lee me leyó unos cuantos artículos de unos números atrasados del *Sports Illustrated*.

Después de comer, Lee me llevó a la bolera. Lee juega a los bolos de puta pena, esa es la verdad. Él hizo 101 puntos y yo 215. Pero fue divertido. La bolera estaba medio vacía, sería por lo de la tormenta de nieve, que se acercaba, y la gente andaría en el supermercado haciendo acopio de comida y todo eso.

—Joder, por cómo se ha puesto la gente, cualquiera diría que se nos viene encima un huracán —dijo Lee—. ¡Que estamos en Wisconsin!

—Lucy está preocupada por la boda. Le preocupa que la gente no pueda llegar a Little Wing por carretera o que el avión se les retrase en Minnesota.

—Bueno, lo importante es que os casáis. Yo estaré. Kip y Felicia también. Y Eddy, los Giroux,

Beth y los niños...

—Y Henry.

Lee asintió haciendo girar la bola que tenía en las manos.

—Sí, Henry también.

—¿Y si vamos tirando? —le dije—. No hace falta que juguemos dos partidas. Vamos para casa.

Afuera, el cielo se estaba poniendo cada vez más oscuro.

Al volver hacia Little Wing, Lee conducía despacio por carreteras secundarias, mirando el cielo por el parabrisas.

—La cosa se está poniendo muy negra —dijo.

Yo me pregunté qué estaría haciendo Lucy en ese momento. Me pregunté si tendría las manos sobre el vientre, si el bebé le estaría dando pataditas. Me acordé de mis padres y deseé que todavía vivieran, poder verlos ahí el día de mi boda.

—Bueno —dijo Lee, volviendo la vista hacia mí—, estás viviendo tus últimas horas de soltería. ¿Alguna última voluntad?

Una capa de nieve fresca cubría ya el paisaje. El sol ya se había acostado. Aunque no eran ni las cuatro de la tarde, Lee encendió los faros del coche. Conducía bien: despacio y con prudencia.

—¿Sabes qué me gustaría?

—No.

—Saber por qué tú y Henry no os habláis.

Lee apartó la vista de la carretera un momento y miró por el retrovisor. No había coches, ni quitanieves ni camiones a la vista, yo lo sabía. Por esas carreteras, los únicos éramos nosotros.

—Porque es una lástima, Lee —continuó—. No sé qué os pasa. Ya nunca vais juntos.

Era verdad. No me lo explicaba, pero entre esos dos se había abierto una especie de brecha, cuando estábamos todos juntos parecían repelerse, y siempre acababan cada uno en una punta de la sala. Ya no se hacían bromas. Ya no se juntaban como hacían antes, pegados como dos caballos en el mismo establo, hombro con hombro, hablando entre ellos con la boca oculta detrás de la mano, con unas risas que te daban ganas de que te incluyeran.

—¿Es por dinero? —pregunté.

—No —respondió tajante—. Nunca hablamos de dinero. —Me miró para hacerme saber que estaba cabreado, y no solo con Henry—. Ya lo sabes.

—Bueno, ¿y te vuelves a ir?

—No, me quedo aquí para siempre. No me voy a ninguna parte.

Aún no había encontrado la manera de decírselo, pero Lucy y yo sí que nos íbamos. Cuando llegara la primavera, nos iríamos a Chicago, a un barrio que se llamaba Bucktown, que me parece que no está muy lejos del estadio Wrigley Field. Lucy había mantenido el contacto con la exmujer de Lee, Chloe, y al final resultó que a ella Lucy le caía bien de verdad. Le había conseguido trabajo en una compañía de danza en la ciudad. Empezaría con un trabajo de oficina, de telefonista o algo así, pero ya era algo. Iba a tener un pie dentro. Yo no quería que siguiera trabajando de *stripper*, y con el bebé, ella tampoco. Había llegado el momento de ser una familia, de ser personas normales, como todo el mundo.

Lucy sabía que yo había intentado escapar del pueblo y había pensado que tal vez esta era nuestra oportunidad de salirnos con la nuestra, de seguir adelante con nuestras vidas. De intentar algo distinto. Ella llevaba años ahorrando. Me había dicho que yo podía quedarme en casa con el bebé mientras ella trabajaba. Decía que, con un hijo, si no intentábamos irnos entonces íbamos a quedarnos en el pueblo para toda la vida, sería facilísimo, y ella sabía que yo me sentía atrapado.

—Lo único que quiero es que todos volvamos a ser amigos.

—Mira, Ronny, a veces no es tan sencillo.

—¿Le hiciste tú algo malo o fue él?

—Supongo que fui yo —dijo mirando al frente.

—Entonces discúlpate. Pídele perdón.

—Bueno, últimamente no es que hablemos demasiado.

Me quedé pensando un instante.

—Mira, no sé si ya me has comprado un regalo de boda, pero si no, podrías hacerme un favor.

Lee estaba callado, con los nudillos blancos contraídos contra el volante como si quisiera partirlo en dos.

—Podrías disculparte, ese sería mi regalo.

—¿Eso es todo lo que quieres?

—Bueno, todo, todo... Si quieres mandarnos a Lucy y a mí a Hawái tampoco me quejaré.

Se rio. Me encanta hacerlo reír. Y tengo la impresión de que no se ríe demasiado cuando está fuera de Wisconsin. Nunca he sabido muy bien qué vida lleva, pero creo que debe de ser bastante dura, bastante solitaria. No conozco a nadie que haya viajado más que él, y por mi experiencia en la época de los circuitos de rodeo, esos viajes nunca son lo que uno espera. Al final acabas cansándote de ir de acá para allá. Justo cuando encuentras un lugar que te interesa, una cama bien cómoda o un restaurante no demasiado grasiento, entonces es cuando tienes que irte.

—Bueno, pues entonces me parece que me decido por esos billetes a Aruba.

—¿Aruba? ¿Y eso dónde está? —pregunté riendo.

—Pues, mira, no sabría decirte... En el Caribe, supongo. Ni idea; soy músico, no geógrafo.

La nieve se iba acumulando. Estaba cayendo con más fuerza, pero ante nosotros vi la fábrica de piensos de Kip: sus torres amarillas frente al cielo gris.

—Kip ha hecho un buen trabajo. Le ha quedado muy bien.

—Sí, en eso tienes razón —dijo asintiendo con la cabeza.

—¿Te apetece que vayamos a mi casa? —propuse—. Podríamos ver un rato la tele. Me parece que Lucy está con sus hermanas y su familia. En teoría no debo verla esta noche. ¿O es el vestido lo que no puedo ver? Yo qué sé, me hago un lío. De todos modos...

Lo que quería decir es que no quería estar solo. Mi piso ya no me gustaba. No olía a Lucy, no me recordaba a ella. No era un sitio para un bebé, eso seguro, ni para formar una familia. Tenía, exactamente, una sartén, dos ollas, un microondas, un hornillo, tres cuencos, dos platos y un puñado de cubiertos, y algunos eran de plástico, del McDonald's. La tele era nueva, pero la cama estaba tan hecha polvo que parecía un taco, completamente arqueada en forma de u, de tan hundida, vieja y destartada. Las almohadas amarilleaban y las sábanas, estampadas con el logo de los Green Bay Packers, eran viejísimas. A mí me gustaban, pero Lucy decía que no nos las íbamos a llevar a Chicago. Supongo que tenía razón. A veces las miraba y pensaba: «Maldita sea, Ronny, que ya no eres un crío».

—No, ¿por qué no paramos en el bar de los veteranos y nos tomamos algo? —propuso Lee—. ¿No hay partido de básquet esta noche? Los Badgers... No hay manera de que me acuerde de quién juega.

—Claro, buena idea.

Ya estaba pensando en cortezas de cerdo o *pizza* congelada, en patatas de bolsa o anacardos tostados.

Lee aparcó la camioneta delante del bar. Las luces de neón estaban apagadas, cosa rara, sobre todo por lo oscuro que estaba el día. Normalmente siempre podías contar con que alumbraran la acera y, en verano, atrajera a las palomillas y los escarabajos. Pegué la cara contra el cristal: dentro, el bar parecía cerrado; no había nadie en la barra y todo estaba a oscuras.

—¿Tú crees que estará abierto?

—Claro que sí. La puerta está abierta —respondió Lee abriéndola e invitándome a entrar.

—¡SORPRESA!

Del techo cayeron condones inflados y globos que, hasta nuestra llegada, alguien había mantenido aprisionados en una sábana clavada al techo. La gente empezó a hacer volar balones de playa. El viejo *jukebox* cobró vida de repente y, como si fuera una máquina del tiempo, empezó a reproducir una de mis canciones favoritas, de Garth Brooks, de cuando yo no era más que un adolescente salido y lleno de granos.

Me quedé de piedra. Creía que nadie me iba a organizar una fiesta y no sabía cómo pedirles que lo hicieran. No digo que quisiera ir a Las Vegas a portarme como un cretino, pero sí que quería hacer algo, algo como una despedida de soltero, y había empezado a pensar que nadie se acordaba o que a nadie le importaba. Hasta le había dicho a Lucy: «Luce, más vale que nos larguemos pronto de aquí. Todos mis amigos han perdido la cabeza».

Parecía que Little Wing al completo estaba en el bar. La cantidad de gente apelonada llegaba hasta el callejón de atrás, donde los que no cabían dentro estaban haciendo bolas de nieve y lanzándolas contra un contenedor de basura morado. La nieve empezaba a caer con fuerza. Casi todo el mundo llevaba pitos o matasuegras en la boca. Otros habían traído la flauta dulce de cuando iban a la escuela primaria y panderetas, cencerros y triángulos. Así que en el bar había casi tanto jaleo como entre el público de rodeo en tu pueblo. Todo el mundo me daba palmaditas en la espalda y me abrazaba... ¡Y también estaba Lucy! ¡Mi niña! Vino directa hacia mí, me envolvió el cuello con su dulce abrazo y me dio un beso enorme y muy *sexy* y, ay, cuando la gente lo vio: parecía que el techo se nos venía encima. Después Lee se subió a la barra, pidió silencio, levantó un vaso de cerveza y dijo:

—Por Lucy y Ronny, y también por el bebé. Si puedes oírnos desde ahí dentro, dale una patadita a tu mamá. Pero espera un momento. —Entonces se bajó de la barra y se abrió paso entre la gente, puso mi mano en el vientre de ella y gritó—: Ahora sí. Todo el mundo: ¡un hurra enorme por Ronny y Lucy!

Y el bar enloqueció, gente que metía ruido, que golpeaba la barra con los puños; gente que zapateaba y cantaba y, como era de esperar, bajo la mano noté un levísimo aleteo, como de un gatito que intenta escapar de una bolsa de papel.

Lee me abrazó y me dijo:

—Te quiero, tío. Felicidades.

Yo no me lo podía creer. No me podía creer que todo el mundo estuviera ahí: toda la gente que

conocía, toda la gente a la que quería. Después se fueron acercando a nosotros y nos abrazaron. Primero Henry, Beth y los niños —Alex y Eleanore—, que me dieron un beso en los labios como si fuera su tío y me abrazaron tan fuerte como yo los abrazaba a ellos. También Kip y Felicia. Felicia le dijo algo a Lucy al oído que yo no pude oír, pero seguro que fue algo dulce, porque Lucy se puso a llorar como una Magdalena y se abrazaron como si eso fuera el reencuentro de dos hermanas perdidas que no se han visto en la vida. Después Eddy y su familia, y los Giroux... Esos gemelos eran como dos osos gigantes. También nos abrazaron antiguos profesores míos. Nuestros, vaya. Antiguos compañeros de clase, antiguas novias, primos hermanos y primos lejanos, tipos del circuito de rodeo a los que no había visto en años... Al final se me cansó la mano de tanto apretón.

Y en alguna parte de la barra, alguien —probablemente alguno de mis colegas del rodeo, unos insensatos— me puso en la mano un chupito de tequila y yo me lo eché al colete como si fuera jarabe para la tos antes de darme cuenta siquiera de lo que había hecho.

Creo que los demás tampoco se dieron cuenta. Ya estaban todos medio borrachos y pasándolo en grande, claro. A Lucy la habían secuestrado unas cuantas mujeres en otra parte de la barra y le estaban tocando la tripa. Henry y Beth estaban sentados en una mesa con sus hijos en el regazo. Lee estaba jugando al *shuffleboard* con Eddy, los dos con los brazos llenos del serrín de la mesa. Así que cuando llegó el siguiente chupito, y el siguiente, no había nadie allí para arrancármelos de un manotazo. Y así acabaron, gazzate abajo.

Antes de que terminara la noche, creo que cayeron tres o cuatro más. Cinco, tal vez. Más alcohol del que había probado en casi una década y, aun así, menos del que cabe en una taza. Y después de ese cuarto o quinto chupito ya no me acuerdo de nada salvo de tener la conciencia de que ya no estaba en el bar y de que hacía un frío del carajo y yo estaba completamente perdido. No me acuerdo de cuándo se fue Lucy, no recuerdo haberle dicho adiós ni haberla besado. No me acuerdo de Lee insistiendo en acompañarme a casa ni de Henry y Beth ofreciéndose a llevarme en coche. No me acuerdo de si Eddy me ofreció un trabajo o no; de si Kip dijo que le iría bien que le echara una mano en la fábrica.

Lo cierto es que perdí el conocimiento. Yo mismo apagué el interruptor. Buenas noches.

Cuando volví en mí debía de haberme alejado del bar, porque no veía los neones. Ni siquiera distinguía las luces que normalmente alumbran Main Street. Todo estaba en silencio, blanco y frío. No brillaban ni los faros de un coche. No se oía el grito de las motos de nieve más trasnochadoras ni el ligero rugido sordo de las quitanieves despejando las calles. Nada. Solo nieve. Copos enormes y pesados. Hacía un poco de viento y la nieve me escocía en la piel. No hace falta ser muy inteligente, un lumbreras, como decía mi padre, para saber cuándo estás perdido, y eso es lo que yo supe: que estaba perdido. Y borracho. Además me mareé. Tanto ir y venir no tenía ningún sentido, y me asusté. Aunque creo que mientras caminaba también me reí, porque recuerdo haber pensado: «¿Cómo diablos te has podido perder en Little Wing?». Sé que no llevaba las manos en los bolsillos, porque iba sin guantes y se me quedaron ateridas. Seguí avanzando en línea recta, esperando toparme con algo: una pared, un coche, aunque fuera una lápida, mierda, al menos eso habría querido decir que estaba al norte del pueblo. Pero no. No toqué nada. Así que continué caminando. Seguí avanzando diciendo el nombre de Lucy, lo pronunciaba a cada paso que daba,

como si fuera una manera de contar las pisadas. Y pensaba: «Esto es absurdo. Mañana vas a ser un novio, un marido, un futuro padre. Te vas a ir a Chicago. Y después... tendrás que montar una cuna. Y pintar paredes...».

No dejaba de pensar en encontrar un coche, un edificio, una ventana que reventar o una puerta que echar abajo, una manera cualquiera de refugiarme en algún sitio, de escapar de toda esa nieve. Se amontonaba en mis hombros, se me colaba por la camisa, se me derretía en el pecho. ¿Y dónde diablos estaba todo el mundo? ¿Dónde estaba Lee? ¿Dónde estaba Henry? ¿Y Eddy? ¿Y Kip? ¿Dónde estaban mis amigos? Creo que la cogorza se me estaba pasando, porque sentí más frío.

Centímetros, pasos, metros... Parecían kilómetros. Largos y helados kilómetros. Me dolían los muslos del frío que me atravesaba los vaqueros. Tenía las rótulas como cubitos. Entonces me puse a cantar una canción, una de las primeras canciones de Lee que todavía me sabía de memoria, pensando que tal vez alguien me oiría, oiría mi espantosa voz y vendría a buscarme. Eso también me ayudó a mantener el calor un poco más, me sentía como el niño que está en un campamento de verano y camina bajo la lluvia cantando alguna de esas canciones que se entonan con los amigos solo para no pensar demasiado en lo empapado y lleno de barro que estás. Trataba de andar todo el rato con las manos estiradas, buscando a tientas algo que palpar, pero en ningún momento, ni una sola vez, me topé con nada, y justo antes de perder del todo la sensibilidad, me las metía en los bolsillos del pantalón y seguía avanzando.

«Tal vez deberías sentarte —pensé—, quedarte en un sitio fijo y pedir ayuda». Así que me rendí; la nieve era tan gruesa y blanda que parecía una cama. De todas formas, era mejor que estar de pie sobre mis viejas botas de vaquero, mejor que batallar contra una maldita ventisca de Wisconsin.

«Sobre todo no te duermas. Puedes descansar un poco la vista y relajar las piernas, pero no te duermas. Sigue cantando. Todo el mundo reconocerá esta canción. Tú sigue cantando. Te mantendrá caliente. Canta alto. No tengas miedo de cantar bien alto. Sigue cantando, te mantendrá despierto».

Eso es todo lo que recuerdo. Que tenía mucho frío, muchísimo, y me preguntaba dónde demonios estaba todo el mundo.

B

El teléfono de la mesita se oyó en mitad de la noche. Lo cogí antes de que sonara por segunda vez. El corazón me latía con fuerza: a esa hora nunca te dan buenas noticias. Nunca. Me entró pánico de que mi padre o mi madre hubieran muerto. Pero era Lucy. No entendía ni media palabra de lo que estaba diciendo. Estaba llorando —casi gritaba—, y lo más raro es que en cuanto oí su voz me relajé de tal manera que casi me vuelvo a quedar dormida. Sé que puede sonar extraño, incluso atroz, pero fue un auténtico alivio comprobar que no era una llamada de mi madre o de mi padre, que me decían que fuera corriendo a tal o cual hospital, que no nos quedaba mucho tiempo... Le pasé el teléfono a Henry, él lo cogió y trató de calmarla. Estaba sentado en el borde de su lado de la cama, y yo le recorrí con los dedos la columna y las vértebras. Una de las ventanas tenía las cortinas descorridas, y afuera, aunque era de noche, la nieve que caía iluminaba la oscuridad.

—Tranquila, voy para allá —dijo Henry—. Enseguida llego.

Me devolvió el teléfono para que lo colgara.

—¿Qué pasa? —le pregunté incorporándome—. ¿Adónde vas?

—Romny, que no lo encuentran.

—¿Cómo que no lo encuentran? ¡Si acabamos de verlo!

—Joder, Beth, pues ahora no lo encuentran. Voy para allá, ¿vale? Llevo el teléfono.

—Espera, que te acompaño.

Él se fue poniendo los calcetines, unos calzoncillos largos, el pantalón más grueso que tenía, una camisa de franela y un jersey de lana.

—No, no. Mira, ni siquiera sé si podré sacar el coche. Mejor quédate aquí con los niños. Ya verás como lo encontramos.

Ya casi había salido de la habitación cuando tuve la sensación de que no volvería a verlo nunca más, de que aquello debía de ser lo más parecido a estar casada con un bombero o con un policía; de que así era como debía de sentirse la mujer de un soldado. Sin tiempo para besos ni despedidas, todo —la vida— al aire, flotando, para que la persona a la que más quieres en el mundo vaya a toda prisa derecha a un incendio, a un tiroteo o a una tormenta de nieve, sin pensar en otra cosa que en ayudar a otros, sus compañeros o sus amigos.

Me levanté y lo seguí escaleras abajo hasta la cocina. Allí se puso la chaqueta y cogió las llaves de encima de la mesa. Se dispuso a ir hacia el garaje, pero yo le cogí del brazo.

—Te quiero —le dije, y le di un beso.

—Yo también te quiero.

—Espera.

—¿Qué? —respondió exasperado—. ¡Por Dios, Beth!, ¿qué?

—Toma.

Le alcancé un gorro de lana y unos guantes, una bufanda y una barrita de muesli. Busqué en la nevera y le di una Coca-Cola, una chocolatina y una manzana. Ya no le cabía nada en las manos.

—Tengo que irme —dijo.

—Solo por si acaso.

—Vale.

—Te quiero.

Cerró de un portazo, puso en marcha la camioneta y yo me quedé mirando mientras se adentraba en el temporal, bajaba por el camino del jardín y salía a la carretera, hasta que las luces traseras rojas de la camioneta desaparecieron. Me quedé sentada a la mesa de la cocina. El reloj del microondas marcaba las 3:09. Los niños no se levantarían hasta dentro de cuatro o cinco horas, pero yo estaba completamente despierta. Fui a la sala, me desplomé en el sofá y empecé a hojear unas revistas que Felicia se había dejado por ahí a principios de semana.

Estaba suscrita a algunas de esas revistuchas que yo hojeaba de vez en cuando mientras hacía cola en la caja del supermercado. Eran todo fotos, no había artículos, historias o poemas. Solo fotos de famosos, y a muchos últimamente ni los reconocía. Noviazgos, bodas y divorcios. Montajes o historias reales, quién sabe. Parejas que creías perfectas y rompían al cabo de un mes, de un año o de dos. Parejas de esas que veías en la tele y decías: «Madre mía, qué guapos. Y qué felices. Estoy segura de que es perfecta para él». O viceversa.

Y al cabo de un tiempo te descubres leyendo la noticia de su divorcio, y siempre dicen lo mismo: «Diferencias irreconciliables... nos fuimos alejando... no es culpa de nadie... el amor se acabó, simplemente...». Sentada en el sofá mientras hojeaba esas revistas del corazón, vi una foto de Chloe y Lee caminando por una calle de Nueva York: iban cogidos de la mano sin sonreír, ninguno, los dos ocultos tras sus carísimas gafas de sol, los dos de negro de la cabeza a los pies, prácticamente. De no haber sido por las zapatillas modernas y los vaqueros ajustados, cualquiera habría dicho que iban a un entierro. Pasé la página y empecé a resolver un crucigrama; con tal de distraer la cabeza...

A esa noche con Lee de hacía tantos años le habían seguido unos meses de apatía en mi trabajo de camarera y en la peluquería y, podríamos decir que si mi vida llegó alguna vez a descarriarse, fue durante esa época. Nunca volví a acostarme con Lee, pero pasamos semanas enteras llamándonos por la noche casi sin aliento, acostados boca arriba cada uno en su cama, igual que adolescentes locos de amor, aunque, en nuestro caso, ninguno de los dos iba a reconocer que estaba enamorado o que no lo estaba.

Y es verdad: en esa confusa época de mi vida me acosté con otros tres hombres, aunque ninguno era nada del otro mundo. No sé qué hacía ni qué límites querría romper. Tal vez solo confiaba en poder olvidar a Henry de una vez por todas y seguir adelante. En que si me acostaba con suficientes hombres, si traicionaba su más antigua amistad, podría apartarlo para siempre y al fin ser libre.

Pero tardé muchísimo en dejar de pensar en él.

Un viernes por la mañana, cuando hacía unos tres meses que me había acostado con Lee,

recibí una llamada de Ronny. Me llamó a la peluquería.

—Ronny, ¿cómo demonios me has encontrado aquí?

—Ronny Taylor tiene sus contactos. ¿Cómo estás, preciosa? ¿Haces algo el sábado por la noche o el domingo por la mañana?

No sé por qué, pero lo primero que pensé es que Ronny quería echarme el lazo, que los amigos de Henry no habían querido esperar ni un minuto más para salir hasta de debajo de las piedras a tirarme los tejos. Tengo que reconocer que en ese momento me sentía tan halagada como ofendida.

—Oye, Ronny, no sé. Mira, Henry y yo... La verdad, no hace tanto que lo hemos dejado. Es que...

Mi voz se apagaba cuando lo oí reír del otro lado del teléfono. Era esa manera tan suya de reír, a carcajada limpia. Noté cómo me sonrojaba, y con la mano sobre el auricular del teléfono eché un vistazo al salón para asegurarme de que ninguna de las chicas había sido testigo de mi humillación.

—¿De qué diablos te ríes? —pregunté—. ¡Ronny, para ya! ¿Me oyes?

—Estaré en Minneapolis el sábado por la noche, hay un rodeo —me dijo tras recobrar el aliento—. Se me ha ocurrido que a lo mejor te apetecía ir. Tengo entradas, si quieres. Son primeras filas, bien cerquita del meollo. —Y esto le arrancó otra risa—. De eso me reía, para que lo sepas.

—Ah.

Había visto a Ronny en encuentros locales o regionales, rodeos y competiciones de poca monta por la zona de Little Wing, pero ya hacía años de eso; estaríamos acabando el instituto, debió de ser un poco después de que Ronny dejara el fútbol, la lucha libre y el *softball*. Cogíamos el coche hasta arenas destartaladas para verlo montar esos caballos de aspecto demacrado y esos toros sobrealimentados. Las gradas estaban rotas y las vallas tenían horribles franjas enteras de pintura desconchada.

Pero esta vez era distinto. Allí había miles de personas, tal vez decenas de millares, y en la macropantalla del gran estadio Hubert H. Humphrey Metrodome, Ronny saludaba con cara de bobalicón. Unas chicas que se sentaban detrás de mí lo señalaban. «¡Es una monada!», repetían. Ronny, mi amigo.

Esa noche en Minneapolis montó a un toro en particular: *Jax*. Recuerdo que me llevé la mano a la boca cuando vi a Ronny en el corral, cuando vi a esa bestia enorme que tenía debajo y que se sacudía encolerizada. Después abrieron la puerta y Ronny salió disparado a la arena agitándose como el más valeroso muñeco de trapo que yo hubiera visto jamás: una mano levantada en el aire; dos estrellas plateadas perfectas por espuelas, siempre fuera de foco; vaqueros azul marino oscuro, y, sobre el labio, el vello apenas perceptible de un bigote.

No aguantó mucho —3,2 segundos—, pero mientras salía de la arena, saltaba la valla y agitaba el sombrero ante la multitud no dejé de vitorearlo. Tenía seguidores, eso se notaba, gente que conocía su nombre. Ese día volvió a montar, pero no pasó a la final. Tras un último intento, y después de que encerraran de nuevo al toro, se quitó su Stetson negro, dedicó una amplia reverencia a sus admiradores y luego se sacudió el polvo de los vaqueros y los zahones.

Me reuní con él delante del Metrodome, en el centro de Minneapolis. La inmensa y feísima cubierta de lona del edificio estaba iluminada. Estaba fumándose un cigarrillo con unos cuantos chicos, y cuando me acerqué, uno me dedicó un silbido. Ronny, bromista, le hizo saltar el cigarrillo de la boca y luego le quitó el sombrero y lo lanzó a unos veinte metros a sus espaldas. Todos se echaron a reír.

Luego me ofreció el codo para que me agarrara a él, un perfecto caballero. Paseamos un poco, aunque hacía frío y viento; era un anochecer de principios de abril en Minnesota. Llevaba zapatos de tacón y se me estaban helando los pies. No podía dejar de apartarme el pelo de los ojos, y él tuvo que calarse bien el sombrero. Paseando por las calles de esa ciudad fluvial, bien podríamos haber sido una pareja de hace cien años, aunque, en realidad, éramos solo amigos.

—Cogemos un taxi, ¿no? —dijo Ronny al final, arrastrándome hacia un coche amarillo y dándole instrucciones al conductor para que se dirigiera a su hotel—. Tranquila, que no voy a intentar nada contigo.

—Oye, lo siento. Fue una cagada por mi parte. Mira, no sé... no sé qué me pasa últimamente. —Me entraron ganas de llorar, me tapé la cara con las manos y respiré hondo—. Lo has hecho muy bien esta tarde, por cierto.

—¡Y una mierda! Ha sido un espectáculo penoso. Menos mal que eres la única que lo ha visto.

—Bueno, yo no diría tanto. Había un grupo de fans de Ronny Taylor entre el público de esta noche. Muy jovencitas para ti, pero eran fans, sin ningún género de duda.

—Ah, no te preocupes —respondió Ronny—, de vez en cuando ya salgo con alguna más «madura» —añadió con una sonrisa, enseñando algunos dientes postizos, y golpeó la ventanilla con los nudillos solo por hacer ruido.

—Eh, ¿estás bien? —preguntó al ver que yo no respondía—. ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada. Pero espero, de verdad, que tu hotel tenga bar.

Nos bajamos de un solo trago nuestras carísimas copas en el bar del hotel, una sala con una iluminación extraña, con demasiados espejos y muy poca clientela. Nos sentamos a una mesa y Ronny me habló de sus viajes. Él y un colega se habían dividido el dinero de la gasolina y habían ido en coche por toda América, visitando ferias en varios condados y estados, ganando un premio aquí y otro allá, sacando lo imprescindible para ir tirando.

En Nuevo México se habían quedado a dos velas, y como a la furgoneta de su amigo tenían que cambiarle el radiador, se quedaron a dormir en casa de una amiga, en el suelo, y Ronny le cuidó un hijo de dos años mientras su amigo, Clint, trabajaba de friegaplatos en el club de campo hasta que entre los dos lograron reunir dinero suficiente como para seguir. En Oklahoma le dieron una paliza a un obrero todo dientes que había tratado de abusar de una adolescente en un baño público. Lo pillaron justo antes de un rodeo, y Ronny le dijo a la chiquilla que se fuera con sus padres. Acto seguido, Ronny y Clint se llevaron al tipo afuera, a un aparcamiento, y le dieron una paliza. Le robaron la cartera, el sombrero y las botas.

—Mira —dijo Ronny señalándose los pies—, no están como el primer día, pero así y todo son las mejores botas que he tenido en la vida.

Brindamos. Empezó a nevar muchísimo, enormes copos mojados grandes como tapetes. Nos comimos un plato de alitas de pollo y uno de aros de cebolla que nos dejaron los dedos, la boca y la barbilla pringosos.

—Me alegro de verte, ¿sabes? —dijo Ronny sin mirarme, enfrascado en una alita de pollo.

—Yo también.

Subimos a su habitación, no muy borrachos pero ya entonados. En esa época Ronny bebía mucho, y cuando entramos en la habitación vi latas de cerveza vacías por todas partes y una mesita en la esquina abarrotada de botellas de *whisky* barato, vodka y ron. Una nota colgada en la parte exterior de la puerta decía:

Ronny,

No me esperes. Búscate una chica que se parezca a Shania Twain.

Nos vemos por la mañana.

Clint

Nos sentamos cada uno en una cama, bien tapados, bebiendo ron y Coca-Cola, cada vez más borrachos, hablando de Little Wing, de Henry y Lee, de Kip y Eddy.

—No es cosa mía —dijo Ronny—, pero deberías volver con Hank. Te quiere. ¿Te das cuenta? Te quiere muchísimo, te quiere de verdad.

Asentí llevándome la copa a los labios. Di un trago largo.

—Mira, no sé en qué estás ahora, pero te lo tengo que decir: Hank es mi amigo, y es un buen tipo y está loco por ti, joder. Desde siempre... —Dejó su copa—. Ya lo sé, se supone que deberíamos estar todos por ahí viviendo a tope y todo eso, pero, la verdad, me parece que al final ese rollo es una chorrada enorme. Todo el mundo espera a esa persona única. —Levantó un dedo y me señaló para dar énfasis a su discurso, pero estaba borracho y el dedo se columpiaba un poco, como si me estuviera regañando—. Y, créeme, lo sé. Me muevo mucho. He vivido lo mío.

Iba sin camiseta, del pecho le brotaban unas hebras de vello, y en el ombligo, pequeño y plano, le nacía una delgada línea peluda que le recorría el vientre hasta los vaqueros. Se bajó el sombrero hasta cubrirse los ojos con él y dio un sorbo a su copa.

—Te lo digo yo, Beth, te arrepentirás. Cásate con Hankie. Es un buen hombre —asintió—, un buen hombre...

—¿Tú piensas volver algún día a Little Wing o qué, Ronny?

—Pues espero que no —respondió—. Me gusta Wyoming, ¿sabes? La verdad es que me gusta estar ahí.

—Te echaría de menos si no volvieras nunca.

—Entonces ven tú a verme. Montaríamos a caballo. Subiríamos a las montañas. Miraríamos las estrellas.

Se estaba quedando dormido. De su garganta y su nariz ya escapaban suaves ronquidos. Apuré la copa.

—¿De verdad vas a acabar en Little Wing? —preguntó adormilado.

—Es probable.

—Hay sitios peores, eso seguro.

—¿Ronny?

—¿Eh?

—No te duermas.

Se volvió a levantar el sombrero y alzó la vista hacia mí.

—Creía que no tenías ganas de jugar —dijo guiñando un ojo despacito.

—Y no las tengo. Podríamos ver un rato la tele. Toma —dije levantando la copa—, ¿me la

llenas?

—Eso es, ahora te escucho. ¿Crees que habrá algún canal de los guarros?

Una semana después de haber visto a Ronny, llamé a Henry. Al cabo de un año nos casamos. Al cabo de cuatro, tuvimos a nuestra primera hija, Eleanore. En la vida aparecen personas que resultan ser un ángel. Personas que descuelgan el teléfono en el momento justo y llaman porque están preocupadas por ti, porque quieren oír tu voz. Personas que te dicen que no pasa nada por llorar o que ya es hora de dejar de llorar y que hay que ponerse en pie y seguir adelante. Personas que te dicen que eres hermosa, que les bastas, que te quieren. Puede que parezca raro, pero cuando me preguntan por Ronny Taylor, yo siempre digo que es un ángel.

Al otro lado de la ventana de nuestra sala de estar, la nieve seguía cayendo y ya no se veían las marcas de neumático que Henry había dejado al bajar el camino, no hacía tanto.

L

En el sueño soy un golden retriever y el sol brilla con esa luz blanca y sobreexpuesta que solo se ve en las películas y las fotografías de los años setenta. Corro entre la hierba alta de mis campos y alguien me lanza una vieja pelota de béisbol. La siento entre los dientes. No sé quién me la tira, pero me imagino que será mi amo. Hemos salido a pasear. ¡Soy tan feliz! Me entusiasma tener tantísimo pelo, un pelo tan bonito y tan fino. Me noto la lengua: es como si fuera una tira de beicon caliente pero poco hecho. Vamos por el camino de entrada a mi casa y siento la gravilla fresca bajo las patas. Bebo a lametazos de los charcos, persigo a un faisán que huye de su escondite. Mi amo se detiene frente al buzón, pero está vacío; solo hay un periódico que arroja camino abajo como si fuera un juguete. Voy corriendo tras él. De repente, me doy cuenta de que estoy soñando, de que mis sábanas están hechas una maraña, y me siento extenuado, como si hubiera corrido un maratón mientras dormía.

Al lado de la cama, el teléfono sonaba. El radio despertador marcaba las 3:01. «Chloe quiere volver a intentarlo —pensé en un primer momento—, tiene que ser Chloe». Pero no era ella. Era Lucy y enseguida noté que algo no iba bien.

—Es Ronny. Le estoy llamando todo el rato y no contesta. Lo he intentado como cien veces y nada. He llamado a Eddy y ha bajado al piso de Ronny, ha aporreado la puerta y como no contestaba, ha echado la puerta abajo. ¡Y no estaba ahí! ¿Qué coño pasa, Lee? ¿Dónde está mi niño? ¿Dónde está Ronny?

—Llama a la policía —le contesté lo más tranquilo que pude—. Llama a la patrulla de tráfico. Llama a todo aquel que conozcas. Diles que vayan a la fábrica, yo voy para allá.

La nieve llegaba casi a los estribos de la camioneta, pero puse la tracción a las cuatro ruedas, metí primera y procuré ir todo el rato por el centro de la carretera. Cargué unos fardos de leña en la parte trasera de la caja para ganar tracción y algo mejoró la cosa, aunque di por lo menos media docena de coletazos hasta que por fin vi a lo lejos los tenues faros de otros vehículos y después las torres de la fábrica de Kip. Ya se habían juntado unos diez coches y camionetas en el aparcamiento de la fábrica de piensos, además de unas cuantas motos de nieve.

Kip estaba ahí. Se puso al frente, dividió a la gente en grupos y repartió tramos de cuerda nueva, linternas por estrenar con sus pilas nuevas y bengalas luminosas, cosas que sin duda había requisado del almacén de la fábrica.

Me adentré en la noche con Eddy, amarrados los dos con una cuerda que nos habíamos pasado por las presillas del pantalón. Llamábamos a Ronny a gritos apartando la nieve a patadas, hincando bastones de esquí y de senderismo en los montones de nieve acumulada. El viento del

norte era como los dientes de una vieja sierra oxidada, y la nieve seguía cayendo según nos alejábamos de la fábrica y de cualquier luz que pudiera provenir del edificio o de los vehículos a su alrededor. Pensé en Ronny, en perder a mi amigo, y de repente la posibilidad me pareció muy real. Seguimos avanzando con dificultad sin dejar de gritar su nombre.

Poco después de que Chloe y yo nos hubiéramos casado, Ronny me llamó una noche justo cuando estábamos cenando fuera. Al principio no quise coger la llamada. No llevábamos ni un mes de casados, pero las cosas ya empezaban a ir de mal en peor. Sin embargo, esa noche nos lo estábamos pasando muy bien: charlábamos, hacíamos manitas, bebíamos vino... Era una de esas noches que me daban esperanza. Así que cuando oí el teléfono y vi que era ese número de Minnesota que tan bien conocía, dejé que sonara cinco veces hasta que me puse en pie y arrojé la servilleta en la silla. Levantando un dedo, le susurré a Chloe: «Vuelvo en un minuto» y salí a la calle.

—Eh, Lee, soy Ronny. ¿Cómo estás, colega? ¿Qué tal Chloe?

La música *dance* de un bar cercano invadía la acera y me costaba oírlo. Me metí un dedo en la oreja.

—Eh, tío, estamos bien... Muy bien. Oye, lo siento, no quiero dejarte con la palabra en la boca, pero es que estamos cenando por ahí. ¿Te llamo luego?

Se hizo un silencio al otro lado del teléfono y supe que se había quedado cortado. Ronny es como yo, joder: nunca le ha gustado el teléfono; le gusta hablar cara a cara, mirar a la gente a los ojos, dice que de esa manera entiende mejor a las personas.

—Bueno, tengo una buena noticia —continuó—. ¿Tienes un minutito para escuchar una noticia buena de verdad?

Suspiré.

—Claro, Ronny, claro que me gustaría oír tu buena noticia. Cuéntamela, anda.

—¡Me caso! ¡Me caso, tío! ¿Te lo puedes creer? ¡Que me caso, joder!

Ronny se reía y de fondo se escuchaba la voz de Lucy. Entonces pensé en cómo les había anunciado mi propia boda a Ronny y a Henry: a las personas más importantes de mi vida. Metí en un sobre unos billetes de avión y una notita. Después, la asistente personal de Chloe envió por correo ese montón de invitaciones formales. No llegué a llamarlos; estábamos demasiado liados, o algo pasó, no me acuerdo. ¡Pero caray, así es cómo tenía que haberlo hecho! Podía imaginarme a Ronny en su piso, a Lucy a su lado, con los brazos y las piernas entrelazados, tal vez, y en la cara una sonrisa más ancha que un arcoíris en la pradera. Me recosté contra la pared que tenía detrás, pero resultó ser una ventana y el cliente que había del otro lado la golpeó con los nudillos con cara de pocos amigos. Me aparté y me acerqué al parquímetro más cercano para apoyarme a él.

—Ronny —tartamudeé, ni la mitad de contento de lo que debería haber estado, aferrado a la incredulidad ante el hecho de que hubiera encontrado a alguien—, ¡eso es fabuloso, tío! ¡Es... es la mejor noticia del mundo!

Solo entonces me invadió la auténtica alegría. Me erguí y sentí cómo crecía mi entusiasmo; levanté la voz, de repente me entraron verdaderas ganas de abrazar a mi amigo, levantarlo del suelo de un abrazo.

—Joder, Ronny, es la mejor noticia que me han dado en la puta vida. ¡Me alegro tanto! ¡Qué

alegría me das, tío! —exclamé mientras asentía con la cabeza.

—Te acuerdas de Lucy, ¿no? —preguntó—. De tu boda. Nos conocimos en la despedida de soltero de Kip, ¿te acuerdas?

—Claro que sí, tío. Claro que sí. Cómo no, es una preciosidad.

Los oí besarse, y a ella de fondo diciendo: «Eh, Lee».

—Bueno, me apetece seguir charlando, en serio, pero sé que estás ocupado. Solo quería decir... —siguió Ronny.

Hizo una pausa. Lo oía pensar, reuniendo las palabras como si fueran la calderilla que a uno se le ha caído en la acera: su única fortuna.

—Solo quería preguntarte si querías ser el padrino. ¿Qué me dices? ¿Serás mi padrino?

El claxon de un coche sonó con rabia: una nota grave y larguísima que pareció invadir el mundo.

—¿Lee?

—Sí, sí, Ronny. Claro, claro que seré tu padrino. Es un honor para mí, tío.

—¡Qué bien! Genial, colega. Ahora te dejo volver a lo que estuvieras haciendo. Solo quería decírtelo a ti primero. Eres el primero en saberlo. ¡Joder, estoy nerviosísimo! Me muerdo de las ganas. Hasta luego, Lee. Gracias. Adiós.

Colgó antes de que pudiera decirle que lo quería. Debió de colgar porque pensaría que me estaba molestando, a mí, a su padrino. Vaya padrino.

Volví al restaurante. Chloe estaba concentrada en su iPhone y ya había pagado la cuenta. Me senté y me bebí todo el vino de la copa. Me serví otra vez y volví a beber.

—Cuando quieras nos vamos —propuso ella.

—Ronny se casa.

—¿Quién?

—Ronny. Ronny se casa. Ronny me invita a su puta boda —anuncié con una carcajada, y di un trago.

—¿En serio? —dijo sin apartar la vista del teléfono—. Qué bien. Es fantástico.

—Quiero un poco más de vino.

—Claro. ¿Te importa si voy tirando, cariño? Mañana he quedado para almorzar. Con ese director checo.

—Chloe, mi amigo se casa.

—Mira, ¿sabes qué? Estoy cansada, en serio —dijo inclinándose para darme un beso en la frente. Sentí la indiferencia de sus labios—. Cogeré un taxi.

Mientras trataba de abrirme camino a ciegas en la tormenta de nieve con la esperanza de encontrar a mi amigo, solo podía pensar en esa noche en Nueva York en la que no había querido coger su llamada. En cómo quise evitar oír su voz.

—Demos media vuelta —gritó Eddy contra el viento—. Ya llevamos casi una hora. Deberíamos ir a hablar con los demás. Alguien lo habrá encontrado.

—Por Dios, Eddy. Los coches se pondrán a dar bocinazos si lo encuentran. Tenemos que seguir.

Se me acercó al oído para que pudiera oírlo, aunque no llegaba a distinguir su rostro.

—Hay demasiada nieve, Lee. No sé ni cómo íbamos a verlo —insistió poniéndome en el hombro una mano de la que yo me zafé—. Mira, Lee, llega un momento en que...

—¡Joder, Eddy, que no! Seguiremos buscando. Aquí ni nos separamos ni abandonamos. A moverse y punto. Hay que seguir buscando.

En algunos trechos la nieve nos llegaba casi a la entrepierna, y por donde más se había amontonado tuvimos que hundirnos hasta por encima del ombligo. Si había quedado enterrado bajo una de esas pilas nunca lo encontraríamos. Lo llamábamos a voces, dirigíamos las linternas a la oscuridad. Me había olvidado de qué ropa llevaba, aunque me acordaba de que después de probarse el esmoquin se había vuelto a poner sus viejas botas de vaquero. Pensé en cuántas veces me había fijado en lo gastados que estaban los tacones de esas botas y en cómo eso caracterizaba sus andares por Main Street, con los pies inclinados hacia adentro y las rodillas juntas. Me acordé de cuántas veces me había ofrecido a comprarle unas nuevas —las que quisiera—, pero siempre las rechazaba. ¡Cómo se aferraba a ellas! Después pensé en Lucy, embarazada y aterrorizada de perderlo.

—No puede haber ido demasiado lejos —le dije a Eddy—. Lo encontraremos. Alguien acabará encontrándolo.

—Seguro —respondió Eddy, rendido, jadeando de extenuación—. Lo encontraremos. ¡Eh, Ronny! ¡Ronny!

Avanzamos pateando la nieve con las botas, avanzando a tientas por la oscuridad; gritábamos su nombre, alumbrábamos en vano con las linternas. No recuerdo una tormenta tan tenaz como aquella.

Lo encontramos no demasiado lejos de Main Street. Estaba tendido en el patio de la escuela, lo bastante cerca para que pudiéramos oír los columpios moverse con las rachas de viento. Estaba cantando, por eso lo oí. Eddy y yo caminamos hacia el lugar de donde provenía la voz. No nos lo creíamos. Nos agachamos a su lado.

—Me habéis encontrado —balbuceó—. Mierda, creo que estoy borracho.

—Venga, tío. Te llevamos a casa.

—¿Me habéis oído cantar? Era una de tus canciones. Esta siempre me ha gustado.

Le aparté la nieve de la cara. Lo levantamos del suelo: Eddy lo cogió de un brazo, yo del otro, y Ronny quedó inclinado entre los dos con la cabeza colgando hacia adelante.

—No puedo mover los pies —decía.

—Bueno, pues lo mínimo que puedes hacer es cantarnos algo —bromeó Eddy.

—Todo el mundo me ha dejado colgado —farfulló—. ¿Por qué me dejan así?

—Ahora estamos aquí, Ronny —le dije yo—. Te hemos encontrado.

Lo llevamos a cuestras unos cien metros o más antes de que los Giroux oyeran nuestros gritos y vinieran corriendo. Cameron Giroux, con su metro noventa y cinco y sus más de cien kilos, lo levantó como si nada y se lo cargó a la espalda como quien carga un cordero. Después desapareció en dirección a los faros de nuestros coches aparcados y de las luces de una ambulancia que había llegado entre el ruido de sirenas de la policía. No tardó en oírse el claxon de los coches y las camionetas, y se desvaneció el silencio de la noche.

Volvimos sobre los pasos de Cameron, sobre sus pisadas del cincuenta.

K

Cuando encontraron a Ronny volví a la fábrica, me hice un poco de café y me quedé sentado en el despacho mirando por la ventana. El reloj marcaba las 4:44. Solo le faltaban doce horas para casarse. En la mañana de mi boda, yo había ido a que me dieran un masaje con piedras calientes y me había tomado un *caffè latte* con mucha canela y una tortilla de dos huevos.

Desde el día mismo de mi boda, pensé en cuánto me habría gustado volver a empezar, haber hecho las cosas de otro modo. En primer lugar, Felicia y yo hubiéramos hablado sobre todo lo que teníamos que hablar, todo aquello que siempre había estado latente. Hijos, Little Wing, la fábrica de piensos, el dinero, todo. Y cuánto me arrepiento de haber llamado a los *paparazzi*. ¿De qué me había servido? Pude pagar unas cuantas facturas, eso sí, pero todos y cada uno de los amigos que tenía decidieron boicotear mi negocio —boicotearme a mí— durante los ocho meses siguientes, con lo que probablemente perdí el dinero que había ganado vendiendo a mi amigo a esa horda de revistuchas.

Me levanté de la mesa y me puse a caminar por la fábrica. Es una construcción enorme, la más grande, de lejos, de todo Little Wing. Dentro cabrían tres o cuatro iglesitas luteranas de pueblo, sobre todo contando el espacio de los silos para el grano y del sótano. Pasear de noche por el interior de la fábrica, solo, con lo enorme que es, se me hace raro.

Los primeros dueños de la fábrica fueron los agricultores de la Cooperativa de Little Wing, que se había constituido en 1885. Es lo poco que sé por algunos viejos registros de la biblioteca. Eran un grupo de campesinos noruegos bien avenidos que querían consolidar su poder de compraventa. Se mantuvieron unidos hasta los años ochenta del siguiente siglo, cuando a los pequeños agricultores les dieron a base de bien. La cooperativa se disolvió, y un tal Aintry la compró para usarla como almacén. Su idea era muy buena, en teoría: quería dividir las instalaciones en pequeñas unidades de almacenaje, cobrar unos cuarenta dólares al mes y sentarse a no hacer nada mientras cobraba «su jubilación». El problema fue que el edificio se estaba cayendo a pedazos, los sótanos estaban anegados y había ratas y murciélagos por todas partes. Además, en una pequeña comunidad de agricultores donde todo el mundo vive en terrenos de media hectárea por lo menos, la verdad es que no hay mucha demanda de trasteros. Lo que hace la gente es guardar los trastos en los graneros, en las naves de madera o en el jardín. Después de eso, la fábrica se quedó desocupada, esperando pacientemente la bola de demolición. O a un imbécil como yo.

Entré en el antiguo almacén donde tiempo atrás se habrían guardado palés de leche en polvo o sacos de grano. Todo estaba dispuesto para la boda de Ronny. Las sillas plegables estaban

dispuestas en filas, con la separación justa, todas mirando a un atril que había en el centro y a una pequeña tarima. Me subí allí y me volví hacia las sillas pensando en mi propia boda, pensando en Felicia.

Decidí coger el coche para ir adonde estaba ella, a ese motel entre Little Wing y Eau Claire. Salí de la fábrica, me monté en mi Cadillac Escalade y dejé que se calentara el motor. Fui conduciendo muy despacio. Tardé cuarenta y cinco minutos en recorrer unos pocos kilómetros.

Llamé a la puerta, al principio con unos golpecitos ligeros, con intención de no asustarla, y después un poco más fuerte. Abrió la puerta dos dedos y vi que la cadena ya no daba más de sí. Parecía cansada.

—Hola —saludé.

Felicia cerró la puerta y en ese instante sentí un nudo en la garganta. Entonces abrió.

—Anda, quítate toda esta ropa mojada —me dijo.

Me acosté a su lado y ella me envolvió con su cuerpo. Miré la mesita de noche. Tiré de la puertecita y busqué a tientas la Biblia de Gedeón. Alguien la habría robado. Mis dedos solo encontraron un cenicero frío de cristal. Recorrí con los dedos sus ángulos rectos, lisos y cóncavos.

—Marchémonos de aquí —le dije—, de Little Wing.

—Quiero tener un hijo —respondió ella—. Me dijeron que te engañara. Pero yo no quiero engañarte. Me dejas embarazada y nos vamos.

Miré las viejas cortinas del motel. Tenían estampada una escena de caza: unos patos que huían de tres hombres armados con escopetas. Cartuchos vacíos que abandonaban con ímpetu la recámara humeante. Y bajo el arco que describían al volar, los juncos se alzaban sobre lo que parecía un cenagal muy apacible. El humo había oscurecido las paredes y la moqueta estaba vieja y raída. Encima de la cama, una escena náutica de una goleta surcando los mares enfurecidos. Suspiré y pensé: «En Chicago no se estaba tan mal».

—Por la mañana —dije cerrando los ojos—. Mañana por la mañana, a por el bebé.

Pero Felicia no estaba dispuesta a esperar tanto.

L

Vino todo el pueblo y faltaron sillas plegables, ni de pie cabían en la sala los fisgones y los espontáneos. Muchos se quedaron fuera de la fábrica de piensos, con el frío que hacía, mirando por las ventanas ya empañadas por la calefacción. Otros se congregaron en el sótano, que, tras una transformación asombrosa obra de Kip, ahora era un salón de baile de elegancia rústica: donde flotarían ratas y ratones muertos en un palmo de agua tibia, ahora la piedra relucía, amarilla y oro, bajo las luces blancas de Navidad y las velas. Cualquiera habría dicho que se trataba de una boda de la realeza, de la unión de dos casas de la aristocracia del Medio Oeste americano. La boda de Kip ya había sido por todo lo alto, pero la de Ronny la superaba con creces. Tal vez todo se debiera al jaleo de la noche anterior. Porque pese a los dedos congelados y a la nariz colorada, Ronny insistió en casarse en el día y la hora convenientes.

Yo fui uno de los que insistieron en que se quedara en cama para recuperarse.

—Ronny —le dije—, Lucy lo entenderá, te lo prometo. Te puedes casar la semana que viene, dentro de un mes, o de un año... Esto es una locura. Tienes suerte de estar vivo.

Lucy, por su parte, estaba tan pegada a su cama en el hospital que podía haberse encaramado para sentarse en su regazo. Asentía con la cabeza.

—Lee tiene razón, cariño. Yo no te voy a dejar. Nunca.

—Solo os pido que me saquéis de aquí a mediodía —replicó seriamente Ronny—. Me quedaré hasta el mediodía. Descansaré este rato, pero no más. —Entonces nos señaló con el dedo a mí, a Henry, a Eddy, a Kip y a los Giroux—: Firmaré yo mismo los malditos papeles, si hace falta. ¡Que no soy un inválido!

Así que a mediodía lo bajaron en silla de ruedas al vestíbulo del Hospital del Sagrado Corazón, frente al cual el Dodge Neon de Lucy esperaba en marcha. Como llevaba el vendaje de los pies y las manos muy apretado, cuando se levantó tambaleando de la silla todos nos lanzamos en su ayuda.

—Dejadme tranquilo —exigió—, que todavía no me he muerto. He estado mucho peor. Vosotros llevadme a casa y ayudadme a meterme en el puto esmoquin.

Me senté en el asiento trasero del Dodge mientras Lucy conducía; su prominente tripa rozaba el volante. De vez en cuando, inquieta, apartaba la vista hacia Ronny, le cogía de la mano y le preguntaba si la calefacción estaba demasiado alta. Él se mostraba distante, hacía como que miraba el paisaje por la ventanilla.

—Mi amor... —dijo ella con dulzura—. Mi amor, ¿qué hacías ahí fuera anoche?

—No lo sé... —Su voz se fue apagando.

—Mi amor...

Desde el asiento trasero, los miré, miré su rostro, los dedos de ella acariciándole el pelo, la carretera que teníamos delante.

—Me perdí; me perdí y ya está.

—¿Pero qué hacías en la calle, cielo? ¿Por qué no estabas en casa?

—No lo sé. Creo que perdí la noción del tiempo y después salí a echar un pis, y cuando me di la vuelta el bar se había movido de sitio o yo que sé —explicó riendo y volviéndose hacia mí—. ¡Mierda: igual el bar también se perdió!

Le sonreí.

—Cariño —siguió Lucy—, ahora serás papá. Ya lo sabes. Serás el papá de alguien. Se acabó lo de perderse, ¿vale? —Ella se había puesto a llorar y, tras detener el coche en el arcén, prosiguió—: Ahora estás conmigo, ¿entiendes? Ahora estamos juntos, tenemos que apoyarnos.

Él la miró.

—Quería estar contigo, pero creía..., se suponía que la noche antes no podemos estar juntos. Por la tradición o yo qué sé.

—Después de esta noche no tendrás que preocuparte más por eso —dijo ella acariciándole la cara y las mejillas con las manos.

Se besaron; el cinturón de seguridad les tiraba.

—Escuchad, ¿y si conduzco yo el resto del camino? —propuse.

Y sin decir una sola palabra bajaron del coche, dejaron que me pusiera al volante y se subieron al asiento trasero sin perder un minuto. Pasaron los últimos kilómetros abrazándose con fuerza. Los miré por el retrovisor unos segundos antes de apartar la vista.

La ceremonia propiamente dicha se celebró en lo que había sido el almacén principal de la antigua fábrica, una sala cavernosa que todavía desprendía un vago olor a malta. No había órgano de iglesia, desde luego, pero Kip no había escatimado en el equipo de sonido y un *dj* profesional se ocupaba del repertorio.

Yo estaba delante de todos, al lado de Ronny, sosteniendo las alianzas que había heredado de su abuela: la antigua alianza de su abuelo, que Ronny había llevado durante semanas, era casi como uno de esos hilillos que los olvidadizos se atan a un dedo de recordatorio; y en cuanto a la de ella —palpé la alianza con el pulgar y el índice, la tenía en el bolsillo—, notaba la delicadeza del oro e imaginaba todos los lugares por los que habría pasado, todos los dedos y los objetos que la habrían tocado. Toqué el pequeño diamante: era la alianza de la gente pobre, de la clase media americana. Era una promesa de lo venidero, no era un anillo chabacano de centro comercial, una pieza de diseño monstruosa como la que yo le había comprado a Chloe.

Al frente de la sala también estaba la hermana pequeña de Lucy, la madrina, una chica que no había cumplido los veintiuno. Las lágrimas ya le habían estropeado el maquillaje y agarraba el ramo de flores con tanta fuerza que, con lo lejos que la tenía, llegué a oír cómo se rompían los tallos y olí algo que supuse que sería clorofila: olor a arbusto o a hierba recién cortada. Imaginé que tendría las manos manchadas de verde y, tal vez, pinchazos de las espinas.

Fue una boda preciosa, la típica boda luterana. Oímos los mismos versos gastados de la Biblia que se oyen en toda boda del Medio Oeste. El pastor habló del tiempo, de la paciencia y del perdón con voz cálida y monótona. La hermana de Lucy logró recobrar la compostura para interpretar una temblorosa versión de *I Will Always Love You*, un tema que poquísimos de los amigos que yo tenía en las altas esferas de la música popular americana se habrían atrevido a acometer ni en sus mejores momentos. Afortunadamente, en lugar de optar por una imitación a grito pelado de Whitney Houston se decidió por una interpretación más suave, a lo Dolly Parton.

Ronny y Lucy escuchaban las palabras del pastor embelesados. Cuando llegó el momento de intercambiar los votos, los pronunciaron con la medida justa de reflexión y emoción. Ronny apartó la vista de la novia una sola vez, cuando tuvo que volverse hacia mí para coger el anillo.

Al beso le sucedieron los vítores que se elevaron en la fábrica, la aclamación más fuerte que yo había oído en Little Wing, y de la pequeña iglesia luterana de Main Street llegó el repiqueteo de las campanas. A pesar de todos sus vendajes, Ronny estuvo al lado de Lucy cuando llegó el momento de estrecharle la mano a todo el mundo; y cuando digo a todo el mundo es a todo el mundo. Y después vinieron los aperitivos, la cena y, finalmente, la fiesta.

La mayoría de mujeres había perdido los zapatos de tacón y los hombres sudaban como jugadores de hockey. Llevaban la corbata atada a la frente y vasos de plástico con agua y cubitos. Era una boda «seca» —el alcohol estaba prohibido—, pero a nadie parecía importarle. Todo el maldito pueblo estaba en esa pista de baile, por lo visto, y estaba dándolo todo, ya no tenía freno, aquello era un auténtico desmadre. Eddy estaba en el suelo haciendo el gusano y Henry se mordía el labio inferior, absolutamente arrebatado, y daba palmas al compás de una música que se notaba a la legua que no había oído en su vida. «¡Pero tiene ritmo! ¡Se puede bailar!». Y el novio, Ronny Taylor, el auténtico rey de la discoteca, con una agilidad que hubiera dejado a John Travolta con la boca abierta. Ahí lo tenías: con su sombrero de vaquero y las manos cómodamente apoyadas en la hebilla de cinturón, pataleando orgullosísimo con sus nuevas botas de cocodrilo, bailando con su novia embarazada, una mujer que llevaba el movimiento dentro, como quien dice. Y para estar embarazada, se movía muy bien, dedicándole a su marido movimientos que prometían mucho más de lo que el decoro habría aconsejado.

Después el pueblo al completo los rodeó formando una especie de corro enorme en el que todo el mundo aplaudía y los vitoreaba. Aclamaban a esos extraños recién casados, los aclamaban con ese desenfreno al que se entrega una comunidad sepultada en la nieve y que apenas ha visto un rayo de sol entre el día de Acción de Gracias y Pascua. También los niños, cuya hora de ir a dormir había pasado hacía rato, estaban en la pista de baile moviéndose según les dictaba la música, bailando sin ninguna inhibición y sin que les importara nada más en el mundo. Los niños, que de vez en cuando hacían incursiones en las mesas donde aguardaban los bizcochos cubiertos de un generoso glasé medio derretido por las que pasaban los dedos pringados de azúcar. Los niños, que bebían soda hasta que les salía por las orejas, se frotaban los ojillos adormecidos y volvían a por más: bailaban en corro, bailaban con sus padres... Los adolescentes, enfurruñados por los rincones, miraban el móvil y levantaban la mirada deseosos de unirse al resto, pero la vergüenza se lo impedía. Mira: sus padres bailan y hasta se restriegan de un modo que hace que a sus hijos se les suban los colores, bailan de un modo que arranca interjecciones a los chicos. Los

adolescentes, con cigarrillos que habían cogido del bolso de su madre o del bolsillo de la chaqueta de su padre, se escabullían a fumar al baño o afuera, junto a las vías del tren. O se besaban en los rincones tranquilos de la antigua fábrica, con los ojos embelesados, llenos de amor y asombro y de sensaciones tan atávicas como nuevas. Y los viejos, sentados, miraban y daban palmas, a veces sin moverse de la silla, como catatónicos, con una sonrisa apenas perceptible esculpida en el rostro arrugado. Algunas señoras mayores se levantaban para unirse a la diversión de la pista, pero los viejos, ellos «no, no, no», decían con la cabeza, y se cruzaban de piernas y de brazos, solo les faltaba sentarse en el suelo y darse las manos en señal de solidaridad: «No bailaba entonces y vaya si voy a empezar ahora».

Y ahí estaba Kip, apoyado en la pared haciendo sonar su vaso de plástico con cubitos como si fueran media docena de dados, con una mirada extraña, una mirada de felicidad. Una mirada triunfal. Él no me vio, pero yo sí lo veía desde donde bailaba con nuestros amigos. Me alejé del barullo y me acerqué a él secándome el sudor de la cara. Lo que me hacía falta era un rollo de toallas de papel y una ducha fría, ¡pero me estaba divirtiendo tanto! Todo el mundo se lo estaba pasando en grande. No sabía cómo, pero el muy cabrón se había salido con la suya, había vuelto a juntarnos a todos.

Me vio llegar y se enderezó como si yo fuera un profesor que quisiera corregirle la postura. Vi como masticaba un cubito de hielo. Me saludó con la cabeza y me tendió la mano, casi con severidad.

—Leland —dijo. Advertí que empleaba mi nombre completo. Nada de Lee, nada de colega. Así estaban las cosas entre nosotros.

—Acompáñame fuera —propuse—. Vamos a dar una vuelta. Te invito a una cerveza.

Negó con la cabeza.

—No, tengo que quedarme aquí.

—Anda, vamos —insistí poniéndole una mano en el hombro; su cuerpo se tensó—. Venga, tío, ¿no vas a dejar que me disculpe?

Me miró un segundo sin decir nada y luego se apartó de la pista de baile. Salimos juntos a la noche fría; de nuestras cabezas se elevaba el vapor en columnas como de humo, parecíamos dos hombres recién salidos de una sauna. Había más gente afuera esa noche de invierno, estaban delante de la fábrica fumando, mirando las estrellas o tomando el aire. Saludaban con la cabeza en nuestra dirección, aunque, dejadme que lo diga, era evidente que el saludo iba dirigido a Kip más que a mí. Lo que él había hecho era algo fuera de lo común, era algo bueno. Era una de esas cosas que se han perdido en América, me temo. Pueblos enteros, comunidades enteras unidas para celebrar algo, para divertirse. Sin política, sin negocios de por medio, sin un orden del día.

Una vez, hace mucho tiempo, cuando empezaba a abrirme camino con la música, me invitaron a un baile tradicional en el norte, por el lago Superior, en un pueblecito pequeño de esos que parecen haber perdido su razón de ser. No tenía un centro urbano ni tiendas ni puerto pesquero ni ferrocarril. Y aun así, a las siete en punto de un viernes por la noche, hasta cien personas bajaron de las colinas y los bosques y se dirigieron al antiguo ayuntamiento. Yo era el telonero de una banda de *bluegrass* y del maestro de ceremonias que dirigiría el baile. Había cena popular, cuencos de ponche y de refresco de frutas de los de sobre, y alguien apagó casi todas las luces y yo me puse a tocar la guitarra durante una hora o así. Toqué también algunas versiones de Springsteen; todos eran educados y aplaudían, y no se oyó un solo teléfono ni nadie se distrajo o

se puso a hablar. En ese momento no había en el pueblo nada ni nadie más que yo.

Cuando acabé la actuación, la banda de *bluegrass* subió al escenario. Los violinistas se dispusieron a frotar la pez en el arco, el pianista tocó las teclas con suavidad, el bajista arrancó a sus gruesas cuerdas una voz profunda y grave, y entonces estallaron. La música que esa gente tocaba era como un gran salto de agua que se precipitara sobre un árbol imponente y frondosísimo; las notas se iban dividiendo y dispersando hacia abajo cada vez más pequeñas, fluyendo con júbilo, rebotando y deslizándose hacia abajo, más abajo, de hoja en hoja, como si se persiguieran. Familias de un solo hijo que se multiplicaban por mil, por un millón y más; cada riachuelo, cada gotita y cada lágrima eran una chispa de luz y alegría. Todos se pusieron a bailar, y en el ayuntamiento no tardó en reinar un acre olor corporal; las risas eran atronadoras, el ambiente estaba cargado de sudor de lana y pies... Todo el pueblo me abrazó —literalmente—; me arrastraron a sus bailes tradicionales y me enseñaron sus giros, sus pasos, sus palmas y sus órdenes. Y debo decir que esa fue la primera vez que entendí lo que era América, o lo que podría ser. Y la segunda vez fue en la boda de Ronny Taylor, en esa fábrica de piensos que Kip Cunningham había restaurado con tanto cariño.

América, diría yo, consiste en gente pobre tocando música y en gente pobre compartiendo comida y en gente pobre bailando aun cuando llevan una vida tan desesperante y tan deprimente que ya ni debería haber sitio para la música o para algo de comida extra, cuando no deberían quedarles energías ni para bailar. Y ya me pueden venir con que no tengo razón, con que somos un pueblo puritano, un pueblo evangélico o un pueblo egoísta, pero yo no lo creo. No quiero creerlo.

Los que no estaban en la fábrica estaban en el bar de la asociación de veteranos, desde luego. Aquello estaba hasta arriba. Kip y yo tuvimos que abrirnos paso entre la gente para entrar. En cuanto hubimos cruzado la puerta, alguien nos puso dos cervezas frías en la mano y ahí nos quedamos, pegados el uno al otro con la puerta entreabierta y el aire frío entrando, pero tan a gusto. Waylon Jennings sonaba en el viejo *jukebox*.

—Esta noche lo has bordado —le grité a Kip al oído—. Vaya juerga.

Kip hizo un gesto de agradecimiento pero no dijo nada. Dio un trago a su cerveza. Había cambiado, me daba cuenta. O puede que solo hubiera cambiado la percepción que yo tenía de él. Había algo distinto. El Kip que yo conocía de toda la vida, o el que yo creía conocer, habría pronunciado un discurso con mucho autobombo, habría procurado que todos se sintieran en la obligación de ir con frecuencia a la fábrica, hasta habría pasado el sombrero y todo. Pero no había hecho nada de eso.

—Eh. Mira, quiero que estemos bien, ¿vale? Quiero que... —Hice una pausa, mirándome los zapatos de boda—. Quiero que seamos amigos.

Se me acercó al oído.

—Venga, termínate la birra y volvamos a la fiesta.

Se bebió el último trago y dejó el vaso al lado del cristal helado de la ventana, en la parte donde el calor de las luces de neón parecía estar ablandando el hielo. Lo acompañé afuera, de vuelta al frío.

El cielo nocturno era perfecto, la música flotaba por Main Street, los coches que se alejaban tocaban el claxon para despedirse y las risas resonaban en la noche.

—Calculo que podré mantenerlo a flote más o menos un año antes de que se vaya al garete — dijo Kip, que andaba con las manos en los bolsillos.

Me miró, en su mirada no había tristeza, sino determinación, y lo comprendí.

—Al final la cosa me quedó grande —dijo exhalando una nube de vapor y encogiéndose de hombros—. No te estoy pidiendo ayuda. Esta fábrica ya se ha ido a la mierda antes, y es probable que vuelva a hacerlo.

Caminaba a su lado; con el frío que hacía, sentía el sudor helado. De la fiesta llegaba música cada vez más lenta, y me imaginé a las parejas bailando pegadas, agarrándose de la mano; a las mujeres apoyando la cabeza en el hombro de su pareja. Pensé en Beth, y luego aparté ese pensamiento. Qué gracia, precisamente en ese momento había pensado en Beth y no en Chloe.

—¿Cuánto necesitas? —le pregunté.

Él se encogió de hombros.

—Joder, Lee, estoy hasta el cuello. Aunque el negocio remonte no creo que pueda asumir las deudas, ¿entiendes? Renovarlo todo es una cosa, conseguir ingresos es otra —dijo dando una patada a un trozo de hielo y moviendo la mano—. Olvídate de que te lo he dicho. Ya debes de tener a unos cuantos pedigüeños haciendo cola. Dejémoslo y vamos a divertirnos de una puta vez.

Apuré el paso, me tomó la delantera y les estrechó la mano a los hermanos Giroux, que estaban apoyados en el muro lateral, fumando. A mí me saludaron con la cabeza.

En el sótano, todo el mundo estaba bailando canciones lentas. Ronny y Lucy orbitaban juntos, girando en pequeños círculos, el vientre crecido y duro de ella apretado contra el vientre flaco y terso de él. Los miré y miré a Henry y a Beth, que también bailaban, y a Felicia, que encontró a Kip y lo arrastró a la pista; a las chicas solas las arrancaban de la mesa para que se unieran al resto de Little Wing; pero nadie vino a buscarme, y allí no había una barra donde refugiarse ni un teléfono historiadísimo tras el cual esconder la cara. Nada salvo las luces de la bola de discoteca, el dulce rugido de Louis Armstrong y el deseo de no estar solo.

—Eh —dijo una voz a mis espaldas—, ¿quieres bailar?

Me di la vuelta y detrás de mí había una mujer. Tenía la cara cubierta de pecas y una larga melena pelirroja. Su vestido era rosa, sus hombros, níveos.

—Hola —respondí—, soy Lee.

—Yo Rachel —se presentó dándome la mano—. Soy la prima de Lucy, de Milwaukee.

—¿Sois primas, en serio? —pregunté señalando a la Lucy de Ronny.

A lo que ella asintió mordiéndose el labio.

—Bueno, ¿no quieres bailar?

—Sí, sí, claro.

Me guio hasta donde estaban mis amigos y bailamos, y durante un rato ya no estuve solo en absoluto. Me quedé mirando los hombros de Rachel. A veces la luz de la bola espolvoreaba sobre su piel una luz de confeti, y lo único que yo quería hacer era tocar esas pecas, todas y cada una de ellas, durante el resto de mi vida.

Esa noche la pasé en su motel, pero por la mañana, cuando la invité a que volviera conmigo a mi casa para desayunar tortitas y café, tan solo me sonrió de un modo cautivador, me dio un beso en la frente y dijo:

—Me voy a dar una ducha.

Así que cogí el coche y, cruzando Little Wing, volví a casa. Era domingo por la mañana y las calles estaban muy tranquilas. Ya había algunos coches en el aparcamiento de la iglesia luterana y unos cuantos más frente a la cafetería Coffee Cup.

Cuando llegué hice una llamada para comprar dos billetes a Hawái. Después me quedé dormido en el sofá, abrazando un cojín contra el pecho. Cuando me desperté ya había anochecido y la primavera todavía quedaba muy lejos.

H

Un tarro gigante de huevos encurtidos. Decenas de huevos, cientos, tal vez, suspendidos en ese líquido amniótico turbio y verdoso, como si ahí, en ese recipiente, un enorme reptil hubiera puesto una nidada para que eclosionara algún día que bien podía no llegar nunca. Medía tres palmos por uno y medio de base, se hallaba detrás de la barra, frente a una pared donde un amplio espejo reflejaba la escena del local, largo y angosto. Afuera, los cálidos neones parpadeaban atrayendo a luciérnagas, mosquitos y palomillas. Dentro, el *jukebox*, en su rincón, desprendía una luz lechosa, y los dos rectángulos de fieltro de las mesas de billar teñían de verde sus respectivos conos de luz. Los jugadores los rodeaban con resolución calculando los tiros con tacos largos, dedos rechonchos y palillo en la boca. En la barra, unos viejos agitaban los cubiletes de cuero de los dados, otros jugaban a las cartas, al *cribage*, y cantaban: «Quince dos, quince cuatro, quince seis, par de ochos». Afuera, en la calle, los fumadores, esos exiliados de nuevo cuño, conversaban y gesticulaban envueltos en la espesa niebla primaveral, besando los filtros amarillentos y exhalando a la noche un humo azul grisáceo.

Era un lunes por la noche, la puerta a Main Street se abrió de golpe. Lee y yo estábamos en la barra, mirándonos el uno al otro por el espejo, detrás de las botellas de licor. Nos bebimos las cervezas deprisa; ya no sabíamos cómo hablarnos, no sabíamos a quién le tocaba cada vez. Durante el día había llovido a base de bien, y del poco tráfico que circulaba por Main Street llegaba un agradable ruido primaveral, el de los neumáticos mojados al pasar: shhhhhh... Como yo ya había sembrado, me alegraba de que hubiera llovido.

Comíamos cacahuetes y las cáscaras se iban amontonando debajo de los taburetes. Estábamos taciturnos y apesadumbrados. Los dos queríamos, muy en el fondo, volver a ser amigos, pero no sabíamos si eso sería posible, si lograríamos olvidar y deshacer. Creo que no me equivoco si digo que ambos sentíamos, aun sin decírnoslo, que tras treinta y tantos años por fin habíamos dejado atrás la infancia; que las amistades sencillas e inquebrantables de la juventud se desmoronaban. Llevábamos media hora juntos y no habíamos intercambiado más que cuatro frases. Ni siquiera habíamos hablado del tiempo. Tomábamos un trago tras otro con ansia. Bebíamos para emborracharnos, para soltarnos.

—Voy a robar ese tarro —anunció Leland.

Lo miré con curiosidad.

—¿Ah, sí? —dije llevándome un cacahuete a la boca—. ¿Y me sabrías decir cuántos huevos

hay?

Me quité unas cáscaras de cacahuete que se me habían quedado enredadas en los pelos del brazo y miré el tarro.

Hacía meses que no me tomaba en serio nada de lo que decía. Ya no tenía paciencia para eso. Hubo un tiempo en el que no solo era su amigo, sino también su «fan». Ahora eso parecía tan lejano, tan infantil. Me avergonzaba recordar cómo había llegado a adorar a Lee, igual que Alex, mi hijo pequeño, que adora a los jugadores del Green Bay Packers y luce con orgullo sus camisetas y cuelga sus pósteres en su cuarto. Llevaba el día entero temiendo el momento de quedar con él en el bar, de tener que darle conversación... Hoy mismo, detrás de una vaca con la marca «#104», mientras le empalmaba la máquina de ordeño a los pezones, el bicho soltó de repente una bosta enorme a menos de dos palmos de mi nariz. Pues eso no me había molestado. Y esto, en cambio, sí que me molestaba. Cualquiera habría pensado que me moría de ganas de escapar de mis vacas y de mis cosechas para pasar unas horas con un viejo amigo y beber unas cervezas frías, pero, la verdad, lo único que me apetecía era quitarme las botas, repantingarme en mi sillón y cerrar los ojos mientras la luz azulada de la televisión me bañaba la cara y me atontaba hasta adormecerme.

—Me da igual —dijo Lee—. Pero te lo digo en serio: esta noche voy a robar ese tarro.

—Ahí tiene que haber por lo menos mil huevos, hijo. ¿Estás seguro de que podrás cargarlo? Últimamente estás un poco flacucho.

Los huevos flotaban en ese líquido que era como un estanque salobre.

Él señaló el tarro con un dedo.

—Y tú me ayudarás a robarlo.

Lo que quería decir con eso era: «Esto vamos a hacerlo juntos».

—Y una mierda, tío. No estoy obligado a ayudarte a nada. Vas a necesitar mucho más que unas cuantas cervezas para que me ponga en plan ladrón. Además —añadí, clavando un índice tieso en la carne enjuta de su bíceps—, me parece que tendría todo el derecho a sacarte del bar ahora mismo de una patada en el culo, por lo buen amigo que has sido.

No era mi intención hablarle así a Lee pero, sinceramente, a esas alturas tampoco es que me importara demasiado. ¿Qué podía hacerme que no me hubiera hecho ya?

—Bueno, tú sigue bebiendo.

—Eso estoy haciendo.

¡Clac! Un triángulo de bolas de billar estalló. En la tele metieron un mate en contraataque. Y de la calle llegó el rugido de un Impala del 79 que no tenía ni un triste silenciador, aunque el asfalto mojado contribuyó en cierto modo a amortiguar el ruido ronco de ese automóvil decrepito. Lee echó otro trago inclinándose hacia atrás. Se limpió la espuma de los labios.

—Te debo una disculpa —me dijo sin mirarme.

—Ya lo creo.

—No tendría que haber hecho lo que hice. Perdóname.

—Oye, en serio, no quiero hablar de eso, ¿entiendes? No me apetece darle vueltas al hecho de que te acostaste con mi mujer.

—No estabais casados. Quiero decir... ¡Joder, Hank! ¡Mierda! De eso hace diez años. ¿Qué tendría que haberte dicho?

—Que eras un puto gilipollas, para empezar. Que de ninguna manera podía confiar en ti.

¿Quieres que siga?

Dimos un trago largo a la cerveza.

—Mira, ¿quieres que nos peguemos? —propuso él—. ¿Quieres? Porque dejaría que me molieras a palos si así volviéramos a ser amigos. No me importa.

—Bueno, eso no sería precisamente una pelea, ¿no?

—No, supongo que no. Entonces, ¿qué hacemos?

Yo no sabía qué teníamos que hacer, había decidido, de eso hacía meses, que ya no había nada que hacer, que él y yo habíamos terminado. Cada vez que se despertaba en mí algo parecido al perdón, evocaba alguna imagen de él y Beth juntos en la cama y me volvía loco. Me ponía furioso, lo único que me aliviaba era ir a la bolera de cuatro pistas que había en Whitehall, donde podía lanzar una bola de más de siete kilos con todas mis fuerzas contra diez bolos. Estaba emperrado en destrozarlo, en dejarlo hecho trizas. Conducía hasta allí, y luego de vuelta a casa, tan deprisa como podía, a ciento sesenta por hora, y cuando me aproximaba a un cruce en medio de los campos, hundía el pie en el freno para sentir el cinturón de seguridad que se me clavaba en el pecho y en el regazo, para oír el chillido de protesta de los frenos. Para sentir algo que no fueran celos y rabia.

Me pasé una mano por el pelo. Terminé mi cerveza y pedí otra jarra.

—No lo sé, Lee. No tengo ni idea.

—Bueno, no me preguntes por qué, pero se me ha ocurrido que robar esos huevos es la clave.

Llegó la jarra que había pedido y la camarera se fue rauda a añadirla a la cuenta. Llené los vasos y, tengo que confesarlo, por un momento algo en mí se ablandó al servirle la cerveza a Lee, al hacer por él ese gesto amable y corriente. Porque era cierto, habíamos pasado muchas horas, hasta días, haciendo justo lo que estábamos haciendo en ese momento: beber y charlar. Y aun así...

—¿Lo harás, entonces? ¿Vas a robar conmigo ese tarro de huevos? —preguntó.

—No.

—Por favor, caballero, ayúdeme usted a robar ese tarrito de huevos.

Se había puesto gracioso, y puede que hasta le sonriera. Me preguntaba en qué consistía exactamente su magnífico plan: salir del bar cargados con un tarro descomunal de huevos encurtidos.

—No cuentes conmigo por ahora.

—Pero no has descartado el golpe del todo, ¿no?

—Puede que no. Puede que esté un poco intrigado. Y también puede que piense que eres un bocazas.

—Porque te has convertido en mi cómplice. No tienes opción, tu única salida es presentar una denuncia por las vías pertinentes.

Me di cuenta de que Lee ya estaba medio borracho, de que tragaba como una esponja bebiendo esa cerveza rubia.

—... ante las autoridades competentes, como si dijéramos.

—Estás hablando en serio.

—Estoy borracho, yo qué sé. Puede que no sepa lo que estoy diciendo. Que sí, que hablo en serio. Esos huevos nos están provocando, míralos. Además, estoy desesperado, ¿vale? No sé cómo vamos a arreglar esto, tú y yo, sin recurrir a algún acto juvenil de, ya me entiendes,

solidaridad mutua. Y aquí sentado a tu lado, viendo los putos huevos asquerosos estos, se me ha ocurrido que nos los podríamos llevar, a los muy hijoputas.

—Eres un auténtico tarado.

—Entonces, ¿cuántos huevos dices que hay? —preguntó señalando el tarro con el dedo índice mientras lo miraba con ojos de bizco, haciéndose el concentrado, y con la frente cómicamente arrugada.

—¡Mira, no! —espeté dándole un manotazo al dedo; volvía a estar furioso—. Esto es de críos. —Me detuve y bajé un poco la voz—. ¡Tú! ¡Tú te has cargado mi matrimonio! Has destrozado mi familia. ¿Y ahora estamos aquí contando huevos? ¿Aquí sentados contando unos huevos de mierda, hablando de robar un putito tarro de huevos como si con eso pudieras conseguir, yo qué sé cómo, que todo se arreglara? ¿Como si así todo fuera a quedar olvidado?

Entonces Lee me miró a los ojos y vi que él los tenía llorosos, que no tenía nada más que decir, que de verdad lo sentía. Que no había nada más que pudiéramos hacer.

—Joder, así que esto es el mundo real —lamenté, cerrando el puño con fuerza y reprimiendo las ganas locas que tenía de pegarle.

—Lo siento —se disculpó—. Lo siento de verdad. Creí que con Chloe había encontrado una esposa y, bueno, las cosas no salieron bien. No sé qué problema tengo. Pero espero que encuentres la manera... que encuentres, dentro de ti, la manera de confiar en mí otra vez. Y, sinceramente, creo que si no lo consigues lo entendería. Pero eres mi mejor amigo, el mejor amigo del mundo, ¿vale? Y te quiero. Solo que no sé qué más decirte.

Entonces Lee se levantó del taburete, se bebió un vaso entero de cerveza y se fue hacia el fondo del bar, donde estaban los baños.

Yo me quedé ahí sentado observando detenidamente el veteado de la madera de la vieja barra de caoba, y después me puse a mirar la calle, donde las farolas derramaban un brillo muy agradable sobre el asfalto mojado y resbaladizo. Suspiré. Porque no había más que hacer; y a veces resulta que perdonar es eso. Solté otro suspiro largo. Yo quería mucho a mi padre, pero no era tan fuerte como él y no podía imaginar mi vida sin Leland o sin Ronny. Es más, tampoco sin Kip o Eddy o los Giroux. Yo quería que Lee volviera a casa, quería que viniera a sentarse alrededor de una fogata o a cenar con nosotros, quería saber de su vida, de sus viajes y de la música que estaba haciendo. Entonces, ¿qué tenía que hacer? ¿Pasarme la vida cargando con esa ira? ¿Cómo iba a afectar eso a mi matrimonio, a Beth y a los niños?

Suspiré otra vez, oí cómo, con su peso, Lee comprimía el cojín negro de su taburete, y oí cómo se servía otra cerveza. Afuera, en Main Street, pasó un perro trotando con el rabo entre las piernas y la cabeza gacha.

—Bueno, ¿cómo vamos a sacar este tarro de aquí? —preguntó Lee—. Sin que nos vean.

Sondeó el bar para ver cuántos testigos había. Serían unos doce. Era una noche floja.

—Mira, no sé cómo decírtelo...

—No trates de disuadirme —me respondió señalando el tarro de huevos.

—Hablo en serio. Tengo algo que decirte y solo necesito sacarlo y no quiero que me interrumpas otra vez con el tema de los putos huevos. —Tomé aliento—. Estoy tan cabreadísimo contigo que sería capaz de matarte. De verdad, ¿me entiendes? Nunca había dudado de Beth hasta el año pasado. Siempre había confiado en ella. Siempre había estado enamorado. ¿Y ahora qué, eh? Solo la tengo a ella, tío. Los críos son lo único que tengo. Y ahora tengo la sensación de que...

—De que te lo he quitado.

—Cierra. La puta. Boca.

Lee levantó los brazos.

—Sí, mierda. Exactamente como si me lo hubieras quitado, joder.

Volvíamos a tomar un trago.

—Y, ¿sabes?, casi llego a entenderlo. Fue hace años. Y no estábamos casados. Pero a ver si lo entiendes tú. No soy rico, Lee. No soy famoso. Ella es todo lo que tengo. Mi familia es lo único que tengo. Y si pudiera, te daría una paliza hasta que no quedara de ti ni la sombra.

Bebí cerveza hasta que me chorreó por las comisuras de los labios y me limpié con el antebrazo.

—¡Mierda! —Di un golpe en la barra con la palma de la mano, con tanta fuerza que los vasos saltaron, con tanta fuerza que se hizo el silencio en el bar y los otros clientes se quedaron mirando desde sus mesas y sus partidas de billar.

—Lo siento mucho, Hank, de verdad que lo siento.

Negué con la cabeza.

—Te pido disculpas. ¡Lo siento! Lo siento tanto, tío. Es lo único que puedo decirte.

—Perfecto, lo sientes. Genial. Pues, mira, podemos empezar por aquí: compórtate como el famoso de mierda podrido de pasta que eres y pide otra ronda. ¿Qué te parece?

Me levanté, fui al *jukebox* y seleccioné unos temas de Credence y de Crosby, Stills, Nash & Young. Volví a la barra y me encontré el vaso lleno. Lee estaba zampándose una bolsa de patatas fritas y me la ofreció. Cogí la bolsa, me eché algunas en la boca y mastiqué mirándolo todo a mi alrededor, salvo a Lee.

—Estas patatas estaban hechas papilla —dije.

—Ya, parece que hayan pisoteado la bolsa o algo.

—Bueno, mejor esto que nada.

—Nadie va a echar de menos esa mierda de huevos, te lo digo yo —comentó en voz baja—. ¿Cuándo viste por última vez a alguien pidiendo uno? Seguramente son los mismos huevos de cuando papá venía aquí de niño. Esos huevos podrían tener veinte o treinta años. Se merecen que los robemos. Quieren que los robemos. Así te lo digo. Y no quiero que intentes disuadirme —dijo en tono conspiratorio, y dio un trago a su cerveza—. No, señor.

—¿Cuántas veces pasó? —pregunté, incapaz de olvidar el asunto.

Lee dejó de beber y me miró fijamente; tenía espuma de la cerveza pegada a esa barba de por lo menos cinco días. Se pasó los dedos delgados y venosos por la cara, se ajustó la gorra de béisbol y me miró sin pestañear. Yo le devolví la mirada.

—Una vez.

—¿Una vez?

—Una vez. —Levantó el dedo índice y lo escondió enseguida. Se encogió de hombros en señal de disculpa y el gesto no me hizo mucha gracia.

—¿Una vez?

—Lo siento.

—¿Puedo confiar en ti?

—Sí.

—¿Preferías que hubiera pasado más veces? —insistí.

Negó al instante con la cabeza.

—No, mira, fue un error y ya está.

«Está mintiendo; el hijoputa está mintiendo».

—¿Ah, sí? Pues no te creo. Mira, a eso me refería: aunque te perdone, ¿cómo voy a poder confiar en ti otra vez? Eres un mentiroso de mierda.

—Muy bien. Sí, ¿vale? Yo quería que pasara más veces. Estaba muy solo, joder. Atrapado ahí en esa granja en medio de la nada con tres mexicanos y una señora mayor, convencido de que era un fracasado. Claro que quería estar con alguien.

—¿Podía haber sido cualquiera, entonces?

Pareció que sopesaba mi pregunta. Le miré a la cara y bebí un trago de cerveza.

—Sí, supongo que sí.

—¿Y crees que Beth habría querido más?

—¡No, tío! Escucha, ella te quiere. Eso lo sabe todo el mundo. Ella siempre te ha querido.

—¿Y tú la querías?

—No. Bueno. Mierda. —Picó con los nudillos en la barra—. Un poco. Sí. Pero ya no. Pero entonces... un poco. Claro que la quería. ¿Cómo no iba a quererla? Sí.

Aparté los ojos de Lee y volví a clavarlos en el tarro.

—Revelaciones. A diestra y siniestra, revelaciones que dan que pensar.

Levanté dos dedos en el aire para llamar la atención de Joyce, la sudorosa camarera que al cabo de un rato se nos acercó por la barra con un cigarrillo apagado apretado entre los labios.

—Muchachos —dijo sin entusiasmo—, ¿qué será?

—Dos chupitos de algo barato y una jarra —pedí.

—¿Qué pretendéis vosotros dos? ¿Dejarme sin cerveza en el bar, o qué?

—En eso estamos.

—Poniendo todo de nuestra parte —recalcó Lee.

Cuando ya se alejaba hacia los tiradores de cerveza, Lee se incorporó de repente sin bajar del taburete y gritó:

—¡Espera, Joyce! Ven, ven, deprisa. Oye, ¿cuántos huevos hay en ese tarro?

Ella se quedó mirándonos.

—¿Cómo coño quieres que lo sepa! —protestó—. ¿Quieres uno? Son cincuenta centavos.

—No —respondió—, no quiero ninguno, joder. Tienen una pinta asquerosa que te cagas. Lo que quiero es saber cuántos hay.

Suspiró profundamente, como derrotada. Nos conocía, había trabajado en el comedor de la escuela primaria, descargaba la comida en esas bandejas de plástico cuando apenas le llegábamos a la cintura. Su marido trabajaba en el campo; los Giroux y yo habíamos tratado con él. Primero miró el tarro y después a Lee.

—Doscientos doce —sentenció, e hizo ademán de irse.

—¡No, no, no, no! —gritó Lee—. ¡Vuelve! ¡Seguro que no es verdad!

—Estás borracho, Lee. Y Hank también está borracho. Voy a servirlos la cerveza y los chupitos y después, cuando vuelva, os traeré la cuenta. Me pagáis y os largáis. Me da igual que tengas cien Grammys. Por mí como si te limpias el culo con ellos. ¡Y punto! —sentenció y luego se marchó.

—Muy bien hecho, gilipollas —le reprendí—. En la vida me habían largado de un bar...

—Bueno, pero ¿cómo hemos quedado? ¿Amigos?

—No sé —contesté—. Me parece que esto no funciona así. Estas cosas llevan tiempo, ¿sabes? Eso si al final se pueden arreglar. Tengo que confiar en ti otra vez. Tengo que confiar en ti cuando andes cerca de mi mujer. Es decir...

Del *jukebox* nos llegó una canción lenta. Y durante unos instantes, el tiempo se detuvo entre los dos: aunque para el resto de los presentes el orden de las cosas seguía igual, inmutable, entre nosotros se abría, silenciosa, una especie de falla, como una franja de terreno que se quiebra y se hunde en el mar. Y yo estaba tristísimo, más que nunca, y más solo que nunca, también. Porque sabía que podíamos seguir siendo amigos, pero sabía también que nunca, nunca, podría confiar en él lo bastante como para poder meterlo otra vez en casa o como para estar tranquilo cuando mi mujer anduviera por ahí. El tiempo había pasado. Todos habíamos tomado decisiones.

Joyce se acercó, los brazos le temblaban del esfuerzo, cargaba una jarra de cerveza dorada en una mano y tres chupitos de color de jarabe de arce en la otra. Lo dejó todo en la barra y repartió los chupitos: uno para Lee, otro para mí y el último para ella.

—¡A vuestra salud! —dijo metiéndose el suyo entre pecho y espalda.

—Salud —exclamamos al unísono.

Nos lo bebimos de un trago y dejamos los vasos en la madera de la barra con un buen golpe.

—¡Bien! —dijo Lee.

—Diez pavos —dijo Joyce.

Le di el dinero y ella se inclinó hacia nosotros por encima de la barra.

—En serio, os lo bebéis y os largáis. Me estáis espantando a los clientes, vosotros dos. ¿Entendido? Así que desfilando.

Vaciamos rápido la jarra haciendo entrechocar los vasos con furia, como si quisiéramos romperlos o rompernos los puños: tristes, desanimados y a la deriva, ajenos al ajetreo del bar.

—Lo que aquí hace falta es una maniobra de distracción, joder —protestó Lee—. Una cortina de humo, como quien dice.

—Pues no tengo ni idea de cómo nos las vamos a apañar.

—Podría provocar una pelea.

—No, esto es una chorrada. Mira, yo me voy a casa. ¿Qué hora es?

Miré el reloj. Eran las 11.39.

—Espera, un minuto.

—¿Qué?

—He tenido una idea.

Se levantó de la barra, se fue lentamente hacia el *jukebox* y rebuscó en los bolsillos de los vaqueros lo que me imaginé que solo podía ser calderilla. Después pulsó una letra y un número, y las primeras notas que se elevaron del viejo trasto me bastaron para saber que era la A1, el primer tema de ese álbum que había sido la banda sonora de muchas noches veraniegas de nuestra adolescencia. Hice un gesto de desaprobación con la cabeza. En un pueblo pequeño, huir de alguien es difícilísimo.

Lee estaba de pie en un taburete, al fondo de la barra, y con su profunda voz de barítono llamó la atención de los parroquianos.

—¡Eh, eh! ¡Escuchad, amigos! ¿Alguien tiene ganas de cantar conmigo? ¿Nadie? Porque esta es la mejor canción que se ha escrito jamás, maldita sea, y quiero que la cantemos. Aquí. Ahora.

Un grupo de unas cuatro o cinco mujeres, que debían de rondar los cincuenta o los sesenta, se

apiñaron alrededor de Lee justo cuando sobre esas primeras notas del piano empezaban a sonar la batería y el bajo, justo cuando arrancaba ese clásico de la música americana. Entonces Lee me guiñó un ojo y me hizo señas para que me dirigiera hacia el tarro mientras Joyce lo miraba cantar desde el fondo del bar dándome la espalda.

Así que allí estaba yo, detrás de la barra, caminando de puntillas vete tú a saber por qué, con un levísimo amago de una sonrisa que no pude reprimir, cada vez más cerca de ese absurdo y gigantesco tarro de huevos encurtidos. «Esto es una estupidez —pensaba—. ¿Qué coño estás haciendo?».

Y mientras tanto, un coro entonaba *American Pie* acompañando al *jukebox*:

*I was a lonely, teenage broncin ' buck
With a pink carnation and a pickup truck
But I knew I was out of luck
The day the music died^[7]*

Lee me señalaba moviendo la cabeza al ritmo de la música y movía los labios para decirme, mudo: «¡Ya! ¡Ya! ¡Cógelo!». Estaba montando un auténtico número: distraía a la gente derramando vasos de cerveza, tirando al suelo los tacos de billar y dándoles manotazos en el culo a algunas de las parroquianas maduritas.

Y yo, mientras tanto, rodeé el tarro con mis brazos como si estuviera placando a un gigante, con las rodillas bien dobladas para no reventarme la espalda, y ¡lo levaté! Levaté el maldito armatoste ese como si estuviera en los juegos olímpicos. Lo levanté de la barra... Y ahí, en el vacío que el tarro había dejado, la caoba tenía un tono completamente distinto, y una gruesa aureola de polvo circundaba su antiguo emplazamiento. Leland me miraba con una sonrisa de oreja a oreja y daba palmas mientras los huevos chapoteaban en su tarro, obscenos. Lee empezó a romper filas sin dejar de cantar. Anduvo a tropezones hasta la puerta y ya en la oscuridad de la noche nos alejamos, un par de ladrones de huevos que reían, nerviosos, como locos, como tontos: desconsolados, desconsolados, desconsolados. Y por fin desaparecimos en la neblina de la noche de Wisconsin, sin un lugar adonde ir y con un inmenso tarro de huevos encurtidos entre los dos.

—¿Y ahora qué? —pregunté sin aliento y trastabillando.

El tarro se me iba a resbalar y Lee lo sujetó para que pudiera volver a agarrarlo. Caminábamos deprisa por la calle principal, alejándonos del bar en dirección a Little Wing, con sus cientos de casas prácticamente a oscuras salvo por algunas ventanas de las que escapaba el resplandor azul de los televisores de medianoche, con sus espectadores dormidos que apoyaban los pies en un maltrecho sillón abatible.

—Pues no lo sé —reconoció Lee—, pero la verdad es que ahora mismo no me apetece pensar demasiado.

Cruzamos la calle y apuramos el paso por Elm Street, calle que desmentía su nombre al llevar años sin un solo olmo; allí solo quedaba algún tocón recalcitrante que aún no se había podrido del todo, hacía ya décadas que la enfermedad había borrado de Little Wing esas calles donde los olmos formaban túneles. Lee se detuvo un momento, forzó la tapa del tarro y la tiró al jardín

delantero de la casa que teníamos al lado.

—Aquí —ordenó—. Coge un huevo.

—Espera, espera un momento. Esta es la nuestra, ahora podemos contarlos —dije arrastrando las palabras, todavía con el tarro a cuestas y de repente muy borracho—. Mierda, ah, voy a dejar esto un segundo en el suelo, ¿vale?

—No estás en condiciones de contar —se burló Lee.

—Cuento mejor que tú.

—Tú coge un huevo como te he dicho, ¿sí? Coge uno mientras todavía esté caliente.

—Esto es ridículo.

—Pero no es patético, ¿verdad? —dijo señalándome con el dedo después de soltar una carcajada.

Dejé el tarro en el suelo, metí el brazo en ese océano de jugo con huevos y pesqué cuatro sin poder evitar que los pelos del brazo se me quedaran completamente empapados.

—¿Verdad? —insistió.

Saqué el brazo y brillaba oleaginoso, como si estuviera barnizado.

—Esto no ha sido una buena idea. No teníamos que haber robado estos huevos apestosos.

—Tírale un huevo a ese coche de ahí.

—Ese es el coche de Eddy, hombre —protesté—. No podemos tirarle un huevo. Es nuestro amigo.

—¿Ah, sí? No me digas. Si alguien tiene un buen seguro, ese es Eddy. Por lo menos ahora.

Lee se quedó quieto, tendió la mano y cogió uno de los huevos que yo sujetaba, lo sopesó en la mano, palpó su piel encurtida, grisácea, húmeda y pegajosa. Después echó el cuerpo hacia atrás y lo lanzó con fuerza: una bola blanda y ovalada directa al Ford Taurus de Eddy.

El huevo no salpicó, no demasiado. Impactó estruendosamente contra la puerta del conductor, acero americano, y abolló la chapa. Lee se rio. Arrojar ese huevo tenía que haber sido fácil: un peso simple, una forma perfecta para sujetarlo entre el dedo índice y el corazón, pinzándolo con el pulgar, antes de efectuar ese lanzamiento nocturno. Justo en ese momento, desde el final de la calle, los faros delanteros de un vehículo iluminaron el asfalto mojado anunciando que se aproximaba alguien.

—¡Vamos, detrás de un árbol! —siseó Lee.

Levantó el tarro y se lo apoyó en la cadera. Se puso los pantalones completamente empapados; ahora los dos apestábamos. Escondidos tras unos arces jóvenes cuyo grosor apenas bastaba para ocultarnos, oímos cómo se acercaba el coche y lo dejamos pasar. Entonces Lee salió de detrás del árbol y echó el brazo hacia atrás dispuesto a lanzar. Un huevo salió disparado, rodando, bamboleándose en su trayectoria antes de golpear el parachoques del Toyota Candy que se acercaba. Volvimos a ocultarnos de un salto y desde la oscuridad vimos que el coche pegaba un frenazo, se detenía sin apagar el motor y, después, volvía a ponerse en marcha y arrancaba.

—Bueno, ¿ahora ya podemos irnos a casa? —pregunté—. ¿Has acabado? ¡Que tengo críos, por Dios! No me pueden pillar haciendo esta gilipollez.

—Venga, vamos. Vive un poco, hombre —dijo cogiendo el tarro y empezando a avanzar por Elm Street, alejándose de Main Street—. Anda, ven. Confía en mí.

—¿Adónde demonios vas? —le grité, negándome en redondo a seguirlo.

Pero como no contestaba, me di por vencido y fui tras él, aunque me quedé a unos seis metros

viendo cómo avanzaba a tropezones, trastabillando en la acera levantada o en las persistentes raíces que sobresalían del asfalto.

—Vale, vale, espera. Deja que lleve yo esto. Que tengo más fuerza que tú.

Me cedió el tarro y después pescó ocho huevos y se quedó con las manos llenas.

—Quiero que vayamos a sentarnos en el puente de la vía del tren. El que pasa por encima de la carretera del condado —dijo.

—Vale. —Y hacia allí arrastramos nuestra borrachera.

En el acero desgastado del puente se veía una larguísima sucesión de costras oxidadas sobre las cuales varias generaciones de adolescentes habían escrito sus nombres y sus sagradas declaraciones de amor o de desprecio con pintura en spray de colores chillones. Nos sentamos con las botas colgando sobre la carretera del condado y el tarro entre los dos. Los huevos casi brillaban en la noche.

—Ahora solo estamos nosotros —dijo Lee.

—¿A qué te refieres?

—Todos los demás se han ido: Ronny y Lucy, Kip y Felicia... Ahora solo quedamos nosotros, los últimos mohicanos.

Me encogí de hombros, dejé caer un huevo y estalló bajo nuestros pies, sobre el asfalto. No fue una explosión húmeda, sino más bien como tirar una tartaleta de gelatina: las partículas del huevo cedieron sin más y se esparcieron un poco. Dejé caer otro y otro y otro más, y aun así el tarro no menguaba ni un poco.

—Yo soy el único que está atado a esta tierra —dije—. A los demás... no puedo recriminaros nada. También tú te volverás a ir. Encontrarás a alguien, a otra mujer, y ella tampoco querrá vivir aquí. Se te llevará a Los Ángeles, a París o a Nueva York. Ya verás. La gente como tú —dije lanzando otro huevo y recobrando un poco la sobriedad y el mal humor—, la gente como tú no pertenece a este lugar. Tú no encajas. Ya no. Tienes demasiadas cosas.

Lee se quedó mirando la carretera mojada y luego hizo saltar una lámina enorme de pintura. Noté que mi comentario lo había herido.

—Te equivocas —objetó él—. Me quedo para siempre, tío. He comprado la fábrica. Se la he comprado a Kip. He echado el resto, como quien dice. Puede que esté tirando el dinero, quién sabe, pero he metido más de un millón y no me voy ni loco. Voy a montar un estudio de grabación, abriré un pequeño teatro y el pueblo tendrá música en vivo lo quiera o no. No me importa que a los conciertos solo se presenten diez malditos granjeros. Vamos a traer gente de Saint Paul y Minneapolis, de Eau Claire y de La Crosse y del maldito Milwaukee, y van a venir porque en este pueblecito pintoresco y diminuto está mi fábrica. Y puede que nunca conozca a una chica, ¿pero sabes qué te digo?, que a Nueva York no me iré a buscarla.

Sin prestar atención, le pegó un mordisco a un huevo, acto seguido lo escupió y se limpió la lengua con una esquina de la camiseta.

—Mierda.

Yo me había quedado boquiabierto.

—¿Has comprado la fábrica?

Se encogió de hombros.

—Tocaba. ¿Qué iba a hacer, si no? ¿Dejar tirado a Kip? Y haría lo mismo por ti si me dejaras, compañero. Podríamos ser socios.

—Ya, vale, no te emociones.

Miró a lo lejos, hacia los faros de un coche que se acercaba. Iba muy rápido dando volantazos sobre el asfalto resbaladizo. Los dos nos dimos cuenta, oíamos los neumáticos chirriar a cada viraje. Era el típico borracho que conduce torpemente por las carreteras secundarias superando el límite de velocidad con la vista nublada de cerveza y los reflejos atrofiados, incapaz de rectificar a tiempo en las curvas.

Lee se llevó un huevo a la mano con agilidad, abriendo hendiduras con los dedos en su piel grisácea y escurridiza. Con el brazo a punto, esperó a que el coche estuviera a unos doce metros de nosotros y entonces cogió impulso y arrojó el huevo. Fue un lanzamiento fuerte, directo, preciso. En esos milisegundos en que el huevo estuvo en el aire vimos el coche con más detalle: los destellos de luz de las llantas, la etérea luz púrpura que irradiaba el bastidor, la música atronadora que nos llegaba vibrando, el parabrisas tintado en negro... Era un Mazda trucado no muy grande que ninguno de los dos reconoció. Y entonces, ¡plas!, el huevo detonó como una bomba enana y pestilente en ese cristal ahumado. Oímos el desgarrador chillido de los neumáticos al derrapar y solo faltó que saltaran chispas cuando los frenos del coche del forastero rechinaron con rebeldía y el vehículo frenó bruscamente.

—¡Mierda! —dije—. Le has dado, tío. Blanco perfecto.

El campo volvió a quedarse en silencio. Nosotros nos levantamos mirando hacia abajo, donde el vehículo permanecía inmóvil. Entonces se abrió la puerta y se bajó un chico joven y delgaducho. Era más bien un crío. La ropa que llevaba le quedaba grande, llevaba varias cadenas de oro en el cuello y unos pantalones cortos de tela brillante muy sueltos que le llegaban casi hasta sus endebles tobillos. Y en la mano derecha: el imponente cromado de la pistola, una Beretta. Al principio no nos vio, porque los faros del Mazda enfocaban bajo el puente hacia la carretera que seguía.

—¡Eh! ¿Quién hay ahí? ¿Quién se ha cargado mi puto parabrisas? —gritó a la noche.

La voz del chaval sonaba insegura, me di cuenta de que estaba haciendo todo lo posible por impresionarnos, de que intentaba que su voz sonara más grave en la inmensidad y la oscuridad de la noche. Aunque sabía que era solo un crío, un adolescente, él y su pistola me asustaban.

—Bueno, ¿y ahora qué, listo? —le susurré a Lee.

—Joder —respondió; de repente parecía sobrio—. ¡Cómo iba a saber que tenía una pistola!

—¿Te suena?

—Qué va. Se habrá perdido.

El chaval seguía ahí de pie, no muy lejos, frente a nosotros. Vestía una camiseta blanca muy ancha y, con los brazos estirados, desafiante, imponía el destello de su arma. Llevaba una gorra de béisbol muy ladeada, con la visera plana como la cubierta de un libro, y nos dimos cuenta de que temblaba un poquito. Una perilla rubia apenas visible le adornaba el mentón retraído y tembloroso, y llevaba la melena clara recogida en una trenza en la nuca.

Y Lee se decidió a hablar.

—Eh, estoy aquí arriba —dijo levantando los brazos en señal de rendición.

El chico miró hacia arriba, apuntó con la pistola y disparó. El tarro estalló en una cascada de huevos y salmuera, una ola espantosa que no descargó sobre el chico, exactamente, pero que le empapó las zapatillas de básquet, los pantalones cortos y la camiseta blanca al detonar con violencia sobre el pavimento.

Aguantamos la respiración, Lee con las manos todavía en el aire. Yo me agaché entre las sombras; toqué la vía, fresca y húmeda.

—¿Qué coño...? —gritó el chaval, horrorizado.

Se quedó inmóvil, con los brazos en alto y la boca abierta mientras se estudiaba con atención. De repente el aire olía a sándwich de ensalada de huevos.

El chico volvió a mirar hacia nosotros con una mueca de desdén y disparó.

Lee cayó al suelo con un balazo en la pierna, pero no gritaba; jadeaba sin aliento. Satisfecho, el chico enfundó la pistola en la goma del calzoncillo y se volvió a su coche japonés, todavía en marcha, antes de desaparecer rugiendo en la noche. Nosotros volvimos a quedarnos a oscuras y yo me acerqué a Lee, a mi amigo, y me incliné a su lado.

—Cómo duele —gimió—. Te lo digo en serio, Hank, esto arde un montón.

—Voy a buscar la camioneta, tío. Ahora mismo. Te llevo al hospital.

—Trae la camioneta.

—Claro, tío, tranquilo. Voy a buscar la camioneta ahora mismo y nos vamos al hospital.

Su brazo se abalanzó en la oscuridad y me sujetó:

—No, no. No podemos.

—¿Y eso por qué?

Tomó aire entre los dientes apretados y lo soltó con un silbido.

—Porque, primero: perjudicaría mi imagen. —Volvió a inspirar con dolor—. Segundo: siendo quien soy, la policía querrá indagar. Y tercero: porque esta historia la hemos empezado robando.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga?

—Tú ve a buscar la camioneta y pasa a recogerme.

—Vale, muy bien. Aguanta, colega. Voy a buscar la camioneta y enseguida estoy aquí.

—Iré bajando a la carretera.

—No. No te muevas de aquí, joder —le ordené, y eché a correr hacia Main Street.

Cuando regresé al puente con la camioneta, Lee ya había empezado a bajar poco a poco por la cuesta de la colina que daba a la carretera, pero no había llegado muy lejos. Tenía la frente pálida empapada en sudor.

—Tenemos que ir al hospital —dije—. Esto no tiene sentido.

Me pasó su brazo a la espalda y nos pusimos a andar cuesta abajo con paso vacilante.

—¡No! ¡Nada de hospitales! Tampoco está sangrando tanto... Ya nos las arreglaremos. —Se miró la pierna—. Creo que no ha salido por detrás, así que, bueno, solo tenemos que coger unas pinzas o lo que sea, sacar la bala y vendarme. No pasa nada. Mira, será una buena historia, hasta puede que haga una canción. Carnaza para los putos periodistas, ¿eh? Cuando las aguas se calmen...

Se esforzó por soltar una risa ahogada, pero enseguida aspiró profundamente, se apretó la pierna con las dos manos y cerró los ojos con fuerza.

—Eso te pasa por robar.

—¡Mierda! —protestó Lee—. Nunca lo hubiera dicho. Nunca hubiera pensado que quemara.

Jadeaba intensamente al respirar, resoplaba, le dolía tanto que de vez en cuando dejaba escapar una ráfaga de palabrotas o hasta se reía solo, lo que fuera para volver a respirar hondo,

para soltar el aire que tenía dentro y aspirar aire nuevo. Tenía la pernera empapada de un granate oscuro, muy oscuro, casi negro. Le ayudé a quitarse la camisa y se la anudé alrededor del muslo. Después se quedó sentado al lado de la carretera, contemplando las estrellas para distraerse y señalando la trayectoria de un satélite que pasaba. Le concedí un minuto antes de ayudarlo a levantarse y cargarlo en la camioneta; después rodeé el capó y me monté en el coche.

—¿Hacia dónde?

—Mierda, ¿no te estaré manchando el coche?

—No, he puesto unas cuantas bolsas de basura en el asiento. Dime, ¿adónde vamos?

—A mi casa —resolló—. Tengo pastillas, alcohol... Y puedo sangrar donde me dé la gana. Además, no iría mal un cambio de moqueta... —Hizo unas cuantas muecas de dolor y renegó—: ¡Joder, joder, joder! Venga, vamos.

—Como quieras —le dije—. Es tu problema.

Entonces le di un apretón a la pierna mala y le arranqué un aullido; luego se quedó mirándome fijamente, entre la ira y el desconcierto, antes de relajarse un poquito y apoyar la cabeza en el cristal frío y empañado de la ventanilla.

—Joder —dijo—. Supongo que me lo merecía.

Yo asentí y pisé el acelerador.

R

Me estaba quedando en Waterloo, Iowa, en casa de mi tío Delmar, que acababa de salir de la cárcel después de pasar unos dos años encerrado por haberle robado una moto de *cross* a una antigua novia suya. Él vivía en una caravana cerca de un río del que no recuerdo el nombre, y la verdad es que estaba bastante limpia, aunque no tenía muebles: los anteriores inquilinos se los habían llevado todo menos una mesita de centro, una lámpara y un colchón viejo y cochambroso al que habían prendido fuego y que ahora era tan solo una amalgama de muelles oxidados entre los restos de la hoguera.

No es que fuéramos íntimos, Del y yo, pero iba a pasar por Waterloo con el rodeo y mi madre me dijo que me acercase a verlo y yo fui. Se alegró de tener noticias mías y me dijo que podía ayudarlo a buscar muebles viejos. Le dije que claro, siempre que dejara que me quedase unas cuantas noches.

Y los dos días siguientes los pasamos dando vueltas por Waterloo, muy despacio, en un Chevrolet El Camino que me juró y perjuró que era suyo. Recorrimos distintos barrios, mirando las aceras por la ventanilla en busca de muebles tirados que pudiéramos recoger. Y al final encontramos varias cosas: una mesa de cocina, unas cuantas sillas, un colchón sencillo y un sofá. Lo cargamos todo en la parte de atrás del coche, dimos media vuelta y nos pusimos manos a la obra para hacer de la caravana un hogar más cómodo. Cuando terminamos, mi tío se encendió un cigarrillo que le arrancó una tos de perro.

—Mierda, si no te he dado de comer en todo el día —dijo—. ¿Quieres unos perritos calientes?

De la nevera semivacía sacó un paquete de salchichas Oscar Mayer y me lo tiró después de coger una para él y darle un mordisco tal cual estaba, fría.

Sacudí la cabeza con sorpresa.

—Tío Del, voy a tener que asar esto antes de comérmelo, si no te importa.

—Como quieras. Vamos a encender una hoguera tú y yo. Nos sentaremos junto al río y le daremos un poco a la lengua. De comida no voy sobrado, pero tengo una caja de cervezas casi llena.

Así que nos emborrachamos y Del me contó cosas de la cárcel. También me preguntó por los rodeos y por Little Wing. Tengo una memoria horrible desde el accidente, pero recuerdo perfectamente esa conversación, porque esa noche fue la que me tatué CORVUS en el pecho, justo

al lado de un pequeño cuervo, que es lo que significa *corvus*. Creo.

Del había aprendido a hacer tatuajes en la cárcel, y sentados junto a la hoguera me enseñó todos los que tenía; había usado su propio cuerpo para practicar y también para que otros practicasen. La mayoría de tatuajes eran bastante malos, pero había algunos buenos, como el que representaba a Moby Dick; se había leído el libro entero en el trullo, decía.

—Si quieres te hago uno —se ofreció—. Gratis.

—Bueno, también podemos ir al pueblo y que me lo hagan, ¿no?

—Claro, cómo no, sobrino. Solo que tendrías que pagar.

Del me sentó en su nueva mesa de cocina y me afeitó los cuatro pelos que tenía en el pecho, un poco por encima del corazón. Con una maquinilla Bic de color amarillo, de eso me acuerdo, y después desinfectó la zona con un poco de vodka y un pañuelo.

—Bueno, ¿qué quieres?

—Corvus.

—¿Quién es? ¿Una chica?

—No. Un amigo.

—¿Quieres tatuarte el nombre de un tío en el pecho? ¿Qué pasó? ¿Se ha muerto?

—Es mi amigo y se hará famoso. Ya verás: dentro de poco ya no seré el único que lo lleve.

—Escríbemelo aquí bien grande, en mayúsculas. Y asegúrate de que se escribe así, que esto no se va con agua y jabón.

Usó una aguja de coser y la tinta de unos cuantos bolis que tenía en la guantera del coche. Cuando acabó de tatuar las letras, preguntó:

—¿Y qué significa?

Tenía la cara pegadísima a la mía, no recuerdo haber tenido a otro hombre tan cerca, y me echaba el humo del cigarrillo en la cara. Me fijé en las arrugas que tenía alrededor de los ojos y de la boca. En sus dientes amarillentos y en sus encías negras.

—Creo que significa cuervo. Por lo menos eso es lo que hay en todas sus camisetas: cuervos.

—¿Quieres que te haga un cuervo al lado? Creo que me saldría un cuervo bastante presentable.

—¿Has dibujado alguno antes?

Me miró.

—Vale —dije—, pero mejor me tomo antes otra cerveza.

—Buena idea. Tráeme una a mí también.

Chicago me gusta. A veces me subo al tren elevado con Christina, la niña, solo por salir un rato del apartamento. Es un ángel. Creo que le gusta el tren. La gente se nos acerca y se asoma al cochecito. Podemos estar todo el día dando vueltas, si queremos; y a veces lo hacemos. Yo miro por la ventanilla los edificios enormes, y ya reconozco la Torre Sears o como la llamen ahora. Y el John Hancock, donde creo que vivía Kip. Pasamos por Wrigley Field, el estadio de los Chicago Cubs, y seguimos hasta Evanston; después seguimos hacia el sur, hasta más allá de Comiskey y Chinatown, donde la ciudad empieza a perder altura.

Y ya nadie se fija en mí. Nadie me dice lo que tengo que hacer o dejar de hacer. Y cuando me pierdo, pido ayuda y ya está, porque llevar un bebé en brazos no va nada mal.

B

Cuando no éramos más que unos adolescentes, Henry me llevó a la azotea de la fábrica de piensos. Era una noche de verano sin brisa y yo salí de casa a hurtadillas después de que mis padres se hubieran ido a dormir. Fuimos al centro del pueblo caminando, cogidos de la mano, a la vista de todos, solo que nadie nos vio —no había nadie en la calle, nadie miraba—, tan solo un anciano viudo que se columpiaba en la mecedora de su porche y nos saludó con la mano en la oscuridad.

En lo alto de esos silos sí que corría la brisa y a lo lejos, sobre la inmensidad del campo, los relámpagos unían el cielo y la tierra. Nos quitamos los zapatos y nos sentamos con los pies colgando. Nos besamos, y yo notaba que el sudor me mojaba el bozo, pero a Henry no pareció importarle. Me acarició las orejas y el cuello. Me dijo que me quería. Ese Henry, con dieciocho años.

Todo ha merecido la pena: cada pelea, todos estos años de experimentación y de inmadurez, el desengaño aislado, la mísera cuenta corriente, las camionetas viejas de segunda mano. Haber vivido con otro ser humano, otra persona, con este hombre, todo este tiempo, y haberlo visto cambiar y crecer. Haber visto cómo se volvía más respetable, más paciente, más fuerte y más capaz; cómo quiere a nuestros hijos, cómo se pelea con ellos en el suelo y los besa en público sin ningún rubor. Oír su voz por la noche leyéndoles libros o contándoles cómo era su padre cuando vivía o cómo era yo de niña, de adolescente o de joven. Oírlo cuando les explica por qué este rincón del mundo es tan especial. Oírlo rezar por los árboles, por la tierra, por la lluvia y por las personas que son menos afortunadas que nosotros en el mundo. Oír su voz en la iglesia, cantando. Oírlo animar a nuestros hijos a que defiendan a los niños de los que otros abusan en su escuela. Verlo detener la camioneta en medio de la carretera para recoger del asfalto a una tortuga mordedora y dejarla en un estanque cercano. Verlo en nuestros tractores bajo los últimos rayos anaranjados del día.

Cuando nació Eleanore tuve una rotura de útero. La hemorragia era tremenda, pero el médico decía que aquello era normal, que solo era un pequeño desgarró. Sin embargo, Henry se empeñaba en que algo no iba bien y en que si el médico no hacía algo «de una puta vez» le iba a romper la cara. Llamaron a dos celadores para contenerlo, y hasta yo misma le dije: «Tranquilo, cariño, estoy bien. El bebé está sano, así que no tienes que sufrir por nada, por favor. Anda, sal al vestíbulo y sítvete un vaso de agua».

Aún recuerdo, como si fuera hoy, al médico diciendo: «Escuche a su esposa, señor. Hágale caso o me verá obligado a llamar a la policía».

La mayoría de hombres, la mayoría de personas en esa situación habría rectificado y se habría sometido a la autoridad del médico, a la fuerza de los dos celadores agarrándolo del brazo y a la calma de mi voz; Henry no.

—Doctor, a mi mujer le pasa algo —dijo en un tono de voz que todavía recuerdo a la perfección—, y si no lo soluciona usted ahora mismo, no es que lo vaya a llevar a juicio, es que le pienso romper todos los huesos del cuerpo.

Fue una enfermera, una señora mayor, quien se fijó con más atención y advirtió la gravedad de la hemorragia, vio que mi rostro se estaba volviendo cetrino, se hizo cargo de la situación y llamó al médico para que volviera a su puesto. Detuvieron la hemorragia, y tal vez la hubieran encontrado sin que Henry interviniera, pero de lo que estoy segura es de que habría perdido mucha más sangre si él no se hubiera metido, de que la situación se habría complicado bastante más, sin duda, de que al final había tenido razón.

Varios días después, ya en casa, yo estaba en la cama dando de mamar a Eleanore y le pregunté:

—¿Cómo supiste que algo no iba bien? Ni siquiera yo me había dado cuenta. Creí que me había rasgado algún músculo del abdomen o que tenía un desgarró ahí abajo. ¿Cómo lo supiste?

Lo tenía ahí mismo, a nuestro lado, y respondió:

—No sé. Supongo que lo supe sin más. No me dio buena espina.

Pero podría haber dicho: «Te conozco mejor de lo que tú misma te conoces».

Y en esto, creo yo, consiste el matrimonio.

L

El día que Beth y Henry se casaron fue así:

Las nubes bajas arañaban la tierra blanda, los ríos y los arroyos bajaban crecidos y terrosos, y los tractores verdes y amarillos araban los campos. En el lanudo cielo gris, bandadas de gansos dibujaban una uve en su antiquísima expedición anual, y en los postes de teléfono, los gavilanes de cola roja escudriñaban el terreno buscando topillos y ratones de campo. Las vacas holgazaneaban en el lodo, y la pila de neumáticos que ardía a kilómetros de distancia emborronaba un pedazo de cielo.

Una iglesia luterana se erigía solitaria en su parcela de la pradera, con un modesto aparcamiento al aire libre recién asfaltado y parcelado con pintura amarilla. Una hilera de tuyas se encargaba de cortar el viento y otra de pinos blancos daba sombra. Y el cementerio: ciento noventa y nueve lápidas, una de 1877. «BJORN ERICKSON», se leía aún, pese a que la lluvia ácida, el líquen, el viento del oeste, el hielo y la nieve habían medio borrado la inscripción. Unos columpios con las cadenas oxidadas a trozos gemían ruidosamente ante la más leve de las brisas. El campanario era lo más alto en kilómetros a la redonda salvo por dos o tres silos de cereal y un álamo negro que crecía junto a la acequia.

En la iglesia, los presentes esperaban sentados en los bancos de madera de roble manoseando los programas de papel, hojeando la Biblia, jugando al tres en raya, aflojándose ya la corbata, arreglándose las medias, sonándose la nariz, murmurando chismes, ajustándose el audífono, repitiendo los chismes... En la galería, una viuda se puso a tocar el viejo órgano flatulento y todo el mundo se levantó ruidosamente. La pieza debía ser una marcha nupcial, claro está, pero la mujer la tocaba como si de un canto fúnebre se tratara.

Teníamos una resaca espantosa, los nervios de punta, a flor de piel, y por nuestros poros escapaba el veneno del día después, producto de demasiados chupitos y cervezas. Las madres nos miraban con el ceño fruncido entre lágrimas que derramaban sin querer; los padres esperaban aturdidos y abstraídos. Para estar en primavera, en la iglesia hacía demasiado calor y todos se abanicaban con los programas. Al otro lado del pasillo vi a una dama de honor con un unicornio tatuado en el hombro derecho. A su lado, la otra dama de honor, por su parte, lucía una enorme mariposa negra en la pechera. Me dio la impresión de que esas dos criaturas se movían, tanto que empecé a sentir náuseas, y sospecho que debí de balancearme hacia delante y hacia atrás sobre los pies con la ligereza de un helecho muy verde al viento. Esperamos a que apareciera Beth.

Tal vez sea revelador decir que Henry no me eligió de padrino; optó por Simon, su hermano pequeño, que en el momento de la boda ni había acabado el instituto. Simon era la opción

indicada, por supuesto: la familia es lo primero. Además, si Henry hubiera estado al corriente de las ideas que me pasaban por la cabeza o de los sentimientos que bullían en mi corazón mientras estaba frente al altar de la iglesia de la Trinidad, ni siquiera me habría invitado, y por supuesto no me habría elegido como testigo.

La víspera nos habíamos portado muy mal: nada de andarse con tonterías, no, sino una tremenda borrachera en el local de la asociación de veteranos, y después, a las dos de la madrugada, subimos dos cajas de cerveza tibia a la azotea de la fábrica y nos sentamos a beber y a reír.

La palabra «melancolía» puede sonar dramática, pero a veces es la más ajustada. Es cuando te sientes a la vez un poco feliz y un poco triste: es lo que muchas personas experimentan el último día de instituto, imagino; o cuando ven a sus hijos subirse al autobús escolar por primera vez. Es exactamente lo que sentí la noche antes de la boda de Henry y Beth: melancolía. En cuanto me dejaba llevar, en cuanto empezaba a divertirme, volvía a pensar en Beth y en la noche que habíamos pasado juntos; a pensar en que era la única persona a quien había acudido. ¿Pero por qué? ¿Por qué a ella? ¿Por qué a ella y no a Ronny o a Henry, o hasta a Eddy? ¿Pensaría ella también en mí? ¿Me habría querido alguna vez?

Un tren de mercancías atravesó la noche entre rugidos y me quedé mirándolo, preguntándome adónde iría. Ese primer disco, *Shotgun Lovesongs*, lo había sacado una discográfica pequeña y empezaba a venderse mejor de lo que nadie había esperado (unos cientos de copias a la semana). En realidad, todavía no había visto un centavo, pero los periodistas me llamaban. Esos eran los tiempos en los que yo acogía las entrevistas con ganas, aceptaba cualquier oportunidad de hablar del disco, del gallinero, de Wisconsin, del invierno y del mal de amores.

Ronny lanzó las botellas vacías al tren mientras bailoteaba por allí. Acababa de volver de la carretera con un ojo morado y un diente de menos, recuerdos de un toro especialmente mala sombra en Cody, Wyoming.

—¿Estás nervioso? —le pregunté a Henry levantando la voz para que no quedara ahogada por el ruido del tren.

Él se encogió de hombros y se inclinó acercándose a mi oído.

—No sé, un poco, puede —me dijo—. Y, a la vez, la espera se me ha hecho larga, ¿sabes? Supongo que me pone un poco nervioso la ceremonia, decir algo que no toque o desmayarme ahí arriba o hacer alguna tontería.

—Lo harás muy bien —lo animó Ronny espantando sus preocupaciones como si fueran tábanos.

—Eres un hombre con suerte —le dije.

—Sí, ya lo sé.

—Beth es... es increíble. Me alegro tanto por vosotros.

Di un sorbo a mi cerveza. Me alegraba de que estuviera oscuro, de que Henry no pudiera verme la cara.

—Gracias. ¿Tú estás bien, Lee? Esta noche te veo un poco, no sé, distante.

Al final el tren pasó —traca-tra, traca-tra, traca-tra— y después su silbido, ese dulce *jazz* de medianoche, metales y ritmo, traca-tra, traca-tra, traca-tra...

—No, no, tío. Estoy bien, estoy bien.

—Bueno. —Henry me dio una palmadita en la espalda, se bebió el culo de cerveza que le quedaba, se puso en pie y dijo—. Hasta aquí hemos llegado. Mañana es el gran día.

Me tendió la palma para que la chocáramos y yo, cambiando la botella de mano, le ofrecí la mía.

—¿Te retiras en serio? Es pronto.

—Son las tres de la puta madrugada, Lee. Tú también tendrías que ir a dormir.

—Lo que tú digas, papá. Empezará a amanecer dentro de, más o menos, dos horas. Quédate aquí a ver la salida del sol, hombre, como en los viejos tiempos.

Por única respuesta, Henry se rio entre dientes, se despidió con la mano muy afable y después bajó la escalerilla de hierro de la fábrica y desapareció bajo el borde de la pared. Enseguida lo siguieron Eddy, los Giroux y después Kip, hasta que al final solo quedamos Ronny y yo, como siempre, sentados mirando hacia el este. Fuimos bebiéndonos las cervezas que quedaban para ir entrando en calor, levantándonos por turnos para mear desde la esquina de esos silos —vaya emoción— hasta que las formas del horizonte comenzaron a suavizarse, desdibujadas, en un azul cada vez más claro.

—Ya empieza —dije.

—No lo creo —contestó Ronny—. *Blasé*. Será un amanecer bien deslucido, te lo digo yo. Vamos a tener lluvia.

—¿Has dicho *blasé*?

Asintió.

—Es como se dice en francés «no gran cosa». Yo sé unas cuantas cosas, capullo.

Esperamos a que florecieran los colores de la mañana, pero nunca llegaron. Al final nos dimos por vencidos: bajamos, agotados y borrachos, y entramos a hurtadillas en casa de los padres de Ronny, donde él se desplomó en la cama de su niñez y yo me dejé caer en el suelo. Más tarde, la señora Taylor debió de echarme una manta por encima. A mediodía nos trajo dos tazas de café a la habitación, descorrió las cortinas y dijo muy enfadada:

—Vosotros dos estáis ya crecitos para estas cosas, ya lo sabéis. Por favor... que sois adultos. Por Dios, Lee, ve a prepararte. La boda es dentro de unas horas.

Me dio una patadita suave con la punta rosa de sus zapatillas de felpa.

El órgano enmudeció de golpe y todos los que habían estado mirando fijamente hacia nosotros, frente al altar, se volvieron a mirar hacia atrás, donde ahora estaba Beth junto a su padre. Estaba preciosa. Más hermosa de lo que yo recordaba haberla visto, y eso que la conocía desde hacía más tiempo que nadie, desde que estábamos en la guardería y quería ser veterinaria. Tragué saliva con tanta fuerza que me dolió la garganta.

Entonces el órgano reanudó la marcha, estruendoso. Ahora sí que la vieja viuda le ponía ganas, y Beth empezó a avanzar despacio, lánguidamente, como si patinara. La iglesia entera debió de quedarse tan maravillada con ella como yo: los músculos de sus brazos, los lunares de sus hombros, las venas y los nervios de su cuello, sus dientes blanquísimos, los ojos húmedos, las ondas de su cabello castaño y sus labios rojos de anuncio. Nunca en toda la historia de Little Wing, Wisconsin, mujer alguna había estado tan hermosa como Beth en ese momento. Verla desfilar hacia nosotros me bastó para recobrar la sobriedad y para enderezarme un poco más. Me

fijé en los hombres que había entre los asistentes justo cuando Beth pasaba a su lado, y vi que algunos bajaban la mirada y la clavaban en el pavimento de pizarra de la iglesia y en sus viejas juntas ya sin relieve: estaba tan preciosa que hacía daño mirarla. Lo último que recuerdo con detalle es al calvo pastor luterano pronunciando unas palabras que hicieron que los feligreses se relajaran y se volvieran a sentar en los bancos y que nosotros, los que estábamos delante, nos situáramos de cara a la novia, el novio y el pastor. Yo giré con cuidado sobre mis borrachos talones.

No me enteré demasiado de la ceremonia. Los solistas eran regulares, los lectores leyeron pasajes conocidos y el pastor se embarcó en un monólogo sobre la importancia de la familia, el don de los hijos y la prodigalidad de la tierra. Yo iba pasando mi peso de un pie al otro, me imaginaba a Beth tendida sobre mí en la cama, sus labios, su larga melena envolviéndome fragante y sus ojos luminosos escondidos tras sus párpados. «Mierda —pensé—, tienes que parar».

Por fin, Henry levantó con delicadeza y habilidad el velo y la besó. El perfil de su mandíbula parecía el filo de una guadaña; ella tenía los ojos dulcemente cerrados y las manos de Henry sobre el rostro. Se besaron bien, con confianza, como un par de expertos.

El beso concluyó y la iglesia estalló en silbidos y aplausos. Los recién casados desfilaron por el pasillo cogidos de la mano, alejándose de donde yo estaba, los dos con sonrisas rebosantes de felicidad, y a Beth se la veía tan ligera que podría haber salido levitando por el pasillo central. Vi a la madre de Ronny entre los bancos, deshecha en lágrimas, echando a perder un clínex tras otro mientras agarraba de la manga a Cecil, el padre de Ronny, y le decía:

—Nunca había habido una novia tan hermosa. Nunca jamás.

En el vestíbulo de la iglesia, los novios se dispusieron a recibir los buenos deseos de los invitados junto a una mesa en la que una pirámide de polvorones mexicanos guardaba un equilibrio precario; iban dándoles las gracias, por turnos, a tías abuelas y tíos abuelos, a primos y primos segundos, a amigos del instituto, a vecinos y profesores. Yo seguí a Ronny hasta el aparcamiento, cerca de una entrada lateral de la iglesia, donde unos viejos granjeros fumaban cigarrillos sin filtro y los jóvenes escupían el tabaco en la gravilla. Ronny gorroneó dos cigarrillos y nos apartamos a un lado masajeándonos la frente para librarla de la migraña. Las campanas de la torre empezaron a sonar invadiendo la llanura, y de repente las tuyas escupieron una nube de estorninos al cielo. Entonces me acordé de nuestra profesora de quinto, que nos decía: «Los estorninos vuelan en bandadas».

Al cabo de un momento, alguien, tal vez una tía de Beth, vino corriendo alborotada por el flanco de la iglesia y nos dijo que ahuecáramos las manos. A nuestras palmas expectantes fueron a parar un montón de pétalos de rosa, lo más suave y rojo que he visto o sentido en toda mi vida. Esos pétalos eran casi tan frágiles como mis sentimientos, algo que podía salir volando con la menor racha de viento. Permanecí inmóvil junto a Ronny, resacoso y algo triste, considerando el peso insignificante que había en mis manos, hasta que oímos una potente aclamación y fuimos hacia el pórtico de la iglesia, donde el aire estaba ya invadido no de flores, sino de miles de pétalos meciéndose hasta posarse en el pelo de las mujeres.

Y después se fueron. Se agacharon para entrar en la Lincoln, un modelo antiguo, cierto, pero una limusina, al fin y al cabo, y bien surtida de champán y chocolate, seguro; y ahí estaba ella asomándose por el techo de la limusina, tan feliz, tan hermosa, tan deslumbrante. Y no sé si llegó a

mirarme, si en algún momento me vio mientras lanzaba besos a amigos y familiares antes de desaparecer otra vez dentro de la limusina. Pero yo sí que la vi y nunca olvidaré ese momento, con ese cúmulo de pétalos todavía en las manos, en los puños después, esperando a que los lanzara.

Cuando la multitud se dispersó, Ronny y yo nos sentamos en los peldaños de arenisca de la iglesia con los pétalos de rosa bajo los pies. Arriba, las campanas todavía resonaban. Miramos hacia los campos, donde un solo tractor araba la tierra negra y una pequeña bandada de pájaros en lo alto buscaba gusanos en la tierra recién labrada.

—Qué resaca tengo —dijo Ronny.

—Ajá.

—No pareces muy contento, colega. Me estás contagiando el bajón.

—Es el tiempo, me parece. Está el día tan gris...

—Bueno, pronto estará todo verde.

—¿Vamos tirando?

—Le puedo decir a mi madre que nos acerque.

—Perfecto.

Un buen rato después de que Ronny y sus padres hubieran entrado al Palladium, un restaurante nocturno con salón de baile, yo daba vueltas por el aparcamiento, demasiado nervioso para llegar tarde, demasiado orgulloso para llegar pronto. Desde ahí, con mi triste esmoquin alquilado, con una faja que me apretaba tanto la barriga que me recordaba a un corsé, vi a la mayoría de invitados de Beth entrar en el vestíbulo. Después llegaron en cinco coches los familiares granjeros de Henry, todos grandotes y en forma, con la cara y el cuello tostados por el sol, aunque su pecho grande como un tonel y su vientre plano estarían tan blancos como la leche, sin duda. Habían venido de Little Wing y alrededores, de todos los pueblecitos agrícolas, cada uno una variación sobre el mismo tema decadente: salas de cine con la puerta y las ventanas cerradas con tablones, tiendas de Woolworth's o Sears Roebuck vacías y un concesionario de coches de segunda mano en el que nadie habría dicho que se hubiera vendido jamás coche alguno. Saludé con la mano a algunos primos y tíos de Henry, hombres a los que conocía vagamente. Las nubes habían ido disipándose, el cielo se había teñido de un color imposible y en la paleta americana un torbellino de tonos pastel se arremolinaba contra el fértil horizonte.

—Bueno —me dije al fin en voz alta—, no puedes quedarte aquí toda la noche.

Entonces moví mi tristísimo culo y entré al banquete, donde la gente, en grupitos dispersos, bebía cerveza en lata y cócteles en vasos opacos de plástico rojo. Menos mal que Ronny se me acercó con dos latas de cerveza en las manos.

—Toma, para la resaca.

—Me parece que el remedio llega demasiado tarde.

—Alegra esa cara, capullo, y bébete la cerveza.

En un extremo de ese espacio rectangular había un *dj* subido al escenario, un hombre algo pasado de peso con esmoquin y tirantes rojos. Estuve observándolo mientras él iba echando ojeadas a su ordenador y ajustando un muro de altavoces exageradamente grandes. El pastor también estaba ahí, reclinado en una silla metálica plegable, con una cerveza Grain Belt sujeta entre sus dedos gordos. Antes había sido criador de cerdos, yo lo sabía, y en sus sermones

hablaba de las granjas, de las cosechas, de la tierra... Por una hilera de ventanas abiertas en una pared vi a algunos amigos nuestros de la escuela; estaban afuera, descalzos, lanzando herraduras sobre la hierba crecida de la primavera, fumando ocultos tras unas Ray-Ban, retomando el contacto, divertidos y cordiales, en un estado de ánimo que en esos momentos a mí me quedaba muy lejos. Hasta mí llegaba el ruido metálico de las herraduras al golpear la estaca clavada en el suelo. Los ohhhs y los ahhs.

La sala fue llenándose poco a poco. La gente mayor iba ocupando sus asientos en las mesas redondas y la gente joven se agrupaba en la barra. Se acercaba el momento de los silbidos y los aplausos. Y Beth y Henry entraron en el Palladium acompañados del tema de Queen *We Are The Champions* con los brazos levantados en señal de victoria, las flamantes alianzas resplandeciendo en sus dedos, abrazando a todo el mundo mientras avanzaban hacia la tarima, donde una larguísima mesa coronaba la sala.

—¡Por favor, den una cálida y sincera bienvenida al señor y la señora Henry y Bethany Brown! —gritó el *dj*.

La gente enloqueció cuando Henry y Beth ocuparon sus puestos al frente de la sala, y de repente se oyó esa vieja y grata cacofonía de la cubertería contra el cristal a la vez que tíos, sobrinos y mejores amigos, en una marea de voces que enseguida se unió en un solo canto, animaba: «¡Que la bese! ¡Que la bese! ¡Que la bese!». Y entonces Henry dobló a Beth como si fuera un junco, una briznita de hierba, tenía el cuerpo paralelo al suelo, prácticamente, la sujetaba con unos brazos fuertes, ese cuerpo de Beth tan elegante y tan liviano.

Antes de la cena, el pastor se levantó de su asiento. Sin notas en las manos, sin la Biblia —lo habría hecho mil veces o más—, anunció:

—Por favor, uníos conmigo en esta oración... Señor, bendice a este hermoso matrimonio, Beth y Henry. Llena todos los días sus corazones de amor, de respeto, de paciencia y de bondad... Señor, bendice esta nueva unión entre dos almas que día a día estrecharán sus lazos para que su amor y su familia sean cada día mayores. Recemos en nombre de Dios.

Y la sala entera rezó:

—Amén.

Y yo, como ellos:

—Amén.

Lo presencié todo desde la barra: el baile inaugural, el baile de la novia con el padre, el baile del pollo, la coreografía de mambo, los pasitos de *country*... No me apetecía bailar. Los padres de Ronny, que me conocían desde que era pequeño, se acercaron a mí desde otra mesa, donde habían estado sentados con otras parejas de su edad.

—¿Verdad que está preciosa? —me dijo Marilyn, la madre de Ronny, dándome un beso en la mejilla.

—Sí, señora Taylor —respondí.

—Buena fiesta —añadió Cecil, el padre de Ronny—. Sí, señor, me gusta.

En sus manos, la lata de cerveza Pabst se veía pequeña. Trabajaba en la construcción y siempre estaba tostado por el sol y olía a una mezcla de aire fresco y asfalto. Pero le encantaba la música. Había visto a Lynyrd Skynyrd en concierto. Y a los Cream, a los MC5, a los Stones y a

Led Zeppelin. Fue la primera persona con la que fumé, en el sótano de Ronny, donde tenían el mueble bar y una barra.

—¿Qué tal va la música, Lee? —Tenía voz de fumador empedernido, terrosa como las carreteras en las que trabajaba.

—Va —respondí.

—Empieza el baile del dólar —dijo Marilyn, elevando la voz por la excitación—. Cecil, ¿tienes cinco dólares?

—¡Cinco dólares! —Se echó a reír—. ¡Es Beth, la conocemos de toda la vida!

—Para que disfruten en la luna de miel —insistió la madre de Ronny—. Además, yo quiero bailar con Henry. Está muy guapo. ¿Ya está llevando la granja de su padre?

Cecil sacó un billete de cinco dólares y ella lo cogió. Después se alejó para colocarse en la fila de las que querían bailar con Henry, por detrás de un montón de mujeres.

—Bueno, chicos —dijo Cecil—, ahí los tenéis. Dos de vuestros mejores amigos se casan. Así se hace, si me pedís mi opinión. Cásate con tu mejor amiga. El sexo, y dejad que os lo diga, termina agotándose, siempre, y luego te quedas ahí plantado, mirando al otro sin saber qué hacer. Más vale encontrar a alguien con quien se pueda mantener una conversación. Alguien que de verdad se preocupe por ti.

Ronny y yo nos lo quedamos mirando.

—Mirad, sé cómo os sentís —dijo dando un sorbo a su cerveza y acercando una silla—. Sé de qué va el asunto —asintió y repiqueteó con los dedos en la lata de cerveza—. Tú no sabes que tu padre os está mirando, pero así es. —Se acarició el bigote y tiró del cinturón para subirse los pantalones—. Todo el mundo se casa menos vosotros dos. Y ahora, mira por dónde... Cualquiera de los dos podría haberse casado con ella. Si también sois sus amigos, joder. Solo que Henry es más listo que vosotros. Más decidido.

—Papá —dijo Ronny.

—Me acuerdo de un festival del colegio al que fui. Beth cantó una canción... Creo que era *California Dreaming*. Y recuerdo que allí sentado pensé: «Esta niña tiene algo». Era ella, ¿no?

Es verdad, había olvidado que Beth cantaba de maravilla porque no solía cantar, no dejaba que nadie la oyera. Ni siquiera estaba en el coro. Pero a veces la pillabas en una fiesta o mientras conducía, y cuando se olvidaba de sí misma y se dejaba llevar surgía esa voz preciosa, dulce y segura. Si hubiera sido más listo le habría pedido que grabara conmigo a dúo; aunque tal vez, por el bien de Henry, era mejor que no lo hubiera hecho.

Cecil se levantó acariciándose el bigote y peinándose el pelo hacia atrás. Lo observamos mientras se ponía en pie y se recomponía. Se arregló la corbata y se alisó las solapas y los hombros. Le dio un último trago a su cerveza y miró hacia la pista de baile, donde Beth y Henry andaban atareadísimos bailando con todo el que se les ponía por delante mientras el padrino y la dama de honor sujetaban los sombreros, rebosantes ya de dinero.

—No sé qué problema tienes, Lee —dijo en un tono más severo—, pero llevas toda la tarde de morros. Vaya una manera de comportarse para el mejor amigo del novio. Y ahora vuelves a tener a mi Ronny aquí contigo, los dos con la misma cara larga. ¡Por Dios! Mira, no soy tu padre, pero sé que si él estuviera aquí diría: «Dejad de hacer el capullo y salid ahí a bailar con vuestros amigos antes de que se marchen al mundo real».

Después se largó sin esperar a oír nuestra réplica, aunque, a decir verdad, no teníamos nada

que decir. Agachamos la cabeza como niños pequeños y bebimos unos cuantos tragos de cerveza antes de seguir a Cecil hasta la cola de los hombres. Ronny fue delante y yo, tras él, me quedé el último de la fila para el baile del dólar.

Durante los siguientes veinte minutos, la cola avanzó a paso de tortuga. En el repertorio, baladas que recorrían varias décadas de la música popular americana. Vi que Ronny tenía en la mano varios billetes de dólar arrugados. Rebusqué en mi bolsillo y encontré uno de cinco. Era lo único que me quedaba después de casi dos días de maratón alcohólica. Entonces llegó el turno de Cecil. Le dio el dinero a la dama de honor y salió a bailar con Beth, que se apartó un mechón de cabello de la cara y se puso a aplaudir muy contenta cuando vio que quien se disponía a bailar con ella era Cecil Taylor, con sus lustrosas botas negras de vaquero.

Todos observamos a Cecil deteniéndose en la pista de baile antes de llegar a la novia y dedicarle una amplia reverencia, algo que no he visto repetirse en ninguna otra boda; un gesto majestuoso que nunca hubiéramos esperado de Cecil, un obrero de la construcción y fan de Lynyrd Skynyrd. Beth se llevó una mano al pecho, fue hacia él y le ayudó a levantar la rodilla del suelo como una buena reina hubiera hecho con un veterano caballero. Y estando ellos abrazados, meciéndose al ritmo del baile, me di cuenta por primera vez de la mirada de amor en el rostro de Cecil. Verlo bailar así con Beth bastó para romperme el corazón, otra vez, en un millón de pedacitos. Un hombre hecho y derecho que tal vez siempre había querido tener una hija, bailando con una mujer hecha y derecha, una buena amiga de su hijo.

Me miré las manos y me acordé de la ligereza y el tacto de los pétalos de rosa.

No recuerdo cuándo acabó el baile de Cecil y Beth ni cuándo empezó Ronny a bailar con ella. Solo me acuerdo de estar haciendo cola, esperando, loco de amor y de tristeza. Cuando llegó mi turno, le di mis cinco dólares a la dama de honor y después avancé sobre el parqué rayado en una especie de trance. Tomé en mi mano la de Beth, y ella puso la otra mano en mi hombro y mi derecha halló su cadera, entonces empezamos a bailar en círculos, como se hace en los bailes lentos del baile de graduación o de un encuentro de antiguos alumnos. No había sentido su piel en un año. O más. Nuestro baile fue un poco torpe al principio, hasta que al fin conseguimos entrar en una lenta cadencia circular, con las manos húmedas de sudor, mis ojos en su rostro, los suyos distraídos, no se la veía infeliz, pero tampoco daba la impresión de estar felicísima; y al final —ojalá no fuera fruto del cansancio— apoyó un poquito la cabeza en mi hombro.

—¿Estás bien? —preguntó—. No pareces tú.

—Sí, sí. Bueno, no sé. Pero mira, lo más importante es que esta noche estás preciosa.

—Eh.

—Es así.

—No nos vengas con cosas raras, ¿vale? Henry y yo hemos estado juntos desde siempre. Y tú ya lo sabes.

—Ya lo sé.

—Tú eres parte de nuestra familia, Lee, ¿de acuerdo? Vamos, alegre esa cara.

—Ya lo sé. Entendido.

Quise besarla, detener la música, el baile, el champán. Quise decirle a todo el mundo, a todos los invitados, que Beth y yo habíamos compartido algo —algo especial y auténtico— y que tal vez —tal vez— todavía estaba enamorado de ella, y ella de mí. Pero ni podía hacerlo, claro, ni de haber podido lo hubiera hecho. La ceñí con firmeza contra mi cuerpo y la miré a los ojos. Yo me

daba cuenta de que mientras dibujábamos órbitas en el suelo con los abdomenes pegados estarían mirándonos rostros como los de Cecil y Ronny, mirándonos y pensando, seguro: «¡Válgame Dios cómo la agarra!».

Su mano encajaba a la perfección en la mía y me concedí un brevísimo ensueño: ella y yo juntos sobre una cama blanca, con los brazos y las piernas enredados, su pelo castaño, la luz del sol por la mañana y la alegría de hacer un bebé juntos. La vi echar canas por momentos: primero unos cabellos, después mechones y al final toda la melena, hasta que finalmente su pelo se volvía frágil, quebradizo y lacio. Vi su rostro de entonces y después lo imaginé al cabo de mucho tiempo, labrado por el sol, el frío, los vientos de la pradera, los gestos de sus ojos y su risa. Qué tristeza despertar de ese sueño, Dios, para ver mi futuro tal y como se presentaba en realidad: décadas sin esa mujer, décadas viéndola con mi mejor amigo. Pero así estaban las cosas.

—Tal vez lo que debería decir es «lo siento».

Ella me miró.

—¿Qué es lo que sientes, Lee?

Habíamos dejado de bailar.

—No, por favor —le pedí—, no dejes de bailar conmigo. Solo quiero decirte... Mira, ni siquiera sé lo que quiero decir. Solo... Siento lo de esa noche. Siento lo que pasó.

Había vuelto a apoyar la cabeza en mi hombro y ya no podía verle los ojos.

—No sé qué decir, Lee. Es que llevo meses sin pensar en esa noche. Hemos sido tan felices. Todos hemos sido muy felices, ¿sabes?

—Yo no he sido feliz.

—Bueno, no quiero hablar más de esto, ¿entendido? No quiero ni pensar en el asunto.

—Vale.

—Y tampoco quiero que tú vuelvas a pensar en él. Nunca. ¿De acuerdo, Lee? Ya pasó, y ahora estamos aquí.

—¿Beth? —Ella levantó la vista y me miró. Quería decirle: «Te quiero»—. Nada, no te preocupes más por eso.

Y después nos quedamos callados, nada más que un balanceo regular, la alternancia del peso entre las dos piernas y unos pequeñísimos movimientos: el tráfico de la sangre que corría por nuestras venas, su bombeo; nuestros pulmones, que no descansaban, y los destellos del cerebro; minúsculas corrientes de aire y aliento que nos agitaban el cabello, y ojos tristes que parpadeaban absorbiendo la luz y la oscuridad. El suelo de parqué de ese Palladium venido a menos se hundía y se levantaba bajo nuestros pies de un modo casi imperceptible. Me vino a la cabeza una noche, hacía muchísimos años, cuando Henry, Beth y yo no éramos más que críos, en la que, con una lona, montamos una especie de tienda de campaña junto al lago Wing. Me acordaba de esa noche, del baile de las linternas y del alboroto de la risa a medianoche.

La canción terminó y un viejito arrugadísimo apoyado en un bastón apareció de repente a mi lado con una enorme sonrisa, dándome toquécitos en el hombro con su dedo.

—Mis disculpas —dijo el señor—, perdonen que les interrumpa. Últimamente no tengo muchas oportunidades de bailar con mujeres jóvenes.

Luego me endilgó su bastón como si yo fuera un perchero. Beth me dio un beso leve en la mejilla antes de inclinarse cortésmente ante el anciano. Empezaron a bailar y yo regresé a la barra, donde pedí una cerveza y me quedé junto a Ronny y Eddy.

—Hay que ver a estos vejetes —dijo Eddy—. Qué sangre fría tienen.

Me quedé hasta el final, hasta que encendieron las luces y todo el mundo se quejó pidiendo más: más música, más cerveza, más baile y más diversión. Beth y Henry nos dijeron adiós con la mano mientras salían del restaurante y se volvían a meter en la limusina rumbo a un hotel en Eau Claire. Y yo, como los demás, les devolví el saludo agitando la mano hasta que dejé de ver el brillo rojo de las luces traseras.

Después volví a casa con Ronny y sus padres, y me tumbe en su sofá a mirar cómo daba vueltas el ventilador, sin pizca de sueño.

Eran las cuatro en punto de la madrugada y yo tenía la mano derecha levantada en el aire y los nudillos preparados a pocos milímetros de la puerta de la habitación del hotel donde dormían Beth y Henry, recién casados y ajenos a cualquier preocupación. Los pasillos del hotel estaban vacíos y, tras el mostrador, el portero de noche miraba la tele en una pantalla en miniatura de menos de un palmo. El único ruido que se oía era el de la máquina de hielo.

Pero no fui capaz. No pude llamar. Porque el tiempo había pasado, porque éramos adultos y hay límites que los adultos no cruzan y ese era uno de ellos: dos personas casadas con todas las de la ley, ¿y qué motivo, qué justificación tenía yo para estropearlo todo? ¿Y por qué? ¿Por qué en ese momento y no un año antes? ¿O dos? ¿O cinco? Cecil tenía razón: Beth había vivido a menos de ocho kilómetros de mí durante toda mi vida y ahora yo estaba plantado en un pasillo rancio, frente a una mirilla que observaba mi patético rostro con mirada inexpresiva, con el puño en el aire, ¿y para proclamar qué? ¿Mi amor? ¿Mi amistad?

Pensé en el futuro —en mi futuro, en mi vida— y lo vi extenderse ante mí con la misma certeza con la que conozco cada accidente de la topografía de Little Wing y alrededores: las colinas, los valles, los cenagales, los barrancos, las crestas, los caminos y los maizales, las vías del tren y las trochas de caza. Lo vi todo claro: que seguiría componiendo y tocando y haciendo giras y que pronto la cosa despegaría. Las revistas empezarían a publicar primero reseñas y más tarde reportajes. Me encargarían que escribiera canciones para programas de televisión y bandas sonoras de películas hasta que un día me subiría a un escenario con un gramófono dorado en las manos, hablando a un auditorio lleno de mis héroes. Y eso lo veía porque creía en la música, creía en mi voz, en la música que hacía el mundo y que yo había oído. Vi que Henry y yo nos iríamos distanciando, que al principio dejaríamos pasar semanas o meses, después años, hasta que cuando lo llamara ya ni siquiera reconocería mi voz. Mis amigos iban a tener familia, hijos y un hogar agradable; casas con muebles gastados y cómodos. Y las mujeres con las que yo saldría, con las que yo me casaría, me querrían primero y me aborrecerían después; mujeres que no entenderían lo esencial de mí, que se aburrirían de mí, que detestarían mi pueblo y que a mis amigos los tolerarían y gracias. Y entonces, un buen día, no habría nada por lo que volver a casa. Ni amigos ni familia ni sonrisas, ni hola ni buenas noches. Me vi a mí mismo comprando un enorme ático, tal vez una casa en la playa, una casa frente a la costa con una vista inmensa y egoísta; me vi andando arriba y abajo por ese lugar, inquieto como un perro viejo.

Bajé el puño hasta la cadera y dejé escapar por la boca años de amor. Volví sobre mis pasos por el pasillo, salí a la madrugada, me monté en el coche de los padres de Ronny y regresé a Little Wing.

H

A medianoche, sin levantar polvareda, salimos disparados por esos caminos de gravilla cubiertos de rocío rumbo a la antigua escuela donde vivía Lee. En las cunetas y los campos, las luciérnagas brillaban como diminutos faroles. Las palomillas desempolvaban el parabrisas.

—Espero que no estés sangrando demasiado en ese asiento —dije.

—Solo en tu puta bolsa de basura. ¡Joder, cómo duele!

—Ya estamos cerca.

Y lo estábamos, porque los faros delanteros ya alumbraban el buzón de Lee y, a su lado, el toro disecado, cuyos ojos de vidrio rojos reflejaban nuestra llegada. Después enfilamos el camino de entrada, lleno de baches como estanques en miniatura desde los que las ranas nocturnas huían saltando para ponerse a salvo. Y Lee que aguantaba con todas sus fuerzas, que se aferraba al cinturón haciendo muecas y mascullando entre dientes algo sobre un nuevo acceso asfaltado. Llegamos a sus prados, donde una docena de ciervos, por lo menos, volvieron su compungido hocico para vernos llegar y ver cómo se encendían las luces de la casa de Lee, del garaje y de los anexos. Me acerqué tanto como pude a la puerta, apagué el motor y rodeé la camioneta. Lee ya estaba bajando con cuidado, me pasó el brazo sobre los hombros y juntos entramos a trompicones.

—Solo ayúdame a llegar al baño, ¿vale? —pidió—. Déjame en la ducha. Habrá menos que limpiar.

—Buena idea —le dije, aunque las manchas de sangre eran lo que menos me importaba en ese momento; el problema era de Lee, solo de Lee.

Le ayudé a quitarse el pantalón, la ropa interior y los calcetines. Desaté la camisa que había hecho de torniquete.

—Estás palidísimo, por el amor de Dios.

—Lo regalo todo, tío. Lo quemo. Es la peor noche de mi vida.

Se agachó y se sentó en la bañera, y yo empecé a llenársela, probando el agua con la mano hasta que los dedos se me pusieron rosados y después rojos.

—¿La quieres caliente?

—Sí, a ver si ardo y me voy al infierno. ¡Putos huevos encurtidos!

El baño no tardó en llenarse de vapor. Yo estaba sentado en el váter con la cabeza apoyada en las manos, escuchando cómo el chorro de agua llenaba la bañera, y Lee hacía ruiditos de niño pequeño cada vez que movía un poco el cuerpo para acomodarse.

—¿Henry?

Se me estaba pasando la borrachera, hasta el martilleo en la cabeza empezaba a remitir. Pero

estaba cansado... ¡Dios, si estaba cansado! Listo para caer redondo en la cama. Para acurrucarme junto a Beth. Listo para empujar la barca de Lee bien lejos de mi orilla, para empujarlo a las olas, entre la niebla.

—Dime —respondí.

—¿Puedes ver si en el botiquín me quedan todavía vicodinas de esas? O codeína. Necesito algo.

—Claro. Espera un segundo.

Revisé todo su botiquín, agité frascos naranjas con pastillas y les di la vuelta para leer la fórmula. Ahí estaba: vicodina, recién caducada, con doce pastillas todavía. Le di un par a Lee, después abrí el grifo del lavabo, me llené la palma con agua fría y, de propina, me tragué otras dos.

—¿Con esto te bastará?

—Y con un poco de *whisky*. Algo fuerte y rápido. Para ayudarme a tragar. Me noto muy reseco.

En la bañera el agua se estaba tiñendo de rosa. Miré la herida en el muslo de Lee, de la que escapaba una levísima voluta de sangre; todavía tenía la bala alojada en alguna parte. Fui a la cocina, encontré el *whisky*, bebí un trago a morro y después le serví un chupito a Lee. Cuando volvía hacia el baño pasé por el comedor y por poco se me escapa el nuevo cuadro colgado encima del aparador. Era mío: era la pintura que faltaba en la tienda de la Sociedad de San Vicente Paúl. Me quedé ahí parado.

—¡Henry! —me llamó indignado, o más bien desesperado.

—¡Qué!

—¡Estoy aquí, muriéndome!

—Cállate. ¡Ya voy! ¡Ya voy!

Cuando llegué al lavabo estaba retorciéndose en la bañera con los ojos cerrados, apretados del dolor. Golpeó la pared con los puños.

—Toma —le dije alcanzándole el chupito.

—Gracias —respondió, y se lo bebió de un trago.

Cerró los ojos y apretó los puños.

Estuvimos un buen rato ahí sentados, adormilados, abandonándonos a un sueño intermitente, Lee en la bañera, sangrando, y yo en el váter. En algún momento me levanté para cerrar el grifo y miré a mi amigo, tumbado como buenamente podía y sangrando en la bañera, con los brazos y el cuello muy bronceados, de un tostado oscuro, y el resto del cuerpo blanco como la porcelana en la que yacía. Vi los miles y miles de pelos de Lee danzando suavemente en el agua como algas marinas.

—Tienes un cuadro nuevo —dije como si nada.

—Sí, lo compré donde los de la Sociedad de San Vicente Paúl, imagínate. —Abrió un ojo y me miró—. ¿Por qué?

—Es más feo que un pecado.

—A mí me gusta.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros y volvió a cerrar los ojos. Después nos quedamos otro rato en

silencio.

—Henry, tengo que decirte algo sobre Beth y sobre mí.

Cerré los ojos con un gesto de dolor, temeroso de lo que pudiera decir.

—No fue como crees que fue, Hank —continuó—. Es que ni siquiera sé cómo crees que fue, joder. Pero no fue así. Y lo que tengo que decirte no es fácil de decir, pero es la verdad, ¿vale? Así que te lo voy a decir, y cuando lo sepas ya habremos terminado si quieres.

Se notaba que tenía mucho dolor, levantaba el rostro para mirarme enseñando los dientes. Yo estaba sentado en el váter con la cortina bien recogida a un lado; en el aire, entre los dos, un velo de condensación del vapor que debía de contener moléculas de su sangre.

—Mira, lo que alguna vez fuimos, fuera lo que fuera, ha quedado atrás, colega. No veo yo cómo nada de lo que digas ahora pueda mejorar las cosas o empeorarlas. Así que voy a volver a cerrar los ojos, pero te escucho.

—Lo siento, tío —se disculpó—. Lo siento muchísimo. Eres como un hermano para mí. Eres mejor que un maldito hermano, y lo siento.

—No quiero escucharlo.

—Tengo que decírtelo.

—Te he dicho que no necesitaba saber nada más. —Le eché una mirada de soslayo; me notaba los ojos cansados y probablemente inyectados en sangre, y el cuerpo extenuado.

—Siempre he envidiado lo que tú tienes, pero a Beth ya no la quiero. La quería, pero se me pasó. Y, mira, siento mucho lo que te hice. Pero si hice lo que hice y dije lo que dije fue porque siempre he deseado lo que tú tenías. Ella es la mejor. ¿Lo sabes? Beth es la mejor.

Respiró profundamente y dejó que su cuerpo se sumergiera en el agua. De sus fosas nasales escaparon pequeñas burbujas.

Empecé a calcular los segundos que estaba bajo el agua hasta que perdí la cuenta y volví a apoyar la cabeza en las manos, muerto de agotamiento.

—Te perdono —le dije.

Estoy seguro de que no me oyó. Pero tal vez diera igual. Con Lee, lo que de verdad importaba era que pudiera escucharse a sí mismo.

Me puse en pie, fui a la cocina y llamé a Beth desde el teléfono fijo de Lee porque el móvil me lo había dejado en casa. Eran casi las dos de la madrugada, y recuerdo que me restregué la cara, bostecé y esperé a que respondiera. Debía de llevar encima un susto de muerte: le había dicho que volvería a casa antes de las doce. Contestó después de que el teléfono sonara por segunda vez; oí cómo se peleaba con el auricular junto a la cama.

—¿Lee? —preguntó; el número que veía en la pantalla la tenía confundida.

—Soy yo, cariño. Henry. Perdona que no te haya llamado antes. Estoy aquí en casa de Lee.

—¿Por qué? ¿Dónde estabais? Te has dejado aquí el teléfono. He intentado llamarte... yo qué sé, veinte veces, antes de encontrar el teléfono en el cuarto de Alex. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Sí, sí, estoy bien. Los dos estamos bien. Oye, me quedaré aquí esta noche, ¿vale? La verdad es que he bebido demasiado como para conducir hasta casa.

Decidí omitir la herida de bala de Lee.

—¿Estás bien?

—Sí, Beth, estamos bien, los dos. De verdad, estoy bien.

—¿De verdad que no te pasa nada?

—Te quiero.

—Bueno, ¿pero puedes llamarme mañana por la mañana?

—Claro. Te llamaré. Te quiero.

Colgué el teléfono y volví al baño para asegurarme de que Lee no se había ahogado. Se había puesto de pie, y en el muslo le vi un hilito de sangre que escapaba de la herida que se tocaba con el dedo índice.

—Tal vez deberíamos haber ido al hospital —dijo débilmente.

—Te lo dije.

—Creo que me voy a desmayar.

—Siéntate, anda. Vamos a vendar esto. Voy a traerte zumo de naranja. Te pondrás bien.

—El hijo de puta me ha disparado.

—Sí, pero tú le has tirado un huevo al coche.

—Y él me ha pegado un puto tiro.

El domingo por la mañana, cuando el sol asomaba por el este, me despertaron los gritos de Lee. Fui a su habitación. Estaba acostado en su cama, febril, con las sábanas empapadas de sudor; en el cuarto hacía un calor sofocante. Miré por la ventana y vi un cuervo que planeaba sobre los pastos. Después se posó en un viejo poste donde un alambre de espino, enrollado como un ovillo, formaba una prieta corona de espinas oxidadas. En el cielo, una nube en forma de ángel tocaba la trompeta. Y al fondo del prado, junto a la hilera de árboles, un coyote trotaba olisqueando el aire primaveral. Lee se rascaba las piernas desesperado. Yo abrí la ventana.

—Vamos a sacarla nosotros solos —dijo con una voz cascada y ronca.

—¿Sí?

—Pon un poco de agua a hervir.

—Vale.

Con los pies en el entarimado y una mano apoyada en la cama, Lee se levantó rascándose la herida, que ya comenzaba a recubrirse de costra, hasta que volvió a supurar sangre fresca.

—¿Te echo una mano? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No, solo hierve un poco de agua. Haremos el desayuno y después me sacas esta cosa de la pierna. Vamos a jugar a los médicos, amigo mío. Tú y yo.

Movido únicamente por la curiosidad, lo seguí mientras él cojeaba hacia el baño. No quería que se desmayara y se abriera la cabeza contra la cerámica, desde luego. De pie, bajo la ducha, se enjabonó el vello del torso y después la cabeza y las axilas, bebió del agua que salía de la alcachofa y levantó los pies para frotárselos con las manos. Al final se centró en su herida; la frotó y la lavó con cuidado antes de coger una maquinilla para afeitarse toda la zona. De vez en cuando la sacudía para desprender la espuma y poder retirar con las uñas largos pelos castaños. La primera maquinilla se embotó enseguida y fue a sacar otra del botiquín sin percatarse de mi presencia. También cogió atropelladamente dos pastillas del frasco naranja de vicodina. Abrió mucho la boca bajo el chorro de la ducha y se las tragó.

—¡Mierda! —El taco lo soltó escupiendo el agua de la ducha—. Mierda.

Cuando acabó de afeitarse, hizo una bola con los pelos y la tiró al váter. Parecía un nidito de pájaro mojado. Empezó a secarse, y fue entonces cuando bajé las escaleras a hurtadillas, puse agua a hervir y empecé a preparar el desayuno.

—¿Qué hay de comer? —preguntó al entrar en la cocina renqueando mientras se ponía una camiseta—. Me muero de hambre.

—Estoy preparando huevos, un paquete de beicon, tostadas y salchichas. El café ya está en marcha y el zumo de naranja lo tienes en la encimera —respondí señalándolo con la cabeza.

Lee se sirvió un café, sopló en la taza, murmuró algo y se quedó mirando por la ventana. Yo, frente a los fogones, revolví los huevos y les di la vuelta a las crepitantes tiras de beicon.

—Puede que comprar la fábrica no haya sido buena idea —dijo—. ¿Tú qué crees?

—Yo qué sé, Lee. Últimamente estás cargado de buenas ideas.

—Tal vez debería irme a Los Ángeles y ya está; holgazanear todo el día junto a una piscina y visitar la mansión Playboy.

—Un poco de sol no te vendría mal. Un poquito mejor repartido, al menos, digo yo.

Las mangas de la camiseta le quedaban cortas y dejaban a la vista dos dedos de piel blanca por encima del brazo tatuado y moreno.

Lee asintió en silencio y después, arrastrando los pies, se acercó a la puerta del sótano y bajó las escaleras a saltitos. Lo oía desde arriba agitar latas de café llenas de clavos o tornillos viejos, tarros de cristal surtidos de herramientas, hasta que al cabo de unos minutos subió las escaleras por sí solo, entró en la cocina y metió unas pinzas en la olla. Volvió a mirar por la ventana, al arroyo donde tiempo atrás, cuando todo era normal y estupendo, nos habíamos sentado a charlar. Después volvió la vista hacia mí, hacia el fogón donde el agua empezaba a borbotear en el fondo de la olla. El beicon se estaba poniendo negro y humeaba. Los huevos estaban al borde de la catástrofe. Nos miramos el uno al otro sin saber muy bien qué hacer.

Salí de la casa y lo esperé con las pinzas todavía calientes en las manos. Esperaba que Beth hubiera empezado a ordeñar a la vacada o que hubiera pedido ayuda a los vecinos. Ni me acordaba de la última mañana que había desatendido el ordeño, aunque sospechaba que había sido durante el fin de semana en Nueva York de la boda de Lee.

Él todavía estaba dentro, preparándose: se había tomado otras dos pastillas de vicodina y varios chupitos de *whisky*. Yo lo veía caminar de un lado a otro por la ventana, y de repente me acordé de una historia ejemplar de juventud: la historia de un granjero de la zona que había perdido los dos brazos por culpa de una cosechadora voraz. El hombre, un amigo de mi padre, había regresado tranquilamente a su casa, se había metido en la bañera y después había marcado el número de emergencias con un boli apretado entre los dientes. Se quedó metido en el agua fría hasta que los de la ambulancia lo encontraron, tiritando y sangrando copiosamente, pero vivo. Escupió el bolígrafo y, hablando entre dientes, les dijo a los paramédicos: «Los he dejado al lado del tractor». Se refería a los brazos. Después se los volvieron a injertar y el hombre continuó trabajando en el campo. A mi padre le gustaba contar esta historia, y siempre la terminaba diciendo: «¿Qué te parece? No hay más que hablar, ¿no crees?».

Cuando Lee salió por fin, solo llevaba unos calzoncillos blancos. En la mano tenía un rodillo de los que sirven para sujetar los rollos de papel de cocina, y avanzaba torpemente, con una determinación que daba miedo. Se recostó en el suelo y me hizo una seña para que me acercara y lo inmovilizara con la rodilla. Luego cerró los ojos con fuerza, hizo un gesto señalando las pinzas que yo sostenía, mordió el rodillo y yo hice lo que me pidió.

Y de pronto lo tenía debajo, resistiéndose, rodando por el suelo con la ropa interior embarrada, los dientes clavados en el rodillo y las piernas cubiertas de sangre. Y yo que hacía fuerza con la rodilla para clavarlo a la tierra, a la gravilla y las briznas de hierba sueltas, con esas pinzas de punta fina semihundidas en el boquete de su pierna, y en alguna parte, bien adentro, bajo todos esos tejidos, la bala que le habían disparado hacía casi un día. Teníamos el cuerpo sudado y lleno de pegotes de tierra seca, sangre en las manos, lágrimas en los ojos tristes y salvajes, y el corazón todavía dolorido, aunque tal vez ya empezara a sanar...

Vaya susto les dimos a los saltamontes, a las mariposas y a las abejas mientras rodábamos entre las ortigas y las finísimas espinas de las matas de frambuesa, y entre el rodillo y sus incipientes astillas, y entre los fragmentos de metralla de nuestras vidas destrozadas, enseñando los dientes entre oleadas de infinito dolor, dejando atrás ese tratamiento a base de *whisky* y vicodina.

—¡Joder, joder, lo siento tanto, tío! ¡Lo siento tanto, joder!

Y yo que rechinaba los dientes con músculos que eran un conjunto de circuitos inconexos de cables rojos y cables azules, con ojos inquisitivos, con el cuerpo temblando casi hasta desmoronarme, como si estuviera asistiendo al parto de un ternero, pero peor, mucho peor, y que decía:

—¡Aguanta, colega! ¡No te muevas! Aquí noto algo. ¡No te muevas!

Los gatos ratoneros en el porche que rodea la casa de Lee miraban atentos, ojos negros de furtivos mapaches, una mofeta aterrorizada huyendo despavorida... Y en ese azulísimo cielo americano de primera hora de la tarde, los aviones volaban desprevenidos sobre nosotros dejando tras ellos una estela blanca, y sus pasajeros hojeaban revistas del corazón o jugueteaban con teléfonos carísimos mientras la tripulación, en los cielos, empujaba los carritos de las bebidas pasillo arriba y un solitario buitre americano cabecirrojo describía círculos sobre nuestras cabezas supervisando la carnicería.

—Resiste, colega. Aguanta un poco más. Respira hondo, hazlo por mí, ahora. Aguanta...

Mucho tiempo después de que Ronny se hubiera marchado a Chicago, mucho después de que Lee comprara la fábrica, rejuveneciera el edificio y lo convirtiera en una insólita sala de conciertos y estudio de grabación, mucho después de que Kip y Felicia se compraran uno de esos típicos adosados de piedra rojiza junto al Lincoln Park de Chicago y un cochecito de quinientos dólares para su niñita, una noche cualquiera, los parroquianos del local de la asociación de veteranos todavía se reían del nuevo hueco que había dejado en la barra el tarro gigante de huevos encurtidos que ya no estaba, y a veces, en las noches calurosas de verano, yo cuento la historia de mi famoso amigo Leland Sutton, el que se había desmayado junto a sus prados con unas pinzas asomando del muslo. Y la gente me invita a cerveza barata y me pide que recite una y otra vez los

detalles increíbles de siempre: la cara palidísima de mi amigo mientras murmuraba incongruencias, mi carrera de vuelta hacia la cocina para llenar de agua con hielo la cafetera, cómo le salpiqué la cara para que recobrar el conocimiento mientras le daba instrucciones. «¡Está bien, joder! —le decía—. ¡Si quieres que lo hagamos lo hacemos! ¡Lo hacemos juntos! Te quiero, ¿vale? Pero te va a doler un huevo». Y los viejos granjeros, los comerciantes de semillas, los comerciales de las empresas de maquinaria, los profesores, los agentes inmobiliarios y los turistas se ríen y se asombran. Y se ríen y se asombran de nosotros, de dos hombres adultos, de dos amigos cubiertos de sangre que dicen cosas como: «Te quiero, tío» o «Respira hondo, colega».

Y ahora, detrás de la barra hay un tarro nuevo, uno de conservas, pequeño, justo para *chutney* o mermelada o un puñado de judías verdes, completamente lleno de aire salvo en el fondo, donde reposa una cosa tosca y llamativa: la bala de Lee, una bala sin encurtir que un forastero que pasaba por el pueblo disparó con su pistola.

Agradecimientos

A mis profesores: St. James Alan McPherson, Sam Chang, Dean Bakopoulos, Ethan Canin, James Galvin, Rebecca Walkowitz, Rob Nixon, David Dowling, Bridget Draxler, Bill Cronin, Joel Raney, Mary Mickel, Steve Umnus, Fred Poss y Doug Smith. Al Iowa Writers' Workshop, donde nació esta novela. A los que me echaron una mano: Connie Brothers, Deb West, Jan Lacina Zenisk, Nicole Neymeyer, Ben Percy, Marysa LaRowe, Mathew Rothschild, Jen Woods, DeWitt Henry, Rick Bass, *Ploughshares*, *Narrative Magazine*, *The Kenyon Review Online*, y *The Lumberyard*.

Por guiarme con paciencia y tesón: a mi agente, Rob Mc-Quilkin, que trabajó conmigo durante meses para labrar una pieza tosca y convertirla en algo que nunca había llegado a imaginar. Me siento afortunado de tener a un paladín tan talentoso y a un consejero tan atento. A mi descubridora: Christina Shideler.

A mi editora, Katie Gilligan, que luchó por este libro y arrastró a un ejército tras él: le estaré eternamente agradecido.

A mis amigos: Josh y Charmaine Swan, Nik Novak, Nicholas Gulig, Mike y Hilary Walters, Sara y Chris Meeks, Chuck y Shannon Stewart, Sheridan y Betsy Johnson, Virginia Evangelist, Tony y Kate Trapp, Tim y Gail Kohl, Tara Mathison, Tracy Hruska, Doug Milek, Mark Horton y Jeff Moore. A mi gente en Iowa, que ha capeado temporales: a mi amigo del alma Marcus Burke, y a la camaradería y el humo del Starlight; a mi refinadísimo compañero de caza Scott Smith; a Kannan Mahadevan, Christina Kaminski, Chanda Grubbs, Adam Soto, Jessica Dwelle, Amy Parker, Lori Baker Martin, Ted Kehoe, Don Waters, Henry Finch, y a mi compañera de oficina Stephanie Goehring. A Star Liquor: por mantenerme a flote. A Erin Celello, Aaron Olver, Carrie Kilman, Chris Bittler (y a Marysa LaRowe, otra vez): gracias por animarme desde el principio. A Round River Conservation Studies, por cambiarme la vida y abrirme los ojos.

A mi padre, Raymond F. Butler, Jr., que unas Navidades me puso en las manos una máquina de escribir y me dijo: «Creo en ti». A mi hermano Alex y a su mujer Cynthia, los corazones más grandes del mundo. A mi madre, que carga el mundo a sus hombros sin encogerlos jamás ni pedir ayuda. Te quiero muchísimo. A Jim y Lynn Gullicksrud, no podría tener unos cuñados mejores. A Reidar, a veces compañero de piso y siempre cuñado. A mis parientes. Os quiero: los Butler, los Lang, los Gullicksrud, los Heitman, los Gumz, los Peterson, los Wigmore y los Ferris. A mis abuelos, a todos, por todo lo que habéis hecho por mí. A Eleanore Butler, te echo muchísimo de menos. A la ciudad de Eau Claire, Wisconsin.

A la ciudad de Madison, Wisconsin, y a East Mifflin Street en particular.

Pero sobre todo a Regina.

Y a Henry y Nora, siempre.



NICKOLAS BUTLER (Alabama, Pensilvania). Estudió en la Universidad de Wisconsin y en el Taller de Escritores de la Universidad de Iowa. Ha desempeñado diversos y variopintos empleos: vendedor de perritos calientes, gerente de un hotel, director de oficina, asistente de escritor y dependiente de una licorería. Además ha trabajado en una empresa de *telemarketing*, en el departamento de mantenimiento de Burger King, en una industria cárnica e incluso en un tostadero de café.

Ha publicado textos en *Narrative Magazine*, *Ploughshares*, *The Kenyon Review Online*, *The Christian Science Monitor* y *The Progressive*. Su primera novela, *Canciones de amor a quemarropa*, ha cautivado a la crítica y el público estadounidenses, tal vez porque es una de esas raras obras que se publican muy de cuando en cuando y que, una vez leídas, nunca se olvidan.

Notas

[1] Los sabios dicen que solo los tontos se precipitan / pero no puedo evitar enamorarme de ti. (*N. de la T.*) <<

[2] Así es la vida, amor, algunas cosas ya están escritas... *(N. de la T.)* <<

[3] Me quedo, ¿sería un pecado?, si no puedo evitar enamorarme de ti... (*N. de la T.*) <<

[4] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[5] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[6] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[7] Yo era un caballo salvaje, adolescente y solitario, / con un clavel rosa y una camioneta, / pero
sabía que estaba de mala racha / el día que la música murió. (*N. de la T.*) <<